

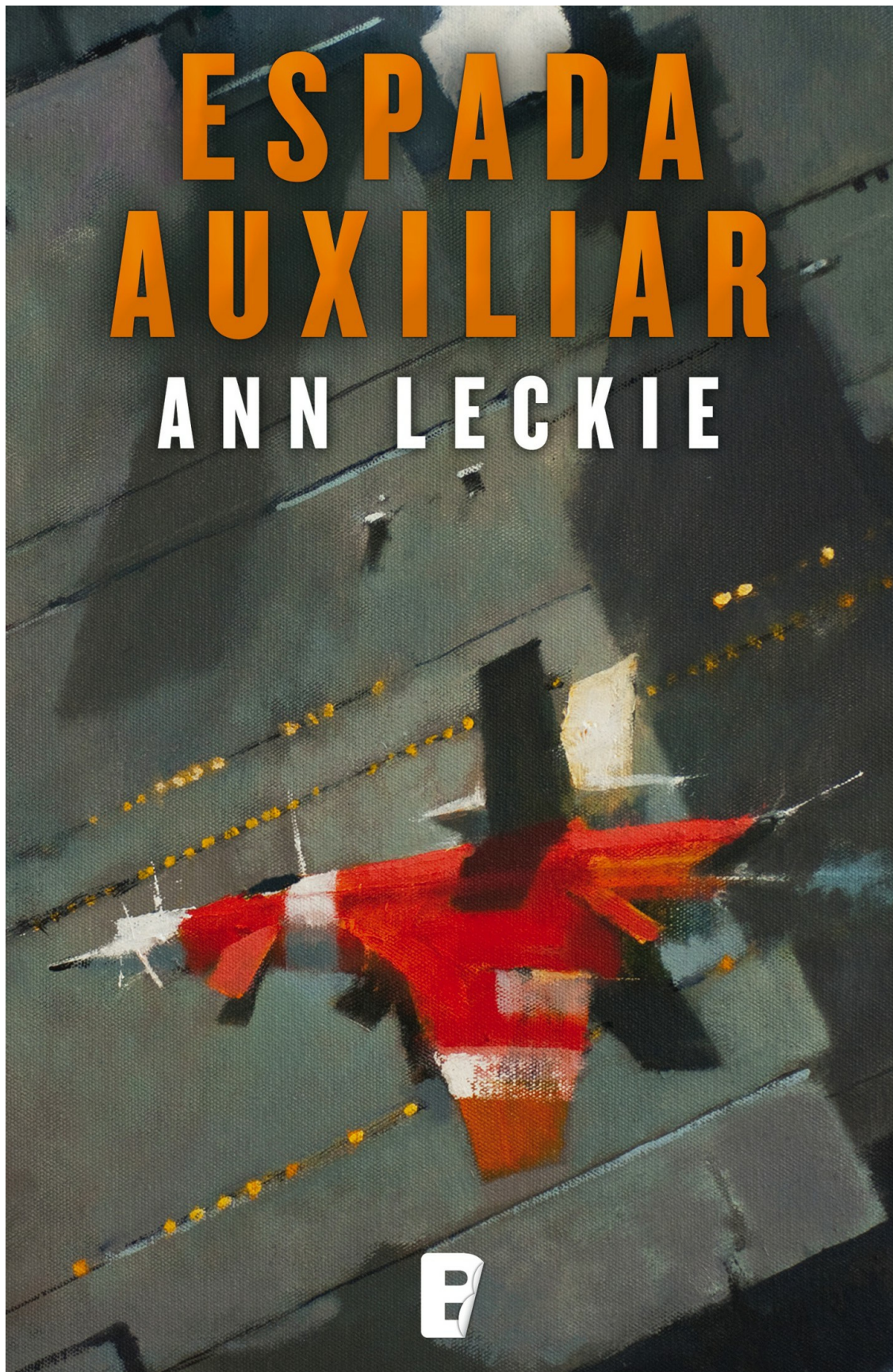
ESPADA AUXILIAR

ANN LECKIE



ESPADA AUXILIAR

ANN LECKIE



ESPADA AUXILIAR

Ann Leckie

Traducción de Victoria Morera

Galeradas revisadas por Laura S. Maquilón



Título original: *Ancillary Sword*

Traducción: Victoria Morera

1.ª edición: julio 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-040-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Agradecimientos](#)

1

—Teniendo en cuenta las circunstancias, te irá bien contar con otra teniente.

Anaander Mianaai, soberana, por el momento, del vasto espacio radchaai, estaba sentada en un amplio sillón acolchado y tapizado con seda bordada. El cuerpo que hablaba conmigo, uno entre miles, tenía, aproximadamente, trece años de edad. Su piel era oscura e iba vestida de negro. En su rostro ya asomaban las facciones aristocráticas que en el espacio radchaai constituían un signo del rango y del estilo más distinguidos. En circunstancias normales, nadie habría visto una versión tan joven de la Lord del Radch, pero aquellas no eran circunstancias normales.

La habitación era pequeña, de unos tres metros cuadrados y medio, y las paredes estaban revestidas con celosías de madera oscura. En uno de los rincones, la madera había desaparecido. Probablemente había resultado dañada en el violento enfrentamiento que las partes rivales de Anaander Mianaai habían sostenido la semana anterior. Los zarcillos de una pequeña planta de hojas estrechas de color verde plateado trepaban por los paneles de celosía restantes y, aquí y allá, lucían sus diminutas flores blancas. No estábamos en una zona pública del palacio; no se trataba de una sala de audiencias. Al lado del sillón de la Lord del Radch había otro sillón vacío y, entre los dos, una mesa con un juego de té cuidadosamente dispuesto, formado por una tetera y unas tazas de porcelana blanca y sin adornos. A primera vista, podía considerarse un juego de té corriente, pero al mirarlo con detenimiento te dabas cuenta de que se trataba de una obra de arte cuyo valor debía de ser superior incluso al de algunos planetas.

Anaander me había ofrecido té y me había invitado a sentarme, pero yo había preferido permanecer de pie.

—Me dijo que podría elegir a mis oficiales.

Debería haber añadido un respetuoso *milord*, pero no lo hice. Cuando entré en la habitación y vi a la Lord del Radch, también debería haberme arrodillado, llevando la frente al suelo, pero eso tampoco lo hice.

—Ya has elegido a dos. A Seivarden por supuesto, y la teniente Ekalu también era una elección evidente.

Al oír los nombres de mis tenientes pensé en ellas. En cuestión de, aproximadamente, una décima de segundo, la *Misericordia de Kalr*, que estaba a unos treinta y cinco mil kilómetros de la estación, recibiría mi casi instintiva solicitud de datos y al cabo de una décima de segundo más yo recibiría su respuesta. Me había pasado los últimos días intentando controlar ese antiquísimo hábito mío, pero no lo había conseguido del todo.

—Una capitana de flota tiene derecho a una tercera teniente —continuó Anaander Mianaai.

Me hizo un gesto con la mano enguantada en negro con la que sostenía su bonita taza de porcelana y deduje que quería llamar la atención sobre mi uniforme. Las militares radchaai vestían botas, guantes, y chaqueta y pantalón marrón oscuro, pero mi uniforme era diferente. La mitad izquierda era marrón y la derecha era negra, y las inscripciones de mi insignia indicaban que no solo comandaba mi propia nave, sino que otras capitanas debían obedecerme. Mi flota, por supuesto, solo constaba de la *Misericordia de Kalr*, que era mi nave, pero cerca de Athoek, que era mi lugar de destino, no había otras capitanas de flota y las capitanas de las naves que hubiera allí tendrían que obedecerme. Suponiendo, claro está, que reconocieran y aceptaran mi autoridad.

Apenas unos días antes había estallado un enfrentamiento latente y antiguo, y una facción de Anaander Mianaai había destruido dos portales interestelares. En aquel momento, prevenir la destrucción de más portales y evitar que esa facción se apoderara de portales y estaciones de otros sistemas estelares constituía una prioridad de carácter urgente. Yo comprendía las razones de Anaander para concederme el rango de capitana de flota, pero, aun así, no me gustaba.

—No cometa el error de creer que trabajo para usted —le advertí.

Ella sonrió.

—¡Ah!, no lo hago. Ahora mismo, solo tienes la opción de elegir entre las oficiales que estén en el sistema y cerca de la estación. El único problema de la teniente Tisarwat es que carece de entrenamiento. Se dirigía a incorporarse

a su primer destino, pero eso ahora ya no tiene sentido. Por otro lado, pensé que te complacería contar con alguien a quien pudieras entrenar a tu gusto.

Su último comentario pareció resultarle divertido. Mientras ella hablaba, me enteré de que Seivarden estaba en la fase dos del sueño NREM. Percibí su pulso, su temperatura, su respiración, su concentración de oxígeno en sangre y sus valores hormonales, y cuando estos datos desaparecieron, la *Misericordia de Kalr* me mostró los de la teniente Ekalu, que estaba de guardia. Percibí que estaba estresada, que tenía la mandíbula ligeramente apretada y el cortisol elevado. Había sido una soldado común hasta una semana antes, cuando arrestaron a la capitana de la *Misericordia de Kalr* por traición. Ella no esperaba ser ascendida a oficial y pensé que no se sentía del todo capaz de estar a la altura del puesto.

Parpadeé para borrar sus datos de mi visión y le recriminé a la Lord del Radch:

—No puede usted creer que es buena idea enviarme a una guerra civil que acaba de estallar con solo una oficial experimentada.

—No será peor que hacerlo con una dotación insuficiente —replicó Anaander Mianaai. Me pregunté si había percibido mi momentánea distracción—. Además, a la niña le entusiasma la idea de servir a las órdenes de una capitana de flota. Te está esperando en el muelle. —Dejó la taza de té y se enderezó en el sillón—. Como el portal que conduce a Athoek ha sido inutilizado y no tengo ni idea de cuál es la situación allí, no puedo darte órdenes concretas. Además —levantó la mano, que ahora estaba vacía, como si quisiera anticiparse a una intervención por mi parte—, si intentara dirigirte muy de cerca, perdería el tiempo, porque te ordene lo que te ordene, tú harás lo que quieras. ¿Habéis cargado las bodegas de la nave? ¿Os habéis abastecido de todo lo que necesitáis?

La pregunta era superflua, ya que conocía el estado de las bodegas de mi nave tan bien como yo. Realicé un gesto indefinido y deliberadamente insolente.

—También puedes utilizar las cosas de la capitana Vel —continuó ella como si mi respuesta hubiera sido adecuada—. Ella no las necesitará.

Vel Osck había sido la capitana de la *Misericordia de Kalr* hasta una semana antes. Había muchas razones por las que no necesitaba sus cosas, pero la de más peso era, por supuesto, que estaba muerta. Anaander Mianaai no hacía nada a medias, sobre todo en lo relacionado con sus enemigos. En

aquel caso, Vel Osck había respaldado a una de sus enemigas y esa enemiga era la misma Anaander Mianaai.

—No las quiero —le respondí—. Envíeselas a su familia.

—Si puedo, lo haré. —Probablemente, no podría—. ¿Necesitas algo antes de partir? Lo que sea.

Se me ocurrieron varias respuestas, pero ninguna me pareció útil.

—No.

—Te echaré de menos, ya lo sabes —añadió ella—. Nadie me habla como tú. Eres una de las poquísimas personas que realmente no temen ofenderme y de esas pocas eres la única cuyo origen es similar al mío.

Lo dijo porque anteriormente yo había sido una nave; una IA que controlaba una enorme crucero de batalla y a miles de auxiliares con cuerpo humano que formaban parte de mí misma. En aquella época, yo no me consideraba una esclava, pero era un arma de conquista y pertenecía a Anaander Mianaai, quien a su vez contaba con miles de cuerpos repartidos por todo el espacio radchaai. Pero ahora yo era un único cuerpo humano.

—Nada de lo que pueda hacerme podría ser peor que lo que ya me ha hecho.

—Soy consciente de ello —contestó Anaander—, y también de lo peligrosa que eso te hace. Seguramente, el simple hecho de dejarte con vida sea una absoluta locura; por no hablar de concederte de forma oficial autoridad y una nave. Pero los juegos que practico no están hechos para pusilánimes.

—Para la mayoría de nosotras no se trata de juegos —repliqué sin intentar ocultar mi enojo; sabía que, por muy impasible que fuera mi expresión, ella podía percibir los síntomas físicos de mi enfado.

—También soy consciente de eso —contestó la Lord del Radch—. Lo digo en serio, pero algunas pérdidas son inevitables.

Podría haber elegido cualquiera de la media docena de respuestas que se me ocurrieron, pero en lugar de hacerlo me volví y salí de la habitación sin decir nada más. Cuando crucé el umbral de la puerta, la soldado Misericordia de Kalr Una Kalr Cinco, que me esperaba en el pasillo en posición de firmes, me siguió con eficiencia y en silencio. Kalr Cinco no era una auxiliar; era humana, como todas las soldados de la *Misericordia de Kalr*, y tenía un nombre aparte del que le correspondía por su nave, su decuria y su número. En cierta ocasión, la llamé por ese nombre y ella respondió con una impasividad aparente, pero con una oleada interna de alarma e incomodidad,

de modo que no volví a hacerlo.

Cuando era una nave, cuando no era más que una parte integrante de la crucero de batalla *Justicia de Toren*, siempre era consciente del estado de mis oficiales: de lo que oían y veían; de cada una de sus respiraciones; de cada movimiento de cada uno de sus músculos; de sus valores hormonales y de oxígeno; de todo, prácticamente, salvo del contenido concreto de sus pensamientos, aunque, a menudo, incluso eso podía adivinarlo gracias a la experiencia y a que las conocía de cerca. Claro que no siempre transmitía esa información a mis capitanas, ya que habría tenido poco significado para ellas: no habría supuesto más que un flujo de datos sin sentido; pero para mí, en aquella época, formaba parte de mi conocimiento.

Yo ya no era mi nave, pero seguía siendo una auxiliar y todavía podía percibir esos datos como ninguna capitana humana podía hacerlo. Sin embargo, ahora solo tenía un cerebro humano y solo podía manejar una porción diminuta de la información de la que antes era constante y automáticamente consciente. E incluso esa pequeña porción requería de toda mi atención. La primera vez que intenté caminar y percibir datos al mismo tiempo me di de bruces contra una mampara. Pero en aquel momento pedí datos a la *Misericordia de Kalr* deliberadamente. Estaba casi segura de que podría avanzar por el pasillo y monitorizar a Cinco al mismo tiempo sin tropezar ni tener que detenerme.

Recorrí el trayecto hasta la zona de recepción del palacio sin incidentes. Cinco estaba cansada y padecía una leve resaca. Supuse que estaba aburrída de permanecer de pie y mirando a la pared de enfrente durante todo el tiempo que duró la reunión con la Lord del Radch. Percibí en ella una extraña mezcla de expectativa y terror, lo que me inquietó un poco porque no logré deducir cuál era el problema.

La plaza principal era amplia, estaba pavimentada con losas de piedra, tenía eco y se ubicaba en un nivel alto de la estación. Una vez allí, me dirigí a los ascensores que me llevarían a los muelles y a la lanzadera que esperaba para conducirme de vuelta a la *Misericordia de Kalr*. La mayoría de las tiendas y oficinas de la plaza, y también las diversas diosas pintadas de brillantes tonos naranja, azul, rojo y verde que abarrotaban la fachada del templo estaban sorprendentemente intactas después de la explosión de violencia de la semana anterior, cuando el enfrentamiento de la Lord del Radch contra sí misma se hizo patente. En aquel momento, había ciudadanas vestidas con pantalón,

guantes y abrigos de vistosos colores y adornadas con joyas brillantes paseando por la plaza aparentemente despreocupadas. Lo de la semana anterior podría no haber ocurrido nunca. Anaander Mianaai, la Lord del Radch, bien podría seguir siendo ella misma: muchos cuerpos pero una persona única e indivisa. Sin embargo, lo de la semana anterior sí que había ocurrido. Anaander Mianaai no era una única persona y, de hecho, hacía tiempo que no lo era.

Mientras me acercaba a los ascensores, me sobrecogió una oleada repentina de rencor y abatimiento. Me detuve y me volví. Kalr Cinco, que se había detenido cuando yo lo hice, miraba impasible hacia el frente; como si esa ola de rencor que la nave me había mostrado no procediera de ella. Yo creía que la mayoría de las humanas no podían ocultar con tanta efectividad unas emociones tan intensas como aquella —la cara de Cinco era totalmente inexpresiva—, pero, por lo visto, todas las misericordias de Kalr podían hacerlo. La capitana Vel era anticuada o, por lo menos, había idealizado conceptos de lo que significaba el término «anticuada» y había exigido que sus soldados humanas se comportaran de la forma más parecida posible a las auxiliares.

Cinco no sabía que yo había sido auxiliar. Por lo que ella sabía, yo era la capitana de flota Breq Mianaai, ascendida tras el arresto de la capitana Vel y por lo que la mayoría creía que eran mis importantes vínculos familiares. Por lo tanto, no sabía hasta qué punto percibía yo sus estados de ánimo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté con brusquedad. Me sentía desconcertada.

—¿Señor? —me preguntó ella con voz monótona e inexpresiva.

El leve retraso en su reacción me indicó que deseaba que no me fijara en ella y así poder continuar ignorada y a salvo, pero también percibí que deseaba hablar. Yo tenía razón, su rencor y su abatimiento tenían que ver conmigo.

—Tienes algo que decir. Oigámoslo.

Percibí en ella sorpresa y puro terror, pero ni el menor movimiento muscular.

—Señor... —empezó ella. Finalmente, su cara reflejó una leve y fugaz expresión de algún tipo que desapareció rápidamente. Entonces tragó saliva—. Es por los platos.

Entonces me tocó a mí experimentar sorpresa.

—¿Los platos?

—Señor, ha ordenado usted que las pertenencias de la capitana Vel se guarden aquí, en la estación.

Lo cierto era que se trataba de objetos preciosos. Los platos, los servicios de té y demás utensilios por los que, presumiblemente, Kalr Cinco estaba preocupada eran de porcelana, cristal y metal esmaltado con joyas encastadas. Pero no eran míos y yo no quería nada que hubiera pertenecido a la capitana Vel. Cinco esperaba que yo la comprendiera, lo deseaba con toda su alma, pero yo no la comprendía.

—¿Y bien?

Percibí en ella frustración e incluso rabia. Era evidente que, desde su perspectiva, lo que quería era obvio, pero lo único que a mí me parecía obvio era que, aunque yo se lo había preguntado, ella no podía expresar libremente lo que quería.

—Señor, deduzco que pronto vamos a abandonar el sistema —dijo por fin.

Las ciudadanas de la estación pasaban por nuestro lado. Algunas nos lanzaban miradas de curiosidad y otras fingían no vernos.

—Soldado, ¿puedes hablar con claridad? —le pregunté.

Empezaba a sentirme frustrada y enfadada, y mi charla con la Lord del Radch me había dejado de mal humor.

—¡No podemos abandonar el sistema sin unos buenos platos! —soltó Cinco por fin, si bien con expresión impasible.

Al ver que yo no respondía, continuó, pero esta vez lo hizo presa de otra oleada de miedo por hablar con tanta claridad.

—Señor, sin duda no es importante para usted porque es capitana de flota y su rango es suficiente para impresionar a cualquiera.

Y también el nombre de mi casa, porque ahora yo era Breq Mianaai. No me complacía mucho que me hubieran puesto ese nombre, que me identificaba como prima de la Lord del Radch en persona. Nadie de mi tripulación, salvo Seivarden y la médico de la nave, sabía que ese no era mi nombre.

—Usted podría invitar a cenar a una capitana y servirle el rancho de los soldados y ella no se quejaría, señor.

De hecho, no podría quejarse a menos que ostentara un rango superior al mío.

—No vamos a donde vamos para celebrar fiestas.

Aparentemente, mi comentario la desconcertó, porque por un momento su cara expresó confusión.

—¡Señor! —exclamó con voz suplicante y angustiada—. No pretendía sugerir que deba preocuparse por lo que otras personas piensen de usted. Solo me he permitido expresar lo que siento porque usted me lo ha ordenado.

Claro. Debería haberlo percibido. Debería haberme dado cuenta días atrás. A Cinco le preocupaba qué dirían de ella si yo no tenía una vajilla acorde a mi rango, lo que afectaría negativamente a la propia nave.

—Te preocupa la reputación de la nave.

Percibí en ella pesadumbre, pero también alivio.

—Sí, señor.

—Yo no soy la capitana Vel.

A la capitana Vel le preocupaban mucho esas cosas.

—¡No, señor!

No estaba segura de si el énfasis que puso en la palabra *no* y el alivio que percibí en ella se debían a que consideraba positivo que yo no fuera la capitana Vel, a que yo por fin había comprendido lo que intentaba decirme o a ambas cosas a la vez.

Había vaciado mi cuenta en la estación y todo mi dinero en vales estaba guardado en mis dependencias a bordo de la *Misericordia de Kalr*. Lo poco que llevaba encima no sería suficiente para calmar la ansiedad de Kalr Cinco. Estación, la IA que gestionaba aquel lugar, que era aquel lugar, probablemente podía resolver cualquier problema financiero en mi nombre, pero me culpaba de la explosión de violencia de la semana anterior y no estaría dispuesta a ayudarme.

—Regresa al palacio y pídele a la Lord del Radch lo que necesites.

Cinco abrió un poco más los ojos; dos décimas de segundo más tarde, percibí en ella incredulidad y, a continuación, verdadero terror.

—Cuando todo esté solucionado a tu satisfacción, ve a la lanzadera.

Tres ciudadanas pasaron a nuestro lado con sendas bolsas colgando de sus enguantadas manos y el fragmento de conversación que oí me indicó que se dirigían a los muelles para tomar una nave que las llevaría a una estación del borde exterior. La puerta de uno de los ascensores se abrió diligentemente. Estación sabía, por supuesto, adónde se dirigían y ellas no tenían que solicitar que fuera abriéndoles paso.

Estación también sabía adónde me dirigía yo, pero no me abriría ninguna puerta sin que yo se lo pidiera expresamente. Me volví, entré deprisa en el ascensor detrás de ellas y vi que se cerraba la puerta mientras Cinco se

quedaba, horrorizada, sobre el pavimento de piedra negra de la plaza. El ascensor se movió y las tres ciudadanas siguieron charlando. Cerré los ojos y vi que Kalr Cinco tenía la vista clavada en la puerta del ascensor e hiperventilaba un poco. Frunció tan levemente el ceño que nadie que pasara por su lado se daría cuenta. Luego movió un poco los dedos para reclamar la atención de la *Misericordia de Kalr*, pero lo hizo con cierta inquietud, como si temiera que la nave no la atendiera; aunque, por supuesto, *Misericordia de Kalr* ya estaba prestándole atención.

—No te preocupes —sonó la voz de la *Misericordia de Kalr* con voz serena y neutra en mi oído y en el de Cinco—. No es contigo con quien está enfadada la capitana de flota. Ponte en marcha. Todo saldrá bien.

Tenía razón. No era con Cinco con quien yo estaba enfadada. Aparté de mi visión los datos de Cinco y me desorientó recibir enseguida una oleada de información de Seivarden, que seguía dormida y soñando, y de la teniente Ekalu, que todavía estaba tensa y, en aquel momento, pedía una taza de té a una de sus etrepas. Abrí los ojos. Las ciudadanas se reían de algo que yo ignoraba, pero tampoco me importó. Cuando la puerta del ascensor se abrió, salimos al amplio vestíbulo de los muelles, que estaba bordeado por incontables iconos de diosas que las viajeras podían encontrar útiles o reconfortantes. A aquella hora del día había poca gente; salvo en la entrada a las oficinas de las autoridades portuarias, donde una cola de malhumoradas capitanas y pilotos esperaban su turno para quejarse a las agobiadas adjuntas de la inspectora. Dos portales interestelares habían quedado inutilizados durante los enfrentamientos de la semana anterior; probablemente, a algunos más les ocurriría lo mismo en un futuro próximo, y la Lord del Radch había prohibido utilizar los restantes, lo que había dejado atrapadas en el sistema a docenas de naves con sus pasajeras y cargamentos.

Las capitanas y pilotos me abrieron paso y se inclinaron levemente, como si una brisa hubiera soplado entre ellas. Lo había provocado el uniforme. Oí que una capitana le susurraba a otra, «¿Quién es?», y percibí el subsiguiente murmullo de la respuesta de su interlocutora y de las personas cercanas que comentaban su ignorancia o añadían lo que sabían. Oí *Mianaai* y *Misiones Especiales*. Lo único que sabían era lo que habían deducido de los acontecimientos de la semana anterior. La versión oficial afirmaba que había llegado al palacio Omaugh de incógnito para acabar con una conspiración sediciosa y que, en todo momento, había trabajado para Anaander Mianaai.

Cualquiera que hubiera tomado parte en los acontecimientos y que, posteriormente, hubiera oído la versión oficial, sabría o sospecharía que no era cierta, pero la mayoría de las radchaais vivían vidas corrientes y no tenían ninguna razón para ponerla en duda.

Nadie cuestionó que pasara junto a las adjuntas y entrara en el antedespacho de la inspectora jefe. Daos Ceit, que era su asistente, todavía se estaba recuperando de sus heridas. Una adjunta que yo no conocía la sustituía y, cuando entré, se levantó de prisa y me saludó con una reverencia. Lo mismo hizo una teniente joven, muy joven, aunque con más dignidad y compostura de lo que yo habría esperado de alguien de diecisiete años; del tipo de joven que todavía tenía los brazos y las piernas esmirriados y que era lo bastante frívola para gastarse su primera paga en unas pupilas de color lila —seguro que no había nacido con los ojos de ese color. Su pantalón, la chaqueta, los guantes y las botas de uniforme de color marrón oscuro tenían un aspecto impecable y llevaba el pelo, que era negro y liso, muy corto.

—Capitana de flota, señor. Soy la teniente Tisarwat, señor —se presentó, e hizo otra reverencia.

Yo no respondí a su saludo, solo la observé. Si mi escrutinio la molestó, no lo percibí: todavía no enviaba datos a la *Misericordia de Kalr* y su oscura piel no se tiñó de rubor. El pequeño y discreto grupo de insignias que le colgaban cerca del hombro sugería que procedía de una familia de cierto rango, aunque no de los más elevados del Radch. Pensé que estaba prodigiosamente segura de sí misma o que era una loca, y ninguna de las dos opciones me complació.

—Pase, señor —me invitó la desconocida adjunta, señalando la puerta del despacho.

Yo entré sin dirigirle la palabra a la teniente Tisarwat. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, la inspectora jefe Skaaiat Awer, de piel oscura, ojos de color ámbar, y aspecto elegante y aristocrático incluso vestida con el uniforme azul oscuro de las autoridades portuarias, se levantó e hizo una reverencia.

—¿Así que te vas, Breq?

Yo abrí la boca para decir: «cuando autorices nuestra partida», pero entonces me acordé de Cinco y del encargo que tenía que cumplir.

—Solo estoy esperando a Kalr Cinco. Por lo visto, no puedo despegar sin una vajilla aceptable.

Su cara arrojó una expresión de sorpresa que desapareció enseguida. Ella

sabía, desde luego, que yo había enviado las pertenencias de la capitana Vel a la estación y que no tenía nada para reemplazarlas. Cuando su sorpresa se desvaneció, percibí diversión.

—¿Tú no habrías sentido lo mismo? —me preguntó.

Se refería a cuando yo ocupaba un lugar equivalente al de Cinco, cuando era una nave.

—No, nunca sentí algo así. Aunque algunas naves sí que lo sentían e incluso lo sienten actualmente.

Me refería, sobre todo, a las espadas, que en su mayoría creían que estaban por encima de las misericordias, más pequeñas y menos prestigiosas, y de las cruceros de batalla, las justicias.

—Mis Issa Siete sí que se preocupaban por ese tipo de cosas.

Antes de trabajar como inspectora jefe en el palacio Omaugh, Skaaiat Awer había servido como teniente en una nave con tropas humanas. Dirigió la mirada hacia mi única joya, una pequeña insignia de oro prendida junto a mi hombro izquierdo. Hizo un gesto y cambió de tema, aunque, en realidad, no estaba cambiando de tema.

—Así que a Athoek, ¿no? —Mi destino no había sido anunciado públicamente y, de hecho, podía considerarse información confidencial, pero la casa Awer era una de las más antiguas y adineradas y Skaaiat tenía primas que conocían personas que sabían cosas—. Dudo que yo te enviara allí.

—Pues allí voy.

Ella aceptó mi respuesta sin mostrar signos de sorpresa u ofensa.

—Siéntate, por favor. ¿Un té?

—No, gracias.

En realidad, sí que me habría sentado bien un té. En otras circunstancias, habría estado encantada de mantener una charla relajada con Skaaiat Awer, pero estaba ansiosa por partir. La inspectora jefe volvió a tomarse mi respuesta con calma y tampoco se sentó.

—Cuando llegues a la estación Athoek visitarás a Basnaaid Elming. —No se trataba de una pregunta. Sabía que yo la visitaría. Basnaaid era la hermana menor de alguien a quien tanto Skaaiat como yo habíamos querido; alguien a quien yo había matado cumpliendo órdenes de Anaander Mianaai—. En algunos aspectos es como Awn, pero en otros, no.

—Me dijiste que era tozuda.

—Es muy orgullosa y tan tozuda como su hermana; quizá más. Se ofendió

mucho cuando le ofrecí un trato de clientelismo debido a mi relación con su hermana. Te lo digo porque sospecho que planeas hacer algo parecido, aunque, seguramente, eres la única persona viva más tozuda que ella.

Arqueé una ceja.

—¿Incluso más que la tirana?

La palabra no era de lengua radchaai, sino de alguno de los mundos anexionados y absorbidos por el Radch, por Anaander Mianaai. La tirana era casi la única persona en el palacio Omaugh que reconocería y entendería esa palabra, además de Skaaiat y yo.

Skaaiat Awer torció la boca en un gesto sarcástico.

—Quizá, sí. Quizá, no. En cualquier caso, piénsatelo bien antes de ofrecerle dinero o favores a Basnaaid. Se lo tomará como una ofensa. —Hizo un gesto amable de resignación, como si dijera: «claro que harás lo que quieras»—. Supongo que ya has conocido a nuestra nueva y jovencísima teniente.

Se refería a la teniente Tisarwat.

—¿Por qué ha venido aquí en lugar de ir directamente a la lanzadera?

—Ha venido a disculparse con mi asistente. —Se refería a la sustituta de Daos Ceit, a la adjunta que estaba en el antedespacho—. Sus madres son primas. —Formalmente, la palabra «primas» se refería a una relación entre dos personas de casas diferentes que compartían una progenitora o una abuela, pero en el lenguaje informal implicaba una relación más lejana, una amiga o dos personas que habían crecido juntas—. Habían quedado ayer para tomar un té, pero Tisarwat no se presentó ni contestó ninguno de los mensajes de mi asistente. Y ya sabes cómo se llevan las militares y las autoridades portuarias. —O sea, hacia el exterior, con amabilidad, pero en privado, con desdén—. Mi asistente se ofendió.

—¿Y por qué le importa tanto a la teniente Tisarwat que su prima se ofenda?

—Es evidente que nunca has tenido una madre que se enfadara contigo porque ofendiste a su prima, si no, no lo preguntarías —contestó Skaaiat medio riéndose.

Era cierto.

—¿Qué opinas de ella? —le pregunté.

—Un par de días atrás habría dicho que era caprichosa, pero hoy diría que tiene mucho más dominio de sí misma. —El adjetivo «caprichosa» no

encajaba con la centrada joven que había conocido en el antedespacho, salvo, quizá, por aquellos ojos imposibles—. Hasta hoy estaba de oficinista en un sistema fronterizo.

—¿La tirana me ha asignado una administrativa novata?

—Nunca me imaginé que te asignara una novata de ningún tipo —reconoció Skaaiat—. De hecho, creía que te acompañaría ella misma, aunque quizá no queda mucho de ella aquí. —Cogió aire como si fuera a decir algo más, pero ladeó la cabeza y arrugó el entrecejo—. Lo siento, tengo que ocuparme de algo.

Los muelles estaban abarrotados de naves que necesitaban suministros, reparaciones o asistencia médica urgente; naves que estaban atrapadas en el sistema y con tripulaciones y pasajeras que se sentían sumamente descontentas por ello. El personal de Skaaiat llevaba días trabajando duramente y con escasos descansos.

—Desde luego. —Hice una reverencia—. Te dejaré tranquila.

Skaaiat todavía estaba escuchando a quien le transmitía el mensaje. Me volví para marcharme.

—Breq. —Volví a mirarla. Skaaiat todavía tenía la cabeza ladeada; todavía escuchaba a quien le hablaba—. Cuídate.

—Tú también.

Salí al antedespacho. La teniente Tisarwat seguía de pie, inmóvil y en silencio. La adjunta tenía la mirada fija enfrente y movía los dedos. Sin duda estaba atendiendo a asuntos portuarios urgentes.

—¡Teniente! —exclamé con voz seca; sin esperar su respuesta salí de las oficinas, pasé junto a las numerosas capitanas y pilotos descontentas y me dirigí al muelle donde esperaba la lanzadera que me conduciría a la *Misericordia de Kalr*.

La lanzadera era demasiado pequeña para generar su propia gravedad. Yo me sentía perfectamente cómoda en esas circunstancias, pero las oficiales muy jóvenes a menudo no lo llevaban bien. Dejé a la teniente Tisarwat junto a la compuerta para que esperara a Kalr Cinco y atravesé el molesto y delicado espacio que separaba la gravedad del palacio de la ingravidez de la lanzadera. Una vez dentro me propulsé de una patada hasta un asiento y me abroché el cinturón de seguridad. La piloto me saludó con una respetuosa

inclinación de la cabeza, porque hacer una reverencia resultaba difícil en aquellas circunstancias. Cerré los ojos y vi que Cinco estaba en un amplio, diáfano y práctico almacén de paredes grises situado dentro del palacio propiamente dicho. Estaba lleno de arcones y cajas. Cinco sostenía en una de sus enguantadas manos de color marrón una taza de delicado cristal rosa intenso. En una caja abierta que tenía enfrente había siete tazas más, una tetera y varios platos. El placer y el anhelo que sentía por aquellos bonitos objetos estaban minados por la duda. Yo no podía leerle la mente, pero supuse que le habían indicado que eligiera un juego de té del almacén. Ella encontró aquel y lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no acababa de creerse que le permitieran llevárselo. Yo estaba casi segura de que estaba hecho de vidrio soplado y que tenía más de setecientos años de antigüedad. No sabía que Cinco era una experta en aquellas cuestiones. Aparté la imagen de mi visión, pensé que Cinco tardaría bastante tiempo en resolver aquel asunto y decidí que podía dormir un poco.

Me desperté tres horas más tarde y lo primero que vi fue a Tisarwat, la teniente de ojos lilas, que estaba abrochándose con destreza el cinturón de seguridad en un asiento situado frente al mío. Kalr Cinco, que ahora irradiaba satisfacción, presumiblemente por los resultados de su gestión en el almacén de palacio, se propulsó hacia la teniente Tisarwat y, con un gesto de la cabeza y un «solo por si acaso, señor» pronunciado en voz baja, le tendió una bolsa para el prácticamente inevitable momento en el que el estómago de la nueva oficial reaccionara a la microgravedad.

Yo había conocido tenientes jóvenes que habrían considerado este ofrecimiento un insulto, pero la teniente Tisarwat aceptó la bolsa y esbozó una leve y vaga sonrisa que no alcanzó al resto de sus facciones. Todavía parecía totalmente serena y calmada.

—Teniente, ¿ha tomado algún medicamento? —pregunté mientras Kalr Cinco se propulsaba hacia delante para sentarse junto a la piloto, que era otra Kalr.

Eso también se podía considerar un insulto. Los medicamentos contra las náuseas eran fáciles de conseguir y yo había conocido oficiales excelentes y de larga experiencia que siempre los tomaban antes de subir a una lanzadera. Aunque ninguna de ellas lo admitió nunca.

Los últimos trazos de la sonrisa de la teniente Tisarwat se desvanecieron.

—No, señor.

Calmada. Sin alterarse.

—Si los necesita, la piloto puede dárselos.

Este comentario sí que tenía que provocar en ella alguna reacción. Y la provocó, aunque una ínfima fracción de segundo más tarde de lo que yo esperaba: un conato de ceño fruncido y un enderezamiento indignado de los hombros dificultado por las correas del asiento.

—No, gracias, señor.

«Caprichosa», había dicho Skaaiat. Normalmente, no se equivocaba tanto con las personas.

—Yo no pedí que viniera, teniente. —Mantuve la voz neutra, pero con un deje de enfado, lo que me resultó bastante fácil dadas las circunstancias—. Usted está aquí solo porque Anaander Mianaai lo ordenó. No dispongo de tiempo ni de recursos para enseñar a una novata. Será mejor que espabile deprisa. Necesito oficiales que sepan lo que hacen. Necesito una tripulación en la que pueda confiar.

—Señor, sí, señor —contestó la teniente Tisarwat todavía calmada, pero con cierta gravedad en la voz y con el conato de ceño fruncido un poco más pronunciado.

Se había tomado algo, probablemente algún medicamento contra las náuseas, y si yo fuera dada a las apuestas, habría apostado mi considerable fortuna a que estaba drogada hasta las cejas como mínimo con algún sedante. Tenía ganas de consultar su historial. A aquellas alturas, la *Misericordia de Kalr* ya debía de tenerlo. Pero la tirana veía que yo había accedido al expediente; al fin y al cabo, la *Misericordia de Kalr* pertenecía a Anaander Mianaai, que disponía de las claves de acceso que le permitían controlar la nave. La *Misericordia de Kalr* veía y oía todo lo que yo hacía y decía y, si la tirana quería esa información, solo tenía que pedirla. Y yo no quería que supiera lo que yo sospechaba. En realidad deseaba que quedara demostrado que mis sospechas eran falsas, descabelladas.

Si la tirana estaba observando —seguro que lo hacía a través de la *Misericordia de Kalr* y seguiría haciéndolo hasta que saliéramos del sistema —, de momento ya me parecía bien que creyera que me molestaba que me hubiera endilgado una novata en lugar de alguien que supiera lo que hacía.

Aparté la atención de la teniente Tisarwat. Delante, la piloto se inclinó hacia Cinco y le dijo en voz baja y con disimulo:

—¿Va todo bien? —Y al ver que Cinco fruncía el ceño con extrañeza

añadió—: Está muy callada.

—¿Lleva así todo el tiempo? —preguntó Cinco a su vez también con disimulo.

Estaban hablando de mí y no querían que la nave, obedeciendo mis órdenes de informarme de lo que la tripulación comentara sobre mí, me transmitiera lo que estaban diciendo.

Yo tenía el viejo hábito, un hábito de unos dos mil años de antigüedad, de cantar cualquier canción que cruzara por mi mente; o de tararearla. Al principio, eso provocó cierta extrañeza e incomodidad en la tripulación, ya que aquel cuerpo, el único que me quedaba, no tenía una voz especialmente bonita. Sin embargo, estaban acostumbrándose a aquella peculiaridad mía y me resultó irónicamente divertido ver que a algunos miembros de la tripulación les inquietaba mi silencio.

—Ni pío —contestó la piloto a Kalr Cinco.

Miró levemente de soslayo, lo que unido a una ligera tensión del cuello y de los músculos del hombro me indicó que sentía el impulso de mirar hacia atrás, hacia la teniente Tisarwat.

—Vale —comentó Cinco coincidiendo, pensé yo, con la suposición silenciosa de la piloto respecto a lo que podía ser la causa de mi malestar.

Bien. Que Anaander Mianaai también viera eso.

El trayecto de vuelta a la *Misericordia de Kalr* era largo, pero la teniente Tisarwat no utilizó la bolsa ni dio muestras de sentirse mal. Yo pasé el tiempo durmiendo y pensando.

Las naves, las comunicaciones y los datos viajaban entre las estrellas a través de portales señalizados con balizas y permanentemente abiertos. Los cálculos ya estaban hechos y las rutas a través del peculiar espacio de los portales, donde las distancias espaciales y temporales no coincidían con las del espacio común, ya estaban establecidas. Pero las naves militares, como la *Misericordia de Kalr*, podían generar sus propios portales. Era mucho más arriesgado, porque podían elegir una ruta, una entrada o una salida equivocadas y la nave podía acabar en cualquier lugar o en ninguno. Pero eso no me preocupaba, porque la *Misericordia de Kalr* sabía lo que hacía y llegaríamos sanas y salvas a la estación Athoek.

Además, mientras nos desplazáramos por el portal dentro de nuestra

burbuja de espacio normal, estaríamos totalmente aisladas y eso era lo que yo quería. Quería alejarme del palacio Omaugh y resultar inalcanzable a la vista de Anaander Mianaai y a cualquier orden o intervención.

Cuando estábamos a punto de llegar a la nave, a pocos minutos del acoplamiento, la *Misericordia de Kalr* sonó directamente en mi oído.

—Capitana de flota.

No necesitaba requerir mi atención con palabras, solo tenía que desearlo. Por otro lado, casi siempre sabía lo que yo quería sin que yo tuviera que verbalizarlo. Yo podía conectar con la *Misericordia de Kalr* de una forma que nadie más en la nave podía. Sin embargo, no podía ser la *Misericordia de Kalr* como había sido la *Justicia de Toren*, no sin perderme por completo y para siempre.

—Nave —contesté en voz baja.

Sin que yo se los pidiera, la *Misericordia de Kalr* me dio los resultados de sus cálculos y toda una gama de posibles rutas y horarios de despegue. Elegí partir lo antes posible, di las órdenes oportunas y, poco más de seis horas más tarde, ya habíamos iniciado el viaje.

2

La tirana había dicho que nuestros orígenes eran similares y en ciertos aspectos tenía razón. Ella estaba formada, y yo lo había estado, por miles de cuerpos que compartían la misma identidad. En ese aspecto, éramos muy parecidas, algo que algunas ciudadanas habían percibido —aunque solo recientemente, más o menos en los últimos cien años— durante nuestras discusiones acerca del uso de auxiliares por parte de las militares.

Si pensabas en que te sucediera a ti, o a una amiga o a una familiar, parecía terrible; sin embargo, la misma Lord del Radch lo había experimentado y podía decirse que, en cierto sentido, era el mismo tipo de ente que las naves que le servían, de modo que, ¿cómo podía ser tan malo usar auxiliares como recriminaban sus detractoras? Resultaba absurdo pensar que, a lo largo de su historia, el Radch no hubiera sido totalmente justo.

La palabra «justo» formaba parte de una tríada: justicia, corrección y provecho. Ningún acto justo podía ser incorrecto y ningún acto correcto podía ser injusto. Los conceptos de justicia y corrección, que estaban tan interrelacionados, conducían al provecho. La cuestión de a quién o qué le resultaban provechosos era un tema para debates de altas horas de la noche alrededor de botellas medio vacías de arak, aunque, en general, ninguna radchaaí cuestionaba que la justicia y la corrección resultaban, de algún modo y en última instancia, provechosas conforme a los estándares de las diosas. Y ninguna ciudadana cuestionaba, salvo en circunstancias sumamente extraordinarias, que el Radch fuera justo, correcto y provechoso.

Claro que, a diferencia de sus naves, la Lord del Radch era una ciudadana, y no solo eso, sino la gobernante absoluta del imperio. Por otro lado, yo era un arma que había utilizado para expandir ese imperio; era su sirvienta y, en muchos sentidos, su esclava. Pero nuestras diferencias no terminaban ahí. Cada uno de los cuerpos de Anaander Mianaai era idéntico a todos los demás;

eran clones concebidos y desarrollados con el único propósito de ser parte de ella. Cada uno de sus miles de cerebros había crecido y se había desarrollado alrededor de los implantes que lo unían a sí misma. Durante tres mil años, nunca, en ningún momento había vivido la experiencia de ser alguien que no fuera Anaander Mianaai. Nunca había sido una persona con un solo cuerpo, ni siquiera en los últimos años de la adolescencia o en los primeros como adulta o incluso de mayor. Nunca la habían hecho prisionera ni la habían mantenido en un tanque de suspensión durante décadas, quizás incluso siglos, hasta que la necesitaran. No la habían descongelado sin miramientos, no le habían colocado implantes en el cerebro, no le habían cortado conexiones ni establecido otras nuevas, y no habían destruido la identidad que había tenido durante toda la vida y la habían reemplazado por la de la IA de una nave.

No creo que quien no haya pasado por eso pueda imaginárselo. El terror, las náuseas y el horror que se sienten, incluso después de que haya ocurrido y el cuerpo se dé cuenta de que es la nave, al saber que la persona que eras antes ya no existe y que, por lo tanto, no le preocupa haber muerto, son indescriptibles. Esas sensaciones podían durar una semana, a veces más, hasta que el cuerpo y el cerebro se ajustaban a la nueva situación. Se trataba de un efecto secundario que, posiblemente, podría haberse eliminado o habría sido posible conseguir que fuera mucho menos terrorífico de lo que era, pero ¿qué importancia tenía el desasosiego temporal de un cuerpo? Un cuerpo entre varias docenas, o incluso cientos, no era nada, y su angustia solo se consideraba una incomodidad pasajera. Si era demasiado intensa o no disminuía en un período razonable, el cuerpo se retiraba, se eliminaba y era reemplazado por otro. Había montones almacenados.

Pero ahora que Anaander Mianaai había declarado que no se crearían más auxiliares, aparte de las prisioneras que todavía quedaban en los almacenes de las enormes cruceros de batalla y que consistían en miles de cuerpos congelados que permanecían a la espera, nadie tenía por qué preocuparse de esa cuestión.

Como capitana de la *Misericordia de Kalr*, yo disponía de una habitación propia de tres por cuatro metros. A lo largo de las paredes había bancos que, además, servían para guardar cosas. Uno de esos bancos también era mi cama y, en su interior, debajo de las cajas y los cajones que contenían algunas de

mis pertenencias, había una caja que la nave no podía ver ni detectar. Los ojos humanos podían verla, incluso los de los cuerpos de las auxiliares, pero ningún escáner ni ningún otro sensor mecánico podía detectarla, ni el arma que contenía ni la munición, que consistía en balas que podían atravesar cualquier material del universo. Cómo se había creado algo así constituía un misterio: no solo la inexplicable naturaleza de las balas, sino también el hecho de que, al reflejarse la luz en la caja o en el arma, resultaran visibles para el ojo humano, pero no para, digamos, una cámara, que, en última instancia, funcionaba conforme a los mismos principios. La nave, por ejemplo, no veía un espacio vacío donde estaba la caja, donde debería haber algo, sino que veía lo que esperaba que ocupara ese espacio. Nada de eso tenía sentido; aun así, era cierto. La caja, el arma y la munición habían sido fabricadas por las alienígenas presger. Su objetivo no estaba claro, pero incluso Anaander Mianaai, a pesar de ser la soberana de la vasta extensión del espacio radchaai y comandante de sus aparentemente infinitos ejércitos, las temía.

La *Misericordia de Kalr* conocía la existencia de la caja y del arma porque yo se lo había contado; sin embargo, para las kalrs que me servían no era más que una caja entre tantas otras y yo no les permitía abrir ninguna. Si fueran las auxiliares que a veces pretendían ser, yo no podría haber evitado que lo supieran, pero no eran auxiliares, sino humanas, y sumamente curiosas, así que elucubraban y miraban de reojo la caja cuando guardaban las sábanas y el camastro en el que yo dormía. Si no hubiera sido capitana, o mejor aún, capitana de flota, a aquellas alturas ya habrían registrado dos o tres veces cada milímetro de mi equipaje y habrían comentado entre ellas todo lo que habían descubierto. Pero yo era la capitana y tenía el poder de la vida y la muerte sobre la tripulación, de modo que disponía de ese mínimo grado de privacidad.

La habitación era la que la capitana Vel había ocupado antes de que eligiera el bando equivocado en la lucha de la Lord del Radch contra ella misma. Las alfombras, las telas y los cojines que habían cubierto los bancos ya no estaban; los habíamos dejado en el palacio Omaugh. Las paredes estaban decoradas con elaborados diseños en espiral en tonos verdes y violetas, un estilo y unos colores que la capitana Vel había recuperado de una era anterior, presumiblemente más noble y civilizada que la actual. Yo, aunque había vivido aquella época, a diferencia de la capitana Vel, no lamentaba su

pérdida. Habría cambiado la decoración, pero había otros asuntos más apremiantes y al menos la pintura no se extendía más allá de la habitación.

Yo había reemplazado sus diosas, que estaban en un nicho debajo de las de la nave —Amaat, por supuesto, la principal diosa radchaai, y Kalr, que formaba parte del nombre de la nave—, por Ella, la que surgió del lirio; EskVar, la emanación del principio y del fin, y un icono barato de Toren. Había tenido suerte de encontrarlo. Toren era una diosa antigua y poco conocida. A no ser por las tripulaciones de las naves que llevaban su nombre, habría caído en el olvido. Ninguna de las naves Toren estaba cerca de allí y una de ellas, yo misma, había sido destruida.

Había espacio para más diosas, siempre lo había, pero yo no creía en ninguna de ellas. A la tripulación le habría parecido extraño que no pusiera ninguna salvo las de la nave, así que las que había elegido cumplirían su función. Para mí no eran diosas, sino recuerdos, pero la tripulación no lo sabía ni lo entendería, de modo que todos los días encendía incienso en su honor y en el de Amaat y Kalr. Y como a Amaat y a Kalr, les presentaba ofrendas de comida y flores de latón esmaltado. La primera vez que las vio, Cinco se enfurruñó porque eran corrientes y baratas y, en su opinión, no eran lo que una Mianaai, y encima capitana de flota, debía ofrecer a sus diosas. Se lo dijo con disimulo a Kalr Diecisiete sin mencionar mi nombre ni mi título. Cinco no sabía que yo era auxiliar y no sabía con qué facilidad Nave me mostraba lo que ella sentía y decía, estuviera donde estuviera y cuando yo lo deseaba. Ella estaba convencida de que Nave no me informaba de sus cotilleos.

Dos días después de que cruzáramos el portal camino de Athoek en nuestro diminuto y aislado fragmento de universo, yo estaba sentada en el borde de mi cama y bebía té de una exquisita taza de vidrio de color rosa intenso. Mientras tanto, Kalr Cinco retiraba las monedas adivinatorias y la tela de la predicción matutina. Las monedas habían predicho que disfrutaríamos de buena fortuna continuada, desde luego, ya que solo las capitanas más insensatas percibirían otro tipo de patrón en el lanzamiento de los discos metálicos sobre la tela.

Cerré los ojos y vi los pasillos y habitaciones de la *Misericordia de Kalr*, que estaban impecablemente limpios. La nave tenía un olor reconfortante y

familiar, a aire reciclado y productos de limpieza. Los soldados de la decuria Amaat habían limpiado a conciencia los pasillos y las habitaciones de los que eran responsables. Seivarden, que era su teniente y, además, la teniente al mando del resto de las tenientes de la *Misericordia de Kalr*, estaba terminando la inspección de esas labores. Elogiaba las bien hechas, recriminaba los fallos y asignaba las tareas para el día siguiente con su elegante acento antiguo.

Seivarden había nacido para ese tipo de trabajo. Sus facciones la señalaban como miembro de una de las casas de mayor rango del Radch, primas lejanas de Anaander Mianaai en persona, una casa adinerada y distinguida. Había sido educada con la expectativa de que ocuparía un puesto de responsabilidad. Era, en muchos sentidos, la viva imagen de una oficial militar radchaai. Mientras hablaba con sus amaats, relajada y segura, pensé que casi era la Seivarden que había conocido mil años atrás, antes de que perdiera su nave y fuera introducida por una de sus auxiliares en una cápsula de emergencia. El rastreador de la cápsula había resultado dañado y ella fue a la deriva durante siglos. Después de que la encontraran y la descongelaran, descubrió que todas las personas a las que conocía habían muerto, incluso su casa había desaparecido, y el Radch ya no era como ella lo recordaba. Entonces Seivarden huyó del espacio radchaai y pasó varios años deambulando, perdida y sin rumbo. Yo sospechaba que, aunque realmente no quería morir, en el fondo de su mente esperaba tener algún accidente fatal. Desde que la encontré, había ganado peso, había recuperado parte de la masa muscular perdida y su aspecto era mucho más saludable, pero todavía estaba algo desmejorada. Cuando sus auxiliares la condujeron a la cápsula de emergencia, tenía cuarenta y ocho años, lo que, sumado a los mil años que permaneció congelada, la convertía en la segunda persona de más edad a bordo de la *Misericordia de Kalr*.

La siguiente en la cadena de mando, la teniente Ekalu, estaba de guardia en el puente de mando con dos de sus etrepas. En teoría, no era necesario que nadie estuviera de guardia, ya que la *Misericordia de Kalr* siempre estaba despierta y alerta, siempre era consciente de la nave, que era su propio cuerpo, y del espacio que la rodeaba. Sobre todo, no era necesario montar guardia cuando la nave viajaba por el espacio de un portal donde no era probable que sucediera nada adverso, o, para ser sincera, ni siquiera nada interesante. Pero los sistemas de las naves a veces funcionaban mal y era

mucho más fácil y eficaz responder a una crisis si la tripulación ya estaba atenta. Además, por supuesto, el hecho de que hubiera docenas de personas apiñadas en una nave pequeña requería mantenerlas ocupadas y disciplinadas. Nave proyectó datos, mapas y gráficos en la visión de la teniente Ekalu y murmuró en su oído, intercalados, ocasionales y amistosos comentarios de ánimo. A la *Misericordia de Kalr* le caía bien la teniente Ekalu y confiaba en su inteligencia y su capacidad.

Kalr era la decuria de la capitana, la mía. En el resto de las decurias había diez soldados, pero en Kalr había veinte. Dormían conforme a un horario escalonado porque, también a diferencia de las otras decurias, Kalr siempre estaba de guardia, lo que era un vestigio de los días en los que Nave estaba tripulada por auxiliares, cuando sus soldados eran piezas de ella misma y no seres humanos individuales. Las kalrs que, como yo, acababan de despertarse estaban reunidas en el comedor de los soldados, que era una habitación diáfana, con las paredes blancas y lo bastante grande para albergar a diez personas comiendo y con espacio para guardar la vajilla. Estaban de pie, cada una frente a su plato de skel, que era una planta viscosa de color verde oscuro y crecimiento rápido que contenía todos los nutrientes que un cuerpo humano podía necesitar. Si no habías crecido alimentándote de ella, podía costarte un poco acostumbrarte a su sabor, aunque, en realidad, muchas radchaais se habían criado comiéndola.

Las kalrs que estaban en el comedor empezaron a recitar la oración matutina a un ritmo desigual: «La flor de la justicia es la paz»; pero al cabo de una o dos palabras adoptaron un ritmo común y familiar: «La flor de la corrección es la belleza en pensamiento y acción.»

La médica tenía un nombre y el rango nominal de teniente, pero nadie se dirigía a ella de ninguna de esas formas; la llamábamos, simplemente, Médico. Aunque no era una teniente Kalr, estaba muy unida a esta decuria. Se le podía ordenar que hiciera guardias; de hecho las había hecho y haría otra al cabo de una hora. Mientras las hacía, dos kalrs la acompañaban. Era la única oficial de la capitana Vel que seguía en activo en la nave. Por una parte, porque, sin duda, sería difícil reemplazarla, pero, además, porque su implicación en los acontecimientos de la semana anterior había sido mínima.

Era alta y enjuta, tenía la piel clara para los estándares radchaais y el color de su cabello era más rubio que castaño, lo que resultaba ligeramente inusual, pero no tanto como para que pareciera artificial. Por lo general, tenía el ceño

fruncido, pero no se debía a que estuviera malhumorada. Tenía setenta y seis años, pero su aspecto no era muy distinto de cuando tenía treinta y tantos, y seguiría así hasta que tuviera más de ciento cincuenta. Su madre fue médico, y también su abuela y la madre de su abuela. En aquel momento estaba muy enfadada conmigo.

Se había despertado decidida a encararse a mí en el poco tiempo que tenía antes de empezar la guardia y, nada más levantarse de la cama, recitó la oración matutina en un susurro apresurado. «La flor del provecho es Amaat entera y al completo.» Yo había apartado mi atención de las kalrs que estaban en el comedor, pero no podía oír las primeras frases de la oración sin oír el resto. «Yo soy la espada de la justicia...» Ahora Médico estaba tensa y en silencio frente a su silla en el comedor de la decuria mientras el resto de las oficiales comían.

Seivarden entró, sonriente y relajada, para cenar, y vio que Médico estaba esperando rígida e impaciente y más ceñuda de lo habitual. Durante un instante, percibí irritación en Seivarden, pero entonces ella dejó a un lado esa emoción, se disculpó por su retraso y, como respuesta, obtuvo un mecánico y susurrado «no pasa nada».

Las kalrs terminaron la oración matutina y pronunciaron las frases extra que yo les había ordenado añadir que eran una breve oración por las difuntas y la enumeración de sus nombres: Awn Elming, Nyseme Ptem, la soldado que se había amotinado en Ime evitando la guerra con las alienígenas rrrrrr a costa de su vida.

La decuria Bo dormía en lo que era más un cubículo que una habitación: apenas suficiente para que sus diez cuerpos durmieran apretujados, sin privacidad ni espacio personal, ni siquiera en las camas. Se agitaban, suspiraban y soñaban más inquietas que las auxiliares que, antes que ellas, habían dormido allí.

Su teniente, la jovencísima Tisarwat de imposibles ojos lilas, también dormía en sus diminutas dependencias, quieta y sin soñar, pero con un estado latente de inquietud y con la concentración de adrenalina ligeramente superior a como debería estar. Esto tendría que haberla despertado, como sucedió la noche anterior, pero Médico le había administrado algo para ayudarla a dormir.

Médico engulló su desayuno, murmuró una disculpa y salió como una exhalación del comedor de la decuria.

—Nave —dijo moviendo enfáticamente los dedos para expresar las palabras con gestos—, quiero hablar con la capitana de flota.

Yo informé a Kalr Cinco:

—Médico se dirige hacia aquí. Le ofreceremos té, aunque, probablemente, no lo querrá.

Cinco comprobó la cantidad de té que había en la tetera y sacó otra taza de cristal rosa. Supuse que no volvería a ver mi viejo juego esmaltado de té a menos que se lo ordenara explícitamente.

—Capitana de flota —me dijo la *Misericordia de Kalr* directamente en el oído.

Entonces me mostró a una amaata que se dirigía al comedor de las soldados mientras canturreaba suavemente una de esas canciones intrascendentes que cantan las niñas de cualquier lugar: «Todo gira, todo gira. El planeta gira alrededor del Sol. Todo gira, todo gira. La Luna gira alrededor del planeta...» Cantaba de manera inconsciente y desafinando.

En mis dependencias, Kalr Cinco adoptó la posición de firmes y anunció con voz inexpresiva:

—Médico solicita hablar con usted, capitana de flota.

En el pasillo, la amaata oyó los pasos de otra amaata detrás de ella, y de repente fue consciente de que estaba cantando y se calló.

—Solicitud concedida —le indiqué a Cinco, sin necesidad, porque ella ya sabía que yo planeaba hablar con Médico.

La puerta se abrió y Médico entró con un poco más de brusquedad de lo que era estrictamente correcto.

—Capitana de flota —empezó con voz tensa y furiosa.

Yo la interrumpí con un gesto de la mano.

—Siéntese, Médico. ¿Desea un té?

Ella se sentó y rechazó el té. Obedeciendo una orden mía, Kalr Cinco salió de la habitación, pero con cierto resentimiento al tener que perderse lo que Médico había venido a decirme y que parecía que iba a ser interesante. Cuando se fue, hice un gesto en dirección a Médico, que estaba sentada frente a mí al otro lado de la mesa en posición tensa.

—Prosiga.

—Solicito el permiso de la capitana de flota. —Pero el tono de su voz

indicaba que no le preocupaba en absoluto si se lo daba o no. Por debajo de la mesa, apretó los puños enguantados—. Capitana de flota, señor, ha retirado usted algunos medicamentos del Departamento Médico.

—Así es.

Mi respuesta frenó, durante un instante, su enojado ímpetu. Por lo visto, esperaba que yo lo negara.

—Nadie más podía haberlo hecho. Nave insistía en que seguían figurando entre las existencias. Yo he consultado el diario y los demás registros; los he revisado a fondo y no consta que nadie se los haya llevado. Nadie en la nave, aparte de usted, podría ocultarme algo así.

Yo me temía que eso ya no era verdad, pero no se lo dije.

—Ayer, cuando terminó su turno, la teniente Tisarwat acudió a usted en busca de ayuda por unos síntomas leves de náuseas y ansiedad —dije.

Dos días antes, horas después de que accediéramos al portal, la teniente Tisarwat empezó a sentirse estresada y ligeramente mareada. Por la noche, apenas pudo cenar y sus bos se dieron cuenta de ello con cierta preocupación, por supuesto. El problema con la mayoría de las jóvenes de diecisiete años es que siempre quieren comer más, no que no tengan hambre. Sus bos decidieron que debía de sentir añoranza y angustia por el evidente enojo que me provocaba su presencia.

—¿Le preocupa su salud? —añadí.

Médico, indignada, casi saltó de su asiento.

—¡No se trata de eso! —Recordó con quién estaba hablando—. Señor. — Tragó saliva y esperó, pero yo no dije nada—. Está nerviosa. Las pruebas indican que padece estrés emocional, lo que resulta totalmente comprensible. Esa reacción es del todo normal en una teniente joven cuando llega a su primer destino.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que, probablemente, yo contaba con una amplia experiencia sobre lo que era normal en una teniente joven cuando llegaba a su primer destino. Entonces se arrepintió de haber hablado y, durante un instante, también se arrepintió de haber venido a mis dependencias para encararse conmigo, para acusarme. Pero solo durante un instante.

—Es del todo normal dadas las circunstancias —acepté yo, pero, en realidad, me refería a otra cosa.

—Sin embargo, no pude ayudarla porque usted se había llevado todos los

medicamentos que podía administrarle.

—Así es —reconocí yo—; me los llevé. ¿Cuando llegó había algo en su organismo?

Ya conocía la respuesta, pero, de todas formas, le formulé la pregunta. Médico parpadeó sorprendida, pero su reacción apenas duró un segundo.

—Cuando se presentó en el Departamento Médico, nada más bajar de la lanzadera, sí que parecía que se hubiera tomado algo, pero el escáner no detectó nada. Creo que, simplemente, estaba cansada.

Cambió un poco la postura y, por los datos que percibí de ella, supe que también se había producido un cambio en sus emociones, lo que sugería que estaba considerando la importancia de mi pregunta y el pequeño pero extraño desajuste entre lo que había percibido desde su perspectiva como profesional en la teniente Tisarwat y lo que habían reflejado las pruebas.

—¿En su expediente figura alguna recomendación u orden en cuanto a administrarle algún tipo de medicación?

—No, ninguna. —Médico no parecía haber llegado a ninguna conclusión y mucho menos a la mía, pero ahora sentía curiosidad, aunque seguía estando enfadada—. Los acontecimientos recientes nos han estresado a todas y ella es muy joven. Además...

Titubeó. Quizás estaba a punto de decir que todo el mundo a bordo sabía que me enfadé cuando asignaron a la teniente Tisarwat a la *Misericordia de Kalr*. Me enfadé lo bastante para dejar de cantar durante varias horas y, a aquellas alturas, toda la tripulación sabía lo que eso significaba. Incluso empezaban a considerar tranquilizador disponer de una forma tan obvia de saber si todo estaba como debería.

—¿Iba usted a decir...? —le pregunté con la expresión facial y la voz más indiferentes que conseguí poner.

—Creo que ella siente que usted no la quiere aquí, señor.

—De hecho, no la quiero —le contesté.

Médico sacudió la cabeza sin comprender.

—Con el debido permiso de la capitana de flota. Podría usted haberse negado a admitirla.

Efectivamente, podría haberme negado. Cuando la lanzadera de la *Misericordia de Kalr* despegó, podría haberla dejado en los muelles del palacio y no haber regresado a buscarla. De hecho, pensé seriamente en esa opción. Sin duda, Skaaiat me habría comprendido y se las habría arreglado

para que ninguna nave estuviera disponible para llevar a la joven teniente a la *Misericordia de Kalr* hasta que fuera demasiado tarde.

—¿Ayer le recetó algún medicamento?

—Solo uno para ayudarla a dormir. Ya había finalizado su jornada. Fue todo lo que pude hacer por ella.

A Médico no solo la enojaba que yo hubiera interferido en sus asuntos, sino también que eso le hubiera impedido ayudar a otra persona.

No pude evitar echar una breve y rápida ojeada a la teniente Tisarwat, que estaba dormida, pero no profunda y apaciblemente, sino todavía tensa y con ese estado latente de inquietud.

—Médico —dije volviendo la atención a mi habitación—, tiene usted derecho a estar enfadada conmigo. De hecho, yo esperaba que lo hiciera y que protestara. Si no hubiera sido así, me habría decepcionado. —Ella parpadeó intrigada y con los puños todavía apretados sobre el regazo—. Confíe en mí. —De momento, no podía decirle mucho más—. Sé que soy una incógnita. Soy..., no soy el tipo de persona a la que, normalmente, se le otorga el mando de una nave. —Percibí en su cara un rastro de conformidad, cierto rechazo y, luego, vergüenza por haberlo sentido, ya que sabía que yo podía percibirlo; sabía que, casi con toda certeza, yo estaba observando su reacción. Médico había reparado mis implantes cuando yo los estropeé y los desactivé para ocultarlos. Médico sabía lo que yo era como ninguna otra persona en la nave lo sabía, salvo Seivarden—. Pero confíe en mí.

—No tengo elección, ¿no, señor? Estamos incomunicadas hasta que lleguemos a Athoek y no puedo presentar mis quejas ante nadie —dijo con frustración.

—Preséntelas cuando lleguemos a Athoek. Si todavía quiere hacerlo.

Y si servía de algo presentarlas ante las autoridades de allí.

—Señor... —Se levantó, contuvo lo que iba a decir y trazó una rígida reverencia—. ¿Puedo irme?

—Sí, desde luego, Médico.

La teniente Tisarwat era un problema. Su historial oficial no era más que una escueta lista de datos. Indicaba que había nacido y crecido en un planeta y que era la tercera hija de una de sus progenitoras y la segunda de la otra. Había recibido el tipo de educación que cualquier radchaai de una familia

acomodada y moderadamente prestigiosa habría recibido. Sacó buenas notas en matemáticas y aunque le entusiasmaba la poesía, no estaba especialmente dotada para ella. En cuanto a la historia, ni le entusiasmaba ni tenía dotes para ella. Recibía una asignación de sus progenitoras, pero no esperaban gran cosa de ella. La primera vez que salió al espacio fue cuando dejó el planeta para su adiestramiento.

Si se leía entre líneas, no estaba destinada a ocupar ningún puesto concreto en su casa ni a heredar la fortuna o la posición de ninguna miembro de su familia ni se esperaba nada de ella. Su familia solo pretendía ayudarla y favorecerla por ser quien era. Era evidente que sus progenitoras la querían y la mimaron hasta que se marchó para formarse como militar. La comunicación que mantenía con sus progenitoras lo confirmaba. Sus hermanas, todas mayores que ella, no parecían envidiar su estatus de favorita, sino que lo aceptaron con tranquilidad y la mimaron casi tanto como sus progenitoras.

«Caprichosa», había dicho Skaaiat Awer de ella. «Frívola», pensé yo al ver el color sin duda artificial de sus ojos; y los resultados de las aptitudes indicaban lo mismo. No sugerían autodominio, como tampoco lo sugería la melancolía que había mostrado desde poco después de subir a bordo de la *Misericordia de Kalr*.

Sus instructoras habían conocido a otras con sus mismas circunstancias y por eso habían sido duras con ella sin llegar a la crueldad. Sin duda, algunas también tenían hermanas pequeñas y, como estaba destinada a un puesto de administrativa, poco importaba que en microgravedad no pudiera retener la comida en el estómago. Montones de tenientes novatas tenían el mismo problema; sobre todo si contaban con poca experiencia en el espacio.

Dos días antes, mientras Médico examinaba a Tisarwat y Nave establecía las conexiones que nos permitirían, tanto a ella como a mí, observarla como a cualquier otra miembro de la tripulación, sus bos registraron cada milímetro de su equipaje y llegaron a conclusiones bastante exactas acerca de su historia. Se sintieron indignadas por su inexperiencia, al fin y al cabo no era más que una jovencita recién salida de la instrucción y, aunque eso era motivo de burla y exasperación, también despertó en ellas simpatía hacia Tisarwat y cierto orgullo anticipatorio. Sus bos podrían atribuirse el mérito de cualquier logro futuro de Tisarwat; al fin y al cabo, ellas la habrían formado y le habrían enseñado todo lo que sabía y era realmente importante. Estaban

dispuestas a ser suyas y deseaban fervientemente que se convirtiera en el tipo de teniente que las haría sentirse orgullosas de servirla.

Y de la misma manera yo deseaba que mis sospechas no fueran verdad.

La guardia de Médico transcurrió, por supuesto, sin incidentes. Cuando terminamos nuestra charla, se dirigió directamente al puente de mando. Todavía estaba enfadada. Las amaats de Seivarden estaban entrenándose y duchándose, y pronto se acostarían entre empujones y alguna que otra exclamación susurrada de indignación, ya que no disponían de mucho espacio para moverse. Las etrepas de Ekalu frotaban las casi impolutas habitaciones y pasillos de las que eran responsables y la teniente Tisarwat no se despertaría hasta al cabo de casi cuatro horas.

Me dirigí al pequeño gimnasio de la nave y las pocas amaats que seguían allí se apartaron a toda prisa. Hice ejercicio duramente durante una hora y luego me dirigí, enojada y sudorosa, a la galería de tiro.

Todo era un simulacro. Nadie quería que hubiera balas volando por el interior de una nave pequeña y menos con un estado de alto vacío en el exterior. Los blancos eran imágenes que Nave proyectaba en la pared del fondo. El arma daba un golpetazo y retrocedía como si disparara balas reales, pero solo lanzaba rayos de luz, lo que no era tan destructivo como yo habría deseado en aquel momento, pero tendría que servir.

Nave conocía mi estado de ánimo, así que proyectó una rápida sucesión de blancos que, de forma automática, acerté sin excepción. Recargué el arma, aunque, en realidad, no era necesario, pero lo habría sido si se hubiera tratado de un arma de verdad, así que la rutina de entrenamiento lo exigía. Volví a disparar un par de veces, recargué de nuevo el arma, disparé. No tenía suficiente. Al percibirlo, Nave puso blancos en movimiento; una docena a la vez. Yo adopté un ritmo regular: disparo, recarga, disparo, recarga... A mi mente acudió una canción; siempre me acompañaba una canción. En aquel caso, la letra era el relato del enfrentamiento definitivo entre Anaander Mianaai y su antigua amiga, Naskaai Eskur. La autora de la canción fue ejecutada mil quinientos años atrás: su versión del enfrentamiento dejaba a Anaander como a una villana y terminaba con la promesa de que la difunta Naskaai regresaría para vengarse.

En el espacio radchaai, la canción casi había sido olvidada por completo,

porque cantarla o solo saber que existía podía costarle a una ciudadana ser sometida a reeducación. Sin embargo, todavía circulaba por algunos lugares libres de la influencia del Radch.

*¡Traidora! Hace tiempo prometimos
realizar un intercambio igualitario, regalo por regalo.
Esta es mi maldición: lo que destruyas te destruirá.*

Disparo, recarga, disparo, recarga. La canción, o cualquier otra sobre el mismo tema, apenas reflejaban lo ocurrido en la realidad. Sin duda, los sucesos fueron bastante mundanos y no tan poéticamente dramáticos ni con toques míticos y proféticos como narraba la canción. Aun así, me producía satisfacción cantarla.

Terminé la canción y bajé el arma. Espontáneamente, Nave me mostró lo que había a mi espalda: tres etrepas se apretujaban en la entrada de la galería de tiro y me observaban atónitas. Seivarden, que se dirigía a sus dependencias para acostarse, se había quedado de pie detrás de ellas. No podía percibir mi estado de ánimo con tanta exactitud como Nave, pero me conocía lo bastante para estar preocupada.

—Noventa y nueve por ciento de aciertos —me informó Nave innecesariamente a través del oído.

Inhalé hondo, guardé el arma en su receptáculo y me volví. Las expresiones de las tres etrepas pasaron inmediatamente del asombro a la inexpresividad, a un hermetismo parecido al de las auxiliares, y salieron de la galería. Pasé por su lado rozándolas y avancé por el pasillo en dirección al baño. Oí que una de ellas decía:

—¡Joder! ¿Son así las de Misiones Especiales?

Percibí pánico en sus compañeras, porque su anterior capitana era muy estricta con las palabrotas, y oí que Seivarden exclamaba con un tono de voz aparentemente jovial:

—¡De verdad que la capitana de flota es una jodida fiera!

La vulgaridad de su expresión combinada con su acento arcaico y elegante las hizo reír y, sin dejar de sentirse inquietas, experimentaron cierto alivio.

La *Misericordia de Kalr* no me preguntó por qué estaba enfadada ni qué iba mal, lo que en sí mismo sugería que mis sospechas eran ciertas. Por primera vez en mis dos mil años de vida me hubiera gustado ser dada a soltar

tacos.

3

Ordené que despertaran a la teniente Tisarwat tres horas antes de lo previsto y que se presentara inmediatamente ante mí. Se despertó sobresaltada y con el corazón acelerado a pesar de que todavía estaba bajo los últimos efectos de la medicación que Médico le había administrado. Tardó unos segundos en comprender las palabras de Nave, que le habló directamente en el oído, y dedicó veinte segundos solo a respirar despacio y deliberadamente. Todavía estaba algo mareada.

Cuando llegó a mis dependencias seguía alterada. Llevaba el cuello de la chaqueta torcido. Ninguna de sus bos estaba despierta para atenderla y se había vestido de prisa y con nerviosismo: las cosas se le caían de las manos y se abrochó los simples cierres de la ropa con torpeza. La recibí de pie y, como no le ordené que se retirara, Kalr Cinco se entretuvo fingiendo estar ocupada a la espera de ver u oír algo interesante.

—Teniente Tisarwat —dije con voz dura y enfadada—, el trabajo de su decuria durante los dos últimos días ha sido inadecuado.

Percibí en ella rabia, disgusto y resentimiento. Nada más entrar había adoptado una posición de firmes encomiable, teniendo en cuenta las circunstancias, pero le veía la espalda y noté que se le tensaban los hombros y levantaba la cabeza un par de milímetros. Sin embargo, fue lo bastante lista para no contestar.

—Ya debe de saber que Nave no puede ver algunas partes de sí misma. Las auxiliares lo hacían por ella. Pero Nave ya no dispone de auxiliares y ahora la limpieza y el mantenimiento de esas partes son responsabilidad de usted. Sin embargo, la decuria Bo las ha estado obviando. Por ejemplo, los pernos de las bisagras de las cámaras de presurización de las lanzaderas no se han limpiado desde hace tiempo. —Yo lo sabía por experiencia, ya que, justo la semana anterior, mi vida y la de las demás personas del palacio Omaugh habían

dependido, entre otras cosas, de la velocidad a la que pude desmontar parte de la cámara de presurización de una de las lanzaderas de la *Misericordia de Kalr*—. Lo mismo ocurre con una zona que hay debajo de la rejilla del desagüe del lavabo, que no se ve a menos que se meta la cabeza. —Esta idea era desagradable incluso en las mejores circunstancias, pero era mucho peor si esa zona no se había limpiado a fondo con frecuencia—. La *Misericordia de Kalr* le dará la lista de las zonas y espero que todo esté a punto cuando lo inspeccione mañana a esta misma hora.

—¿Ma... mañana, señor?

La voz de la teniente sonó ligeramente ahogada.

—Mañana a esta misma hora, teniente; y ni usted ni su decuria deben hacer uso del tiempo que tienen asignado para entrenar en el gimnasio o la galería de tiro. Puede retirarse.

La teniente hizo una reverencia y se marchó descontenta y enfadada; como también lo estarían sus bos cuando se enteraran de todo el trabajo que acababa de asignarles.

Si bien era cierto que yo contaba con un poder casi absoluto sobre las personas que había a bordo, sobre todo dado nuestro aislamiento en el portal espacial, también lo era que hubiera cometido una estupidez enemistándome con las oficiales. Y también sería estúpido fomentar el descontento de las soldados sin una buena razón. Bo se sentiría contrariada por el hecho de que hubiera tratado injustamente a la teniente Tisarwat tanto porque eso repercutía en ellas desfavorablemente como porque la teniente Tisarwat era su teniente.

Sin embargo, ese era mi objetivo. Intentaba que fuera así deliberadamente, pero la elección y oportunidad del momento eran primordiales. Si presionaba demasiado y demasiado deprisa, los resultados no serían los que esperaba; de hecho, con seguridad serían desastrosos. Pero si presionaba demasiado poco y durante un período demasiado largo, se me acabaría el tiempo y tampoco los resultados serían los que esperaba. Y yo necesitaba obtener esos resultados concretos. Las amaats, las etrepas y las mismas kalrs entenderían la posición de las bos. Y, si iba a ser dura con las bos, porque ser dura con la teniente de las bos era lo mismo que serlo con ellas, debía hacerlo por una razón que las demás decurias entendieran. No quería que todas las personas a bordo de *Misericordia de Kalr* creyeran que estaba siendo severa inexplicable y caprichosamente; que, por muy buena que una persona fuera,

la capitana podía decidir convertir su vida en un infierno. Yo había conocido capitanas que actuaban de esa forma y no por eso sus tripulaciones fueron mejores.

Sin embargo, no podía explicarle mis razones a nadie; al menos no entonces, y esperaba no tener que hacerlo nunca, aunque sí que había deseado, desde el principio, que aquella situación no se hubiera producido.

A la mañana siguiente, invité a Seivarden a desayunar: mi desayuno, su cena. También debería haber invitado a Médico, que comía a la misma hora que nosotras, pero supuse que, en aquellos momentos, se sentiría más cómoda comiendo sola que conmigo.

Seivarden se mostró cautelosa, como si quisiera decirme algo pero no estuviera segura de que fuera acertado decírmelo; o quizá no sabía cómo decírmelo de una forma adecuada. Tomó tres bocados de pescado y, luego, dijo bromeando:

—No creía merecer la mejor vajilla.

Se refería a los delicados platos de porcelana pintados de colores violeta y aguamarina, y a los tazones de té de cristal rosa. Cinco sabía que comer con Seivarden no requería de ningún tipo de formalidad, pero, aun así, no había sido capaz de guardar la vajilla buena y utilizar la esmaltada.

—La segunda mejor —precisé yo—. Lo siento; ni siquiera yo he visto la mejor. —Solo con pensar en la vajilla buena, Cinco, que estaba en un rincón fingiendo limpiar un cubierto limpiísimo, experimentó una leve punzada de felicidad y orgullo—. Me dijeron que debía tener una vajilla bonita, así que le pedí a la Lord del Radch que me mandara algo adecuado.

Seivarden arqueó una ceja. Sabía que Anaander Mianaai no constituía un asunto trivial para mí.

—Me sorprende que la Lord del Radch no haya venido, claro que...

Lanzó una brevísima mirada hacia Cinco y, sin que yo dijera nada, solo con percibir mi deseo, Nave le sugirió a Kalr Cinco que saliera de la habitación. Cuando nos quedamos a solas, Seivarden continuó:

—Tiene las claves de acceso. Puede hacer que Nave haga lo que ella quiera. Incluso puede hacer que tú hagas lo que ella quiera, ¿no es así?

Territorio peligroso. Pero Seivarden no tenía forma de saberlo. Durante un instante, vi a la teniente Tisarwat, que seguía estresada y mareada y, además,

ahora estaba exhausta, ya que no había dormido desde que mandé que la despertaran, unas veinte horas antes. En aquel momento estaba tumbada en el suelo del lavabo. Habían retirado la rejilla del desagüe y ella había metido la cabeza en la parte que Nave no podía ver. Una ansiosa e igualmente exhausta bo estaba detrás de ella y esperaba su veredicto.

—La cuestión no es tan simple —le expliqué a Seivarden, volviendo a dirigirle mi atención. Me obligué a tomar un bocado de pescado y un trago de té—. Todavía me queda un acceso de los de antes. —De cuando yo era una nave, de cuando formaba parte de la decuria Esk de la *Justicia de Toren*—. Y solo puede activarlo la voz de la tirana. Y, sí, podría haberlo utilizado antes de que yo abandonara el palacio. De hecho, como recordarás, ella misma me lo indicó, pero también me dijo que no quería utilizarlo.

—Quizá lo utilizó y te ordenó que no lo recordaras.

Yo ya había considerado esa posibilidad, pero la había desestimado. Lo negué con un gesto.

—Pero hay un punto límite a partir del cual los accesos dejan de ser efectivos.

Seivarden asintió con un gesto. Cuando la conocí, ella era una teniente primeriza de diecisiete años y no creía que las IA de las naves experimentaran sentimientos concretos, al menos ninguno que fuera relevante. Como muchas radchaais, creía que los pensamientos y las emociones eran dos aspectos fácilmente distinguibles entre sí y que las IA que gobernaban las estaciones de grandes dimensiones y las naves militares eran totalmente neutrales, mecánicas. Circulaban viejas historias, melodramas históricos acerca de sucesos que ocurrieron antes de que Anaander Mianaai empezara a construir su imperio. Dichas historias contaban que algunas naves se habían sentido sumamente apenadas y desesperadas por la muerte de sus capitanas. Pero eso formaba parte del pasado. La Lord del Radch había mejorado el diseño de las IA y había eliminado ese fallo. No obstante, Seivarden había aprendido recientemente que las IA de las naves sí que experimentaban emociones.

—En Athoek, y teniendo en cuenta que la hermana de la teniente Awn estará allí, estarás muy cerca del punto límite —supuso Seivarden.

Era más complicado que eso, pero...

—Básicamente, sí.

—Breq —dijo; parecía querer indicarme que deseaba hablar conmigo como

Breg y no como capitana de flota—, hay algo que no entiendo. Aquel día, la Lord del Radch dijo que no podía hacer que las IA la obedecieran sin importar lo que les ordenara porque sus mentes eran complicadas.

—Así es.

Además, Anaander Mianaai lo dijo en un momento en el que había otros asuntos mucho más urgentes y apremiantes, por lo que debió de decir la verdad.

—Pero las naves quieren a las personas; me refiero a personas concretas. —Por alguna razón, lo que dijo la puso nerviosa y activó en ella un ligero temor. Para ocultarlo, bebió un sorbo de té. A continuación, dejó con cuidado la preciosa taza de intenso color rosa sobre la mesa—. Y ese es un punto límite, ¿no? Vaya, que puede serlo. ¿Por qué, entonces, no construyó todas las naves de forma que la quisieran a ella?

—Porque ese sería, potencialmente, un punto límite. —Me miró con el ceño fruncido, sin comprenderme—. ¿Tú quieres al azar?

Ella parpadeó desconcertada.

—¿Qué?

—Que si quieres aleatoriamente; como si sacaras fichas de una caja. ¿Quieres a la primera persona que se te presenta o hay algo en ciertas personas que hace que las quieras?

—Yo..., creo que lo entiendo. —Dejó el cubierto y el bocado de pescado que sostenía en el plato sin probarlo—. Creo que sé a lo que te refieres, pero no estoy segura de qué relación tiene eso con...

—Si hay algo en ciertas personas que hace que las quieras, ¿qué sucede si eso cambia y dejan de ser las personas que eran?

—Supongo... —dijo despacio y reflexiva—, yo diría que el amor verdadero no se extingue pase lo que pase.

Para las radchaais, el amor verdadero no se limitaba al amor romántico entre amantes o al de las progenitoras y sus hijas, sino que también podía darse entre patronas y clientas; al menos así debería ser idealmente.

—O sea —continuó Seivarden avergonzada sin motivo—, imagínate que tus progenitoras dejaran de quererte. —Volvió a fruncir el ceño y a experimentar una oleada de temor y añadió—: ¿Tú podrías haber dejado de querer a la teniente Awn?

—Si ella se hubiera convertido en una persona distinta de quien era... —afirmé después de tomar y tragar con deliberación un bocado de mi desayuno.

Seivarden seguía sin comprender—. ¿Quién es Anaander Mianaai? — Entonces lo comprendió; lo percibí en el malestar que experimentó—. Ni siquiera ella lo sabe, ¿no? Podría ser dos personas o más. Y a lo largo de sus tres mil años de vida, sin duda ha cambiado. Todas las personas que no están muertas lo hacen. ¿Cuánto puede cambiar una persona y seguir siendo ella misma? ¿Cómo podía ella predecir cuánto cambiaría a lo largo de esos miles de años y qué consecuencias tendrían sus cambios? Es mucho más fácil utilizar otros referentes, como, por ejemplo, el deber o la lealtad a una idea.

—La justicia —propuso Seivarden, consciente de la ironía, ya que ese solía ser mi nombre—. La corrección. El provecho.

Este último, el provecho, era el más cuestionable.

—Cualquiera, o todos ellos, sirven para ese fin —accedí yo—. Respecto a las naves, solo tienes que estar pendiente de quiénes son sus personas favoritas para no provocar un conflicto o para utilizar esas preferencias en tu provecho.

—Comprendo —dijo ella, que se aplicó en silencio a tomar el resto de la cena.

Cuando acabamos de comer y después de que Kalr Cinco regresara, retirara los platos, nos sirviera más té y volviera a marcharse, Seivarden retomó la conversación:

—Señor... —empezó, lo que me indicó que se trataba de un asunto relacionado con la nave.

Sabía qué quería decirme. Los soldados de las decurias Amaat y Etrepa ya habían visto a las bos levantadas más allá de su hora de acostarse. Habían visto a las diez soldados limpiando y frotando desesperadamente, retirando accesorios, levantando rejillas, examinando minuciosamente cada milímetro, cada grieta y rendija de las zonas de la nave de cuyo mantenimiento eran las responsables. Cuando la teniente Ekalu reemplazó a Seivarden en el turno de guardia, se atrevió a dirigirle unas palabras:

—No quisiera ofenderla..., pero he pensado que podría comentarle al señor...

Seivarden estaba confusa: en parte por el acento de la teniente Ekalu y en parte por el hecho de que hubiera empleado el título de señor en lugar de capitana de flota. Era un resto de los días en que Ekalu era Amaat Una y del hábito que tenía la tripulación de la *Misericordia de Kalr* de hablar de forma que no llamara la atención de la capitana de la nave. Pero, por lo visto, lo que

le causó más confusión fue la alusión a que podría haberse ofendido. Ekalu se sentía demasiado violenta para explicarse.

—¿No crees que estás siendo demasiado dura con Tisarwat? —me preguntó Seivarden.

Sin duda pensaba que, probablemente, yo había oído la conversación que mantuvo con Ekalu en el puente de mando. Al ver que no le contestaba, se dio cuenta de que estaba en un estado de ánimo peligroso y que, por alguna razón, ese tema no era del todo seguro. Respiró hondo y continuó:

—Últimamente estás enfadada.

Yo arqueé una ceja.

—¿Últimamente?

Mi taza de té permanecía intacta delante de mí. Ella levantó la suya un centímetro e hizo un gesto de comprensión.

—Durante unos días, estuviste menos enfadada. No sé, quizá porque estabas herida. Pero ahora vuelves a estar enfadada. Supongo que conozco la razón y supongo que no puedo culparte por ello, pero...

—Piensas que lo está pagando la teniente Tisarwat.

En aquel momento no quería verla, de modo que no dirigí mi atención hacia ella. Dos de sus bos examinaban minuciosamente el interior de la lanzadera de la que eran responsables; una de las dos de las que disponíamos, porque yo había destruido la tercera la semana anterior. De vez en cuando comentaban, con disimulo y lacónicamente, lo injusto que era mi trato hacia ellas y lo dura que era con su teniente.

—Tú ya conoces las zonas en las que los soldados pueden ser más descuidados, pero ¿cómo podía saberlo la teniente Tisarwat?

—De todas maneras, ella es la responsable de su decuria.

—También podrías haberme reprendido a mí —señaló Seivarden y bebió otro trago de té—. Yo también debería ser consciente de que hay zonas descuidadas y no lo he sido. Mis auxiliares siempre se ocupaban de esas cosas sin que yo tuviera que ordenárselo porque sabían que era su obligación. ¡Por las tetas de Aatr!, la misma Ekalu debería saber, más que cualquiera de nosotras, qué tareas descuida la tripulación. Y, entiéndeme, no la critico, pero cualquiera de nosotras se merecía un rapapolvo por eso. ¿Por qué le cae a Tisarwat y no al resto de nosotras?

Yo no quería explicárselo, así que no dije nada; cogí la taza de té y bebí un sorbo.

—Admito —continuó Seivarden— que está resultando ser una tipa difícil. Siempre parece estar incómoda: no sabe qué hacer con las manos y los pies, y come con desgana. Y es torpe. Ya se le han caído tres tazas de té en el comedor de la decuria y dos se hicieron añicos. Además, es tan... introvertida. No me extrañaría que, en cualquier momento, empezara a quejarse de que nadie la entiende. ¿En qué pensaba milord? —Se refería a Anaander Mianaai, la Lord del Radch—. ¿Tisarwat era la única teniente disponible?

—Es probable. —Pensarlo hacía que me enojara más de lo que lo estaba—. ¿Te acuerdas de cuando eras una teniente primeriza?

Seivarden, consternada, dejó la taza sobre la mesa.

—¡Por favor, no me digas que era como ella!

—No, no como ella. Eras rara y molesta de una forma diferente.

Resopló divertida y disgustada al mismo tiempo.

—Bueno —soltó seria; de repente, se puso nerviosa porque iba a decir algo que había querido decirme durante toda la comida y que la intimidaba incluso más que acusarme de tratar injustamente a la teniente Tisarwat—. Breq, la tripulación cree que me arrodillo ante ti.

—Sí. —Yo ya lo sabía, por supuesto—. Pero no sé por qué. Cinco sabe de sobra que nunca nos hemos acostado.

—Bueno, la impresión general es que he sido descuidada en mis... obligaciones. Me pareció correcto esperar hasta que te recuperaras de tus heridas, pero ya hace tiempo que debería... haberte ayudado en los asuntos que te inquietan, sean cuales sean. Y quizá tengan razón. —Bebió otro sorbo de té—. Muestras favoritismo hacia mí y eso no es bueno.

—Siento haberte avergonzado.

—¡No, no, no me has avergonzado! —mintió; y añadió con más sinceridad—: Bueno, no me avergüenza que alguien lo piense, pero que lo comenten así... Breq, tú me encontraste hace ¿cuánto?, ¿un año? En todo este tiempo nunca te he visto... Lo que quiero decir es que cuando eras... —Se interrumpió y tuvo la impresión de que temía decir algo inapropiado. Su piel era demasiado oscura para que se apreciara si se sonrojaba o no, pero percibió un cambio en su temperatura corporal—. En fin, que sé que eras auxiliar. Bueno, lo eres. Y las naves no... Bueno, sé que las auxiliares pueden...

—Sí, las auxiliares pueden —corroboré yo—. Como sabes por tu propia experiencia.

—Sí —admitió ella, ahora ya avergonzada de verdad—, pero supongo que

nunca pensé que las auxiliares realmente lo querríais.

Dejé pasar unos segundos para que pensara en lo que había dicho. Luego le expliqué:

—Las auxiliares tienen cuerpo humano, pero también forman parte de la nave. Lo que sienten las auxiliares también lo siente la nave, porque son un único ser, aunque cada cuerpo sea diferente. Cada cuerpo percibe y siente cosas diferentes que los otros, y no siempre quieren las mismas cosas. Pero sí, en general, yo solía atender esas necesidades cuando mis cuerpos lo requerían. No me gusta estar incómoda. A nadie le gusta, así que hacía lo que podía para que mis auxiliares estuvieran a gusto.

—Supongo que nunca me di cuenta.

—En realidad, no tenías por qué hacerlo. —Era mejor aclarar aquello de una vez por todas—. En general, las naves no desean tener una pareja. Satisfacen sus necesidades entre ellas; al menos eso es lo que hacen las naves que tienen auxiliares. Es así.

Aclaré, con un gesto, lo que era obvio ya que no quería ser más explícita. No añadí que las naves no suspiraban por tener compañeras sentimentales. Anhelaban tener capitanas, sí, y también tenientes, pero no amantes.

—Pero tú ya no tienes otros cuerpos con los que satisfacer esas necesidades —objetó Seivarden después de unos segundos. Por su mente cruzó otra idea—: ¿Qué se siente al satisfacer esas necesidades y disponer de más de un cuerpo?

No pensaba responderle.

—Me sorprende un poco que no hayas pensado en eso antes.

Pero solo un poco. Conocía a Seivarden demasiado bien y sabía que nunca le había importado mucho lo que su nave pensara o sintiera. Y tampoco había sido una de esas oficiales obsesionadas con las auxiliares y el sexo.

—Entonces, cuando te retiran las auxiliares debe de ser como si te cortaran partes del cuerpo para siempre —comentó Seivarden, horrorizada durante unos instantes.

Podría haberle sugerido que se lo preguntara a Nave, pero probablemente no habría querido contestarle.

—Según me han contado es algo parecido —respondí con voz neutra.

—Breq —continuó Seivarden—, antes, cuando era teniente... —Se refería a mil años atrás, cuando era teniente de la *Justicia de Toren* y estaba a mi cargo—, ¿alguna vez me fijé en alguien aparte de mí misma?

Durante un instante pensé en las muchas verdades con las que podía contestarle; algunas menos diplomáticas que otras y, finalmente, respondí:

—De vez en cuando.

Por iniciativa propia, la *Misericordia de Kalr* me mostró el comedor de los soldados, donde las amaats de Seivarden estaban retirando los platos de la cena.

—Son órdenes, ciudadanas. Lo ha ordenado la teniente —comentó Amaat Una.

Unas cuantas amaats refunfuñaron.

—No lograré quitármela de la cabeza en toda la noche —se quejó una a la compañera que tenía al lado.

En mis dependencias, Seivarden dijo arrepentida:

—Espero estar haciéndolo mejor ahora.

En el comedor, Amaat Una abrió la boca y empezó a cantar con timidez y desafinando ligeramente: «Todo gira...» Las demás amaats se le unieron de mala gana, sin entusiasmo y avergonzadas: «... todo gira. El planeta gira alrededor del Sol. Todo gira...»

—Sí —le contesté a Seivarden—. Un poco mejor.

La labor de las bos con sus tareas era encomiable. En aquel momento, la decuria al completo estaba alineada en el comedor sin mover ni un solo músculo, con el cuello y los puños de la chaqueta impecables. Incluso la teniente Tisarwat conseguía presentar, hacia el exterior, una imagen de absoluta impasibilidad, aunque interiormente fuera otra cuestión. Todavía experimentaba esa tensión de fondo, esa ligera e invariable sensación de mareo; además, no había dormido desde que la desperté el día anterior. Sus bos despedían una oleada colectiva de resentimiento unido a un orgullo desafiante; al fin y al cabo, habían trabajado mucho el último día y, teniendo en cuenta las circunstancias, habían hecho un buen trabajo. Era de ley que yo les comunicara mi satisfacción. Estaban esperando a que lo hiciera; convencidas, todas, de que lo haría; porque en caso contrario iban a sentirse injustamente tratadas.

Se merecían sentirse orgullosas de ellas mismas. De hecho, tal y como estaban las cosas, la teniente Tisarwat no se las merecía.

—Bien hecho, bos —las elogí y, como recompensa, percibí una oleada de

orgullo, agotamiento y alivio por parte de cada una de las soldados que estaban delante de mí—. Ahora procuren continuar así. —Y añadí con severidad—: ¡Teniente, sígame!

Me volví, salí del comedor y, mientras me dirigía a mis dependencias, le indiqué en silencio a Nave:

—Comunícale a Kalr que quiero privacidad.

No pensé mucho en por qué la quería para no volver a enfadarme; o enfadarme todavía más.

Incluso el simple deseo de moverse envía impulsos a los músculos y se producen movimientos minúsculos. Nave podía percibirlos en todas nosotras y yo podía percibirlos cuando ella me los mostraba. En teoría, nadie más en la *Misericordia de Kalr* podía ver esos datos como yo los veía. En teoría. Pero no quería pensar en eso. Cuando llegué a mis dependencias, la puerta se abrió sin que yo tuviera que pedirlo. Las kalrs que estaban de servicio allí hicieron una reverencia y, al salir, sortearon a la teniente Tisarwat, que se había detenido en la entrada.

—Entre, teniente —ordené con calma y sin brusquedad.

Estaba enfadada, sí, pero yo siempre lo estaba; eso era normal. Nadie que lo notara se sentiría alarmado. La teniente avanzó hacia el interior de la habitación.

—¿Ha podido dormir? —le pregunté.

—Un poco, señor —contestó sorprendida.

Estaba demasiado cansada para pensar con total claridad y todavía se sentía mareada e infeliz. Sus valores de adrenalina seguían siendo superiores a lo normal. ¡Bien! Y nada bien. En absoluto. De hecho, era terrible.

—¿Ha comido?

—Yo... —Parpadeó sorprendida y tuvo que reflexionar sobre mi pregunta—. No he tenido mucho tiempo, señor.

Respiró con un poco más de naturalidad que un segundo antes y se le relajaron mínimamente los músculos de los hombros.

Sin pensar en lo que hacía, me moví lo más deprisa que pude, lo que es muy deprisa. La agarré por el cuello de la chaqueta, la empujé con fuerza hacia atrás y la aplasté contra la pared verde y violeta que estaba a un metro detrás de ella. La mantuve allí, con la espalda incómodamente curvada hacia atrás por encima de uno de los bancos; y entonces vi lo que había estado buscando. Solo durante un instante, durante un brevísimo instante, la habitual

infelicidad de la teniente se convirtió en un terror extremo. Se le dispararon una barbaridad la adrenalina y el cortisol, y allí, en su cerebro, percibí el indicio, casi ilusorio, de unos implantes que no deberían estar y que al instante siguiente ya no estaban.

Implantes de auxiliar.

Le golpeé la cabeza contra la pared. Ella soltó un leve grito y volví a percibir su escalofriante terror, y aquellos implantes que ningún ser humano debería tener y que enseguida volvieron a desaparecer.

—¡Suelte la *Misericordia de Kalr* o la estrangulo ahora mismo con mis propias manos!

—¡No será capaz! —jadeó ella.

Eso me demostró que no pensaba con claridad. En pleno uso de sus facultades, Anaander Mianaai nunca, ni por un segundo, habría dudado de que yo pudiera hacerlo. La solté y ella se deslizó por la pared hasta quedar sentada en el banco. Entonces la agarré por el cuello y le apreté la tráquea. Ella me agarró las muñecas con desesperación, sin poder respirar. Tenía unos diez segundos para obedecerme o moriría.

—Suelte mi nave —le exigí con voz calmada y neutra.

Sus datos volvieron a aparecer en mi visión: implantes de auxiliar nítidos y bien definidos y unas náuseas y un terror terribles y lo bastante intensos como para que yo casi me retorciera también de terror. La solté y me quedé de pie frente a ella. Vi cómo se derrumbaba; cómo tosía y jadeaba sobre el duro banco sin cojines y luego se atragantaba entre convulsiones intentando vomitar la nada que contenía su estómago.

—Nave —llamé.

—Ha cancelado todas las órdenes —me informó la *Misericordia de Kalr* en el oído—. Lo siento, capitana.

—No podías hacer nada.

Todas las naves militares radchaais se construían con accesos que permitían que Anaander Mianaai las controlara y la *Misericordia de Kalr* no era una excepción. Tuve suerte de que Nave no sintiera el menor entusiasmo por cumplir las órdenes que la Lord del Radch había estado transmitiéndole y no se hubiera esforzado en corregir ningún pequeño fallo o desliz. Si de verdad hubiera querido ayudar a Anaander Mianaai a engañarme, sin duda lo habría conseguido.

—Anaander Mianaai, Lord del Radch, ¿acaso creía que no me daría

cuenta? —le pregunté a la teniente primeriza, que tenía arcadas y temblaba delante de mí.

—Siempre hay riesgos —susurró ella. Se limpió la boca con la manga.

—No está usted acostumbrada a asumir riesgos sin contar con décadas o incluso siglos para prepararse —repliqué yo. Había dejado de lado todo fingimiento de expresión humana y hablé con mi monótona voz de auxiliar—. Todas sus partes han formado parte de usted desde su nacimiento. Probablemente, desde antes. Nunca había sido una persona, y que, de repente, le implanten tecnología auxiliar en el cerebro no resulta agradable, ¿a que no?

—Ya sabía que no era agradable.

Ahora controlaba mejor la respiración y ya no tenía arcadas, pero hablaba en susurros y con voz ronca.

—Lo sabía, pero creía que tendría los medicamentos que le permitirían soportarlo hasta que su organismo se acostumbrara. Creía que podría robarlos del Departamento Médico y utilizar sus códigos de acceso para que la *Misericordia de Kalr* ocultara su rastro.

—Has sido más hábil que yo —reconoció ella. Todavía se encontraba en un estado lamentable y tenía la vista fija en el banco, que ahora estaba asqueroso—. Lo admito.

—Es usted quien se ha vencido a sí misma. No disponía de un equipo estándar de implantes de auxiliar. —Hacía casi un siglo que no era legal fabricar auxiliares. Eso sin contar los cuerpos que ya estaban almacenados y esperaban en estado de suspensión animada, pero esos estaban, casi todos, en las cruceros de batalla y no había ninguna cerca del palacio Omaugh—. Tuvo que modificar los equipos que utiliza. Además, tocar un cerebro humano es un asunto delicado. Si hubiera sido el suyo, no habría constituido un problema porque usted conoce su cerebro milímetro a milímetro. Si se hubiera tratado de uno de sus cuerpos, no habría tenido problemas, pero no podía utilizar ninguno de los suyos. Por una parte, porque en estos momentos no puede prescindir de ninguno y, por la otra, porque de haberlo hecho yo la habría expulsado de la nave nada más entrar en el portal. De modo que tenía que utilizar el cuerpo de otra persona, pero su tecnología estaba hecha a medida para su cerebro y no tenía tiempo de probarla, ya que, como mucho, disponía de una semana de tiempo. ¿Qué hizo? ¿Cogió a la joven, le puso los implantes y la soltó en los muelles sin más?

El día antes de partir, Tisarwat había faltado a la cita que tenía con la prima

de su madre para tomar el té y no había contestado ningún mensaje.

—Ni siquiera utilizando el equipo adecuado y con una médico que sepa lo que hace, funciona siempre. Seguro que usted lo sabe.

Ella lo sabía.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Yo ignoré su pregunta.

—Usted creía que podría ordenar a la *Misericordia de Kalr* y a Médico que me transmitieran datos falsos y así ocultar todo lo que tuviera que ocultar, sin más problema. También necesitaría medicamentos; eso le resultó obvio nada más instalar los implantes, pero no podía llevarlos con usted porque Bo los habría encontrado inmediatamente y yo me habría preguntado por qué necesitaba esa medicación en concreto. —Al no disponer de ella, se había encontrado tan mal que no pudo ocultarlo del todo y lo único que pudo hacer fue ordenarle a Nave que simulara que su malestar era menor de lo que lo era en realidad—. Pero yo ya sabía hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguir sus objetivos y, además, llevaba días tumbada aquí, en mis dependencias, recuperándome de mis heridas e imaginando qué planeaba hacer usted. —Y qué podía hacer yo para evitarlo sin que ella me descubriera—. Nunca me creí que me diera una nave y me dejara irme sin tenerme vigilada.

—¡Pero tú lo superaste sin medicación! ¡Nunca utilizaste fármacos!

Me acerqué al banco que utilizaba para dormir, aparté la ropa de cama y abrí el compartimento interior donde estaba la caja que los ojos humanos podían ver, pero no las naves ni las estaciones; no a menos que pudieran ver con los ojos de sus auxiliares. Abrí la caja y saqué el paquete de medicamentos que tomé del Departamento Médico días antes de mi última reunión con Anaander Mianaai en el palacio Omaugh; antes de conocer a la teniente Tisarwat en el despacho de la inspectora jefe Skaaiat e, incluso, antes de saber que Tisarwat existía.

—Vamos al Departamento Médico —le ordené a la teniente.

Y, en silencio, le indiqué a la *Misericordia de Kalr*: «Llama a dos kalrs.»

Mis palabras, la visión del paquete de medicamentos que sostenía en la mano enguantada y el imperioso deseo de librarse del sufrimiento que padecía hicieron que Anaander Mianaai, anteriormente la teniente Tisarwat, perdiera toda esperanza. De sus ojos brotaron unas lágrimas extraordinariamente lilas y emitió un leve gemido que enseguida reprimió.

—¿Cómo lo soportaste? —me preguntó—. ¿Cómo lograste sobrevivir a esto?

No tenía sentido que le contestara porque más que una pregunta, se trataba de una exclamación; en realidad la respuesta no le importaba.

—¡Levántese!

La puerta se abrió y entraron dos de mis kalrs. Al ver que la teniente Tisarwat había sido golpeada, que se había desplomado sobre el banco y que la manga de la chaqueta estaba manchada de bilis, se quedaron consternadas y estupefactas. Nos encaminamos al Departamento Médico en una triste procesión: Tisarwat (que no era Tisarwat) se apoyaba en una de las kalrs y la otra las seguía.

Cuando entramos en el departamento, Médico se quedó paralizada. Estaba horrorizada desde que Nave dejó de interferir en sus datos y en sus implantes especializados, y percibió lo que había en el cerebro de la teniente. Se volvió hacia mí con la intención de hablar.

—¡Espere! —le ordené con voz cortante.

Cuando las kalrs terminaron de ayudar a Tisarwat (que no era Tisarwat) a subir a la camilla, les ordené que se retiraran, y antes de que Médico pudiera decir nada o Anaander se diera cuenta de lo que ocurría y pudiera protestar, activé las correas de sujeción de la camilla. Anaander se sobresaltó, pero se encontraba demasiado mal para darse cuenta al instante de lo que eso significaba.

—Médico —dije—, como puede ver, la teniente Tisarwat tiene algunos implantes no autorizados. —Médico estaba demasiado horrorizada para hablar—. ¡Retíreselos!

—¡No, no lo haga! —intentó gritar Anaander Mianaai, pero no lo consiguió del todo y su voz sonó medio ahogada.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Médico.

Me di cuenta de que no acababa de encontrarle sentido a lo que tenía delante.

—¿Acaso eso importa en este preciso momento?

Si pensaba en ello, Médico encontraría la respuesta, ya que solo una persona podía haberlo hecho; solo una persona habría hecho algo así.

—Médico —llamó Tisarwat, que había estado intentando liberarse de las correas que la inmovilizaban sin éxito. Su voz siguió sonando ronca y ahogada—, soy Anaander Mianaai, Lord del Radch. Arreste a la capitana de

flota, desátame y adminístrame las medicinas que necesito.

—Está usted situándose por encima de su rango, teniente —repliqué yo, y me volví hacia Médico—. Le he dado una orden, Médico.

Al estar aisladas en el portal espacial, mi palabra era la ley sin importar cuáles fueran mis órdenes, aunque fueran injustas o ilegales. Una capitana podía ser sometida a juicio por dictar ciertas órdenes, pero cualquier miembro de su tripulación sería ejecutada sin remedio si desobedecía esas órdenes. Se trataba de un hecho central en la vida de cualquier soldado radchaai, aunque en raras ocasiones se había producido. Sin embargo, en la *Misericordia de Kalr* todo el mundo lo tenía presente, porque Nyseme Ptem, cuyo nombre se mencionaba todos los días en las oraciones, siguiendo mis instrucciones, fue una de esas soldados y murió por desobedecer la orden de matar a personas inocentes. Nadie que estuviera a bordo de la *Misericordia de Kalr* podía olvidarse de ella o de por qué había muerto. Todas las soldados sabían que yo había ordenado que se pronunciara su nombre todos los días como si se tratara de una de las difuntas de mi familia o de Nave. En aquel momento Médico era consciente de este hecho, sin duda.

Percibí su inquietud y su indecisión. Era evidente que Tisarwat estaba sufriendo y si algo enojaba de verdad a Médico era ver sufrir a alguien sin poder hacer nada. Podía interpretar mi orden como si acabara de acorralarla contra la pared bajo la amenaza de la ejecución, pero también le proporcionaba una excusa para hacer lo que había que hacer, y no tardaría en darse cuenta de ello.

—Médico —gruñó Tisarwat, que seguía intentando liberarse de las ataduras.

Le puse una mano, enguantada en negro, en el cuello. Nada de presión, simplemente como recordatorio.

—Médico —dije con calma—. No importa quién sea ni quién alega ser, la instalación de los implantes fue ilegal e injusta desde el principio. Además, no se ha adaptado bien. He visto estos efectos antes. Yo misma los he padecido y no mejorarán. Tisarwat tendrá muchísima suerte si no empeoran. Los fármacos le permitirán aguantar durante un tiempo, pero no solucionarán el problema. Solo una cosa lo solucionará.

Bueno, dos, pero en algunos aspectos eran lo mismo, al menos en lo que concernía a aquel cuerpo de Anaander Mianaai.

Médico se encontraba en el filo de la navaja y tenía que decantarse por una

de las dos opciones igualmente horribles. Solo la remota posibilidad de poder ayudar a su paciente suponía una diferencia apenas perceptible entre una y otra. Vi que había tomado su decisión.

—Yo nunca... Capitana de flota, no tengo experiencia en este tipo de intervenciones —dijo intentando con todas sus fuerzas que no le temblara la voz.

Nunca había tratado a auxiliares. Yo era la primera a la que había atendido en su departamento y Nave le había indicado cómo hacerlo. Además, yo no era una auxiliar típica, precisamente.

—Pocas la tienen. Colocar los implantes es rutinario, pero no se me ocurre nadie que haya tenido que extirparlos. Ni nadie que se preocupara por el estado del cuerpo después de colocarlos, pero estoy segura de que usted se las arreglará bien. Nave sabe lo que hay que hacer. —En aquel momento, Nave estaba diciéndole lo mismo a Médico—. Además, yo la ayudaré.

Médico miró a Tisarwat —no a Tisarwat, sino a Anaander Mianaai—, que seguía atada a la camilla, había dejado de forcejear con las ataduras y tenía los ojos cerrados. Luego, Médico me miró a mí.

—Sedación... —empezó.

—¡Ah, no! Tiene que estar despierta durante la intervención, pero no se preocupe, hace unos minutos la he estrangulado bastante y no podrá gritar mucho.

Cuando terminamos, con Tisarwat inconsciente y tan sedada como era posible sin ponerla en peligro, Médico tenía temblores, y no solo por el agotamiento. Nos habíamos perdido la comida y la cena, y unas bos cansadas y cada vez más ansiosas entraban una por una o en parejas en el departamento con pretextos cada vez más inconsistentes. Nave no le había explicado a nadie lo que estaba pasando.

—¿Se recuperará? —preguntó Médico temblando mientras yo limpiaba el instrumental y lo guardaba—. Me refiero a Tisarwat. ¿Volverá a ser ella misma?

—No. —Cerré una caja y la guardé en su cajón—. Tisarwat murió en el instante en el que le colocaron los implantes.

Hablé en plural porque Anaander Mianaai debió de hacérselo ella misma.

—¡Solo es una niña! ¡Diecisiete años! ¿Cómo puede alguien...?

Su voz se apagó y sacudió la cabeza. Incluso después de horas de estar operándola y de haberlo visto con sus propios ojos, todavía no acababa de creérselo.

—Cuando me ocurrió a mí, tenía su misma edad —señalé yo. Bueno, no me ocurrió exactamente a mí, sino a mi cuerpo, al último que me quedaba—. Incluso era un poco más joven que ella.

No hice hincapié en el hecho de que Médico no reaccionó igual cuando me conoció; que por lo visto no era lo mismo si se trataba de una ciudadana o de una enemiga incivilizada y conquistada. O no cayó en la cuenta de ello o estaba demasiado impactada para reaccionar.

—Entonces, ¿quién es ahora?

—Buena pregunta. —Guardé la última pieza del instrumental—. Tendrá que decidirlo ella.

—¿Y si a usted no le gusta su decisión?

Médico era una persona astuta. Prefería tenerla de mi lado que en mi contra.

—Será lo que Amaat desee —anuncié, sacudiendo la mano como si lanzara las monedas adivinatorias—. Vaya a descansar, Médico. Kalr le llevará la cena a sus dependencias. Después de comer y dormir, todo le parecerá mejor.

—¿De verdad? —me preguntó con voz resentida y desafiante.

—Bueno, no necesariamente —admití yo—, pero es más fácil enfrentarse a las cosas habiendo dormido y desayunado.

4

En mis dependencias, Kalr Cinco, inquieta por los acontecimientos del día pero, por supuesto, inexpresiva, me esperaba con la cena preparada. Consistía en un tazón de skel y una jarra de agua, que era la cena habitual de los soldados. Sospeché que Nave se lo había sugerido, pero no indagué para confirmarlo. Yo estaría contenta comiendo skel todos los días, pero Cinco se habría apenado, y no solo porque la habría privado de la oportunidad de afanar bocados de delicias que no fueran el skel, lo que constituía un apreciado incentivo de servir a la capitana o a las oficiales en el comedor de la decuria.

Mientras cenaba, las bos, que se habían quedado sin oficial, limpiaban con ahínco y casi en silencio los pasillos de los que eran responsables. Seguían impecables, como lo estaban por la mañana, pero limpiarlos formaba parte de la rutina diaria y no podía eludirse. Estaban cansadas y preocupadas. A juzgar por su escasa charla, la opinión general era que yo había maltratado tanto a la teniente Tisarwat que se había puesto enferma. Corría un rumor por allí: «No es diferente de la anterior», pero se evitaba, cuidadosamente, decir nombres.

Bo Una, que era la soldado de más antigüedad de la decuria, supervisó las labores de limpieza e informó a Nave de que habían terminado. A continuación, añadió en silencio y moviendo los dedos de las manos:

—Nave...

—Bo Una —la interrumpió la *Misericordia de Kalr*, que conocía bien a Bo Una y había oído todos los rumores—, debería plantearle las preguntas a la capitana de flota.

Cuando Bo Una acudió a ver a Médico menos de cinco minutos después de que yo me marchara a mis dependencias, Médico le dijo lo mismo. Y Nave era la tercera vez que se lo sugería, pero, aun así, Bo Una titubeó. Como la teniente Tisarwat estaba inconsciente y como yo no había designado a nadie

para reemplazarla, conforme a las normas, ella estaba al mando de la decuria y, por consiguiente, tenía el derecho e, incluso, la obligación de dirigirse a mí para solicitar información e instrucciones.

Las auxiliares eran apéndices de sus naves. A menudo, existía la vaga y paradójica sensación de que cada decuria tenía algo que era casi una identidad propia, pero esa sensación coexistía con la certeza de que cada auxiliar no era más que una parte de algo mayor; solo las manos, las piernas y la voz de la nave. Las auxiliares no formulaban preguntas a las capitanas ni trataban asuntos personales con sus oficiales.

Las tripulantes de la *Misericordia de Kalr* eran humanas, pero su última capitana había exigido que se comportaran de la manera más parecida posible a las auxiliares. Incluso cuando sus kalrs se dirigían a ella, lo hacían como lo hacía Nave, como si no tuvieran deseos o preocupaciones personales. Supuse que aquella antigua costumbre era la causa de la indecisión de Bo Una. Podría haberle pedido a otra teniente que hablara conmigo en su nombre, pero Seivarden estaba de guardia y la teniente Ekalu estaba durmiendo.

En mi habitación, verde y violeta, me comí la última rebanada de skel y le indiqué a Cinco:

—Tomaré un té, Kalr. Y quiero que quites la pintura de las paredes lo antes posible y que instales monitores.

Las paredes podían habilitarse para mostrar lo que una deseara, incluso vistas del espacio exterior alrededor de la nave. Los materiales necesarios para ello estaban a bordo. Por alguna razón, la capitana Vel no había querido nada en especial y, en realidad, yo no lo necesitaba, pero quería cambiar la disposición de la capitana anterior tanto como me fuera posible.

—Eso podría causarle algunos inconvenientes, capitana de flota —dijo Cinco con voz monótona e inexpresiva.

Nave le habló y percibí en Cinco indicios de temor y vacilación.

—¡Vamos! —la apremió Nave a través del oído.

—Señor, Bo Una desea hablar con usted.

¡Bien! Cuatro segundos más y le habría ordenado que se presentara ante mí. Solo estaba esperando a terminar la cena.

—No me importan los inconvenientes. Y recibiré a Bo Una.

Bo Una entró con confianza y determinación, aunque interiormente estaba asustada. Hizo una reverencia rígida y forzada. Las auxiliares no hacían reverencias.

—Bo —dije como saludo.

En un rincón, Kalr Cinco estaba injustificadamente atareada con la tetera y fingía tener que seguir unos pasos previos a servirme el té; pasos que, en realidad, eran innecesarios. Estaba preocupada y prestaba atención a lo que decíamos.

Bo Una tragó saliva con esfuerzo e inspiró hondo.

—Con el permiso de la capitana de flota... —empezó. Sin duda se trataba de un discurso ya preparado. Habló despacio, con cautela, vocalizando con esmero e intentando, sin éxito, que no se percibiera el menor signo de entonación—. Hay cierta preocupación por el estado de la oficial al mando de la decuria.

Percibí que titubeaba. Al fin y al cabo ella sabía que el simple hecho de que la teniente Tisarwat subiera a bordo me había enojado, por lo que, si hablar conmigo ya la hacía sentirse insegura, todavía más sacar el tema de la joven teniente. Deduje que había construido la frase con sumo cuidado; tanto para que sonara sumamente formal como para evitar pronunciar el nombre de la teniente.

—Tras consultar a Médico, se me recomendó que me dirigiera a la capitana de flota.

—Bo, cuando hable conmigo, hágalo sin tapujos —le contesté.

Mi voz sonó calmada, sí, porque nunca reflejaba mi estado de ánimo a menos que esa fuera mi intención, pero no tenía paciencia para ese tipo de cosas. Kalr Cinco seguía atareada con los utensilios del té.

—Sí, señor —respondió Bo Una, tensa y avergonzada.

—Me alegro de que haya venido. Estaba a punto de hacerla llamar. La teniente Tisarwat está enferma. Ya lo estaba cuando subió a bordo. La Administración Militar quería contar con una de sus oficiales en la nave y no le preocupó que no estuviera en forma. Incluso intentaron ocultármelo. —Se trataba de una mentira a medias. De hecho, todas las soldados y oficiales de todas las naves se quejaban de las decisiones irreflexivas y sin fundamento de la Administración, cuyos miembros desconocían por completo lo que era viajar en una nave—. Cuando tenga la oportunidad, ya les diré lo que pienso al respecto. —Casi podía ver el efecto de mis palabras en la mente de Bo Una: «La capitana de flota está enfadada con la Administración, no con nuestra teniente»—. La teniente regresará a sus dependencias mañana. Necesitará un par de días de descanso y, después, tareas ligeras hasta que

Médico lo indique. Usted es la soldado más antigua de la decuria, de modo que estará al mando de los soldados y asumirá las guardias de la teniente mientras ella esté de baja. Deberá presentarme personalmente los partes periódicos y es preciso que la Decuria Bo cuide atentamente a la teniente Tisarwat. Sé que lo hará, pero ahora tiene mis órdenes explícitas en ese sentido. Si experimenta la más ligera inquietud respecto a su salud o su comportamiento le resulta extraño, si la teniente parece injustificadamente confusa o si actúa o dice cosas que, de algún modo, parezcan inusuales, deberá comunicárselo a Médico. Incluso si la teniente le ordena no hacerlo. ¿Me ha comprendido?

—Señor, sí, señor.

Bo Una ya empezaba a sentir que pisaba terreno firme.

—Muy bien. Puede retirarse.

Kalr Cinco, por fin, cogió la tetera para servirme el té. Sin duda ya estaba elaborando el relato que transmitiría al resto de los kalrs. Bo Una hizo una reverencia y dijo con cierto temor:

—Con el permiso de la capitana de flota, señor... —Se interrumpió y tragó saliva sorprendida por su propia osadía. Al ver mi gesto expectante, prosiguió —: Señor, todas nosotras, la Decuria Bo, queremos agradecerle el té, señor.

Les había asignado cinco gramos de té por persona y semana mientras duraran las provisiones. Los soldados, y también las oficiales, extraían tanto té como les era posible de una diminuta ración de hojas. Al principio recibieron mi orden con suspicacia. La capitana Vel había insistido en que solo bebieran agua, como hacían las auxiliares, y creyeron que yo las agasajaba por alguna razón: para demostrar lo rica que era o para concederles un privilegio que, más tarde, podía retirarles por propio interés.

Pero si había algo que cualquier radchaai consideraba esencial para disfrutar de una vida civilizada era el té. Además, yo ya sabía lo que era vivir en una nave llena de auxiliares y no necesitaba que hicieran ver que lo eran.

—De nada, Bo. Puede retirarse.

Bo hizo otra reverencia y se marchó. Cuando la puerta se cerró, Nave la tranquilizó hablándole en el oído:

—Ha ido bien.

Durante los dos días siguientes, la teniente Tisarwat se quedó en la cama,

en sus diminutas dependencias. Nave le proyectó películas de su filmoteca; todas frívolas, con canciones alegres y tiernas, alternadas, y con finales felices. Tisarwat las vio con tranquilidad e indiferencia. De hecho, podría haber visto una tragedia tras otra con la misma calma, ya que estaba medicada para que su estado de ánimo fuera estable y se sintiera cómoda. Bo la mimaba: la arropaba, le llevaba té y Bo Nueve incluso le preparaba algún que otro dulce en la pequeña cocina de la decuria. Las especulaciones acerca de la naturaleza de su enfermedad, que ya no me achacaban, estaban a la orden del día. Al final, decidieron que la habían sometido a un duro interrogatorio antes de asignarla a la *Misericordia de Kalr*. O, lo que era menos probable, pero también posible, había sido víctima de una educación reprobable. A veces, cuando una ciudadana tenía que asimilar mucha información, podía acudir al Departamento Médico y adquirirla tomando ciertos medicamentos. Esos mismos medicamentos se utilizaban para los interrogatorios y las pruebas de aptitud. O para la reeducación, un tema que las radchaais más consideradas preferían no mencionar. Las cuatro prácticas, interrogatorio, aprendizaje, aptitud y reeducación, tenían que llevarlas a cabo médicos especializadas, alguien que supiera lo que hacía. Aunque nadie en la *Misericordia de Kalr* lo expresaría nunca en voz alta, en todas las conversaciones que trataban sobre la teniente estaba de fondo la idea de que su aspecto era el de alguien que acababa de ser sometida a reeducación. El hecho de que Médico y yo le hubiéramos hecho lo que le habíamos hecho sin la ayuda de una sola Kalr, y que no se lo hubiéramos contado a nadie, también reforzaba esa teoría. Sin embargo, a alguien sometida a reeducación no se le habría permitido servir en el cuerpo militar, de modo que esa opción quedaba descartada. Fuera lo que fuera lo que había pasado, no había sido culpa de Tisarwat ni mía, y eso era un alivio para todo el mundo.

Al día siguiente, yo estaba bebiendo té en mis dependencias con una taza de cristal rosa (ni siquiera yo me merecía todavía la vajilla buena). El deseo de Seivarden de preguntarme lo que había ocurrido resultaba patente, pero, en cambio, dijo:

—Estaba pensando en lo que dijiste el otro día acerca de que nunca te vi... Me refiero a... —Su voz se apagó. Seguramente se dio cuenta de que la frase no podía acabar bien—. Las oficiales disponemos de habitaciones propias, de modo que nos resulta fácil, pero nunca se me había ocurrido preguntarme si mis amaats... Lo que quiero decir es que no disponen de un espacio privado;

ningún lugar al que puedan ir si quieren... o sea...

En realidad, había bastantes lugares privados, como varios compartimentos de almacenaje, las lanzaderas (aunque la falta de gravedad provocaba que algunos movimientos resultaran complicados) e incluso, si alguien estaba realmente desesperada, debajo de la mesa, en el comedor de la decuria. Pero Seivarden siempre había contado con habitaciones propias y nunca tuvo que utilizar ninguno de esos lugares.

—Supongo que es bueno que pienses en estas cosas —comenté yo—, pero no prives a tus amaats de su dignidad. —Bebí otro sorbo de té y añadí—: Pareces pensar mucho en el sexo últimamente. Me alegra que no se lo hayas impuesto a una de tus amaats.

No sería la primera oficial de la nave en hacerlo.

—Se me pasó por la cabeza —respondió y se ruborizó todavía más de lo que lo estaba—. Pero entonces reflexioné sobre qué opinarías tú al respecto.

—No creo que Médico sea tu tipo. —De hecho, sospechaba que a Médico no le interesaba el sexo—. Por otro lado, la teniente Tisarwat es un poco demasiado joven y ahora mismo no está preparada para practicarlo. ¿Has considerado la posibilidad de proponérselo a Ekalu?

Ekalu había pensado en ello, estaba segura, pero el aspecto aristocrático de Seivarden y su acento antiguo la intimidaban tanto como la atraían.

—No quiero insultarla.

—¿Crees que sería como si una superior se lo propusiera a alguien de un rango inferior? —Seivarden hizo un gesto de asentimiento—. Verlo así puede considerarse un insulto en sí mismo, ¿no crees?

Seivarden gimió y dejó la taza de té sobre la mesa.

—Sea como sea, salgo perdiendo.

Hice un gesto de incertidumbre.

—O ganando.

Ella se rio levemente.

—Me alegro mucho de que Médico pudiera ayudar a Tisarwat.

En las dependencias de Tisarwat, Bo Nueve la arropó con la sábana por tercera vez en la última hora. Luego le arregló las almohadas y comprobó la temperatura de su té. La teniente, medicada como estaba, lo aceptó todo con una calma impasible.

—Yo también —corroboré yo.

Dos días más tarde, cuando habíamos recorrido algo menos de un tercio del trayecto a Athoek, invité a las tenientes Ekalu y Tisarwat a comer conmigo. A causa de los horarios que se seguían en la *Misericordia de Kalr*, se trataba de mi comida, la cena de Ekalu y el desayuno de Tisarwat, y como mis kalrs estaban quitando la pintura de mis dependencias, comimos en el comedor de la decuria. Para mí fue casi como volver a estar conmigo misma, aunque la sala de la decuria de la *Misericordia de Kalr* era mucho más pequeña que mi sala de la decuria Esk cuando yo era la *Justicia de Toren* y contaba con veinte tenientes en cada una de mis diez decurias.

El hecho de que comiera en la sala de la decuria produjo una especie de confusión jurisdiccional, ya que Kalr Cinco quiso establecer su propia autoridad en lo que, normalmente, era el territorio del personal de las otras oficiales. Le costó mucho decidir si utilizar mi segunda mejor vajilla, que demostraría sin lugar a dudas que se trataba de su comida y le permitiría alardear de los platos que tanto le gustaban, o permitir que Etrepa Ocho y Bo Nueve utilizaran la vajilla de la decuria, lo que protegería la vajilla rosa de posibles accidentes pero implicaría que Etrepa y Bo estaban a cargo de la comida. Al final, venció su orgullo, así que comimos huevos y verdura en los platos pintados a mano.

Ekalu, que había servido casi toda su carrera como soldado raso en aquella nave y seguro que conocía las peculiaridades de Kalr Cinco, comentó:

—Con el permiso de la capitana de flota, esta vajilla es preciosa.

Cinco no sonrió. Raramente lo hacía delante de mí, pero me di cuenta de que Ekalu había dado en el blanco.

—La eligió Cinco —dije yo apoyando la táctica de Ekalu—. Se trata de una Bractware de unos mil doscientos años de antigüedad. —Durante un segundo, Ekalu se quedó paralizada, con el utensilio de comer en el aire y temiendo golpear el plato con demasiada fuerza—. En realidad no es sumamente valiosa. En algunos lugares, casi todo el mundo tiene algunas piezas envueltas y guardadas en una caja y nunca las sacan. Pero es muy bonita, ¿verdad? Por eso eran tan populares. —Si todavía no había impresionado favorablemente a Kalr Cinco, en ese momento sí que lo hice—. Y, teniente, si empieza cada frase con la expresión «con el permiso de la capitana de flota», la comida será verdaderamente aburrida. Dé por sentado que cuenta con mi permiso y así podremos mantener una agradable

conversación.

—Sí, señor —asintió Ekalu avergonzada y se concentró en los huevos mientras intentaba no tocar el plato con el utensilio.

Aparte de los ocasionales y obligados «sí, señor», «no, señor» y «gracias, señor», la teniente Tisarwat todavía no había dicho nada. Había mantenido todo el rato la mirada baja y no nos había mirado ni a Ekalu ni a mí. Médico había reducido la dosis de los sedantes, pero Tisarwat todavía estaba bajo sus efectos y, amortiguadas por la medicación, había rabia y desesperación. En aquel momento no eran más que un ruido de fondo, pero no era lo que yo quería que predominara cuando dejara de medicarse. Decidí que había llegado la hora de hacer algo al respecto.

—Ayer, la teniente Seivarden me dijo que era obvio que la decuria Amaat era la mejor de la nave —dije después de tragar un bocado de huevos.

En realidad, Seivarden no lo había dicho, pero la oleada de orgullo ofendido que experimentaron Etrepa Ocho y Bo Nueve, que esperaban en un rincón hasta que requiriéramos de sus servicios, fue tan patente que dudé de que Ekalu y Tisarwat no la hubieran percibido. La reacción de Kalr Cinco no fue tan intensa; de hecho, acabábamos de alabar su porcelana y, además, en cierto modo la decuria de la capitana estaba por encima de ese tipo de competición.

Ekalu enseguida entró en un conflicto de intereses que percibí con claridad. Hasta hacía poco tiempo, había sido una amaats y experimentó la respuesta natural de una amaats al oír que alguien defendía la superioridad de su decuria. Pero, por otro lado, ahora era la teniente de la decuria Etrepa. Se quedó inmóvil, reflexionando y elaborando una respuesta. Tisarwat bajó la mirada hacia el plato. Probablemente se dio cuenta de lo que yo pretendía, pero no le afectó.

—Señor —intervino Ekalu finalmente. Tuvo que esforzarse para no emplear la fórmula «con el permiso de la capitana de flota» y para disimular su acento—, debo decir que todas las decurias de la *Misericordia de Kalr* son excelentes, pero si se me invitara a establecer un orden... —Se interrumpió. Quizá se dio cuenta de que había sido demasiado formal—. Si tuviera que elegir, diría que Etrepa es la mejor. Sin ánimo de ofender a la teniente Seivarden o a sus amaats y con todos mis respetos, se trata de un hecho.

Al final de la frase se le escapó de nuevo su acento. Tisarwat guardó silencio y Bo Nueve, que esperaba en posición de firmes en un rincón de la

sala, se sintió traicionada.

—Teniente —le advirtió la *Misericordia de Kalr* en el oído a Tisarwat—, su decuria está esperando que la defienda.

Tisarwat levantó la vista y me miró durante un segundo con una expresión seria en sus ojos lilas. Sabía lo que yo estaba haciendo y sabía que ella solo podía hacer una cosa, pero le molestaba hacerlo y sintió resentimiento hacia mí. Su enojo contenido aumentó levemente, aunque no se sostuvo y volvió a su nivel anterior de inmediato. Pero enojo no era lo único que sentía y, por un instante, percibí en ella anhelo, un momentáneo y desesperanzado deseo. Desvió la mirada hacia Ekalu.

—Disculpe, teniente, con el debido respeto me temo que está usted equivocada. —En mitad de la frase se acordó de que no tenía que hablar como Seivarden ni como Anaander Mianaai y relajó un poco la dicción—. Puede que Bo sea la decuria más joven, pero sin duda es mejor que cualquier otra en la nave.

Ekalu parpadeó varias veces seguidas. El acento de Tisarwat, su dicción y su autodominio, que no le correspondían en absoluto a alguien de diecisiete años de edad, hicieron que adoptara una expresión de perplejidad parecida a la de las auxiliares, si bien enseguida recobró la compostura. No podía hacer hincapié en que, en cualquier caso, Bo era la decuria más joven, porque ese argumento también dejaría en desventaja a sus etrepas respecto a las amaats de Seivarden. Entonces me miró.

Yo había adoptado una expresión de neutralidad y la mantuve.

—Bueno —dije con actitud benevolente—, deberíamos resolver esta cuestión con objetividad. Quizás evaluando la eficacia en el manejo de las armas y las armaduras.

Ekalu por fin se dio cuenta de que yo lo había planeado todo, pero seguía intrigada y todavía no le encontraba sentido a los detalles. Moví los dedos de mis enguantadas manos de forma patente para enviar un mensaje a Kalr Cinco y pregunté en voz alta a las dos tenientes:

—¿Cuáles son sus marcas?

Ellas parpadearon un par de veces mientras Nave proyectaba la información en sus campos de visión.

—Todas dentro de la media, señor —contestó Ekalu.

—¿Dentro de la media? —pregunté con incredulidad—. Seguro que esta tripulación tiene un nivel superior a la media. —La teniente Tisarwat volvió a

bajar la vista hacia el plato. Por debajo del efecto de los medicamentos había resentimiento, aprobación, enojo y el anhelo que había percibido antes, pero todos con una intensidad amortiguada—. Les concedo una semana y, cuando haya transcurrido, veremos qué decuria obtiene los resultados mejores, si Etrepa o Bo. Incluidas ustedes, tenientes. En cuanto a la armadura, tienen mi permiso para utilizarla en cualquier momento como práctica.

Mi armadura estaba generada por un implante y consistía en un escudo de fuerza que podía activar en apenas una fracción de segundo. Sin embargo, las tenientes y sus decurias tenían que sujetársela alrededor del pecho para utilizarla. Ninguna de ellas había estado en combate y, aunque podían desplegarla en menos de un segundo, que era el tiempo mínimo requerido, yo esperaba más de ellas, sobre todo sabiendo lo que, probablemente, nos esperaba, y que, a partir de que ocurriera, nada sería como antes.

Kalr Cinco entró en el comedor de la decuria con una botella azul oscuro en cada mano y otra debajo del brazo. Las dejó sobre la mesa con expresión impasible, aunque interiormente experimentaba desaprobación.

—Arak —expliqué yo—. De buena calidad. Para las vencedoras.

—¿Para toda la decuria, señor? —preguntó la teniente Ekalu, sorprendida y ligeramente titubeante.

—Podrán repartirlo como quieran.

Yo sabía que Etrepa Ocho y Bo Nueve ya habían enviado un mensaje a sus compañeras de decuria y que tanto las etrepas como las bos ya habían calculado qué parte del premio les correspondería en un reparto igualitario, aunque puede que contaran con adjudicar una parte algo mayor a las oficiales.

Más tarde, en las dependencias de Seivarden, Ekalu se dio media vuelta en la cama y le dijo a la somnolienta Seivarden:

—Con todo respeto, S... No quisiera ofenderte, pero me pregunto..., todo el mundo se pregunta si te postras ante el señor.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Seivarden con voz adormecida. Se desveló un poco y añadió—: Me refiero a emplear el título de señor en lugar del de capitana de flota. —Se espabiló un poco más—. Bueno, ahora que lo pienso, ya sé por qué lo haces. Lo siento. Pero ¿por qué habría de sentirme ofendida? —Ekalu, sorprendida y avergonzada, no supo qué decir—. Me

sentiría ofendida si ella lo quisiera, pero no es así.

—¿Práctica, señor..., la capitana de flota la castidad?

Seivarden soltó una breve e irónica risa.

—No lo creo. Nuestra capitana no es muy comunicativa. Nunca lo ha sido, pero te diré que... —Respiró hondo, exhaló y volvió a tomar aire mientras Ekalu esperaba el final de la frase—, puedes confiar en ella hasta el infinito. Nunca te fallará.

—Eso sería impresionante —comentó Ekalu con evidente escepticismo e incluso incredulidad. Entonces se acordó de algo—. ¿Antes servía en Misiones Especiales?

—No sabría decírtelo. —Seivarden apoyó una mano desnuda en el estómago de Ekalu—. ¿Cuándo tienes que reincorporarte al servicio?

Ekalu contuvo un ligero estremecimiento que era producto de una complicada mezcla de emociones mayoritariamente agradables. La mayoría de las personas que no eran radchaais no acababan de comprender la carga emocional que transmitían unas manos desnudas.

—Dentro de unos veinte minutos.

—Mmm... —murmuró Seivarden de forma reflexiva—. Eso es mucho tiempo.

Las dejé a solas. Bo y su teniente estaban durmiendo y, en los pasillos, las etrepas frotaban y fregaban y, de forma intermitente, desplegaban y replegaban sus armaduras, que despedían destellos plateados.

Más tarde aún, Tisarwat y yo tomamos un té en la sala de la decuria. Médico le había reducido todavía más la dosis de los sedantes, y sus emociones eran más intensas y estaban más a flor de piel. Cuando nos quedamos a solas durante unos instantes, me dijo:

—Sé lo que está usted haciendo. —Percibí en su voz un rastro de enfado y anhelo—. Lo que intenta hacer.

Pensé que ese era su anhelo, su pensamiento: sentir que formaba parte de la tripulación, conseguir la admiración y la lealtad de Bo y, posiblemente, también la mía, cosas que la desventurada Tisarwat original habría deseado y que ahora yo estaba ofreciéndole. Pero se las ofrecía con mis condiciones, no con las suyas.

—Teniente Tisarwat, ¿es esa la forma correcta de dirigirse a mí? —le

advertí después de tomar, con calma, un trago de té.

—No, señor —contestó.

Se sintió derrotada y vencedora al mismo tiempo. Incluso medicada, era un amasijo de contradicciones y cada emoción iba acompañada de otra paradójica. Tisarwat nunca quiso ser Anaander Mianaai y lo fue durante poco tiempo, solo unos días. En cualquier caso, fuera quien fuese ahora y por muy desastroso que resultara para los planes de Anaander Mianaai, se sentía mucho mejor. Yo era la causante del cambio y Tisarwat me odiaba por ello; y no me odiaba.

—Cene conmigo, teniente —le ofrecí como si no acabara de recriminarle su forma de hablar conmigo, como si no percibiera lo que ella sentía—. Usted y Ekalu. Así podrán alardear de los progresos que están haciendo sus decurias y Kalr preparará el pastel que a usted tanto le gusta, con la cobertura de azúcar glaseado.

En mis dependencias, Nave le comunicó mi deseo en el oído de Kalr Cinco mientras supervisaba los cambios y se aseguraba de que todo se instalaba adecuadamente. Cinco puso los ojos en blanco, suspiró como si estuviera exasperada y murmuró algo acerca de los apetitos de las adolescentes, aunque, convencida de que solo Nave podía percibirlo, en secreto se sintió complacida.

La competición fue reñida. Tanto Bo como Etrepa habían pasado todo su tiempo libre en la galería de tiro, y sus horas de servicio, desplegando y replegando la armadura. Sus marcas habían mejorado ostensiblemente, casi todas habían superado un nivel alto en las prácticas de tiro y las que no lo habían superado pronto lo harían. Además, todas las etrepas y bos podían desplegar su armadura en menos de medio segundo, lo que no se acercaba ni de lejos a lo que podían hacer las auxiliares, o a lo que yo quería, pero no dejaba de constituir una importante mejora.

Todas las bos entendieron, casi inmediatamente, cuál era el verdadero propósito de la competición y se aplicaron a las prácticas con seriedad y determinación. Las etrepas aprobaban mi objetivo (tal y como ellas lo entendían), pero no por ello escatimaron esfuerzos. Sin embargo, el premio lo consiguió Bo. En la sala de las soldados, tendí las tres botellas de aquel arak fuerte y de aroma delicado a una teniente Tisarwat casi ya sin sedantes.

Detrás de ella, estaban todas las bos en posición de firmes y casi tan inexpresivas como unas auxiliares. Las felicité por su victoria y me marché para que bebieran a gusto, algo que sabía que harían en cuanto yo saliera de la habitación.

Menos de una hora después, Seivarden se presentó ante mí en nombre de sus amaats, que habían intentado ser comprensivas frente a la situación, aunque no podían evitar pasar por delante del comedor de las soldados sin recordar que ellas ni siquiera habían podido optar al premio. Además, yo había ordenado que aquel día sirvieran fruta a todas las etrepas y bos en la cena. Disponía de una provisión de naranjas, rambutanes y fruta confitada que Kalr Cinco había comprado y almacenado cuidadosamente en tanques de suspensión. Incluso después de que retiraran los restos de la cena, el dulce olor de la fruta confitada persistía en el pasillo, lo que provocó el hambre y el resentimiento en las amaats de Seivarden.

—Explícales —le indiqué a Seivarden— que pretendía animar a la teniente Tisarwat y que, si ellas hubieran participado en la competición, la teniente no habría tenido ninguna posibilidad. —Seivarden soltó una leve carcajada. Por una parte porque reconocía una mentira cuando la oía, y por otra, deduje yo, porque pensaba que quizá no era mentira. Sus amaats probablemente reaccionarían igual—. Consigue que superen sus propias marcas la semana que viene y también tendrán fruta confitada durante la cena. Y lo mismo le ofrezco a Kalr.

Esto último lo dije por Cinco, que siempre estaba a la escucha.

—¿Y qué hay del arak? —me preguntó Seivarden, esperanzada.

En el comedor de las soldados la bebida que había empezado de forma ordenada y disciplinada, con cada trago colectivo acompañado de una invocación a una de las diosas de la nave y saboreando el ardor del arak conscientemente en su trayecto al estómago, se había descontrolado. Bo Diez se levantó y, con voz ligeramente pastosa, pidió permiso a la teniente para hablar. Cuando se lo dieron manifestó que deseaba recitar su propia poesía.

—Tengo más arak —le dije a Seivarden en mis dependencias— y pretendo compartirlo con vosotras en parte, pero no como norma.

Las soldados recibieron la propuesta de Bo Diez con vivas de aprobación incluso de la teniente Tisarwat, de modo que Diez se lanzó a lo que acabó siendo una narración, mayormente improvisada, de las hazañas de la diosa Kalr, que según el relato de Bo Diez, estaba casi siempre borracha y

componía unas rimas horribles.

—Probablemente sea buena idea limitar el consumo de arak —comentó Seivarden en mis dependencias con un toque de nostalgia—. De todas maneras, yo no lo habría probado.

Cuando la encontré, desnuda e inconsciente en una calle helada un año atrás, Seivarden tomaba demasiado kef con demasiada frecuencia y, desde entonces, prácticamente había dejado de consumirlo.

Conforme el poema de Bo Diez avanzaba libremente, se convirtió en un canto a la superioridad de Bo sobre las demás decurias de la nave, incluida la Amaat. No, especialmente sobre la decuria Amaat, que cantaba ridículas canciones infantiles y, encima, no muy bien.

—¡Nuestra canción es mejor! —exclamó una bo borracha, interrumpiendo el poema de Bo Diez.

Otra soldado igual de borracha, pero quizá con la mente un poco más despejada, preguntó:

—¿Qué canción es la nuestra?

Bo Diez, que no estaba dispuesta a dejar de ser el centro de atención sin que le importara por qué lo era, respiró hondo y empezó a cantar con una voz de contralto sorprendentemente agradable aunque ligeramente temblorosa: «¡Oh, árbol!, cómete el pescado.» Se trataba de una canción que yo había cantado para mis adentros con frecuencia. De hecho, la letra no era en radchaa y Bo Diez solo se aproximaba al sonido de las palabras originales utilizando otras que le resultaban familiares. «¡Este granito contiene un melocotón!» Tisarwat, que ocupaba la cabecera de la mesa, incluso soltó una risita. «¡Oh, árbol! ¡Oh, árbol!, ¿dónde tengo el culo?»

La última palabra hizo que Tisarwat y todas las bos rompieran a reír. Cuatro de ellas se cayeron de las sillas y tardaron cinco minutos largos en recuperarse.

—¡Espera! —exclamó Tisarwat. Consideró la posibilidad de levantarse, pero la descartó porque requería demasiado esfuerzo—. ¡Espera! ¡Espera! — Cuando consiguió que todas le prestaran atención, prosiguió—: ¡Espera! Esta... —Sacudió una de sus enguantadas manos—. Esta es nuestra canción. —O, al menos, eso intentó decir, porque la última palabra se perdió entre las risas. Levantó el vaso y estuvo a punto de verter el arak sobre la mesa—. ¡Por Bo!

—¡Por Bo! —repitieron todas.

Y una soldado añadió:

—¡Por la capitana de flota Breq!

Tisarwat estaba lo bastante borracha para secundarla sin titubeos.

—¡Por la capitana de flota Breq! ¡Quién no sabe dónde tiene el culo!

Después de eso no hubo otra cosa más que risas y voces que cantaban a coro y a pleno pulmón: «¡Oh, árbol!, ¿dónde tengo el culo?»

—Esa, señor —me dijo Médico una hora después en el lavabo, donde una Kalr me atendía con una toalla y una pila—, es la razón por la que la capitana Vel no permitía que las decurias bebieran.

—No, no era esa la razón —contesté con serenidad. Médico que, como siempre, tenía el ceño fruncido, arqueó una ceja, pero no discutió mi afirmación—. No creo que sea buena idea hacerlo con regularidad, por supuesto, pero ahora mismo tengo mis razones. —Y Médico las conocía—. ¿Está preparada para tratar once resacas cuando se despierten?

—¡Señor! —exclamó con cierta indignación, y levantó un codo, ya que agitar una mano desnuda en el lavabo se consideraba una grosería—. Kalr podrá encargarse de ello sin problemas.

—Así es —corroboré yo.

Nave no dijo nada, solo siguió mostrándome a Tisarwat y a sus bos, que reían y cantaban en el comedor de las soldados.

5

Si la estación de Athoek tenía alguna importancia, se debía a que el planeta alrededor del que orbitaba producía té. También otros productos, por supuesto, porque los planetas son grandes. Además, los que estaban formados por tierra y tenían un clima templado eran extremadamente valiosos en sí mismos, ya que eran el resultado de siglos o incluso miles de años de dedicación, paciencia y trabajo duro. Pero Anaander Mianaai no pagó por todo ello, sino que dejó que las habitantes hicieran todo el trabajo, y luego mandó sus flotas de cruceros de batalla y sus tropas de auxiliares a conquistarlos. Al cabo de un par de miles de años tenía un número considerable de planetas cómodamente habitables, de modo que las radchaais no los consideraban especialmente inusuales ni valiosos.

En Athoek había varias cordilleras de gran longitud, así como numerosos ríos y lagos. Además, disponía de una rejilla de control climático que las athoekis habían construido un siglo antes de la anexión. Lo único que tuvieron que hacer las recién llegadas radchaais fue plantar té y esperar. Ahora, unos seiscientos años más tarde, Athoek producía decenas de millones de toneladas de té cada año.

La monótona y agobiante negrura del espacio del portal se abrió a la luz de las estrellas. Ya estábamos en el sistema de Athoek. Yo estaba sentada en el puente de mando y la teniente Ekalu estaba de pie a mi lado. Nos flanqueaban dos etrepas sentadas frente a las consolas que les habían asignado. La habitación era pequeña y sencilla. Solo había una pared lisa por si Nave necesitaba proyectar una imagen o quienes estuvieran de guardia preferían mirar hacia allí, y las dos consolas y una silla para la capitana o la oficial al mando. En la habitación también había unos asideros para cuando la

aceleración de la nave superaba el ajuste del cambio de gravedad. Ese era uno de los pocos sectores de la nave frecuentados por la capitana Vel que no había hecho pintar o redecorar, con la única excepción de una placa que colgaba sobre la puerta y en la que se leía: «Una atención correcta hacia el deber es un regalo a las diosas.» Se trataba de una máxima común, pero hice que retiraran la placa y la guardaran con el resto de las pertenencias de la capitana Vel.

Yo no necesitaba estar en el puente de mando. Estuviera donde estuviera, podía cerrar los ojos y ver cómo la oscuridad daba paso a la luz del Sol de Athoek, sentir la repentina lluvia de partículas y oír el ruido de fondo de las distintas comunicaciones del sistema y de sus balizas indicadoras automatizadas. El propio planeta estaba lo bastante distante para que se viera como un pequeño y brillante círculo azul y blanco. La visión que tenía de él era de hacía tres minutos largos.

—Estamos en el sistema athoeki, capitana de flota —me anunció una de las etrepas.

En cuestión de segundos, Nave le informaría de lo que yo ya veía: que había numerosas naves alrededor de la estación Athoek, sin duda más de las que Nave consideraba normal; que, aparte de eso, todo parecía estar bien, o al menos lo estaba entre dos y diez minutos antes, que era el tiempo que tardaban la luz y las señales que percibíamos en llegar a nuestra localización; y que, aunque se habían destinado tres naves militares a aquel sistema, solo una resultaba inmediatamente visible y estaba situada cerca de uno de los cuatro portales interestelares con los que contaba el sistema. O al menos lo estaba unos dos minutos y medio antes. Yo sospechaba que se trataba de la *Espada de Atagaris*, aunque no estaría segura hasta que estuviéramos más cerca o ella se identificara.

Pensé en la distante nave. ¿Dónde estaban las otras dos y por qué esta vigilaba uno de los cuatro portales de Athoek? Además, se trataba del menos importante de los cuatro, ya que comunicaba con un sistema en el que no había nada y sin otro portal más que aquel. Antes de la anexión, las athoekis habían querido expandirse en aquella dirección, pero nunca llegaron a hacerlo.

Reflexioné sobre ello durante un instante. Al ver lo que Nave le mostraba, que era la misma imagen del sistema athoeki que yo estaba mirando, la teniente Ekalu, que seguía de pie a mi lado, arrugó levemente el ceño. No

estaba sorprendida o alarmada, solo ligeramente intrigada.

—Señor, creo que la nave que está al lado del Portal Fantasma es la *Espada de Atagaris* —me indicó—. No veo a la *Misericordia de Phey* ni a la *Misericordia de Ilves*.

—¿El Portal Fantasma?

—Así es cómo lo llaman, señor. —Me di cuenta de que se sentía ligeramente avergonzada—. Según dicen, el sistema que hay al otro lado está embrujado.

Las radchaais creían en los fantasmas. O, para ser más exacta, muchas radchaais creían en ellos. Después de tantas anexiones, y de tantos pueblos y creencias religiosas que el Radch había absorbido, entre las radchaais había diferentes opiniones acerca de lo que ocurría después de la muerte. Como mínimo, la mayoría de las ciudadanas tenían la vaga creencia de que, cuando se producía una muerte injusta o violenta o cuando no se hacían las ofrendas funerarias adecuadas, el espíritu de la fallecida vagaba por las proximidades y no era bienvenido e, incluso, podía resultar peligroso. Sin embargo, aquella era la primera vez que oía decir que los fantasmas habían embrujado un sistema entero.

—¿Todo el sistema? ¿Y embrujado por quién?

La teniente Ekalu, que todavía se sentía avergonzada, hizo un gesto vago.

—Se cuentan historias diversas.

Reflexioné sobre sus palabras durante un momento.

—Bien. Nave, identifícanos y transmite mi saludo cortés a la capitana Hetnys de la *Espada de Atagaris*. —Tanto la *Misericordia de Kalr* como la teniente Ekalu creían que la nave que estaba junto al Portal Fantasma era la *Espada de Atagaris* y yo opinaba que tenían razón—. Y mientras esperamos su respuesta —que tardaría unos cinco minutos en llegar—, encárgate de acercarnos más a la estación Athoek.

Podíamos haber salido del portal espacial más cerca del planeta de lo que estábamos, pero esas habían sido mis órdenes, porque quería cierta ventaja y ver cómo estaban las cosas antes de acercarnos más.

Aunque desde donde estábamos podíamos tardar días, incluso semanas, en llegar a Athoek. Podíamos, por supuesto, volver a acceder al portal y emerger mucho más cerca; en teoría, incluso al lado de la propia estación, pero eso sería extremadamente peligroso. Para hacerlo sin riesgo, deberíamos saber con exactitud dónde estaba cada nave, cada lanzadera y cada velero en el

momento en que saliéramos del portal. La misma apertura del portal podía dañar o destruir cualquier cosa que estuviera en ese lugar y la *Misericordia de Kalr* podía colisionar con cualquier objeto que estuviera en su trayectoria cuando emergiera al universo expandido.

Yo lo había hecho durante las anexiones, cuando era una nave, cuando poco importaban unas cuantas muertes más o menos o que causáramos mayor o menor destrucción; aunque nunca lo hice en el espacio radchaai, en el que había una gran circulación de ciudadanas civiles.

—¿Tomará té, señor? —me preguntó la teniente Ekalu.

Yo había vuelto a dirigir la atención al exterior, a la estrella, a su luz, a su calor y a su distante planeta; a los portales y sus balizas; al rastro de polvo en el casco de la *Misericordia de Kalr*. Abrí la boca para decir «no, gracias», pero caí en la cuenta de que era ella quien quería un té. No había tomado ninguno desde antes de que emergiéramos del autocreado portal y, ahora que habíamos llegado sin incidentes, esperaba que yo lo pidiera, porque ella no lo tomaría si yo no lo hacía. Para ella, el solo hecho de preguntármelo ya era bastante atrevido.

—Sí, gracias, teniente.

Poco después, casi un minuto antes de que pudiera llegar la respuesta a mi mensaje, una etrepa me tendió una taza de té y la nave que suponíamos la *Espada de Atagaris* desapareció.

Yo estaba observándola y disfrutando de la vista, algo que por fin superaba la sensación de insuficiencia que me producía el habitual aluvión de datos que recibía de Nave; mi incapacidad para procesarlo todo y la sensación de que, a pesar de que podía acceder a todos los datos, no era lo mismo que percibirlos yo misma. Durante esos breves instantes, casi me olvidé de que ya no era una nave y, cuando la *Espada de Atagaris* desapareció, reaccioné inmediatamente y sin pensar.

Sin embargo, me quedé paralizada porque los datos que quería ver no me llegaron al instante, y Nave, que por supuesto ya no era yo, sino la *Misericordia de Kalr*, no respondió instintivamente a mis deseos como habría hecho mi propio cuerpo. Entonces regresé de forma brusca a mí misma, a mi único cuerpo, que estaba sentado en el puente de mando de la *Misericordia de Kalr*. De todos modos, Nave sabía lo que yo quería y por qué.

—¿Se encuentra bien, señor? —me preguntó la teniente Ekalu.

Entonces la *Misericordia de Kalr* se movió, y lo hizo un brevísimo instante

más deprisa de lo que tardó en ajustar la gravedad. Se me cayó la taza al suelo, se hizo añicos y el té me salpicó las botas y el pantalón. La teniente Ekalu y las etrepas se tambalearon y se agarraron a los asideros y, de repente, volvimos a acceder al portal.

—Han saltado al hiperespacio prácticamente nada más vernos —dije. Sin duda lo habían hecho antes de recibir el mensaje en el que nos identificábamos—. Nos vieron y, treinta segundos después, desaparecieron.

La sacudida que me lanzó el té sobre las piernas despertó a la teniente Tisarwat y a sus bos. Una de las amaats de Seivarden se cayó y se lesionó la muñeca. Aparte de eso y de unos cuantos platos rotos, no se produjeron más daños. Lo habíamos sujetado todo por si sufríamos algún accidente al salir del portal que habíamos creado.

—Pero..., pero, señor, somos una misericordia, tenemos el aspecto de una misericordia y no se puede decir que nos hayamos acercado a ellas sigilosamente. ¿Por qué han huido nada más vernos? —Entonces la teniente Ekalu relacionó su desaparición con nuestro repentino salto al hiperespacio—. Usted no cree que estén huyendo sin más, ¿no?

—No pensaba quedarme para averiguarlo —corroboré yo.

Una etropa recogió a toda prisa los fragmentos de porcelana de la taza y limpió el charco de té.

—Salida del hiperespacio en cuarenta y cinco segundos —nos anunció Nave en el oído.

—Pero ¿por qué han actuado así? —preguntó la teniente Ekalu sinceramente intrigada y alarmada—. No pueden saber lo que ocurrió en Omaugh porque los portales entre ambos sistemas fueron desactivados antes de que la noticia se propagara.

Al no tener conocimiento de la escisión de Anaander Mianaai ni del bando que habían apoyado las distintas naves militares y oficiales durante la batalla, la capitana Hetnys y la *Espada de Atagaris* no tenían ninguna razón para reaccionar a nuestra llegada como si fuéramos una amenaza.

Incluso las ciudadanas que creían que se habían producido infiltraciones que habían corrompido el Radch y que algunas capitanas y oficiales eran enemigas potenciales no podían saber que el enfrentamiento había salido a la luz.

—O saben lo que ocurrió en Omaugh o ha ocurrido algo aquí —razoné yo.

—Agárrense —nos advirtió Nave.

—Señor, ¿cómo podemos saber dónde estará la *Espada de Atagaris* cuando salgamos del portal?

—No podemos saberlo, teniente.

Ekalu respiró hondo y quiso decir algo, pero no lo hizo.

—Probablemente no chocaremos contra la *Espada de Atagaris* —añadí yo—. El espacio es vasto y el pronóstico matutino para hoy era favorable.

Ekalu no estaba segura de si yo bromeaba o no.

—Sí, señor.

Regresamos al universo: Sol, planeta, portales, ruido de fondo..., pero ni rastro de la *Espada de Atagaris*.

—¿Dónde está? —preguntó la teniente Ekalu.

—Diez segundos —repliqué yo—. Que nadie se suelte.

Diez segundos y medio después, un agujero negro como un pozo sin luz se abrió en el universo y la *Espada de Atagaris* apareció a menos de quinientos kilómetros del lugar donde estábamos antes. Incluso antes de abandonar totalmente el portal, la *Espada de Atagaris* empezó a transmitir un mensaje:

—Nave desconocida, identifíquese o será destruida.

—No es la capitana Hetnys —me anunció Ekalu—. Creo que quien ha hablado es su teniente amaas.

—*Espada de Atagaris*, al habla la capitana de flota Breq Mianaai al mando de la *Misericordia de Kalr*. Explíquese —contesté yo; Nave se encargaría de transmitir mi respuesta.

Mi mensaje tardó medio segundo en llegar a la *Espada de Atagaris* y la teniente tardó cuatro segundos más en sobreponerse y contestar.

—Capitana de flota, señor. Le transmito mis disculpas, señor. —Mientras tanto, la *Misericordia de Kalr* se identificó ante la *Espada de Atagaris*—. Nosotras... temíamos que no fueran lo que parecían ser, señor.

—¿Y qué creía usted que éramos, teniente?

—Yo... Yo no lo sé, señor. Es solo que no las esperábamos, señor. Oímos rumores de que alguien había atacado el palacio Omaugh e incluso de que lo habían destruido. Además, no hemos recibido comunicados de allí desde hace casi un mes.

Miré a la teniente Ekalu, que había vuelto a adoptar el hábito de todas las soldados de la *Misericordia de Kalr* y no mostraba ninguna expresión. Este hecho por sí solo ya era significativo, pero yo, obviamente, percibía más cosas. Incluso sin tener en cuenta lo que acababa de ocurrir, fui consciente de

que Ekalu no tenía una buena opinión de la teniente amaate de la *Espada de Atagaris*.

—Si se hubiera salido con la suya, teniente, todavía tendría que esperar más a recibir noticias de Omaugh —le advertí secamente—. Ahora hablaré con la capitana Hetnys.

—Con el permiso de la capitana de flota —replicó la teniente—. La capitana Hetnys está en la estación Athoek. —Debió de darse cuenta de cómo sonaba aquello, porque, después de una breve pausa, añadió—: Está evacuando consultas con la gobernadora del sistema.

—¿Y cuando me reúna con ella allí podrá explicarme qué se supone que ha hecho usted aquí?

—Señor, sí, señor.

—Bien.

Nave cortó la comunicación y me volví hacia la teniente Ekalu.

—¿Conoce usted a esta oficial?

Seguía sin expresión en el rostro.

—El agua desgasta la piedra, señor.

Se trataba de un refrán. O, mejor dicho, la mitad de un refrán. «El agua desgasta la piedra, pero no prepara la cena.» Todo tiene sus puntos fuertes. Expresado con la suficiente ironía, también podía implicar que, como las diosas tienen un propósito para cada persona, aquella de quien se habla debe de ser buena en algo aunque a la hablante no se le ocurra qué puede ser.

—Es de buena familia —añadió Ekalu todavía impasible—. Su estirpe es extensa, señor. Su madre es prima segunda de la nieta de una clienta de Mianaai en persona, señor.

Y, por lo visto, se aseguraba de que todo el mundo lo supiera.

—¿Y qué sabe de la capitana? —Anaander Mianaai me había contado que lo que le faltaba a la capitana Hetnys en cuanto a visión, lo compensaba con una concienzuda dedicación al deber—. ¿Es posible que haya dado órdenes de atacar a todo lo que entre en el sistema?

—No lo creo, señor, pero tampoco se puede decir que la teniente sea muy... imaginativa, señor. Digamos que tiene la cabeza dura —añadió, y al pronunciar esta última frase se le escapó levemente el acento—. Con el permiso de la capitana de flota.

Así que, probablemente, obedecía unas órdenes que sugerían que cualquier nave que llegara podía constituir una amenaza. Cuando conociera a la

capitana Hetnys tenía que preguntarle sobre esa cuestión.

El mecanismo de acoplamiento al muelle de la estación Athoek era prácticamente automático. Cuando la presión se igualó, Cinco abrió la escotilla de la lanzadera, y la teniente Tisarwat y yo nos propulsamos a través del incómodo tramo que separaba la ingravidez de la lanzadera de la gravedad artificial de la estación. El muelle era de un lúgubre color gris y el suelo tenía marcas de distintos tipos, como cualquier otro muelle de cualquier otra estación.

Una capitana nos esperaba allí y una auxiliar permanecía en posición de firmes detrás de ella. Al verla, sentí una punzada de envidia. Yo había sido como ella, pero no podría volver a serlo.

—Capitana Hetnys —saludé mientras la teniente Tisarwat me seguía.

La capitana Hetnys era alta, diez buenos centímetros más alta que yo, de espaldas anchas y complexión robusta. Llevaba el pelo corto al estilo militar y su color gris plata contrastaba enormemente con su piel oscura. Quizá se trataba de una cuestión de vanidad. Sin duda ella había elegido ese color porque quería que la gente se fijara en su pelo o en su ajustado corte. No todas las insignias que llevaba prendidas en la parte delantera de la chaqueta en cuidadosas e inusuales hileras tenían un nombre grabado, y las que lo tenían no pude leerlas por la distancia a la que nos encontrábamos. Hizo una reverencia.

—Capitana de flota, señor.

Yo no correspondí.

—Quiero ver inmediatamente a la gobernadora del sistema —exigí con frialdad y, al mismo tiempo, con naturalidad, aunque exageré ligeramente el acento antiguo que tendría cualquier Mianaai—. Y después usted me explicará por qué su nave amenazó con atacarme cuando llegué.

—Sí, señor.

Se interrumpió; supuse que para parecer tranquila. Cuando mandé mi primer mensaje a la estación Athoek, me comunicaron que Giarod, la gobernadora del sistema, estaba ocupada con obligaciones religiosas ineludibles y que lo estaría durante algún tiempo. Y, por lo visto, lo mismo ocurría con todas las oficiales de alto rango. Se trataba de una festividad propia del calendario athoeki y puede que por eso, porque era una fiesta local,

no se le había ocurrido a nadie advertirme de que era lo bastante importante para que prácticamente toda la estación estuviera cerrada. La capitana Hetnys sabía que me habían informado de que la gobernadora no estaría disponible durante unas horas.

—Las iniciadas deberían salir del templo dentro de una o dos horas. — Empezó a fruncir el ceño y de repente lo desfrunció—. ¿Planea alojarse en la estación, señor?

Detrás de mí y de la teniente Tisarwat, Kalr Cinco, Diez y Ocho, y Bo Nueve sacaban el equipaje de la lanzadera, lo que debió de motivar la pregunta de la capitana Hetnys. Al ver que yo no le contestaba inmediatamente, añadió:

—Solo lo pregunto, señor, porque ahora mismo los alojamientos de la estación están bastante llenos. Puede que sea difícil encontrarle un lugar adecuado.

Yo ya había supuesto que la destrucción de algunos portales espaciales, aunque fueran pocos, reconduciría el tráfico en aquella dirección. En el muelle había varias docenas de naves que en principio no se dirigían a Athoek y otras que querían abandonar el sistema pero que no podían hacerlo. Aunque la orden de Anaander Mianaai de prohibir los traslados a través de los portales que todavía estaban operativos no podía haber llegado a Athoek, a las capitanas de muchas naves no debía de resultarles especialmente atractiva la idea de utilizarlos, al menos de momento. Así que todas las viajeras adineradas o con influencias debieron de contratar los alojamientos cómodos disponibles. La *Misericordia de Kalr* ya se lo había preguntado a Estación para asegurarse y esta le había contestado que, aparte de la posibilidad de que me invitaran a alojarme en la residencia de la gobernadora del sistema, no quedaban estancias disponibles.

Que la posibilidad de alojarme en la estación consternara a la capitana Hetnys era casi tan significativo como que, por lo visto, Estación no le hubiera mencionado mis planes. Quizás a la capitana no se le había ocurrido preguntárselo.

—Ya tengo un lugar donde alojarme, capitana.

—¡Vaya, eso es estupendo, señor! —exclamó a pesar de que no parecía convencida de lo que decía.

Le indiqué con un gesto que me siguiera, salí del muelle y accedí a un pasillo. La auxiliar de la *Espada de Atagaris* nos siguió a las tres y lo mismo

hizo Kalr Cinco. Percibí, porque la *Misericordia de Kalr* me lo mostró, que Cinco se sentía orgullosa de su habilidad para parecer una auxiliar al caminar al lado de una que realmente lo era.

El suelo y las paredes del pasillo mostraban, igual que el muelle de acoplamiento, signos de desgaste y dejadez. Evidentemente no se limpiaban con la frecuencia que se esperaría en una nave militar orgullosa de sí misma. Sin embargo, unas guirnaldas de vistosos colores y propias de la festividad alegraban las paredes.

—Capitana —dije después de dar diez pasos y sin romper el ritmo de mis zancadas—, tengo entendido que están celebrando el Festival de los Genitales, pero ¿cuando hablan de genitales se refieren a los genitales en general o solo a los de un tipo?

A lo largo del trayecto que había recorrido y en el sector del pasillo que podía ver, colgaban de las paredes diminutos penes de colores verde brillante, rosa intenso, azul eléctrico y un naranja especialmente dañino a la vista.

—Es una traducción, señor —dijo la capitana Hetnys justo detrás de mí—. En el idioma athoeki se utiliza la misma palabra.

El idioma athoeki, ¡como si solo hubiera uno! Yo ya sabía por experiencia que nunca hay solo un idioma en cada planeta.

—Con el permiso de la capitana de flota...

Hice un gesto de asentimiento sin volver la cabeza para mirarla. Si quería, podía ver su espalda y la mía a través de los ojos de Kalr Cinco, que no sospechaba que yo tuviera esa capacidad. La capitana Hetnys continuó:

—Las athoekis no eran muy civilizadas. —No eran civilizadas. No eran radchaais. La palabra era la misma y solo las diferenciaba una sutileza definida por el contexto que, además, era fácilmente eludible—. En realidad, muchas todavía no lo son. Diferencian entre personas con pene y personas sin pene. Cuando llegamos al sistema, se rindieron de inmediato. Su gobernante perdió la razón. Creía que las radchaais no tenían pene y, como las habitantes del sistema tenían que convertirse en radchaais, les ordenó que las que tuvieran pene se lo amputaran. Pero las athoekis no tenían intención de amputarse ningún miembro, de modo que fabricaron copias de los penes y las apilaron frente a la gobernante para satisfacer su exigencia hasta que pudieran arrestarla y someterla a tratamiento. Así que, actualmente, en el aniversario de su rendición, todas las niñas ofrecen el pene a su diosa, señor.

—¿Y qué pasa con las athoekis que tienen otro tipo de genitales?

Habíamos llegado al vestíbulo, donde varios ascensores conducían a otras plantas de la estación. El recinto estaba desierto.

—No importa si tienen pene o no, porque no utilizan miembros de verdad, señor —explicó la capitana Hetnys, que, evidentemente, desdeñaba aquel ritual—. Los compran en las tiendas.

Estación no abrió las puertas del ascensor de inmediato, que era a lo que yo estaba acostumbrada en la *Misericordia de Kalr*. Pensé en no hacer nada para averiguar cuánto tiempo podía dejarnos allí esperando y me pregunté si su tardanza se debía a que sentía aversión hacia la capitana Hetnys. Pero, si era así, si Estación estaba resentida con la capitana, hacerlo patente no haría más que amplificarlo.

Justo cuando inspiré para solicitar un ascensor, las puertas de uno de ellos se abrieron. El interior no estaba decorado. Cuando estuvimos todas dentro y las puertas se cerraron, dije:

—A la plaza principal, por favor, Estación.

Ocho y Diez tardarían un rato en instalar mis cosas en el alojamiento que había contratado y, mientras tanto, al menos me presentaría en el palacio de la gobernadora, al que sin duda se podía acceder desde la plaza principal. Al mismo tiempo, podría presenciar una parte del festival.

—Por lo que veo, a usted el hecho de que se rindieran todas de inmediato parece plausible, ¿no es así? —le pregunté a la capitana Hetnys, que estaba a mi lado.

Una gobernante para todo el sistema, y se rindieron de inmediato. Según mi experiencia, ningún sistema se rendía todo entero y de inmediato. Algunas partes, sí, era posible, pero nunca el sistema completo. La única excepción fue el de las garseddais, pero fue una táctica, una estratagema que, por supuesto, falló y, en consecuencia, no quedaba ninguna garseddai.

—¿Señor?

La sorpresa y el desconcierto que mi pregunta provocó en la capitana Hetnys fueron evidentes, aunque ella intentó ocultar lo que sentía y mantener la voz y la expresión neutras e inalterables.

—¿Le parece realmente posible que algo así haya sucedido? ¿Usted cree que alguien actuaría así?

Incluso con el nuevo planteamiento y con tiempo para pensar en ello, la pregunta seguía desconcertándola.

—Nadie que fuera civilizada, señor. —Inspiró a fondo y, animada quizá

por la dirección que había seguido nuestra conversación hasta entonces, añadió—: Con el permiso de la capitana de flota —yo le indiqué, con un gesto, que se lo concedía—, ¿qué ha ocurrido en el palacio Omaugh, señor? ¿Lo han atacado las alienígenas? ¿Ha estallado una guerra, señor?

Una parte de Anaander Mianaai creía que el conflicto que tenía consigo misma se debía a que se habían infiltrado alienígenas presgeres, o al menos había extendido ese rumor.

—Sí, ha estallado una guerra, pero las presgeres no tienen nada que ver con ella. Somos nosotras las que nos hemos atacado a nosotras mismas. —La capitana Vel, la anterior capitana de la *Misericordia de Kalr*, se creyó la mentira acerca de las presgeres—. Vel Osck ha sido arrestada por traición. —La capitana Hetnys y la capitana Vel se conocían—. Aparte de eso, no sé qué ha sido de ella. —Aunque todas sabíamos qué era lo más probable que le hubiera ocurrido—. ¿La conocía usted bien?

Se trataba de una pregunta con trampa y la capitana Hetnys, que no era ni la mitad de efectiva que mi tripulación en ocultar sus reacciones, percibió el peligro.

—No lo bastante como para sospechar que pudiera cometer un acto de deslealtad, señor.

Al oír a la capitana Hetnys hablar de deslealtad, la teniente Tisarwat se estremeció levemente. La capitana Vel nunca había sido desleal y nadie lo sabía mejor que Anaander Mianaai.

Las puertas del ascensor se abrieron. La plaza principal de la estación Athoek era bastante más pequeña que la del palacio Omaugh. Alguna insensata creyó, en algún momento, que el blanco sería un color excelente para el amplio y muy transitado suelo. Como cualquier otra plaza principal de cualquier estación radchaai de tamaño considerable, tenía dos plantas. En aquel caso, en la planta superior había ventanas y la inferior estaba bordeada de tiendas, oficinas y los principales templos de la estación. Uno de ellos estaba dedicado a Amaat y, probablemente, a una larga lista de diosas secundarias. La fachada no exhibía una profusión intrincada de imágenes de diosas como la del templo de Omaugh, solo imágenes de las Cuatro Emanaciones en colores púrpura, rojo y amarillo. La suciedad se acumulaba en los entrantes y salientes. A su lado había otro templo más pequeño y supuse que estaba dedicado a la diosa de la historia que me había contado la capitana Hetnys. La entrada estaba cubierta de guirnaldas, casi idénticas a las

que adornaban los muelles, pero estas eran de mayor tamaño y despedían luz, por lo que sus vistosos colores brillaban todavía más.

La plaza estaba abarrotada de grupos de ciudadanas que conversaban prácticamente a gritos y que iban vestidas con abrigos, pantalón y guantes de brillantes colores verdes, rosas, azules y amarillos. Sin duda se trataba de su ropa de día de fiesta. Todas iban enojadas, como cualquier otra radchaai, pero, por lo visto, la moda local dictaba que las insignias conmemorativas y de las asociaciones no se lucieran en el abrigo o la chaqueta, sino en bandas anchas que se llevaban cruzadas de hombro a cadera, donde se anudaban y desde donde colgaban las puntas. De un lado a otro corrían llamándose niñas de distintas edades y, de vez en cuando, se detenían para pedir dulces a las adultas. Los envoltorios, de color rosa, verde, azul y naranja, estaban desparramados por el suelo. Algunos traspasaron la entrada del ascensor y vi que tenían frases impresas, pero solo pude leer algunos fragmentos mientras volaban por el suelo: «bendiciones..., la diosa a quien..., no he...»

En cuanto salimos del ascensor, una ciudadana se aproximó a nosotras desde la multitud. Iba vestida con un abrigo y un pantalón entallados, de un color verde tan claro que podría haber sido blanco, y lo mismo podía decirse de los guantes. No llevaba banda, pero sí un montón de insignias, incluida una rodocrosita de gran tamaño rodeada por un hilo de plata elaboradamente entretejido. La ciudadana puso una expresión de alegría y sorpresa, e hizo una pronunciada reverencia.

—¡Capitana de flota!, acabo de enterarme de su llegada, me vuelvo y aquí está. Es tremendo que el portal del palacio Omaugh haya sido inutilizado tan repentinamente..., y todas esas naves que han sido redirigidas aquí y sin poder partir... Pero ahora que está usted aquí, seguro que la situación se enmendará pronto. —Su acento era muy similar al de una radchaai acomodada y bien educada, aunque había algo extraño en su forma de pronunciar las vocales—. Pero usted no debe de saber quién soy. Me llamo Fosyf Denche y me alegro mucho de conocerla. Tengo un apartamento muy espacioso aquí, en la estación, y también una casa, todavía más espaciosa, en Suelo. Me honra ofrecerle mi hospitalidad.

A mi lado, la capitana Hetnys y su auxiliar se quedaron calladas y serias. Detrás de mí, Cinco seguía aparentando una impasibilidad casi auxiliar, pero a través de la *Misericordia de Kalr* percibí que le molestaba la familiaridad con la que la ciudadana Fosyf me trataba. También percibí que, enmascarado

por los efectos de la medicación para las náuseas y de su habitual estado de infelicidad, la teniente Tisarwat se sentía divertida y algo desdeñosa. Pensé en cómo habría respondido Seivarden si, cuando era más joven, alguien la hubiera tratado de esa forma, y torcí levemente el labio.

—No será necesario, ciudadana.

—¡Vaya, alguien se me ha adelantado! Está bien.

Mi actitud no pareció afectarla, lo que me indicó que no era la primera vez que le pasaba algo así y que incluso estaba acostumbrada. Además, sin duda yo tenía noticias nuevas de Omaugh y casi todas las ciudadanas de allí debían de querer conocerlas.

—¡Al menos cene con nosotras, capitana de flota! La capitana Hetnys también está invitada, por supuesto, y además hoy no podrá hacer ninguna gestión oficial.

Sus últimas palabras sonaron con claridad en medio de un silencio repentino y entonces oí una docena o más de voces infantiles que cantaban al unísono. No cantaron en radchaai ni la canción era radchaai. La melodía seguía arcos ascendentes a intervalos amplios y angulosos, y después descendía suavemente, aunque la suma de los movimientos era ascendente y la canción terminaba en un tono más agudo que el del inicio. Mi evidente falta de atención interrumpió repentinamente la locuacidad de la ciudadana Fosyf en relación con la cena.

—¡Ah, sí! —exclamó—. En el templo...

—¡Cállese! —exclamé con brusquedad.

Las niñas empezaron otra estrofa y yo seguí sin comprender la letra. Cantaron dos estrofas más mientras la ciudadana Fosyf intentaba dominar su consternación. Pero no se iba. Por lo visto, estaba decidida a hablar conmigo. Estaba convencida de que, si era lo bastante paciente, tendría su oportunidad. Yo podía preguntarle a Estación acerca de Fosyf, pero sabía lo que me contestaría. Fosyf Denche era una ciudadana distinguida en aquel lugar y creía que su posición sería relevante para cualquiera que llegara a aquel sistema. Y en aquella estación y en aquel sistema, ser importante significaba cultivar té o comerciar con él.

La canción terminó y se oyeron unos cuantos aplausos. Volví a dirigir mi atención a la ciudadana Fosyf. Su expresión se volvió más relajada y se le iluminó la cara.

—¡Ah, capitana de flota, ya sé lo que es usted! ¡Es una coleccionista! Tiene

que visitarme en Suelo. Yo no tengo nada de oído, pero las trabajadoras de la finca emiten todo tipo de sonidos incivilizados y me han asegurado que se trata de auténticas y exóticas reliquias musicales de sus ancestros. Según me han dicho son como un museo auditivo. La administradora de la estación podrá contarle todo sobre esas canciones esta noche durante la cena. Ella también es coleccionista y ya sé cómo son ustedes: no importa lo que coleccionen, siempre están encantadas de compartir e intercambiar sus experiencias. ¿Está absolutamente segura de que tiene un lugar adecuado donde alojarse?

—¡Váyase! —le ordené con un tono de voz brusco y tajante.

—Por supuesto, capitana de flota. —Hizo una gran reverencia—. La veré en la cena, ¿no?

Sin esperar mi respuesta, se volvió y se alejó a zancadas sumergiéndose en la multitud.

—Con el permiso de la capitana de flota —me pidió la capitana Hetnys inclinándose hacia mí para no tener que gritar y evitar que la oyeran otras personas—, las fincas de la familia de la ciudadana Fosyf producen casi un cuarto del té que se exporta desde Athoek. Y su apartamento está muy cerca de Administración, en la plaza superior.

Aquello resultaba cada vez más interesante. Primero la capitana Hetnys se había sorprendido y yo había percibido que no deseaba que me alojara en la estación, y ahora parecía querer que me alojara en el apartamento de aquella cultivadora de té.

—Me voy al palacio de la gobernadora —le informé yo. Sabía que la gobernadora del sistema no estaría, pero quería que constara que no me había recibido cuando llegué—. Después, mientras me instalo en mi alojamiento, podrá usted presentarme su informe.

—Señor, sí, señor. —Al ver que yo no decía nada más, añadió—: ¿Puedo preguntarle dónde se va a alojar, señor?

—En el nivel cuatro del Subjardín —respondí con voz neutra.

Ella intentó, con esmero, que su cara no reflejara sorpresa ni consternación, pero era evidente que no esperaba esa respuesta y que no le gustaba.

6

Las IA de las estaciones se iban construyendo y crecían a medida que lo hacían sus estaciones. Poco después de que la estación Athoek acabara de ser construida, cuando el resentimiento debido a la anexión todavía estaba candente, hubo brotes de violencia y resultaron dañados permanentemente una docena de sectores situados en cuatro niveles distintos.

Instalar una IA en una construcción ya existente era arriesgado. Aunque podía hacerse, los resultados casi nunca eran óptimos, pero la verdad es que ya se había hecho anteriormente. Sin embargo, en aquel caso y fueran cuales fueran las razones —quizá deseando olvidar lo ocurrido, porque el pronóstico no había sido favorable o por alguna otra razón— aquellos sectores no se repararon y habían quedado aislados.

La gente, por supuesto, todavía conseguía acceder a ellos. De hecho, varios cientos de personas vivían en el Subjardín, aunque se suponía que no debían estar allí. A todas las ciudadanas se les implantaba un rastreador nada más nacer, de modo que Estación sabía en todo momento dónde estaban. Por lo tanto, sabía que aquellas ciudadanas vivían allí, aunque no podía verlas ni oírlas como ocurría con el resto de las ciudadanas; no a menos que estuvieran conectadas para enviar sus datos a Estación, y yo sospechaba que pocas de ellas lo estaban.

La compuerta que conducía al Subjardín se mantenía abierta gracias a los restos aplastados de una mesa a la que le faltaba una pata. El letrero que había junto a la entrada indicaba que al otro lado de la compuerta, que supuestamente estaba cerrada, había un estado de vacío casi absoluto. Se trataba de un asunto serio, porque, si caía de repente la presión, aquel tipo de compuertas se cerraban automáticamente para sellar la zona donde se había

producido una posible grieta en el casco. A pesar de lo que indicaba el letrero, probablemente las condiciones en aquella zona ni siquiera se aproximaban a las del vacío, pero nadie que pasara mucho tiempo en una nave o que viviera en una estación se tomaba estas medidas de seguridad a la ligera. Me volví hacia la capitana Hetnys.

—¿Todas las compuertas que conducen al Subjardín están inutilizadas y apuntaladas para que permanezcan abiertas como esta?

—Como le informé, capitana de flota, esta zona fue sellada y aislada, pero la gente forzaba las entradas continuamente. Podrían sellarla una y otra vez, pero sería inútil.

—Ya lo veo —reconocí, constatando la obviedad de sus palabras—. Entonces, ¿por qué no arreglar las compuertas para que funcionen adecuadamente?

Ella parpadeó varias veces. Era evidente que no acababa de comprender mi pregunta.

—Se supone que no debería haber nadie en esta zona, señor.

Parecía hablar totalmente en serio, como si su razonamiento tuviera todo el sentido del mundo. La auxiliar que estaba detrás de ella miraba al frente con la mirada perdida. Parecía no tener opinión sobre aquel tema, pero yo estaba casi segura de que no era así. No respondí a la capitana Hetnys; me volví, pasé por encima de la mesa rota y entré en el Subjardín.

En el pasillo, aquí y allá, había paneles portátiles de luz apoyados en las paredes que despedían una tenue luz a nuestro paso. El aire estaba opresivamente estancado, era muy húmedo y olía a viciado. Estación no debía de regular el flujo de aire en aquella zona y seguro que mantener las compuertas abiertas era una cuestión de poder respirar o no. Después de caminar unos cincuenta metros, el pasillo desembocó en una especie de plaza diminuta: una serie de pasillos cuyas puertas habían sido arrancadas y paredes mugrientas, que en su momento debieron de ser blancas, medio derruidas hasta formar un laberinto de estancias semiabiertas. Iluminaban el recinto más paneles portátiles de luz, aunque parecía que allí la fuente energética tenía más potencia. Pasaron unas ciudadanas y se diría que, casualmente, su camino las condujo por la zona más alejada de donde estábamos nosotras y, también casualmente, no experimentaron el menor deseo de mirar en nuestra dirección.

En un rincón apartado, una ancha puerta abierta proyectaba más luz en la

plaza. Junto a la puerta, una persona vestida con pantalón y camisa suelta nos lanzó una mirada y pareció ocurrírsele una idea, pero volvió a girar la cabeza, se inclinó sobre el cubo de cinco litros que tenía a los pies, se enderezó y siguió pintando con cuidado y determinación alrededor de la puerta. En la parte de la pared que estaba en la penumbra, alguien había pintado unas espirales y florituras de color rojo que despedían un brillo suave. La pintura que aquella persona utilizaba debía de ser igual a la de la pared y no se distinguiría de la antigua si no fuera porque era fosforescente. Al otro lado de la puerta había gente sentada a mesas que no hacían juego unas con otras. Bebían té y charlaban o, al menos, habían estado charlando hasta que nos vieron.

El aire era verdadera y desagradablemente bochornoso. Un recuerdo intenso y visceral acudió a mí en un fogonazo repentino. Un calor húmedo y el olor a agua pantanosa. El tipo de recuerdo que, con los años, se había vuelto menos frecuente y que procedía de cuando yo era una nave; cuando era una unidad de auxiliares al mando de la teniente Awn; cuando ella todavía estaba viva y cada respiración, cada movimiento suyo formaba parte de mi conciencia constantemente y yo estaba siempre, siempre, con ella.

La sala de la decuria de la *Misericordia de Kalr* apareció en mi conciencia. Seivarden estaba sentada, bebía té y consultaba los horarios para aquel día y el siguiente. El olor a disolvente que procedía del pasillo, donde tres amaats frotaban el limpio suelo, era más intenso de lo habitual. Las amaats cantaban en voz baja y al unísono, pero desafinando y de forma irregular: «Todo gira. La estación gira alrededor de la Luna. Todo gira.» ¿Había buscado yo, inconscientemente, esa visión o la *Misericordia de Kalr* me la había enviado por iniciativa propia en respuesta a algo que había percibido en mí? ¿Acaso importaba?

—Señor —se atrevió a decirme la capitana Hetnys, quizá porque yo me había detenido obligándola a hacerlo a ella, y también a *Espada de Atagaris*, a la teniente Tisarwat y a Kalr Cinco—. Con el permiso de la capitana de flota. Se supone que no debería haber nadie en el Subjardín. La gente no se aloja aquí.

Miré fijamente a la gente sentada a las mesas que había al otro lado de la puerta; ponían todo su empeño en fingir que no nos veían. Luego miré alrededor, a las ciudadanas que pasaban por allí y le dije a Tisarwat:

—Teniente, vaya a comprobar cómo va el traslado.

Podía obtener la información que quisiera de mis misericordias de Kalr con solo pensarlo, pero como ya no estábamos en la lanzadera, Tisarwat no estaba mareada, y empezaba a sentirse cansada y hambrienta.

—Sí, señor —respondió ella, y se marchó.

Me alejé de la capitana Hetnys y su auxiliar y atravesé la puerta decorada con espirales. Cinco me siguió. Cuando pasamos junto a la pintora, se puso tensa y titubeó, pero luego siguió pintando.

Dos personas que estaban sentadas a sendas mesas desiguales y con arañazos en el tablero vestían los habituales pantalón, guantes y chaqueta radchaai. Se trataba de la ropa estándar de tela rígida de color gris-beige; el tipo de ropa a la que tenía derecho cualquier ciudadana pero que nadie vestía si podía permitirse algo mejor. El resto de las clientas del local vestían camisa y pantalón sueltos confeccionados con telas ligeras de vivos colores rojo, azul y púrpura, que contrastaban con las sucias paredes grises. El aire estaba estancado y era lo bastante denso y pesado para que su camisa sin chaqueta fuera infinitamente preferible a mi uniforme. Nadie llevaba una banda como las que había visto en la plaza principal y casi nadie lucía joyas. La mayoría de ellas sostenían, en las manos desnudas, tazones de algo que supuse que era té. No parecía que estuviera en una estación radchaai.

Cuando entré, la propietaria estaba en el rincón donde tenía apilados los tazones y en aquel momento observaba a sus clientas con tanta atención que era evidente que no podía dedicarme ni una mirada. Me dirigí a ella, hice una reverencia y dije:

—Discúlpeme, ciudadana, soy forastera en este lugar y desearía formularle una pregunta. —La propietaria me miró fijamente, como si no me entendiera, como si la tetera que sostenía en la mano desnuda acabara de hablarle o yo hubiera dicho algo incoherente—. Me han contado que hoy se celebra una importante festividad athoeki, pero aquí no veo ningún signo de celebración.

No había guirnaldas de penes ni dulces, solo personas que se ocupaban de sus asuntos y fingían no ver a los soldados que estaban en medio de la plaza central del vecindario.

—Porque todas las athoekis son xhais, ¿no? —se burló la propietaria.

Kalr Cinco se había detenido justo detrás de mí, mientras que la capitana Hetnys y la auxiliar de la *Espada de Atagaris* estaban donde las dejé. La capitana Hetnys me seguía con la mirada.

—¡Ah, ahora lo entiendo, gracias! —contesté.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó una persona que estaba sentada a una de las mesas.

No utilizó ningún título de cortesía, ni siquiera el término «ciudadana», que era la fórmula de corrección mínima. Las personas que estaban sentadas cerca se pusieron tensas y apartaron la mirada, y las que no se habían callado ya lo hicieron entonces. Una persona que estaba sentada sola a pocos metros de distancia, una de las dos vestidas al estilo radchaai, incluso con guantes y la chaqueta de tela rígida y barata, cerró los ojos, inspiró unas cuantas veces ostentosamente y volvió a abrir los ojos, pero no dijo nada. Yo ignoré todo aquello.

—Necesito un alojamiento, ciudadana.

—Aquí no hay hoteles elegantes —replicó la persona que se había dirigido a mí poniéndose borde—. Nadie viene a alojarse aquí. La gente viene a beber o a comer auténtica comida ychana.

—Las soldados solo vienen para propinarles palizas a personas que lo único que hacen es ocuparse de sus propios asuntos —murmuró alguien detrás de mí.

No me volví para mirarla y con un mensaje rápido y silencioso le ordené a Kalr Cinco que no se moviera.

—Además la gobernadora siempre dispone de alojamiento para las personas importantes —continuó la que había hablado primero como si la otra no hubiera dicho nada.

—Quizá no quiera alojarme con la gobernadora.

Por alguna razón, me pareció que contestar esto era lo correcto. Todas las personas que me oyeron se echaron a reír salvo una, la que guardaba silencio con cuidado e iba vestida al estilo radchaai. Las pocas insignias que lucía eran genéricas y baratas, de latón o de cristal tintado. Nada en ella indicaba cuál era su afiliación familiar. Solo una pequeña IssaInu esmaltada y prendida en el cuello de la chaqueta sugería algo especial de ella. Se trataba de la emanación del movimiento y la quietud, e indicaba que la portadora podía ser seguidora de una secta que practicaba un tipo concreto de meditación. Claro que, por otra parte, las emanaciones eran populares y, puesto que figuraban en la fachada del templo de Amaat de la estación, podían actuar como sustitutas de algunas diosas athoekis; así que tampoco la IssaInu me decía mucho de aquella radchaai, aunque sí que me intrigó. Tiré de la silla que tenía enfrente y me senté.

—Está usted muy enfadada, ciudadana.

—Eso no sería razonable —replicó ella al cabo de un segundo.

Percibí que la había presionado demasiado y que, en cualquier momento, podía levantarse y salir corriendo.

—Para Seguridad, los sentimientos y los pensamientos son irrelevantes, solo las acciones son de su incumbencia.

—Eso me han dicho.

Apartó la taza y empezó a levantarse.

—¡Siéntese! —dije cortante, autoritaria.

Ella se quedó paralizada. Llamé a la propietaria con un gesto.

—Sea lo que sea lo que estás sirviendo, quiero una —le indiqué. Me dio un tazón con una especie de polvo que, después de verter en él agua caliente, se convirtió en el denso té que todo el mundo bebía. Tomé un sorbo—. ¿Té y algún cereal tostado? —aventuré.

La propietaria miró hacia el techo como si yo hubiera dicho algo especialmente estúpido, se volvió y se marchó sin responder. Hice un gesto de resignación y despreocupación y bebí otro sorbo.

—Bueno, supongo que debió de tratarse de un asunto político —le dije a la persona que estaba sentada frente a mí.

Todavía no se había acomodado de nuevo en la silla, pero al menos no se había marchado. Ella abrió mucho los ojos, como si fuera totalmente inocente.

—¿Disculpe, ciudadana?

Su forma de dirigirse a mí era ostensible e innegablemente cortés, aunque yo estaba convencida de que sabía interpretar los signos de mi rango y debería haber utilizado el elevado título que me correspondía; si es que lo conocía o si realmente pretendía ser cortés.

—Nadie aquí la mira o le habla —le dije—. Y su acento no es como el de ellas. Usted no es de aquí. Normalmente, la reeducación consiste en un simple condicionamiento. Se trata de conseguir que te resulte sumamente desagradable hacer aquello por lo que te detuvieron. —Al menos ese era el procedimiento básico; claro que podía ser mucho más complicado y, sin duda, en la práctica lo era—. Y lo que a usted le resulta desagradable es expresar la ira. Pero está muy enfadada. —Yo no la conocía, y tampoco a las demás, pero sabía reconocer la ira. A aquellas alturas, era una vieja compañera mía—. Fue una injusticia de principio a fin, ¿no? Usted no había

hecho nada. Nada que considerara incorrecto. —Probablemente, allí nadie consideraba que ella hubiera hecho algo incorrecto, ya que le habían permitido ocupar una mesa y nadie había evitado sentarse cerca. Además, la propietaria le había servido una consumición—. ¿Qué pasó?

Se quedó callada un momento.

—Está usted muy acostumbrada a expresar lo que quiere y conseguirlo, ¿no es así? —me preguntó finalmente.

—Nunca había estado en la estación Athoek hasta hoy. —Bebí otro sorbo del espeso té—. Solo llevo aquí una hora y, de momento, no me gusta mucho lo que veo.

—Entonces váyase a otro lugar.

Lo dije con voz neutra, casi sin rastro de ironía ni de sarcasmo, como si solo quisiera decirme lo que las palabras que dije significaban.

—¿Qué sucedió?

—¿Cuánto té bebe usted, ciudadana?

—Bastante —respondí yo—. Al fin y al cabo soy una radchaai.

—Sin duda solo bebe el mejor. —Seguía hablando con esa aparente sinceridad. Supuse que casi había recuperado la compostura y que aquel hablar agradable con su prácticamente imperceptible fondo de enfado era lo normal en ella—. Recolectado a mano y elaborado con los brotes más delicados y exquisitos.

—No soy tan exigente —repuse con serenidad, aunque para ser sincera, no tenía ni idea de si el té que bebía era recolectado o no a mano y tampoco sabía nada más de él salvo su nombre y que era bueno—. ¿Entonces el té se recolecta manualmente?

—No todo —aclaró ella—. Debería ir a Suelo y verlo en persona. Se hacen unas visitas muy asequibles. A las turistas les encantan. Muchas personas van a Athoek exclusivamente para visitar las plantaciones de té. Es normal. Al fin y al cabo, ¿qué son las radchaai sin el té? Estoy convencida de que alguna de las cultivadoras estará encantada de enseñarle su plantación.

Me acordé de la ciudadana Fosyf.

—Quizá lo haga.

Bebí otro sorbo de la harina de cereales cocinada con té. Ella levantó su tazón, se bebió lo que quedaba y se levantó.

—Gracias por la agradable conversación, ciudadana.

—Ha sido un placer conocerla, ciudadana —contesté yo—. Me alojo en el

nivel cuatro. Venga a visitarme alguna vez cuando ya me haya instalado.

Hizo una reverencia sin responder a mi ofrecimiento y se volvió para marcharse, pero oyó que algo pesado golpeaba la pared exterior del local y se quedó inmóvil. Todas las clientas de la tetería levantaron la vista al oír el golpe. La propietaria dejó la tetera sobre una mesa con tal brusquedad que las personas que estaban sentadas se habrían sobresaltado si no hubieran estado concentradas en lo que ocurría fuera, en la pequeña y penumbrosa plaza. Con expresión adusta, enojada y decidida, la propietaria salió de la tetería con paso largo. Yo me levanté y la seguí, y Cinco salió detrás de mí.

En el exterior, la auxiliar de la *Espada de Atagaris* había inmovilizado a la pintora contra la pared y le doblaba el brazo derecho a la espalda. A juzgar por las salpicaduras de color marrón rosáceo de sus botas, el charco y los rastros del suelo, había volcado el cubo de pintura de una patada. La capitana Hetnys seguía donde yo la había dejado y lo observaba todo sin decir nada. La propietaria de la tetería se acercó a la auxiliar con determinación.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó—. ¡No ha hecho nada!

Espada de Atagaris no respondió, solo retorció todavía más el brazo de la pintora, que soltó un grito de dolor. La auxiliar la obligó a apartarse de la pared, a arrodillarse y a tumbarse boca abajo. La ropa y la mitad de la cara de la pintora se mancharon de pintura. La auxiliar presionó con la rodilla entre los omoplatos, y la pintora jadeó y soltó un gemido. La propietaria de la tetería retrocedió un paso, pero no se marchó.

—¡Suéltela! La he contratado para que pinte la puerta.

Había llegado la hora de que yo interviniera.

—*Espada de Atagaris*, suelte a la ciudadana.

La auxiliar titubeó, probablemente, porque no consideraba que la pintora fuera una ciudadana. Luego la soltó y se levantó. La propietaria de la tetería se arrodilló al lado de la pintora y le habló en un idioma que no comprendí, aunque por el tono de voz entendí que le preguntaba si estaba bien. Yo sabía que no lo estaba porque la llave que utilizó la auxiliar para inmovilizarla tenía como objetivo provocar daños. Yo misma la había utilizado a tal fin en numerosas ocasiones. Me agaché al lado de la propietaria de la tetería.

—Probablemente tiene el brazo roto —le dije a la pintora—. No se mueva. Avisaré al Departamento Médico.

—Las médicos no bajan aquí —replicó la propietaria con voz amarga y despectiva. Luego se dirigió a la pintora—: ¿Puedes levantarte?

—No debería moverse. En serio —dije yo.

Pero la pintora no me hizo caso y, con la ayuda de la propietaria y dos clientas, se puso en pie.

—¡Señor, capitana de flota! —La capitana Hetnys estaba visiblemente indignada y, también visiblemente, se esforzaba en dominarse—. Esta persona estaba pintarrajeando la estación, señor.

—Esta persona —repliqué yo— estaba pintando la puerta de la tetería a petición de la propietaria.

—¡Pero seguro que no tenía el permiso correspondiente, señor! Y, seguramente, la pintura es robada.

—¡La pintura no es robada! —gritó la propietaria mientras la pintora se alejaba lentamente con la ayuda de las dos clientas. Una de ellas era la persona enfadada de guantes grises—. La compré yo.

—¿Le preguntó a la pintora de dónde había sacado la pintura? —le dije a la capitana Hetnys. Ella me miró perpleja, como si mi pregunta no tuviera sentido para ella—. ¿Le preguntó si contaba con el permiso adecuado?

—Señor, nadie tiene permiso para hacer nada aquí —contestó la capitana Hetnys con voz cuidadosamente neutra, aunque percibí frustración en ella.

Me pregunté, por qué si eso era verdad, aquella actividad en concreto provocaba una reacción tan violenta.

—¿Le preguntó a Estación si la pintura era robada? —La capitana me miró como si no me entendiera—. ¿Había alguna razón para que no llamara a Seguridad de la Estación?

—Señor, en la actualidad nosotras ejercemos la seguridad en el Subjardín para ayudar a mantener el orden hasta que las cosas se estabilicen. Seguridad de la Estación no baja aquí. Se supone que nadie...

—... debería estar aquí —terminé yo. Me volví hacia Cinco—. Asegúrate de que la ciudadana llega sana y salva al Departamento Médico y la atienden inmediatamente.

—No necesitamos su ayuda —protestó la propietaria de la tetería.

—Es igual —repliqué yo, y le hice una señal a Cinco, que se marchó. Me volví de nuevo hacia la capitana Hetnys—. Así que *Espada de Atagaris* se encarga de la seguridad en el Subjardín.

—Sí, señor —contestó la capitana.

—¿Tiene ella, o para el caso usted, alguna experiencia en seguridad civil?

—No, señor, pero...

—Esa llave de inmovilización —la interrumpí— no es adecuada para utilizarla con ciudadanas. Además, es fácil asfixiar a alguien arrodillándose así sobre su espalda. —Eso no era relevante si no importaba que la otra persona viviera o no—. Usted y su nave se pondrán de inmediato al corriente de las directrices para tratar con ciudadanas civiles y las cumplirán.

—Señor, con el permiso de la capitana de flota, usted no lo comprende. Estas personas son... —Se interrumpió y bajó la voz—. Estas personas apenas son civilizadas y podrían escribir cualquier cosa en las paredes. En la situación actual, una persona que pinte en las paredes podría estar extendiendo rumores, transmitiendo mensajes secretos o consignas agitadoras; podría estar sublevando a la gente... —Se interrumpió y por un momento no supo cómo continuar—. Además, Estación no puede ver lo que ocurre aquí, señor. Podría haber todo tipo de personas no autorizadas. ¡Incluso alienígenas!

Durante un instante, las palabras «personas no autorizadas» me intrigaron. Según la capitana Hetnys, allí todas las personas eran no autorizadas; nadie tenía permiso para estar allí. Entonces me di cuenta de que se refería a las personas cuya mera existencia no estaba autorizada; personas que habían nacido allí sin que Estación lo supiera y a las que no se les habían implantado rastreadores; personas que no estaban en la visión de Estación de ninguna forma.

Podía imaginar que hubiera una o dos personas en esa situación, pero ¿eran suficientes para constituir un problema? Adopté mi acento antiguo y añadí un toque de escepticismo a mi voz.

—¿Alienígenas? ¿En serio, capitana?

—Con el permiso de la capitana de flota. Me imagino que usted está acostumbrada a lugares donde todo el mundo es civilizado, donde todo el mundo está totalmente integrado en el sistema de vida radchaai, pero este sitio es diferente.

—Capitana Hetnys —dije—, usted y su tripulación no utilizarán ningún tipo de violencia contra las ciudadanas de esta estación a menos que sea absolutamente necesario y... —continué a pesar de su evidente deseo de protestar—, en caso de que sea necesaria la violencia, seguirá las mismas normas que sigue Seguridad de la Estación. ¿Está claro?

Ella parpadeó varias veces y se tragó lo que de verdad quería decir.

—Sí, señor.

Me volví hacia la auxiliar.

—¿Está claro, *Espada de Atagaris*?

La auxiliar titubeó. Sin duda le sorprendió que me dirigiera a ella directamente.

—Sí, capitana de flota.

—Bien. Ahora seguiremos esta conversación en privado.

Con la ayuda y el consejo de Estación, conseguí una vivienda desocupada en el nivel cuatro. El aire estaba viciado y sospeché que los escasos paneles de luz que estaban apoyados en las paredes procedían de los pasillos. Probablemente, aquel día las tiendas estaban cerradas y las empleadas de los almacenes de la estación debían de tener el día libre. Incluso a la tenue luz de los paneles, el suelo y las paredes se veían desagradablemente mugrientos y polvorientos. Los fragmentos de madera y cristal sugerían que quienquiera que hubiera vivido allí antes de que el Subjardín resultara dañado no se había llevado todas sus pertenencias y que, a lo largo de los años, todo lo que podía ser útil había sido saqueado.

—No hay agua, señor —me informó la teniente Tisarwat—. Lo que significa que los lavabos más cercanos están... No creo que desee ver cómo están los lavabos más cercanos, señor. Incluso sin agua, la gente los ha estado utilizando para... En fin, sea como sea, he enviado a Nueve a buscar cubos y utensilios de limpieza; si es que puede encontrar algo.

—Bien hecho, teniente. ¿Hay algún lugar donde la capitana Hetnys y yo podamos hablar? Preferiblemente donde haya algo en lo que podamos sentarnos.

Los ojos lilas de la teniente reflejaban preocupación.

—Señor, no hay nada donde sentarse, salvo el suelo o el equipaje.

Si nos sentábamos en el equipaje, no podríamos deshacerlo.

—Entonces nos sentaremos en el suelo. —La *Misericordia de Kalr* me mostró la indignación que experimentaron todas las kalrs que estaban allí, aunque ninguna dijo nada y ni siquiera cambiaron de expresión; salvo la teniente Tisarwat, que se esforzó en ocultar su consternación—. ¿Hay alguien cerca?

—Estación dice que no, señor —contestó la teniente Tisarwat. Señaló una

puerta—. Probablemente esa sea la mejor habitación.

La capitana Hetnys me siguió dentro de la estancia que la teniente Tisarwat había propuesto. Me senté en cuclillas sobre el sucio suelo y con un gesto invité a la capitana a que me imitara. Vaciló un momento y luego se sentó en cuclillas delante de mí. Su auxiliar se quedó de pie detrás de ella.

—Capitana, ¿usted o su nave están enviando datos a Estación?

Abrió los ojos con sorpresa.

—No, señor.

Hice una breve comprobación que me confirmó que mi nave tampoco estaba enviando datos a Estación.

—Veamos. Si lo he entendido bien, usted cree que es probable que las presgeres ataquen este sistema y que quizá ya se hayan infiltrado en la estación.

El Radch conocía tres especies alienígenas y tenía contacto con ellas: las gecks, las rrrrrs y las presgeres. Las gecks raramente salían de su mundo de origen; la relación con las rrrrrs era tensa porque el primer encuentro con ellas fue desastroso; y tal como habíamos llegado a nuestro tratado con las presgeres, una guerra con las rrrrrs podía romperlo. Antes de firmarlo, las relaciones con las presgeres eran inviábiles; de hecho eran fatales, porque las presgeres eran enemigas implacables de la humanidad. Más que enemigas, eran depredadoras de las humanas.

—Deduzco que su teniente amaats pensó que la *Misericordia de Kalr* podía ser una nave presger encubierta.

—Sí, señor.

Casi parecía aliviada.

—¿Tiene alguna razón para creer que las presgeres hayan roto el tratado? ¿Algún indicio de que tengan interés en Athoek por mínimo que sea?

Algo, alguna expresión cruzó su cara.

—Señor, hace casi un mes que no he recibido ninguna comunicación oficial. Perdimos el contacto con Omaugh hace veintiséis días y no solo nosotras, sino toda esta parte de la provincia. Envié la *Misericordia de Phey* a Omaugh para que averiguara lo que había ocurrido, pero, aunque vaya y vuelva sin dilación, tardaré días en recibir noticias de ella. —La *Misericordia de Phey* debió de llegar a Omaugh poco después de que yo saliera de allí—. La gobernadora del sistema ha ordenado que los canales de noticias oficiales transmitan que «han surgido dificultades imprevistas», nada más, y la gente

está nerviosa.

—Es comprensible.

—Y encima, hace diez días perdimos toda comunicación con el palacio Tstur. —Eso debió de ocurrir, más o menos, cuando la información de lo que había pasado en Omaugh llegó a Tstur, a lo que había que añadir el tiempo que tardaban las comunicaciones entre Tstur y Athoek—. Además, las presgeres nunca fueron amigas nuestras, señor, y... he oído cosas.

—De la capitana Vel. —Supuse yo—. Cosas acerca de que las presgeres están debilitando el Radch.

—Sí, señor —corroboró ella—. Pero usted dice que la capitana Vel es una traidora.

—Las presgeres no tienen nada que ver con esto. La Lord del Radch tiene una discrepancia consigo misma. Se ha escindido, al menos, en dos facciones cuyos objetivos son opuestos, ideas contrarias acerca del futuro del Radch. Ambas han estado reclutando naves para su causa. —Levanté la vista hacia donde la auxiliar esperaba con rostro impasible y parecía que indiferente, pero yo sabía que su apariencia era engañosa—. *Espada de Atagaris*, tú llevas en este sistema casi doscientos años, ¿no es así?

—Sí, capitana de flota.

Su voz sonó monótona y no dejó ver la sorpresa, que yo estaba segura que experimentaba, que le producía que, por segunda vez, me dirigiera a ella directamente.

—La Lord del Radch te ha visitado durante ese tiempo. ¿Mantuvo en algún momento una conversación privada contigo? ¿Aquí en el Subjardín, quizá?

—No comprendo la pregunta de la capitana de flota —contestó *Espada de Atagaris* a través de la auxiliar.

—Te preguntaba —repliqué tomando su evasiva precisamente por lo que era— si mantuviste una conversación privada con Anaander Mianaai, una charla que nadie pudiera oír, pero creo que ya me has contestado. ¿La mantuviste con la Anaander que defiende que las presgeres se han infiltrado en el Radch o con la otra?

La otra era la que me había otorgado el mando de la *Misericordia de Kalr* y me había asignado a la teniente Tisarwat. ¿O existía, quizás, una tercera Mianaai con otras razones para hacer lo que estaba haciendo? En ese caso, ¡que las diosas nos ayudaran!

—Con el permiso de la capitana de flota —intervino la capitana Hetnys tras

el breve silencio que siguió a mi pregunta—, ¿puedo hablar con franqueza?

—Por supuesto, capitana.

—Señor —tragó saliva ostensiblemente—, imploro su perdón, pero conozco el nombre de todas las capitanas de flota de la provincia y su nombre no está entre ellas.

Sin duda, a aquellas alturas la *Espada de Atagaris* ya le había enseñado mi historial o, al menos, la parte de mi historial a la que ella tenía acceso, y habría visto que me habían nombrado capitana de flota hacía solo unas semanas, justo cuando acababa de incorporarme al servicio militar. Se podían extraer varias conclusiones de esa información y, por lo visto, la capitana Hetnys había llegado a una: que, por alguna razón y sin experiencia militar, me habían designado apresuradamente para aquel puesto. Y decirme eso a la cara podía costarle la vida.

—He sido nombrada recientemente.

Mi respuesta suscitaba varias preguntas y, en una oficial como la capitana Hetnys, deduje que una de ellas era por qué no la habían nombrado a ella capitana de flota. Era probable que fuera la primera pregunta que acudió a su mente. Entonces se dio cuenta de que su carrera no era el problema más acuciante.

—Señor, ¿hay dudas acerca de mi lealtad? Usted acaba de informarme de que milord está... dividida, que la situación actual es el resultado de una discrepancia con ella misma, pero no comprendo cómo es eso posible.

—Anaander Mianaai se ha hecho demasiado grande para continuar siendo una sola entidad, capitana. Si es que lo fue alguna vez.

—Por supuesto que lo fue, señor. Y lo es. Imploro el perdón de la capitana de flota, pero quizás usted no tiene mucha experiencia con naves tripuladas por auxiliares. No es exactamente lo mismo, señor, pero sí bastante similar.

—Le pido que me permita informarle, capitana —repliqué con voz fría e irónica—, de que no tiene acceso a todo mi historial. En realidad, estoy muy familiarizada con las auxiliares.

—Aun así, señor, si lo que dice es verdad y milord se ha dividido en dos y está luchando contra sí misma, si ambas son la Lord del Radch y ninguna de las dos es una... farsante, ¿cómo podemos saber cuál es la verdadera?

Me recordé a mí misma que esa idea era nueva para la capitana Hetnys y que hasta entonces ninguna radchaai se había cuestionado la identidad de Anaander Mianaai ni su derecho a gobernar. Todo se había dado por

supuesto.

—Ambas lo son, capitana. —No mostró señales de comprenderme—. Si a la Anaander «verdadera» no le preocuparan las vidas de las ciudadanas siempre que ganara la guerra contra sí misma, ¿usted cumpliría sus órdenes?

Permaneció en silencio durante tres segundos largos.

—Creo que necesitaría tener más datos. —Eso era razonable—. Sin embargo, e imploro el perdón de la capitana de flota, he oído rumores acerca de alienígenas infiltradas.

—¿Se lo contó la capitana Vel?

—Sí, señor.

—Ella estaba equivocada.

Seguramente, más que estar equivocada fue manipulada. La Anaander que habló con ella debió de pensar que le resultaría más fácil granjearse su simpatía y quizá también resultar más creíble si acusaba a una enemiga externa, una enemiga a la que casi todas las radchaais temían y odiaban. De todos modos, yo no podía estar completamente segura de que las presgeres no estuvieran involucradas de ningún modo. Al fin y al cabo, las presgeres habían fabricado el arma que yo llevaba debajo de la chaqueta, un arma que era indetectable por cualquier sensor y cuyas balas podían atravesar cualquier material del universo.

Las presgeres habían vendido esas armas, veinticinco en total, a las garseddais para que lucharan y evitaran ser anexionadas por el Radch. El enfrentamiento tuvo como resultado la destrucción de las garseddais, el exterminio de todos los seres vivos de aquel sistema. Ese fue el desencadenante de la crisis de Anaander, y le provocó un conflicto personal tan extremo que solo pudo resolverlo entrando en guerra consigo misma.

Pero se trataba de una crisis latente. Había miles de cuerpos distribuidos por todo el espacio radchaai y doce cuarteles generales en constante comunicación, pero con cierta demora. El espacio radchaai y la misma Anaander se habían estado expandiendo continuamente durante tres mil años y llegó un punto en que cualquiera de sus pensamientos podía tardar semanas en llegar a toda ella. Estaba destinada a desmoronarse desde el principio, lo que resultaba obvio echando la vista atrás: se diría que era de esperar que así sucediera. ¡Pero es tan fácil no percibir lo obvio incluso mucho después de cuando habría sido razonable percibirlo!

—Mis órdenes, capitana, consisten en mantener este sistema estable y a

salvo. Si eso significa tener que defenderlo de la misma Lord del Radch, eso es lo que haré. Si usted ha recibido órdenes de apoyar a uno u otro bando, o si tiene firmes ideas políticas, será mejor que tome su nave y se vaya; preferiblemente, lo más lejos posible de Athoek.

Tuvo que pensar en mis palabras un instante más de lo que a mí me habría gustado.

—Señor, mi trabajo no consiste en tener ideas políticas. —Yo no estaba segura de hasta qué punto su respuesta era sincera—. Mi trabajo consiste en cumplir órdenes.

—Las cuales, hasta ahora, consistían en ayudar a la gobernadora del sistema a mantener el orden aquí, pero a partir de ahora consistirán en ayudarme a mí a mantener el sistema a salvo.

—Señor, sí, señor. Por supuesto, señor. Pero...

—¿Sí?

—Sin poner en entredicho la inteligencia y la habilidad de la capitana de flota...

Su voz se apagó. Pensé que había elegido un principio de frase que la llevaba a un final incómodo.

—Le preocupa mi aparente carencia de experiencia militar, ¿no? —La capitana arriesgaba su vida al hablar conmigo de esa cuestión. Le sonreí levemente y con amabilidad—. Sin duda, algunos de los nombramientos de Administración son una auténtica mierda. —Ella soltó una breve risita. Todas las soldados se quejaban de las decisiones de la administración militar—. Pero a mí no me nombró Administración, sino Anaander Mianaai en persona. —Era verdad, aunque no se podía decir que fuera garantía de nada; al menos yo no me sentía orgullosa de lo que garantizaba ni me gustaba contarlo—. Puede que también se diga a sí misma: «es una Mianaai, es prima de la Lord del Radch.» —Un leve movimiento de sus músculos faciales me indicó que lo había pensado—. Y, probablemente, conoce personas a las que han ascendido por ser la prima de alguien. No la culpo, yo también he sido testigo de casos así, pero, a pesar de lo que haya leído en la versión que usted tiene de mi historial, no soy una recluta novata.

La capitana Hetnys se quedó pensando en mis palabras. Un segundo más y llegaría a la conclusión de que mi carrera había transcurrido en Misiones Especiales y que todo lo que había hecho era demasiado secreto para poder ni siquiera admitirlo.

—Capitana de flota, señor, me disculpo. —Le indiqué, con un gesto, que no tenía por qué disculparse—. Pero, señor, Misiones Especiales suele operar con ciertas... irregularidades y...

Su comentario resultaba asombroso teniendo en cuenta que procedía de alguien que ni siquiera parpadeaba cuando las auxiliares que estaban a su mando herían a una ciudadana.

—A decir verdad, he vivido situaciones que acabaron realmente mal porque alguien estaba actuando con excesivas irregularidades, pero también otras que terminaron mal porque alguien había actuado con una idea demasiado rígida de lo que eran las normas. Además, aunque en Athoek no existiera ningún problema, actualmente todo el espacio radchaai está inmerso en una situación irregular.

La capitana cogió aire para formular otra pregunta, pero pareció pensárselo mejor.

—Sí, señor.

Levanté la vista hacia la auxiliar de la *Espada de Atagaris*, que seguía inmóvil y en silencio detrás de la capitana.

—¿Y tú, *Espada de Atagaris*?

—Yo cumplo las órdenes de mi capitana, capitana de flota —explicó con voz átona y aparentemente sin experimentar ninguna emoción, aunque era muy probable que mi pregunta la hubiera desconcertado.

—Bien. —No tenía sentido que la presionara demasiado. Me levanté—. Ha sido un día difícil para todas. Cambiemos de tema. Además, si mal no recuerdo usted está invitada a una cena, capitana.

—Y usted también, capitana de flota —me recordó—. Seguro que la comida será realmente buena. Y algunas de las personas que quiere conocer estarán allí. —Intentó no pasear la vista por nuestro oscuro y mugriento entorno. Ni un solo mueble. Ni siquiera agua—. Seguro que estará la gobernadora, señor.

—Entonces supongo que debería asistir a esa cena —le indiqué a la capitana Hetnys.

8

El apartamento de la ciudadana Fosyf Denche tenía un comedor con un lateral acristalado que daba a la plaza, la cual se encontraba en un nivel inferior y todavía estaba llena de gente. El comedor medía cuatro metros por ocho y las paredes estaban pintadas de color ocre. En una estantería alta había una hilera de plantas de tallos largos y gruesos, que colgaban casi hasta el suelo y que tenían espinas afiladas y hojas gruesas, redondas de un color verde brillante. Aunque el comedor era grande para las viviendas habituales de las estaciones, no lo era lo bastante para acomodar a todas las integrantes de una casa radchaai adinerada, lo que incluía primas, clientas, sirvientas y sus hijas. Además, a juzgar por la media docena aproximada de niñas en distintos grados de desnudez y suciedad que estaban dormidas sobre los cojines del salón adyacente, el nuestro debía de ser el segundo turno de aquella cena festiva.

—¡La capitana de flota es coleccionista como usted, administradora Celar! —exclamó Fosyf desde la cabecera de la mesa de madera clara y dorada.

Fosyf estaba claramente complacida de haberlo averiguado; lo bastante como para disimular la decepción que le producía que yo no contara nada sobre la interrupción de las comunicaciones con los palacios más cercanos o su incapacidad para preguntármelo. Celar, la administradora de la estación, mostró un prudente interés.

—¿Así que es usted coleccionista, capitana de flota? ¿Coleccionista de canciones? ¿De qué tipo?

La administradora de la estación era ancha y corpulenta. Vestía una chaqueta y un pantalón de un rosa llamativo y lucía una banda de color verde amarillento. Tenía la piel y los ojos oscuros; su cabello era voluminoso y de rizos apretados y lo llevaba sujeto en un moño en la parte superior de la cabeza. Era muy guapa y pensé que era consciente de ello, aunque no tanto

como para que resultara engreída. Piat, su hija, silenciosa y extrañamente retraída, estaba sentada a su lado. No era tan voluminosa ni tan guapa como su madre, pero todavía era muy joven y, probablemente, algún día la igualaría en ambas características.

—Mi interés por la música es de criterios amplios más que selectivos, administradora.

Rehusé, con un gesto, una segunda ración de huevos ahumados. La capitana Hetnys, sentada a mi lado, no decía nada y estaba concentrada en su segunda ración de huevos. Giarod, la gobernadora del sistema, estaba sentada frente a mí y al lado de la administradora de la estación. Era alta y de espaldas anchas, y llevaba una chaqueta amplia de color verde claro. Algo en el tono de su piel sugería que se la había oscurecido. Desde que llegó parecía serena, como si aquella fuera una cena rutinaria, nada fuera de lo habitual.

—Siento una especial predilección por la música ghaoni —confesó la administradora Celar.

La cara de Fosyf se iluminó y Raughd, su hija, esbozó una sonrisa forzada con la que ocultó bastante bien su aburrimiento. Cuando llegué, se había mostrado un poco demasiado atenta, demasiado respetuosa. Yo había conocido muchas jóvenes de su clase, tan de cerca y durante tanto tiempo que, incluso sin que una IA me lo transmitiera, supe que tenía resaca; y, en aquel momento, también supe que la medicación que había tomado para la resaca había empezado a hacer efecto.

—Crecí a escasos portales de Ghaon —continuó la administradora de la estación Celar—, y serví como administradora adjunta de su estación durante veinte años. ¡Era un lugar absolutamente fascinante! Aunque me resultó muy difícil encontrar la música auténtica del planeta.

Cogió un trozo de fruta confitada con el utensilio, pero, en lugar de llevárselo a la boca, lo desplazó hasta el regazo, por debajo de la mesa. A su lado, su hija Piat sonrió levemente por primera vez desde que llegué.

—¿Le interesaba la música ghaoni en general? —La estación en la que la administradora Celar sirvió justo empezaba a ser construida cuando estuve allí por última vez, varios siglos atrás—. Durante la época de la anexión, había al menos tres entidades políticas diferentes en Ghaon, dependiendo de cómo se contaran, y unos siete idiomas principales, y cada uno de ellos contaba con varios estilos de música.

—¡Es usted una entendida! —exclamó ella. Su recelo hacia mí se

desvaneció casi por completo al instante—. No obstante, tengo que decir que pocas canciones realmente ghaonis han perdurado.

—¿Qué me daría a cambio de una canción ghaoni que no haya oído nunca? —le pregunté.

Abrió mucho los ojos con incredulidad.

—¡Me está tomando el pelo, señor! —exclamó indignada y ofendida.

Arqueeé una ceja.

—Le aseguro que no, administradora. Aprendí varias de una nave que estuvo allí durante la anexión.

No mencioné que yo era la nave en cuestión.

—¡Conoció usted a la *Justicia de Toren*! —exclamó ella—. ¡Qué pérdida más terrible! ¿Sirvió usted en ella? Siempre quise conocer a alguien que lo hiciera. Una de nuestras horticultoras tenía una hermana que servía en la *Justicia de Toren*, pero eso fue mucho antes de que ella llegara aquí. Apenas era una niña cuando... —Sacudió la cabeza con pesar—. ¡Fue una lástima!

Había llegado la hora de cambiar de tema. Me volví para dirigirme a la gobernadora Giarod.

—Gobernadora, ¿puedo preguntarle sin que resulte inadecuado en qué consiste el ritual religioso que la ha mantenido ocupada durante todo el día?

Lo dije con el elegante acento de una oficial de buena cuna y con un tono de voz sumamente cortés aunque inquisitivo.

—Puede preguntármelo —contestó la gobernadora Giarod—, pero no sé cuántas respuestas adecuadas podría ofrecerle.

Como había hecho la administradora, la gobernadora cogió un pedazo de fruta confitada y pareció ponérselo en el regazo.

—¡Ah, los misterios de los rituales religiosos! —exclamé yo.

En mis dos mil años de vida he sido testigo de varios de esos rituales exclusivos, aunque durante las anexiones no se permitió que se conservara ninguno, a menos que sus secretos fueran revelados a Anaander Mianaai. En consecuencia, los que se conservaron dejaron de ser exclusivos, al menos en teoría, aunque podía resultar muy caro participar en ellos.

La gobernadora Giarod deslizó otra pieza de fruta bajo la mesa, seguramente para ponerla al alcance de alguna niña más vital y más resuelta que sus hermanas y primas, y dijo:

—Los misterios religiosos de esta celebración son muy antiguos e importantes para las athoekis.

—¿Importantes para las athoekis o solo para las xhais? ¿Están relacionados con esa historia de las athoekis que tenían pene y fingieron amputárselo?

—Esa historia no es más que un malentendido, capitana de flota —replicó la gobernadora Giarod—. El festival de los genitales es mucho más antiguo que la anexión. Las athoekis, y especialmente las xhais, son un pueblo muy espiritual. La historia no es más que una metáfora, una forma material y, por lo tanto, inadecuada para hablar de cosas inmateriales. Si está usted interesada en el aspecto espiritual, capitana de flota, la animo a iniciarse.

—Mucho me temo que los intereses de la capitana de flota son más musicales que espirituales —dijo la ciudadana Fosyf antes de que yo pudiera responder—. Lo espiritual solo le interesa si incluye cantos.

Había sido presuntuosa e impertinente, pero tenía razón. Por debajo de la mesa, una mano desnuda y diminuta agarró la pernera de mi pantalón. Como la gobernadora estaba totalmente absorta en la conversación, quienquiera que fuera había perdido la paciencia y había decidido probar suerte conmigo. No debía de tener mucho más de un año y, por lo que pude ver, estaba desnuda. Le ofrecí una pieza de fruta confitada que, evidentemente, era su opción favorita. La tomó con una de sus pegajosas manos, se la metió en la boca y la masticó con fruición apoyada en mi pierna.

—La ciudadana Fosyf me ha contado que las trabajadoras de su finca cantan mucho —observé yo.

—¡Sí! —corroboró la administradora de la estación Celar—. Antiguamente eran, en general, samirendas deportadas, pero ahora son todas valskaayanas.

Su información me pareció extraña.

—¿Todas sus obreras son valskaayanas?

Deslicé otra pieza de fruta confitada bajo la mesa. Kalr Cinco tendría razón si se quejaba de las huellas pegajosas en mi pantalón, pero las radchaai eran muy indulgentes con las niñas pequeñas, de modo que no se enfadaría de verdad.

—Samir fue anexionada hace ya bastante tiempo, capitana de flota —me explicó Fosyf—, y las samirendas ya están casi totalmente civilizadas.

—Más o menos —murmuró a mi lado la capitana Hetnys.

—Estoy bastante familiarizada con la música valskaayana —confesé al tiempo que ignoraba el comentario de la capitana—. ¿Se trata de valskaayanas de lengua delsig?

Fosyf frunció el ceño.

—Sí, claro, capitana de flota. Lo que es seguro es que no hablan mucho radchaai.

El sistema valskaayano tenía un planeta de clima templado y totalmente habitable, por no mencionar docenas de estaciones y lunas. Cualquier valskaayana que quisiera hacer negocios fuera de su comarca de origen tenía que hablar delsig, pero no estaba tan claro que todas las valskaayanas lo hablaran.

—¿Conservan su tradición coral?

—Algunas sí, capitana de flota —respondió Celar—. También incorporan improvisaciones de bajos y segundas voces a canciones que han aprendido después de llegar: bordones, voces paralelas..., ya conoce usted ese tipo de improvisaciones; son muy básicas y no especialmente interesantes.

—¿Porque no son auténticas? —supuse yo.

—Exacto —confirmó la administradora de la estación.

—A mí no me preocupa mucho la autenticidad.

—Como dijo antes, sus gustos musicales son amplios —recordó la administradora de la estación con una sonrisa.

Levanté mi utensilio como confirmación a sus palabras.

—¿Alguien ha importado algunas de sus partituras para que no se vean limitadas a improvisar bordones básicos y poco interesantes? —pregunté con un leve tono sarcástico.

En algunas zonas de Valskaay, en concreto en las que el delsig era la primera lengua, los orfeones eran instituciones importantes y cualquier persona educada aprendía a leer partituras.

—¡Por la gracia de Amaat, capitana de flota! —intervino la ciudadana Fosyf—. Esas personas apenas saben pronunciar tres palabras en radchaai. No me imagino a mis trabajadoras aprendiendo a leer música.

—Quizás así estarían ocupadas y no causarían problemas —sugirió Raughd, que hasta entonces había estado callada y mostraba una sonrisa falsa.

—Yo diría que quienes nos causan más problemas son las educadas samirendas —intervino Fosyf—. Las capataces de los campos son casi todas samirendas, capitana de flota. En general, se trata de personas inteligentes y dignas de confianza, pero siempre hay una o dos que no lo son. Y si dejas que esas dos se junten y convencen a otras, lo siguiente que sabrás es que han soliviantado a las trabajadoras agrícolas. Eso es lo que pasó unos quince o

veinte años atrás. Las trabajadoras de cinco plantaciones se pusieron en huelga y se negaron a recolectar el té. ¡Se quedaron ahí sentadas sin más! Como es lógico, dejamos de alimentarlas ya que ellas se negaban a cumplir sus obligaciones. Pero esa arma de presión es inútil en un planeta, ya que cualquiera que no quiera trabajar puede vivir de la tierra.

Pensé que, seguramente, vivir de la tierra no era tan fácil como ella suponía.

—¿Consiguió trabajadoras de otros lugares?

—Estábamos en plena temporada, capitana de flota —replicó la ciudadana Fosyf—, y todas mis vecinas pasaban por las mismas dificultades. Al final conseguimos acorralar a las cabecillas samirendas, las utilizamos como escarmiento y el resto de las trabajadoras... bueno... no tardaron en volver al trabajo.

¡Podía hacerle tantas preguntas!

—¿Y las quejas de las trabajadoras?

—¿Quejas? —replicó Fosyf, indignada—. No tenían ninguna. Ninguna de verdad. Le aseguro que tienen una vida bastante agradable. A veces me gustaría que me hubieran asignado a mí la tarea de recolectar té.

—¿Se quedará usted aquí, capitana de flota, o regresará a su nave? —me preguntó la gobernadora Giarod.

—Me instalaré en el Subjardín —contesté.

Se produjo un silencio absoluto en el que ni siquiera se oía el tintineo de los utensilios en los platos de porcelana. Incluso las sirvientas que trajinaban las fuentes en los aparadores de madera clara y dorada se quedaron paralizadas. La niña que había debajo de la mesa, ajena a todo, masticó el último pedazo de fruta confitada. Entonces, Raughd se echó a reír.

—Bueno, ¿por qué no? Ninguna de esas sucias animales se meterá con usted, ¿no?

Aunque mantenía una buena fachada, sus palabras reflejaban el desdén que sentía por aquellas personas. Yo había conocido a muchas como ella. Algunas, a base de aprender lo que tenían que aprender, incluso habían llegado a ser oficiales aceptables, pero otras no.

—¡Vamos, Raughd! —la regañó su madre, pero lo dijo con un tono de voz suave. De hecho, ninguna de las comensales pareció impactada o sorprendida por las palabras de Raughd. Fosyf se volvió hacia mí—. A Raughd y a sus amigas les gusta ir a beber al Subjardín. Le he advertido repetidas veces que

no es seguro.

—¿No es seguro? ¿En serio? —le pregunté.

—Abundan los rateros —explicó la administradora de la estación Celar.

—¡Turistas! —exclamó Raughd—. En realidad, quieren que les roben. En el fondo, por eso van allí; para poder quejarse y lamentarse a Seguridad. — Con actitud desdeñosa sacudió una de sus manos cubiertas con guantes azules —. Forma parte de la diversión. De no ser así tendrían más cuidado.

De repente, deseé estar de vuelta en la *Misericordia de Kalr*. Médico, que estaba de guardia, le lanzaba un dardo mordaz a una de las kalrs que la acompañaban. La teniente Ekalu supervisaba el trabajo de sus etrepas, y Seivarden, sentada en el borde de su cama, dijo:

—Nave, ¿cómo le va a la capitana de flota?

—Se siente frustrada —le contestó la *Misericordia de Kalr* a Seivarden a través del oído—. Y enfadada. No corre peligro, pero, como dicen ustedes, está jugando con fuego.

Seivarden casi se rio.

—O sea, como siempre.

Cuatro etrepas que estaban en uno de los pasillos de otra cubierta empezaron a entonar una canción popular de forma desafinada e irregular.

En el comedor de paredes de color ocre, la niña, que seguía agarrada a la pernera de mi pantalón, empezó a llorar. Las ciudadanas Fosyf y Raughd se sorprendieron; por lo visto, no se habían dado cuenta de que había alguien debajo de la mesa. Me agaché, levanté a la niña y la senté en mi regazo.

—Ha tenido usted un día muy largo, ciudadana —le dije con seriedad.

Una sirvienta corrió hacia mí con expresión ansiosa. Tomó en brazos a la llorosa niña y me susurró:

—Mis disculpas, capitana de flota.

—No son necesarias, ciudadana —repliqué yo.

La ansiedad que experimentaba la sirvienta me sorprendió. Era evidente que, aunque Fosyf y Raughd no supieran que la niña estaba allí, el resto de las comensales sí que lo sabía y nadie se había quejado. De hecho, me habría extrañado que alguien lo hiciera. Claro que, aunque hacía dos mil años que conocía a las radchaais, y había visto y oído todas las comunicaciones que intercambiaban con sus hogares, y aunque me había relacionado con niñas de sistemas anexionados al Radch, nunca había estado en una casa radchaai ni había pasado mucho tiempo con niñas radchaais. En realidad, no podía ser

buena juez de lo que era normal o habitual.

La cena terminó con una ronda de arak. Pensé en varias formas educadas de marcharme y de que la gobernadora Giarod se fuera conmigo, pero antes de que me decidiera por una llegó la teniente Tisarwat. Dijo venir para informarme de que ya estábamos instaladas en el alojamiento, pero sospeché que, en realidad, esperaba conseguir algunas sobras de la cena. Por supuesto, la ciudadana Fosyf enseguida le indicó a una sirvienta que se las envolviera para llevar. La teniente Tisarwat se lo agradeció con elegancia y saludó con una reverencia al resto de las comensales. Raughd Denche la examinó de arriba abajo con la boca torcida en una leve sonrisa: ¿divertida?, ¿intrigada?, ¿desdeñosa? Quizá las tres cosas a la vez. Mientras se enderezaba, Tisarwat percibió la mirada escrutadora de Raughd, y pareció intrigarse a su vez. Al fin y al cabo, tenían una edad similar y, por mucho que me desagradara Raughd, yo podía sacar provecho de una conexión entre ellas, ya que podría obtener información. Fingí no darme cuenta de su intercambio de miradas y vi que lo mismo hacía Piat, la hija de la administradora de la estación. Me levanté y dije de forma ostensible:

—¿Gobernadora Giarod?

—¡Por supuesto! —exclamó la gobernadora del sistema con un aplomo impresionante—. Fosyf, la cena estaba deliciosa, como siempre. Dele las gracias de nuevo a su cocinera. Es una maravilla. —Hizo una reverencia—. La compañía es muy agradable, pero el deber me llama.

La oficina de la gobernadora Giarod estaba enfrente del apartamento de la ciudadana Fosyf. También tenía vistas a la plaza, pero desde el otro lado. Unos tapices elaborados con seda de color crema y estampados con un dibujo de hojas cubrían las paredes. Había varias mesas y sillas bajas. Un icono de Amaat en la típica hornacina en la pared tenía un cuenco a sus pies, pero no se percibía ningún olor a incienso; claro que la gobernadora no había estado allí en todo el día.

Yo había mandado a Tisarwat de vuelta al Subjardín con su premio: suficiente comida para saciar a una joven de diecisiete años e incluso más. Además, los cumplidos de la gobernadora para la cocinera de Fosyf eran

totalmente merecidos. También me despedí de la capitana Hetnys y le ordené que se presentara ante mí a la mañana siguiente.

—Capitana de flota, siéntese, por favor. —La gobernadora Giarod señaló unos sillones anchos y tapizados que estaban alejados de los ventanales—. ¿Qué debe de pensar de nosotras? Pero lo cierto es que, desde el principio de esta... crisis, he intentado que todo continúe de la forma más tranquila y rutinaria posible. Y, además, los ritos religiosos son muy importantes en épocas de estrés. No puedo más que agradecerle su paciencia.

Me senté y lo mismo hizo la gobernadora.

—Estoy llegando a los límites de mi paciencia —reconocí—, aunque supongo que a usted le ocurre lo mismo. —Durante los días que duró el trayecto hasta Athoek estuve reflexionando sobre qué contarle a la gobernadora Giarod, qué revelar y qué no. Al final decidí contarle la verdad lo más fielmente posible—. En fin, esta es la situación: dos facciones de Anaander Mianaai están en conflicto entre ellas desde hace mil años; en secreto, ocultándoselo incluso a sí misma. —La gobernadora Giarod frunció el ceño. A simple vista, no tenía mucho sentido—. El conflicto salió a la luz hace veintiocho días en el palacio Omaugh. A fin de ocultárselo al resto de ella misma, la Lord del Radch intentó bloquear todas las comunicaciones procedentes del palacio, pero fracasó y ahora esa información está viajando por el espacio radchaaí hacia los demás palacios. —Probablemente en aquel momento estaba llegando al palacio Irei, el más alejado de Omaugh—. El enfrentamiento que se produjo en Omaugh parece resuelto.

La evidente consternación que experimentaba la gobernadora Giarod había ido creciendo con cada una de mis palabras.

—¿A favor de quién?

—De Anaander Mianaai, por supuesto. ¿De quién si no? Todas estamos en una situación imposible, ya que apoyar a cualquiera de las dos facciones constituye una traición.

—Como lo es no apoyar a cualquiera de ellas.

—Desde luego. —Me sentí aliviada al ver que la gobernadora era lo bastante inteligente para percibir ese aspecto de inmediato—. La Lord del Radch, a fin de contar con cierta ventaja en caso de que el conflicto desembocara en un enfrentamiento físico, ha ido incitando a las militares a decantarse por uno u otro bando y estos, a su vez, han empezado a luchar entre ellos. Uno en concreto ha destruido varios portales. Esa es la causa de

que, aunque las comunicaciones ya se hayan restablecido en el palacio Omaugh, ustedes no las reciban: uno u otro de los portales de cualquiera de las rutas que los mensajes podrían tomar ha quedado inutilizado. —Al menos en las rutas cuyo recorrido no duraba meses.

—¡Había docenas de naves en el portal Hrad-Omaugh! ¡Y dieciocho de ellas todavía no han aparecido! ¿Qué ha podido...?

—Sospecho que un bando, o ambos, todavía intentan retener la información o, al menos, dificultar que cualquier nave salvo las militares viaje entre sistemas. Además, no les preocupa mucho cuántas ciudadanas mueran en el proceso.

—No... no puedo creérmelo.

Y, sin embargo, eso era lo que estaba pasando.

—Estación ya le habrá enseñado mis atribuciones. Tengo el mando de todos los recursos militares del sistema y he recibido órdenes de garantizar la seguridad de todas las ciudadanas. También me han dado la orden de prohibir todos los viajes a través de los portales durante el futuro inmediato.

—¿Quién le ha dado esa orden?

—La Lord del Radch.

—¿Cuál de ellas? —Yo no respondí y la gobernadora hizo un gesto de resignación—. ¿Y esa... discusión que mantiene consigo misma en qué consiste?

—Puedo contarle lo que ella me ha explicado y en qué creo yo que consiste, pero más que eso... —Hice un gesto de ambigüedad e incertidumbre. La gobernadora esperó, silenciosa y expectante—. El desencadenante, el acontecimiento que lo precipitó fue la destrucción del sistema garseddai. —La gobernadora se estremeció de forma casi imperceptible. A nadie le gustaba hablar de lo que ocurrió allí, de cuando Anaander Mianaai, en una explosión de furia, ordenó la destrucción de todo tipo de vida en la totalidad de aquel sistema solar; y eso que había ocurrido mil años atrás y ya no era tan duro pensar en ello—. Cuando haces algo así, ¿cómo puedes reaccionar?

—Confío en que yo nunca sería capaz de hacer algo así —contestó la gobernadora Giarod.

—La vida es impredecible —repuse yo—, y no siempre somos las personas que creemos ser. A veces, una tiene la desgracia de descubrirlo y entonces dispone de dos opciones. —O más de dos, pero en síntesis se reducía a dos—.

Puedes admitir el error y decidir no repetirlo, o bien negarte a admitirlo y emplear todas tus fuerzas en demostrar que tenías razón al hacer lo que hiciste y que volverías a hacerlo sin problemas.

—Sí, tiene usted razón, pero los acontecimientos de Garsedd ocurrieron hace mil años y ese período de tiempo es suficiente para haber adoptado una u otra postura. Si me lo hubiera preguntado antes, yo habría dicho que milord eligió la primera opción; claro que sin admitir públicamente su error.

—Seguramente la situación debe de ser más complicada que eso —alegué yo—. Creo que había otros asuntos previos y que los acontecimientos de Garsedd lo único que hicieron fue exacerbarlos. En cuanto a qué asuntos fueran aquellos, lo único que puedo hacer es elucubrar. Lo que está claro es que la Lord del Radch no podía seguir expandiéndose eternamente. —Y, si dejaba de expandirse, ¿qué podía hacer con todas las naves militares, y con las auxiliares y las oficiales que estaban al mando de ellas? Conservarlas constituiría un gasto enorme e injustificado de recursos, y dismantelarlas provocaría que los sistemas periféricos del espacio radchaai fueran vulnerables a los ataques externos y a las revueltas—. Creo que lo que la Lord del Radch ha estado intentando evitar no es solo admitir su error, sino también su propia mortalidad.

La gobernadora Giarod guardó silencio durante veinticuatro segundos mientras reflexionaba sobre mis palabras.

—Esa idea no me gusta, capitana de flota. Si me hubiera preguntado incluso diez minutos antes, le habría dicho que la Lord del Radch es mucho más que inmortal. ¿Cómo podría no serlo? Teniendo en cuenta que constantemente desarrolla nuevos cuerpos para reemplazar los viejos, ¿cómo va a morir algún día? —Se quedó callada y ceñuda durante tres segundos más—. Y si muere, ¿qué será del Radch?

—No creo que podamos ocuparnos de nada más lejos de Athoek. —Posiblemente, y dependiendo de cuáles fueran las inclinaciones de la gobernadora, esa era la propuesta más peligrosa que podía hacer en aquel momento—. Mis órdenes se limitan a preservar la seguridad de este sistema.

—¿Y si recibiera órdenes en otro sentido? —La gobernadora no era estúpida—. ¿Y si otra parte de milord le ordenara que se posicionara a favor de un bando o que utilizara este sistema en su provecho? —No contesté—. En tal caso, tomara la decisión que tomara, sería un acto de sedición, una rebelión, así que mejor hacer lo que quiera, ¿no es así?

—Más o menos —corroboré yo—. Pero lo cierto es que tengo órdenes.

Sacudió la cabeza, como si quisiera apartar algún obstáculo en su mente.

—¿Qué otra cosa podría hacer? No creerá usted que ha habido algún tipo de... interferencia exterior, ¿no?

La pregunta empezaba a resultarme deprimentemente familiar.

—Las presgeres no necesitarían una estratagema para destruir el Radch. Por otro lado, tenemos el tratado y, según tengo entendido, se lo toman muy en serio.

—No utilizan palabras, ¿no es cierto? Son totalmente alienígenas. Entonces, ¿cómo puede la palabra «tratado» significar algo para ellas? ¿Cómo podría tener sentido para ellas cualquier tipo de acuerdo?

—¿Las presgeres están cerca? ¿Pueden llegar a ser una amenaza?

La gobernadora arrugó levemente el ceño. Por alguna razón, la pregunta la inquietaba. Quizá porque la simple idea de que las presgeres estuvieran cerca producía temor.

—A veces, pasan por Prid Presger camino del palacio Tstur. —Prid Presger estaba a unos cuantos portales de distancia y podía considerarse cerca, ya que se tardaría más o menos un mes en llegar allí y no un año o más—. Según lo acordado, dentro de los límites del Radch solo pueden viajar a través de portales, pero...

—No firmaron un tratado con el Radch —señalé yo—, sino con todas las humanas. —Al oírme, la gobernadora pareció intrigada. Para la mayoría de las radchaais, las humanas eran ellas y todas las demás seres eran... otra cosa—. Me refiero a que el hecho de que Anaander Mianaai exista o deje de existir no afecta al tratado. En cualquier caso seguiría vigente.

Durante más de mil años antes del tratado, las presgeres habían abordado naves y estaciones humanas, las habían saqueado y habían eliminado a las tripulaciones, pasajeras y residentes. Y parecía que por mera diversión. Nadie sabía cómo evitar sus ataques, que terminaron gracias al tratado. Solo pensar en ellas todavía hacía que un escalofrío les recorriera la espalda a muchas humanas; incluida, por lo visto, la gobernadora Giarod.

—A menos que tenga usted alguna razón específica en sentido contrario —añadí—, no creo que ahora mismo debamos preocuparnos por ellas.

—No, claro, tiene usted razón.

Pero la gobernadora todavía parecía preocupada.

—¿Producimos suficiente comida para todo el sistema?

—Sin duda, aunque importamos ciertos artículos de lujo. Por ejemplo, no fabricamos mucho arak ni otros productos. Y también importamos algunos materiales médicos. Eso podría ser un problema.

—¿Aquí no fabrican correctivos?

—No en grandes cantidades ni de todos los tipos.

Más adelante eso sí que podría causar complicaciones.

—Ya veremos lo que podemos hacer al respecto. Mientras tanto, le sugiero que continúe haciendo lo que ha hecho hasta ahora, o sea, mantener la calma y el orden. Deberíamos comunicar a la gente que los portales que están desactivados permanecerán inactivos en un futuro inmediato y que viajar por los que están en funcionamiento es demasiado peligroso para que lo permitamos.

—¡Eso no le gustará a la ciudadana Fosyf! Y tampoco al resto de las productoras de té. A final de mes habrá toneladas de la variedad Hija de Peces, un té recolectado a mano y de primera calidad, que no habrá forma de vender sin las exportaciones. Y eso solo respecto a lo que produce Fosyf.

—Bueno —sonreí con expresión anodina—, al menos durante un tiempo beberemos un té de excelente calidad.

Era demasiado tarde para visitar a la ciudadana Basnaaid sin que fuera descortés. Además, antes quería saber cosas que no constaban en la información que me habían proporcionado en el palacio Omaugh. Las tendencias políticas que había en un sistema antes de su anexión se consideraban irrelevantes y la llegada de la civilización eliminaba cualquier división anterior. Las peculiaridades que perduraban, como los idiomas o alguna forma de arte, podían preservarse como curiosidades que se exhibían en los museos, pero, por supuesto, nunca figuraban en los informes oficiales. Desde fuera, el sistema athoeki se parecía a cualquier otro sistema radchaai: era homogéneo, totalmente civilizado; pero, desde dentro, con actitud observadora o si tenías que ser sincera, resultaba evidente que no lo era. En el fondo, siempre se buscaba un equilibrio entre el supuesto éxito total de la anexión y la necesidad de gestionar los aspectos que evidenciaban que la anexión no había sido del todo completa; una forma de alcanzar ese equilibrio era ignorar lo que había que ver.

Estación debía de saber cosas. Lo mejor que podía hacer era mantener una

charla y establecer buenas relaciones con ella. Estrictamente hablando, la IA de una nave o de una estación no podía hacer nada contra mí, pero yo sabía por experiencia propia que la vida podría resultarme mucho más fácil si le caía bien y quería ayudarme.

A pesar de que el Subjardín no estaba bien ventilado y que mi cama era poco más que un montón de mantas en el suelo, dormí cómodamente. Me propuse comentárselo a Kalr Cinco cuando me llevara el té porque sabía que ella y el resto de las misericordias de Kalr estaban orgullosas de lo que habían conseguido mientras yo cenaba con la ciudadana Fosyf. Habían limpiado las dependencias hasta un grado de impecabilidad casi militar, habían conseguido luces, habían arreglado las puertas y habían apilado el equipaje y las distintas cajas logrando que parecieran mesas y sillas. Cinco me llevó el desayuno, que consistió en la consabida harina de cereales cocinada con té, pero más espesa que la que tomé en la tetería; sosa pero saciante. La teniente Tisarwat y yo comimos en silencio; ella en un estado de desprecio de sí misma reprimido que apenas había resultado perceptible a bordo de la *Misericordia de Kalr*. Sus tareas y el aislamiento que nuestra burbuja espacial nos proporcionó durante el viaje hicieron que le resultara más fácil olvidar lo que Anaander Mianaai le había hecho. Y lo que yo le había hecho a Anaander Mianaai. Pero una vez en la estación Athoek, y finalizado el frenesí de la limpieza y de deshacer el equipaje, debía de estar pensando en lo que la Lord del Radch pretendía hacer cuando llegáramos a Athoek.

Consideré la posibilidad de preguntárselo. Ya sabía lo que Anaander Mianaai pensaba acerca de la gobernadora del sistema, y de las naves y las capitanas emplazadas en aquel lugar. Sabía que opinaba que a la mayoría de las casas cultivadoras de té casi lo único que les preocupaba era su té y que no se sentían amenazadas por los cambios que la Lord del Radch había estado promoviendo durante los últimos cien años. Al fin y al cabo, tanto las casas recientes como las más antiguas y aristocráticas, así como las soldados —sin contar las que debían actuar como auxiliares a demanda de sus capitanas—,

bebían continuamente té.

Probablemente, Athoek no era un sistema relevante para la otra Anaander y, de momento, los enfrentamientos se centrarían en los alrededores de los palacios. Claro que un planeta siempre era un recurso valioso y, si los enfrentamientos duraban lo suficiente, Athoek podía llegar a atraer una atención indeseada. En una situación en la que había tanto en juego, ninguna Anaander pasaría por alto un sistema como aquel.

Cuando Kalr Cinco salió de la habitación, la teniente Tisarwat apartó la vista de los cereales y fijó sus ojos lilas en mí con expresión seria.

—Ella está muy enfadada con usted, señor.

—¿A quién se refiere, teniente?

Evidentemente, se refería a Anaander Mianaai.

—Me refiero a la otra, señor. En realidad, ambas lo están, pero la otra, si en algún momento llegara a tener una posición relevante, cargaría contra usted con todos los medios a su alcance, porque está realmente muy enfadada...

Se refería a la parte de la Lord del Radch que reaccionaba a la destrucción de Garsedd insistiendo en que había actuado bien cuando perdió los estribos de aquella manera.

—Sí, gracias, teniente. Ya me lo imaginaba. —Aunque ansiaba saber qué pretendía la Lord del Radch, no quería obligar a Tisarwat a contármelo, pero ella había empezado a hablar de ello espontáneamente—. Imagino que tiene usted los códigos de acceso a las IA del sistema.

Avergonzada, bajó rápidamente la vista hacia el plato.

—Sí, señor.

—¿Solo tiene los de algunas o puede llegar a controlar todas las que están por aquí?

Eso la alarmó y, curiosamente, la desilusionó. Levantó la vista con una evidente expresión de angustia en la mirada.

—¡Señor, ella no es estúpida!

—No los utilice —le ordené con un tono de voz agradable—. Si lo hace, tendrá problemas.

—Sí, señor.

Se esforzó en no mostrar sus sentimientos, que eran una dolorosa mezcla de vergüenza y humillación, un rastro de alivio y una nueva oleada de infelicidad y desprecio de sí misma. No había querido preguntarle acerca del propósito de Anaander al incorporarla a mi tripulación para evitar, entre otras

cosas, que cayera en aquel estado emocional. Por otro lado, no quería esperar más para conocer a la hermana de la teniente Awn, así que me comí un último bocado de papilla.

—Vayamos a visitar los Jardines, teniente —le dije.

La sorpresa casi hizo que se olvidara de sus emociones.

—Con el permiso de la capitana de flota, señor, ¿no tenía una cita con la capitana Hetnys?

—Kalr Cinco le pedirá que me espere.

Percibí en ella un atisbo de temor con un fondo de... ¿admiración? Y también envidia, lo que me pareció curioso.

Raughd Denche había dicho que los Jardines eran una atracción turística y entonces entendí por qué. Ocupaban buena parte del nivel superior de la estación, más de dos hectáreas. Se trataba de un espacio abierto en el interior, expuesto al sol y protegido por una cúpula elevada y transparente. Al entrar, y más allá de un bancal de rosas rojas y amarillas de aroma intenso, eso es lo que vi: ese cielo alto y negro dividido en secciones hexagonales apenas perceptibles y, a lo lejos y prendido como una joya, el planeta Athoek. La vista era espectacular. Al estar tan cerca del vacío, aquel recinto debería estar dividido en compartimentos y sectores con sus correspondientes compuertas, pero no percibí señales de que los hubiera.

El suelo había sido construido en forma de ladera descendente desde donde entramos. Más allá del bancal de rosas, el camino serpenteaba entre arbustos de brillantes hojas verdes y densos racimos de bayas moradas, y bordeaba terrazas con plantas de hojas afiladas y plateadas que despedían un olor acre. El camino seguía bajando y serpenteando entre más arbustos, árboles de pequeño tamaño e incluso alguna roca y, de vez en cuando, entre ellos se vislumbraba agua y amplias parcelas de lirios de flores blancas y de un rosa intenso. El aire era cálido y una ligera brisa movía las hojas. Allí no había problemas de ventilación, pero el enorme espacio abierto me inquietaba y temía que en cualquier momento cayera la presión. El camino cruzó un arroyo diminuto que se deslizaba por un canal construido sobre roca hacia una zona situada más abajo. De no ser por la enorme cúpula que nos cubría, podríamos haber estado en un planeta.

La teniente Tisarwat, que caminaba detrás de mí, no parecía estar

preocupada. Al fin y al cabo la estación tenía varios cientos de años y, si en aquel momento se producía un accidente, poco podríamos hacer nosotras. No teníamos más alternativa que seguir caminando. Después de la siguiente curva, encontramos un bosquecillo de árboles de ramas nudosas y retorcidas y, más abajo, un charco de aguas tranquilas que fluían hacia otro situado en un nivel inferior y así sucesiva, lenta e inexorablemente hasta un lecho acuoso de azucenas en flor. La teniente Tisarwat se detuvo, parpadeó repetidas veces y sonrió al ver un diminuto pez marrón y naranja que nadaba como una flecha en la transparente agua del charco que había a nuestros pies. Un repentino, sorprendente y luminoso instante de placer; luego levantó la vista hacia mí, el instante se desvaneció, y volvió a sentirse avergonzada e infeliz.

Tras otra curva apareció un lago de casi una hectárea de superficie, lo que no era mucho para un planeta, pero sí para una estación. La orilla más cercana estaba bordeada por los macizos de lirios que habíamos vislumbrado mientras descendíamos por la ladera. A unos metros a la izquierda había un puente de estructura ligera y forma de arco que conducía a una isla diminuta. En el centro había una gran roca cilíndrica de laterales estriados, que medía un metro y medio tanto de alto como de ancho. De la superficie del agua sobresalían rocas aquí y allá. En el extremo opuesto del lago había un salto de agua cuyo origen se perdía en lo alto, hasta donde alcanzaba la vista en dirección al alto vacío. El agua, a diferencia de los charcos que habíamos encontrado por el camino, caía en una ruidosa y espumosa cascada por una pared rocosa y revolvía la zona del lago en la que se precipitaba. La pared rocosa se extendía a lo largo de la orilla y su superficie era irregular y con salientes. En aquel lado había otra entrada que comunicaba con la cornisa rocosa y enlazaba con un camino que rodeaba el lago.

Todo se había diseñado para que la repentina visión fuera lo más bonita y espectacular posible después de atisbar el agua entre las ramas de los árboles y ver el suave flujo del agua entre los charcos del camino. Era realmente espectacular. ¡Y aquella enorme extensión de agua! Por lo general, en una estación, un volumen de agua como aquel se mantenía en compartimentos separados. De esta forma, si se producía una fuga o un problema con la gravedad, el sector afectado podía aislarse rápidamente. Me pregunté qué profundidad tendría el lago y tras unas suposiciones y cálculos rápidos deduje que cualquier grieta en el receptáculo supondría un desastre para los niveles

inferiores de la estación. ¿Qué habían situado las arquitectas de la estación debajo del lago? El Subjardín, por supuesto.

Había una persona vestida con un mono verde sumergida en el lago hasta las rodillas junto a los macizos de lirios. Se inclinó y metió un brazo en el agua. No se trataba de Basnaaid. Al darme cuenta de ello y centrada como estaba en encontrar a Basnaaid Elming, casi la ignoré. No, la persona que trabajaba junto a los lirios no era Basnaaid, pero la reconocí. Abandoné el camino y atajé por la pendiente hasta el borde del agua. Levantó la vista y se enderezó. Las mangas y los guantes chorreaban y estaban fangosos. Era la persona con quien había hablado en la tetería del Subjardín el día anterior. Seguía sintiendo una rabia que mantenía oculta y contenida, pero que afloró al reconocerme. Y también percibí en ella algo que identifiqué como una sombra de miedo.

—Buenos días, ciudadana —la saludé—. ¡Qué agradable sorpresa encontrarla aquí!

—Buenos días, capitana de flota —respondió ella con un tono de voz agradable. Parecía tranquila y despreocupada, pero percibí una leve y casi imperceptible tensión en su mandíbula—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando a la horticultora Basnaaid —dije con la sonrisa menos amenazadora que pude esbozar.

Arrugó el entrecejo levemente como valorando la situación. Después contempló la única joya que yo lucía, una insignia de oro conmemorativa. Pensé que no estaba lo bastante cerca de mí para leer el nombre grabado en la joya y que era lo único que la distinguía de otras miles, sino millones, de insignias idénticas producidas en serie.

—Tendrá que esperar —me dijo relajando su expresión—, pero no tardará en llegar.

—Su jardín es precioso, ciudadana, aunque debo decir que este bonito lago no me parece seguro.

—El jardín no es mío. —Volví a percibir en ella aquella rabia cuidadosa e intensamente contenida—. Yo solo trabajo aquí.

—El jardín no sería lo que es sin las personas que trabajan en él —repliqué yo. Ella reaccionó con un gesto leve e irónico—. Creo que es usted demasiado joven para haber sido una de las líderes de las huelgas que hicieron en las plantaciones de té unos diez o quince años atrás.

El idioma radchaai contaba con una palabra que significaba «huelga», pero

era muy antigua y oscura, así que utilicé un término liost que había aprendido de Estación la noche anterior. El liost era la lengua de las samirendas que fueron deportadas a Athoek y seguían hablándola ocasionalmente. Aquella persona era samirenda; lo sabía gracias a lo que había aprendido de Estación. Y tras escuchar a la ciudadana Fosyf sabía que las capataces samirendas estuvieron involucradas en aquellas huelgas.

—¿Qué tenía usted entonces, dieciséis años? ¿Diecisiete? Si hubiera desempeñado un papel relevante en aquellos sucesos ya estaría muerta o en algún otro sistema donde no tuviera el tipo de contactos sociales que le permitieran causar problemas. —Se quedó petrificada y respiró con cuidado por la boca—. Fueron indulgentes con usted debido a su juventud y a su mínima participación en los acontecimientos, pero se aseguraron de que recibiera un castigo ejemplar.

Sin duda, como supuse el día anterior, el castigo fue injusto.

Al principio, ella no respondió. Su angustia era demasiado intensa, lo que me indicó que yo estaba en lo cierto. La reeducación debió de provocar que cierto tipo de acciones le resultaran extremada y visceralmente desagradables y yo acababa de recordarle los sucesos que habían causado que Seguridad la detuviera. Además, las radchaais consideraban de muy mal gusto el simple hecho de mencionar la reeducación.

—Si la capitana de flota ha terminado —dijo con voz tensa pero ligeramente más débil de lo que era habitual en ella—, tengo trabajo que hacer.

—Desde luego. Mis disculpas. —Ella parpadeó varias veces y deduje que la había sorprendido—. ¿Está cortando las hojas muertas de los lirios?

—Y también las flores marchitas.

Se inclinó, sumergió las manos en el agua y sacó un tallo fino y mustio.

—¿Qué profundidad hay? —Me miró, miró el agua y volvió a mirarme—. Sí —reconocí yo—, ya veo la profundidad que tiene aquí. ¿Es la misma en todo el lago?

—En la zona más honda, cerca de dos metros.

Su voz se había estabilizado. Por lo visto, había recobrado su compostura.

—¿Hay mamparas divisorias debajo del agua?

—No, no las hay.

Como si quisiera confirmar sus palabras, un pez verde y morado se acercó nadando hasta el borde del macizo de lirios donde ella se encontraba. El pez

era grande, de escamas brillantes, y debía de medir casi setenta y cinco centímetros de longitud. Se quedó flotando y boqueando junto a la superficie del agua y parecía mirarnos.

—No tengo nada —le dijo ella al pez, extendiendo las manos enguantadas y empapadas—. Ve a esperar cerca del puente y alguien aparecerá. Siempre aparece alguien. —El pez siguió boqueando sin parar—. ¡Mira, ya llegan!

De detrás de un arbusto surgieron dos niñas, que bajaron corriendo por el camino hasta el puente. La más pequeña subió al puente de un salto produciendo un ruido seco. El agua en aquella zona empezó a arremolinarse, y el pez verde y morado se volvió y se alejó nadando.

—En el puente hay un dispensador de comida —me explicó la ciudadana que estaba de pie en el agua—. Dentro de, más o menos, una hora estará abarrotado de gente.

—Entonces me alegro de haber venido antes —comenté yo—. Si no es mucha molestia, ¿podría decirme qué medidas de seguridad hay en el lago?

Ella soltó una breve y aguda risotada.

—¿El lago la pone nerviosa, capitana de flota? —Señaló la cúpula que nos cubría—. ¿Y eso también?

—Y eso también —admití yo—. Ambas cosas resultan alarmantes.

—No tiene por qué preocuparse. No la construyeron las athoekis. Se trata de una buena y sólida construcción radchaai. Nada de desfalcos ni sobornos; nada de reemplazar los componentes por otros más baratos y reembolsarse la diferencia; nada de haraganear en horas de trabajo. —Parecía sincera, sin rastro del sarcasmo que yo esperaba. Lo decía en serio—. Además, lógicamente, Estación siempre está atenta y, al menor signo de problemas, nos lo comunicaría.

—Pero Estación no puede ver la zona que hay debajo de los Jardines, ¿no es así?

Antes de que pudiera responder, una voz preguntó:

—¿Cómo va el trabajo, Sirix?

Yo conocía esa voz. Había oído grabaciones suyas de cuando era una niña, años atrás. Se parecía a la de su hermana, pero no era igual. Me volví para verla. Me recordó a su hermana; su parentesco con la teniente Awn resultaba patente en la cara, la voz y la postura, que se percibía ligeramente rígida debajo del uniforme verde de Horticultura. Su piel era un poco más oscura que la de la teniente Awn, y la cara, más redonda, pero eso no me sorprendió.

Había visto imágenes de ella que le enviaba a su hermana cuando era niña y sabía qué aspecto tendría ahora. Y eso que habían pasado veinte años desde que perdí a la teniente Awn; desde que la maté.

—Casi he terminado, horticultora —contestó la persona que había conocido en la tetería y que seguía con las piernas metidas en el agua hasta las rodillas; o al menos deduje que seguía así, porque yo todavía miraba a Basnaaid Elming—. La capitana de flota ha venido a verla.

Basnaaid me miró directamente, observó mi uniforme negro y marrón, y frunció el ceño, ligeramente intrigada. Entonces, vio mi insignia dorada, se relajó y adoptó una expresión fría de desaprobación.

—No la conozco, capitana de flota.

—No —confirmé yo—. No nos conocemos. Yo era amiga de la teniente Awn. —Era una forma rara de decirlo. Me resultó extraño referirme a ella como una amiga—. Esperaba poder tomar un té con usted en algún momento. Cuando le vaya bien. —Ser tan directa era un error y podía considerarse una grosería. Ella, por su parte, no parecía estar de humor para charlas. Además, la inspectora jefe Skaaiat ya me había advertido de que no se alegraría de conocerme—. Con su permiso, hay algunas cuestiones que me gustaría tratar con usted.

—Dudo que tengamos nada de qué hablar. —Seguía con su actitud fría y calmada—. Si tiene la necesidad de decirme algo, será mejor que me lo diga ahora. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Su respuesta fue absolutamente maleducada, pero yo sabía por qué me hablaba así, sabía de dónde procedía su rabia. A Basnaaid le resultaba más fácil hablar con acento educado de lo que le había resultado a la teniente Awn. Para empezar, lo practicó desde mucho antes y yo sospechaba que, además, su oído era mejor; pero, hasta cierto punto, no dejaba de ser una fachada y, como su hermana, Basnaaid Elming era extremadamente consciente de cómo ser condescendiente y cómo insultar. Y con razón.

—Me llamo Breq Mianaai. —Conseguí no atragantarme al pronunciar el apellido que la Lord del Radch me había puesto—. No reconocerá mi nombre porque cuando conocí a su hermana utilizaba otro.

Ese otro sí que lo habría reconocido, pero no podía decírselo. «Yo era la nave en la que sirvió su hermana. Yo era las auxiliares que estaban a su mando y que la servían.» Lo que la gente de allí sabía era que aquella nave había desaparecido veinte años atrás. Además, las naves no eran personas,

capitanas de flota ni oficiales de ningún tipo y no invitaban a nadie a tomar un té. Si le contaba quién era en realidad, ella dudaría de mi cordura, lo que podía ser bueno para mí, ya que a continuación me vería obligada a contarle lo que le sucedió a su hermana.

—Mianaai —repitió ella con tono de incredulidad.

—Como le he dicho, cuando conocí a su hermana no me llamaba así.

—Bien. —Casi escupió la palabra—. Breq Mianaai. Mi hermana era justa y correcta. Diga lo que diga usted, ella nunca se postró ante usted y no necesitamos que nos recompense de ningún modo. Ninguna de nosotras lo necesita. Awn no lo necesitaba ni lo quería.

En otras palabras, si la teniente Awn había tenido alguna relación conmigo, y postrarse implicaba que era de tipo sexual, no fue porque esperara obtener algún beneficio a cambio. El hecho de que la inspectora jefe Skaaiat le hubiera ofrecido una relación clientelar a Basnaaid por ser la hermana de la teniente Awn, implicaba que la que tenían Awn y Skaaiat se basaba en un intercambio: sexo a cambio de rango social. Era muy común, pero las ciudadanas que pasaban de una posición social baja a otra notablemente superior se exponían a que las acusaran de conseguir el ascenso o un nombramiento a cambio de favores sexuales y no por sus propios méritos.

—Tiene usted razón, su hermana nunca se postró ante mí ni ante ninguna otra persona y le agradeceré que me mande a quienquiera que alegue lo contrario para que yo pueda aclararle el malentendido.

Habría sido mucho mejor comer, tomarnos un té y mantener una conversación trivial antes de llegar a ese punto; poder tantear el terreno y suavizar la locura de lo que quería proponerle; pero me di cuenta de que Basnaaid nunca se prestaría a ello, de modo que lo mejor que podía hacer era proponérselo allí mismo.

—La deuda que tengo con su hermana es mucho mayor e imposible de saldar incluso aunque ella siguiera con vida. Lo único que puedo hacer es ofrecerle a usted, como representante de ella, un pequeño obsequio. Me propongo nombrarla mi heredera.

Ella parpadeó un par de veces y de momento no supo qué responder.

—¿Qué?

El ruido de la cascada al otro lado del lago sonaba, al mismo tiempo, distante e intrusivo. Me di cuenta de que la teniente Tisarwat y la ciudadana Sirix estaban paralizadas y nos miraban fijamente a Basnaaid y a mí.

—Me propongo nombrarla mi heredera —le repetí.

—Yo ya tengo progenitoras —replicó ella después de tres segundos de un silencio incrédulo.

—Y son unas progenitoras excelentes —reconocí yo—. No es mi intención reemplazarlas. De ningún modo podría hacerlo.

—¿Entonces cuál es su intención?

—Sinceramente, por ser usted la hermana de la teniente Awn quiero que se sienta segura y que siempre pueda cumplir sus deseos —dije con calma y sin ambages a pesar de que sabía que había fracasado; lo sabía incluso antes de llegar allí.

—Ahora mismo, mi deseo es que se vaya y que no vuelva a dirigirme la palabra nunca más —dijo Basnaaid con la misma calma que había empleado yo.

Hice una profunda reverencia, la que cualquier persona de rango inferior haría ante alguien de una posición más elevada.

—Como desee la ciudadana.

Me volví y empecé a subir por el camino alejándome del lago; alejándome de Sirix, que seguía sumergida hasta las rodillas junto a los lirios; alejándome de Basnaaid Elming, que seguía de pie, tensa e indignada junto a la orilla. Ni siquiera me volví para asegurarme de que la teniente Tisarwat me seguía.

Lo sabía; sabía cómo reaccionaría Basnaaid Elming ante mi oferta, pero aquella mañana solo pensaba invitarla amablemente a tomar un té y esperaba que la confrontación se produjera otro día. Me equivoqué. La capitana Hetnys estaba esperándome en mis dependencias en el Subjardín, sudando en aquella atmósfera cálida y estanca, y rechazando enfadada y tensa el té que Kalr Cinco le ofrecía. Reunirme con ella en mi estado de ánimo podía ser peligroso, pero no se me ocurría ninguna forma de evitarlo sin ser descortés.

Bo Nueve me esperaba impassible y en posición de firmes junto a la puerta abierta de mi apartamento. Cuando llegamos, la teniente Tisarwat, de quien me había olvidado desde que nos alejamos del lago, me dijo:

—Señor, con el permiso de la capitana de flota...

Me detuve sin volver la cabeza y le pregunté a la *Misericordia de Kalr*, que me mostró la sorprendente mezcla de emociones que tenía la teniente. Durante toda la mañana se había sentido abatida, pero ahora su desánimo

estaba mezclado con un extraño anhelo, ¿hacia qué?, unido a una euforia que nunca había percibido en ella.

—Señor, solicito permiso para regresar a los Jardines.

¿Quería volver a los Jardines? ¿En aquel preciso momento?

Recordé el repentino momento de placer que experimentó cuando vio al pececillo en el charco, y me di cuenta de que después de aquello no le había prestado la menor atención. Me había absorbido el encuentro con Basnaaid.

—¿Por qué? —le pregunté sin rodeos.

Quizá no era muy buena forma de responder teniendo en cuenta su estado emocional, pero yo no estaba en mi mejor momento. Durante unos segundos, una especie de miedo nervioso le impidió contestar, pero luego se explicó.

—Señor, quizá pueda hablar con ella. A mí no me ha dicho que no vuelva a dirigirme la palabra.

Mientras se dirigía a mí, aquella extraña y esperanzada euforia se avivó y percibí en ella algo que había visto en incontables tenientes jóvenes y emocionalmente vulnerables. «¡Ay, no!»

—Teniente, le prohíbo que se acerque a la ciudadana Basnaaid Elming. No necesito que interfiera usted en mis asuntos y, desde luego, la ciudadana Basnaaid tampoco.

Fue como si le hubiera dado una bofetada. Estuvo a punto de retroceder físicamente, pero se contuvo y consiguió quedarse inmóvil. Durante unos instantes se sintió herida y enojada, y guardó silencio, pero luego expresó su amarga queja:

—¿Ni siquiera me va a dar una oportunidad?

—¿Ni siquiera me va a dar una oportunidad, señor? —corregí yo.

A sus ridículos ojos afloraron unas lágrimas de rabia. Si se hubiera tratado de cualquier otra teniente de diecisiete años, le habría permitido ir, habría dejado que el blanco de su repentino encaprichamiento la rechazara, habría dejado que llorara —¡la cantidad de lágrimas de tenientes jóvenes que había absorbido mi uniforme cuando era una nave!— y, después, le habría servido una copa o tres. Pero Tisarwat no era una teniente joven cualquiera.

—Retírese a su habitación, teniente, sobrepóngase y lávese la cara. — Todavía era temprano para una copa, pero necesitaba tiempo para recuperarse —. Después de comer, tiene usted permiso para salir y emborracharse tanto como quiera. Mejor aún, eche un polvo. Encontrará aquí compañeras más adecuadas de sobra. —Incluso era posible que la ciudadana Raughd tuviera

interés en ella, pero no se lo comenté—. Ha estado usted en presencia de la ciudadana Basnaaid cinco minutos.

Al decirlo todavía resultó más evidente lo absurdo de su estado emocional. En realidad, aquello no tenía que ver con Basnaaid y eso aumentó mi determinación a mantenerla alejada de ella.

—¡Usted no lo entiende! —exclamó Tisarwat.

Me volví hacia Bo Nueve.

—Bo, acompañe a su oficial a la habitación.

—Sí, señor —contestó Bo.

Me volví y entré en la estancia que servía de antesala a nuestras reducidas dependencias.

Cuando era una nave, tenía miles de cuerpos. Salvo en circunstancias extremas, si uno de esos cuerpos estaba cansado o estresado, podía concederle un descanso y utilizar otro, como el que cambia de mano. Si uno de ellos estaba malherido o dejaba de funcionar con eficiencia, mis médicos lo retiraban y lo reemplazaban con otro; era muy cómodo.

Cuando era auxiliar, cuando era un cuerpo humano entre miles y parte de la nave *Justicia de Toren*, nunca estaba sola. Siempre estaba rodeada de mí misma y el resto de mí misma siempre sabía si un cuerpo en particular necesitaba algo como descanso, comida, contacto o ser reconfortado. Un cuerpo auxiliar podía sentirse momentáneamente abrumado, irritable o sentir cualquier otra emoción imaginable. Era natural: los cuerpos sentían cosas y no tenía mayor importancia cuando quien sentía esa emoción solo era un segmento entre muchos otros; aunque las emociones o la inquietud física fueran intensas, el segmento sabía que no estaba solo y que el resto de sí mismo estaba allí para ayudarlo.

¡Ay, cómo añoraba al resto de mí misma! Ya no podía descansar o consolar a un cuerpo mientras enviaba a otro a hacer el trabajo. Ya no. Ahora dormía sola. En general, solo envidiaba ligeramente a las soldados humanas de la *Misericordia de Kalr*, que dormían juntas en pequeñas camas, reconfortadas por la cercanía y el calor de las demás. Pero ellas no eran auxiliares y, aunque yo dejara a un lado cualquier pretensión de dignidad y durmiera con ellas, no era ni sería nunca lo mismo. Lo sabía, y sabía que me resultaría tan poco satisfactorio que ni siquiera tenía sentido que lo deseara. Pero en aquel momento lo deseé con tanta intensidad que, si hubiera estado a bordo de la *Misericordia de Kalr*, lo habría hecho; me habría acurrucado entre las

dormidas etrepas que Nave me mostró y habría dormido con ellas por muy insuficiente que me hubiera resultado. Al menos habría tenido algo.

Privar a una nave de sus auxiliares era terrible. Y también privar a una auxiliar de su nave. Quizá no tanto como asesinar humanas para convertirlas en auxiliares, pero, en cualquier caso, era terrible.

No podía permitirme el lujo de pensar en ello. No disponía de otro cuerpo menos furioso que pudiera enviar a la reunión con la capitana Hetnys y tampoco disponía de una o dos horas para hacer ejercicio, meditar o beber té hasta tranquilizarme. Solo me tenía a mí misma.

—Todo irá bien, capitana de flota —me tranquilizó la *Misericordia de Kalr* a través del oído.

Durante un instante, las percepciones de Nave me abrumaron: las etrepas dormidas; la teniente Ekalu medio despierta, feliz y por fin totalmente relajada mientras Seivarden canturreaba en el lavabo: «Mi madre dijo que todo gira»; las amaats; Médico y mis kalrs... Todo junto me produjo una sensación de agobio. Entonces todo desapareció; yo no podía sostenerlo; no con un solo cuerpo y una sola mente.

Creía que el intenso dolor de perderme a mí misma y a la teniente Awn había, si no desaparecido totalmente, ya que eso no sucedería nunca, al menos disminuido hasta convertirse en un dolor sordo y tolerable. Sin embargo, la simple visión de Basnaaid Elming me había desequilibrado y no lo había gestionado bien. En consecuencia, tampoco había gestionado bien la reacción de la teniente Tisarwat. Yo conocía los altibajos emocionales de las tenientes de diecisiete años. Había tratado con ellas anteriormente y hubiera sido quien hubiera sido Tisarwat, acabara siendo quien acabara siendo y por muy antiguos que fueran sus recuerdos o la percepción de sí misma, su cuerpo solo tenía diecisiete años y su reacción era la de alguien que estaba en la última etapa de la adolescencia. Yo lo había visto antes, sabía lo que era y tenía que haber respondido con más sensatez.

—Nave —llamé en silencio—, ¿fui pretenciosa al suponer que podía emparejar a Seivarden y Ekalu?

—Quizás un poco, capitana de flota.

—Señor —dijo Kalr Cinco con una impasibilidad casi de auxiliar cuando entró en la antesala—, la capitana Hetnys está en el comedor.

Y no añadió: «Empieza a estar nerviosa y furiosa por tener que esperar tanto.»

—Gracias, Cinco. —A pesar de que le había dado permiso para ir en mangas de camisa mientras estuviera en el Subjardín, ella seguía vistiendo la chaqueta. Pregunté a Nave y vi que todas las kalrs la llevaban—. ¿Le has ofrecido desayunar y tomar un té?

—Sí, señor, pero me contestó que no quería nada.

Percibí en ella un rastro de decepción. Sin duda se había visto privada de la oportunidad de alardear de sus platos.

—Bien. Voy para allá.

Respiré hondo, hice lo que pude para apartar tanto a Basnaaid como a Tisarwat de mi pensamiento y me dispuse a escuchar el informe de la capitana Hetnys.

10

La capitana Hetnys había mandado la *Misericordia de Ilves* a inspeccionar las estaciones situadas en el límite exterior del sistema. Ella se había llevado a la estación Athoek unas cuantas de sus auxiliares atagaris, así como la decuria Var y su teniente para que se ocuparan de la seguridad en el Subjardín.

Intentó explicarme por qué le había encargado a la *Espada de Atagaris* la vigilancia de un portal que comunicaba con un sistema compuesto por rocas sin atmósfera, masas gigantes de gas y lunas heladas; sin habitantes y sin ningún otro portal estable.

—Las presgeres pueden viajar sin portales, señor, podrían...

—Capitana, si las presgeres decidieran atacarnos, no podríamos hacer nada.

—Los días en los que el Radch había dirigido flotas lo bastante descomunales para arrollar sistemas enteros habían quedado atrás e incluso cuando eso era posible enfrentarse a las presgeres habría sido inútil. Esa era la razón principal de que Anaander Mianaai accediera finalmente a firmar el tratado y la causa de que las humanas todavía les tuvieran miedo—. Y, sinceramente, capitana, de momento el mayor peligro lo constituyen las naves radchaai de los dos bandos que quieran controlar o destruir los recursos que el otro bando podría utilizar. Como, por ejemplo, el planeta Athoek. —Con toda la comida que podía producir, si alguna de las facciones pudiera controlarlo con seguridad, si yo pudiera conseguirlo, sería una pieza clave—. Aunque también es posible que Athoek no llame la atención. Además, no creo que ninguno de los bandos consiga reunir nada parecido a una flota de verdad en bastante tiempo, si es que alguien lo consigue alguna vez. —Yo no creía que nadie pudiera sorprendernos. Una nave militar podía utilizar un portal y aparecer a una distancia de varios kilómetros de la estación o del planeta, pero era poco probable que alguien lo intentara. Si alguien lo hiciera, lo

veríamos con la suficiente antelación—. Deberíamos concentrar nuestras defensas alrededor de la estación y del planeta.

A la capitana no le gustó mi idea y pensó en discutírmela, pero cerró la boca y decidió no hacerlo. No íbamos a hablar de quién me había otorgado la autoridad ni de qué bando apoyaba la capitana Hetnys en aquel conflicto. No tenía sentido insistir en esas cuestiones y no nos daba ventaja ni a mí ni a ella. Si yo tenía suerte, nadie se interesaría por el sistema athoeki y nunca sería una fuente de litigio, aunque no las tenía todas conmigo.

Cuando la capitana Hetnys se fue, reflexioné un rato sobre qué hacer a continuación. Probablemente, lo mejor sería reunirme con la gobernadora Giarod, averiguar qué productos, además de los suministros médicos, podían escasear en un futuro cercano y decidir qué podíamos hacer al respecto. También tenía que encontrar algo para mantener a la *Espada de Atagaris* y la *Misericordia de Phey* ocupadas, sin problemas y, al mismo tiempo, listas para actuar en caso de que las necesitara. Le mandé una pregunta a la *Misericordia de Kalr*. La teniente Tisarwat estaba más arriba, en el nivel dos del Subjardín, en una habitación amplia y en penumbra, mal iluminada con paneles apoyados, aquí y allá, en las oscuras paredes. En la habitación también estaban Raughd Denche y media docena más de jóvenes; todas reclinadas en largos y voluminosos cojines. Según me indicó Nave, las jóvenes eran hijas de cultivadoras de té y de oficiales de la estación. Estaban bebiendo algo fuerte y ardiente. Tisarwat no había decidido si le gustaba o no, pero parecía divertirse bastante. Piat, la hija de la administradora de la estación, estaba un poco más animada de lo que me pareció la noche anterior. Acababa de decir algo vulgar y todas se reían. Sin embargo, Raughd, con un trasfondo que solo percibió Tisarwat, que estaba sentada cerca de las dos, dijo:

—¡Por las tetas de Aatr, Piat, a veces eres un auténtico coñazo!

Tisarwat reaccionó con una repulsión instintiva que solo percibimos Nave y yo, y dijo:

—Piat, creo que la ciudadana Raughd no te aprecia mucho. Siéntate a mi lado porque yo sí que necesito que alguien me cuente cosas divertidas.

Aquel fragmento de conversación, el titubeo de Piat y la respuesta fingidamente animada de Raughd —«¡Solo estaba bromeando, teniente, no

sea tan susceptible!»— me produjeron una sensación desagradable respecto a su relación. Si hubieran sido mis oficiales cuando yo era una nave, habría intervenido de algún modo o se lo habría contado a la teniente con más autoridad. Me pregunté por qué Estación parecía no hacer nada, pero se me ocurrió que quizá Raughd era muy cuidadosa respecto a dónde decía según qué cosas. Estación no podía percibir nada de lo que ocurría en el Subjardín y, aunque todas las personas de la habitación tenían conexiones de comunicación, probablemente habían desconectado sus implantes. Seguro que por eso se reunían allí para celebrar sus juergas y no en otro lugar.

Más abajo, en mis dependencias, Kalr Cinco solicitó mi atención.

—Señor.

Percibí inquietud detrás de su estoico exterior.

—¡No pasa nada, soy una persona adulta y no voy a comerme a nadie! — exclamó desde la otra habitación una voz que no me resultó familiar.

Su acento era peculiar, mitad radchaai de buena educación y mitad otra cosa que no supe identificar. No se parecía a ninguno de los acentos que había oído hasta entonces en aquel sistema.

—Señor —insistió Kalr Cinco—, la traductora Dlique.

Se le trabó ligeramente la lengua por lo raro del nombre.

—¿Traductora?

Nadie me había dicho que hubiera funcionarias del Consejo de Traductoras en el sistema y tampoco había ninguna razón para que las hubiera. Le pregunté a Nave y vi su recuerdo de cuando Kalr Cinco le abrió la puerta a una persona con la camisa y el pantalón sueltos y de colores vivos que vestían las habitantes del Subjardín. Sin embargo, sus guantes eran de un gris simple y llano. Ninguna joya. Ningún signo del nombre de una casa o de la división del Consejo de Traductoras para la que trabajaba. Ninguna pista de su afiliación familiar o de su rango. Parpadeé para borrar la imagen de mi visión y me levanté.

—Hazla pasar.

Cinco se apartó a un lado y la traductora Dlique entró esbozando una amplia sonrisa.

—¡Capitana de flota! ¡Cómo me alegro de conocerla! La residencia de la gobernadora es terriblemente aburrida. Habría preferido quedarme en mi nave, pero me comunicaron que había una grieta en el casco y que, si permanecía allí, no podría respirar. No sé, no parece un problema grave, ¿no

cree? ¡Respirar! —Inspiró hondo e hizo un gesto de irritación e indecisión—. ¡Aire! ¡Qué estupidez! No me importaría haberme quedado, pero ellas insistieron.

—Traductora —la saludé. No hice una reverencia, ya que ella tampoco la había hecho ante mí. Entonces tuve una terrible sospecha—. Se diría que está usted en una posición más ventajosa que yo.

Enderezó los hombros y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Yo? ¿En una posición más ventajosa que usted? ¡Es usted quien tiene soldados!

Mi sospecha se convertía en certeza. Aquella persona sin duda no era radchaai. Debía de tratarse de una traductora de una de las especies alienígenas con las que el Radch tenía tratos, pero no trabajaba para las gecks ni para las rrrrrs. Yo ya había conocido traductoras de las gecks y también sabía algunas cosas acerca de las humanas que trabajaban de traductoras para las rrrrrs, y aquella persona no era ni una ni otra. Además su acento era muy peculiar.

—Me refiero a que usted parece saber quién soy yo, pero yo no sé quién es usted.

Soltó una carcajada.

—Claro que sé quién es usted. Todo el mundo habla de usted. Bueno, no conmigo. Se supone que yo no sé que usted está aquí. Y también se supone que no debo abandonar la residencia de la gobernadora, pero no me gusta aburrirme.

—Debería decirme quién es usted exactamente.

Aunque yo ya lo sabía; o sabía todo lo que necesitaba saber. Era una de las humanas que las presgeres habían criado para hablar a través de ellas con el Radch. Traductora de las presgeres. «Una compañía perturbadora», había dicho de ellas Anaander Mianaai. La gobernadora sabía que estaba en la estación; y me apostaría algo a que la capitana Hetnys también. Sin duda la presencia de la traductora en el sistema estaba detrás del extraño temor de la capitana a que las presgeres aparecieran de repente. Me pregunté qué era lo que estaba detrás de que no me lo hubiera mencionado.

—¿Que quién soy exactamente? —La traductora Dlique frunció el ceño—. No soy..., quiero decir que acabo de decirle que soy Dlique, pero podría no serlo; podría ser Zeiat. ¡Ah no, espere! No, estoy casi segura de que soy Dlique. Estoy bastante segura de que me dijeron que soy Dlique. ¡Vaya!

Debería haberme presentado, ¿no? —Hizo una reverencia—. Capitana de flota, soy Dlique, traductora de las presgeres. Es un honor para mí conocerla. Creo que ahora usted dice algo como «el honor es mío» y después me ofrece un té. Solo que estoy aburrida del té. ¿Tiene arak?

Mandé un rápido y silencioso mensaje a Cinco y con un gesto invité a la traductora Dlique a que se sentara. El asiento consistía en un montón, probablemente incómodo, de cajas y cojines cubiertos por una manta bordada en colores rosa y amarillo.

—Así que es usted del cuerpo diplomático, ¿no? —le pregunté después de tomar asiento frente a ella, sobre mi equipaje cubierto por una manta.

Hasta ese momento, todas sus expresiones habían sido casi infantiles y, aparentemente, carentes de toda moderación, pero entonces su consternación parecía sincera.

—Lo he hecho fatal, ¿no? ¡Se suponía que todo iba a ser tan sencillo! Me dirigía a casa después de haber asistido al Augurio de Año Nuevo en el palacio Tstur. Había asistido a fiestas, había sonreído y había anunciado: «El augurio es muy favorable. El año que viene traerá justicia y provecho para todas.» Poco después les agradecí a las humanas su hospitalidad y me marché, que era justo lo que tenía que hacer. Todo muy aburrido. Nadie que sea alguien debería hacerlo.

—Entonces el portal se desactivó, desviaron su nave y ahora no puede volver a casa.

Tal como estaban las cosas, nunca llegaría al espacio presger; no a menos que su nave pudiera generar su propio portal, pero el tratado entre las humanas y las presgeres les prohibía expresa y deliberadamente generarlos en el espacio del Radch.

La traductora Dlique levantó las manos cubiertas con los incongruentes guantes grises en un gesto que interpreté como de exasperación.

—«Di exactamente lo que te hemos dicho que digas y todo saldrá bien», me indicaron. Pues bien, de todas maneras, todo salió mal. Nunca me advirtieron de eso; y podrían haberlo hecho, porque me dijeron un montón de cosas: «Siéntate con la espalda recta, Dlique», «no desmiembres a tu hermana, Dlique, no está bien», «tus órganos internos tienen que estar en el interior de tu cuerpo, Dlique».

Adoptó una expresión tensa, como si esa última le doliera especialmente.

—Parece que todo el mundo está de acuerdo en que usted es, de hecho,

Dlique —dije yo.

—¡A que sí! Pero no funciona así cuando no eres nadie. ¡Oh! —Levantó la mirada al ver que Kalr Cinco entraba con dos tazas y una botella de arak—. ¡Ahora llega lo bueno! —Cogió la taza que Cinco le tendía y la miró fijamente a la cara—. ¿Por qué finges que no eres humana?

Cinco, presa de una ofensa y un terror tan intensos que no podría haber hablado sin que se le notara, no contestó; se volvió hacia mí y me tendió la otra taza. Yo la cogí y dije:

—No sea descortés con mis soldados, Dlique.

La traductora se rio como si yo hubiera dicho algo muy divertido.

—Me gusta usted, capitana de flota. Con la gobernadora Giarod y la capitana Hetnys todo se reduce a: «¿cuál era su propósito al venir aquí, traductora?», «¿cuáles son sus intenciones, traductora?» y «¿espera que nos lo creamos, traductora?» Y, más tarde: «como podrá comprobar, estas habitaciones son muy cómodas, traductora», «las puertas permanecerán cerradas por su propia seguridad, traductora» y «tome un poco más de té, traductora». En ningún momento me llamaron Dlique, ¿comprende?

Bebió un buen trago de arak y tosió un poco cuando el licor le bajó por la garganta. Me pregunté cuánto tardarían las empleadas de la gobernadora en darse cuenta de que la traductora Dlique no estaba. También me pregunté por qué Estación no había activado la alarma, pero entonces me acordé del arma que ninguna nave o estación podía detectar y que procedía de las presgeres. La traductora Dlique podía parecer dispersa e infantil, pero sin duda era tan peligrosa como la gobernadora Giarod y la capitana Hetnys temían. Puede que bastante más. Parecía que la habían subestimado, quizá porque la propia Dlique así lo había planeado.

—¿Y dónde están las otras personas de su nave?

—¿Otras?

—Sí, la tripulación, el personal de servicio, las demás pasajeras...

—Se trata de una nave muy muy pequeña, capitana de flota.

—Entonces, con Zeiat y la traductora debía de estar abarrotada.

Dlique sonrió abiertamente.

—¡Sabía que nos llevaríamos bien! Invíteme a cenar, ¿quiere? Ahora solo como comida normal, ya sabe.

Me acordé de lo que había dicho antes.

—¿Se comió a mucha gente antes de hacerse adulta?

—A nadie que no debiera. —Y añadió con el ceño fruncido—: Aunque a veces quisiera haberlo hecho. Pero ahora ya es demasiado tarde. ¿Qué tiene para cenar? En las estaciones, las radchaais comen una cantidad espantosa de pescado. Empiezo a estar aburrida del pescado. Por cierto, ¿dónde está el lavabo? Tengo que...

Yo la interrumpí.

—En realidad no tenemos lavabo. Aquí no hay instalación de agua, pero tenemos un cubo.

—¡Vaya, esto es una novedad! ¡Todavía no estoy aburrida de los cubos!

La teniente Tisarwat entró tambaleándose en la habitación justo cuando Cinco retiraba el último plato de la cena y la traductora Dlique estaba comentando con toda seriedad:

—¡Los huevos son tan desacertados! ¿No opina usted lo mismo? Me refiero a que deberían poder convertirse en cualquier cosa. Pero al eclosionar siempre sale una gallina; o una pata; o el animal para el que han sido programados. Nunca obtienes de ellos algo interesante como el arrepentimiento o una noche de la semana anterior.

Toda la conversación durante la cena había sido así.

—Interesante idea, traductora —dije yo antes de dirigir mi atención a la teniente Tisarwat.

Hacía más de tres horas que no pensaba mucho en ella y durante ese tiempo la teniente había bebido una cantidad considerable de alcohol. Se tambaleó y me miró con ira en la mirada.

—Raughd Denche... —empezó, levantando un dedo y señalando a un lado para dar énfasis a sus palabras. No parecía ser consciente de la presencia de la traductora Dlique, que la observaba con una ligera expresión de intriga y curiosidad—. Raughd Denche es una persona horrible.

A juzgar por lo poco que había conocido a la ciudadana Raughd, deduje que la valoración de Tisarwat era acertada.

—Señor —remató cuando ya no lo esperábamos.

—¡Bo! —llamé con brusquedad a la soldado que había entrado detrás de Tisarwat y que estaba ansiosamente pendiente de ella—, saque a su teniente de aquí antes de que lo deje todo hecho un asco.

La tomó del brazo y la sacó de la habitación. Tisarwat caminaba con paso

vacilante. Me temí que fuera demasiado tarde.

—No creo que llegue al cubo —comentó la traductora Dlique con solemnidad y casi con pesar.

—Yo tampoco —coincidí—; pero valía la pena intentarlo.

Que una traductora presger estuviera en la estación Athoek ya era un problema. ¿Cuánto tardaría quien la hubiera enviado en preguntarse por qué no había regresado todavía? ¿Cómo reaccionarían las presgeres al hecho de que, prácticamente, la hubieran hecho prisionera aunque sin mucho éxito? ¿Y qué pasaría cuando descubrieran que el Radch estaba en aquel estado de confusión? Seguramente nada, porque en el tratado no se distinguía entre tipos de humanas; todas estaban incluidas y el tratado prohibía que las presgeres dañaran a las humanas. Eso dejaba abierta la cuestión de qué era dañar para las presgeres, aunque se suponía que esos detalles los habían analizado y concretado las traductoras del Radch y de las presgeres.

Además, podíamos convertir la presencia y la atención de las presgeres en una ventaja para nosotras. Durante, aproximadamente, los últimos cien años, las presgeres habían empezado a vender correctivos médicos de alta calidad y a un precio bastante menor que el de los que se fabricaban en el Radch. La gobernadora Giarod me había dicho que Athoek no producía suficientes suministros médicos. A las presgeres no iba a importarles si Athoek formaba parte del Radch o no. Lo único que les importaría era si podían pagarlos y, aunque para las presgeres la idea de pagar podía ser algo excéntrica, yo estaba segura de que encontraríamos una forma aceptable de hacerlo.

Entonces, ¿por qué la gobernadora del sistema había encerrado a la traductora Dlique en su residencia? ¿Y por qué no me había informado de ello? Podía entender que la capitana Hetnys no lo hubiera hecho, al fin y al cabo, ella había conocido a la capitana Vel y esta creía que la fisura que se había producido en Anaander Mianaai era resultado de que se habían infiltrado las presgeres. Yo estaba convencida de que la llegada de la traductora Dlique al sistema era una coincidencia, pero para las radchaais las coincidencias significaban algo. Amaat era el universo y todo ocurría porque Amaat así lo quería. Se podían deducir las intenciones de Dios si se analizaba cuidadosamente hasta el suceso más pequeño y aparentemente insignificante, y los sucesos de las semanas anteriores eran de todo menos pequeños e

insignificantes. La capitana Hetnys sin duda permanecía alerta a sucesos inusuales y la llegada de la traductora debió de activar en ella muchas alarmas. El hecho de que me ocultara su presencia en el sistema no hacía más que confirmar lo que yo ya sospechaba sobre su posición en el conflicto.

¡Pero la gobernadora Giarod! Después de la cena en casa de la ciudadana Fosyf y la reunión que mantuve con ella en su despacho, tuve la impresión de que no solo se trataba de una persona inteligente y capaz, sino que también comprendía que el origen del conflicto de Anaander Mianaai estaba en sí misma y no en algo externo a ella. No creía haberme equivocado mucho al juzgarla, pero estaba claro que se me había escapado algo; había algo en su posición que no acababa de entender.

—Estación —llamé en silencio.

—Sí, capitana de flota —me contestó en el oído.

—Comuníqueme amablemente a la gobernadora Giarod que la visitaré mañana a primera hora.

Nada más. Si Estación no sabía que yo conocía la existencia de la traductora Dlique, y menos que había cenado conmigo y después se había ido, mencionárselo no haría más que asustar a la gobernadora Giarod y a la capitana Hetnys. Mientras tanto, tenía que encontrar la forma de manejar aquella situación, que, de repente, se había complicado.

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden estaba en el puente de mando hablando con la teniente amaata de la *Espada de Atagaris*, que, por lo visto, también estaba de guardia en su nave.

—¿Y de dónde eres? —preguntó la teniente amaata.

Nave mandó esas palabras directamente al oído de Seivarden.

—De un lugar donde no damos por el culo a las demás cuando estamos de guardia —le comunicó Seivarden a Nave en silencio. Y contestó en voz alta —: De Inais.

—¡Vaya! —Era evidente que la teniente de la *Espada de Atagaris* nunca había oído hablar de aquel lugar, lo que no era extraño dada la extensión del espacio radchaai, pero su ignorancia no ayudó a mejorar lo mal considerada que la tenía Seivarden—. ¿Todas las oficiales de la nave han sido reemplazadas? Tu predecesora estaba bien. —Ekalu, que en aquel momento estaba durmiendo y respiraba profunda y regularmente, había comentado que la anterior teniente amaata de la *Misericordia de Kalr* era una esnob insoportable—. Pero la médico no era nada simpática. Me parece que solo

pensaba en sí misma.

Médico estaba en el comedor de la decuria de la *Misericordia de Kalr* y, aunque contemplaba su comida de skel y té ceñuda, estaba tranquila y de bastante buen humor.

De joven, Seivarden había sido, en muchos sentidos, tan insoportable como la anterior teniente amaate de la *Misericordia de Kalr*; pero entonces Seivarden servía en una crucero de batalla, lo que implicaba que había participado en combates reales y sabía lo que era realmente importante en una médico.

—¿No deberías estar atenta por si aparece una nave enemiga?

—¡Ah!, Nave me informará si ve algo —dijo la teniente de la *Espada de Atagaris* con total tranquilidad—. La capitana de flota es muy intimidante, ¿no? Aunque supongo que es normal que lo sea. Nos ha ordenado trasladarnos más cerca de la estación, así que seremos vecinas, al menos temporalmente. Deberíamos vernos un día y tomar un té juntas.

—La capitana de flota es un poco menos intimidante cuando no la amenazan con destruir su nave.

—Bueno, aquello fue un malentendido. Cuando os identificasteis todo se aclaró. No creerás que me guarda rencor por eso, ¿no?

En el Subjardín, en la estación Athoek, Kalr Cinco guardaba los platos en la habitación contigua a la que yo estaba y le comentaba con preocupación a Ocho la repentina e inquietante aparición de la traductora Dlique. En otra habitación, Bo le quitaba las botas a Tisarwat, que estaba inconsciente.

—Ekalu no exageraba en sus comentarios acerca de la teniente amaate de la *Espada de Atagaris* —le dije a Nave.

—No —contestó la *Misericordia de Kalr*—, no exageraba.

A la mañana siguiente, estaba a medio vestir —ya me había puesto el pantalón y estaba abrochándome la camisa, pero todavía no me había puesto las botas— cuando oí unos gritos apremiantes en el pasillo.

—¡Capitana de flota! ¡Capitana de flota! ¡Señor!

Nave me mostró, a través de la Kalr que montaba guardia en el pasillo, una niña de siete u ocho años vestida con un pantalón y una camisa mugrientos y sin zapatos ni guantes.

—¡Capitana de flota! —repitió ella ignorando a la soldado.

Cogí mis guantes y pasé rápidamente a la antesala a través de la puerta que Cinco, eficiente, abrió cuando se lo indiqué con un gesto.

—¡Capitana de flota, señor! —volvió a gritar la niña a pesar de que yo ya estaba delante de ella—. ¡Venga enseguida! ¡Alguien ha vuelto a pintar en la pared! ¡Si las soldados cadáver lo ven antes, pasará algo muy malo!

—Ciudadana... —empezó Cinco.

Yo la interrumpí.

—Iré contigo.

La niña echó a correr y yo la seguí por el penumbroso pasillo. «Alguien ha vuelto a pintar en la pared», había dicho. Se trataba de algo nimio; se diría que lo bastante insignificante para ignorarlo; sin embargo, la capitana Hetnys ya había tenido una reacción exagerada ante situaciones similares. Las prisas de la niña demostraban que o bien había sacado sus propias conclusiones acerca de lo que podía ocurrir cuando llegara la *Espada de Atagaris Var*, o bien la adulta que la había enviado como mensajera se lo había transmitido. La situación podía ser grave. Claro que también podía no ser nada, pero en ese caso, bueno, lo único que habría pasado es que habría retrasado mi desayuno unos minutos.

—¿Qué han pintado? —le pregunté a la niña mientras subíamos por la escalera de un pozo de acceso, que era la única forma de trasladarse de un nivel a otro en aquel lugar.

—Algún tipo de palabras —respondió la niña por encima de mí—. ¡Son palabras!

Así que, o no las había visto o no sabía leerlas. Supuse que se trataba de lo segundo. En tal caso, no debían de estar escritas en radchaai ni en raswar. Este, según había sabido en los dos últimos días, era un idioma que la mayoría de las ychanas de aquel lugar hablaban y leían. Cuando le pedí información la primera noche que pasé allí, Estación me contó que la mayoría de las residentes del Subjardín eran ychanas.

Las palabras de la pared estaban en xhi, aunque transcritas fonéticamente al alfabeto radchaai. La persona que las había escrito había utilizado la misma pintura rosácea con la que habían pintado la puerta de la tetería y cuyo recipiente seguía en aquel rincón de la pequeña e improvisada plaza. Reconocí la frase, pero no porque conociera el idioma xhi, del que solo había aprendido unas palabras, sino porque tenía su origen en la anexión. Se trataba de una frase utilizada como emblema por un sector de la resistencia del que

Estación me había hablado dos noches antes: «¡No té, sino sangre!» Era un juego de palabras. La palabra radchaai para ‘té’ tenía cierta similitud con la palabra xhi que significaba ‘sangre’, y la frase implicaba que las revolucionarias, en lugar de someterse al Radch y beber té, opondrían resistencia y se beberían, o al menos derramarían, la sangre radchaai. Aquellas revolucionarias habían muerto hacía varios cientos de años y la consigna ya no era más que una anécdota en la historia del lugar.

La niña, en cuanto vio que me detenía delante de la pintada, no lejos de la puerta de la tetería, se marchó corriendo. Sin duda ansiaba ponerse a salvo. El resto de las residentes del Subjardín habían hecho lo mismo y aunque a aquella hora debería de haber un flujo regular de clientas entrando y saliendo de la tetería, yo lo sabía, la plaza estaba desierta. Todas las personas que solían utilizar aquella ruta, tras leer la consigna, habían vuelto sobre sus pasos y habían buscado un lugar seguro y a salvo de la teniente var de la *Espada de Atagaris* y de sus auxiliares. Yo estaba sola, ya que Kalr Cinco había sido mucho más lenta que yo y todavía estaba subiendo por el pozo de acceso. Una voz que ahora ya me resultaba familiar habló detrás de mí.

—La niña vomitadora de los ojos lilas tenía razón.

Me volví. Se trataba de la traductora Dlique, vestida como la noche anterior cuando me visitó.

—¿Razón sobre qué, traductora? —le pregunté.

—Raughd Denche es realmente una persona horrible.

En aquel momento, dos auxiliares de la *Espada de Atagaris* llegaron corriendo a la plaza.

—¡Ustedes, alto ahí! —gritó una de ellas con voz enérgica.

Enseguida me di cuenta de que era probable que no reconocieran a la traductora Dlique, ya que debería estar encerrada en la residencia de la gobernadora e iba vestida como una ychana, y, como el resto del Subjardín, la plaza estaba escasamente iluminada. Yo tampoco iba totalmente uniformada. Solo llevaba el pantalón, los guantes y la camisa medio abotonada. La *Espada de Atagaris* tardaría unos instantes en identificarnos.

—¡Ahhh, esporangios! —exclamó la traductora Dlique, y se dio media vuelta.

Supuse que su intención era salir huyendo antes de que la *Espada de Atagaris* la identificara y la detuviera. No se había vuelto del todo y yo justo empezaba a preguntarme por qué había utilizado la palabra «esporangios»

como taco, cuando un disparo sonó con fuerza en el reducido espacio de la plaza. La traductora Dlique boqueó y cayó de bruces. Instintivamente, activé mi armadura y grité:

—¡*Espada de Atagaris*, no dispare!

Al mismo tiempo, le comuniqué con apremio a Estación:

—Urgencia médica en el nivel uno del Subjardín! —Me agaché junto a la traductora Dlique—. Estación, le han disparado a la traductora Dlique por la espalda. ¡Necesito que vengan médicos ahora mismo!

—Capitana de flota —sonó la voz calmada de Estación en mi oído—, los médicos no bajan a...

—¡Ahora mismo, Estación!

Desactivé mi armadura y levanté la vista hacia las dos var de la *Espada de Atagaris*, que ahora estaban a mi lado.

—Tu equipo médico de urgencia, Nave. ¡Deprisa!

Quería preguntarles qué demonios hacían disparándole a la gente de esa manera, pero lo más urgente era evitar que la traductora Dlique se desangrara. Además, no toda la responsabilidad era de la *Espada de Atagaris*, ya que, sin duda, cumplía órdenes de la capitana Hetnys.

—No llevo encima ningún equipo médico, capitana de flota —me informó una de las auxiliares de la *Espada de Atagaris*—. No estamos en combate y Estación dispone de un centro médico.

Yo, evidentemente, tampoco llevaba encima ningún equipo médico. Los habíamos llevado a la estación por simple rutina, pero todavía estaban empaquetados con mis cosas tres niveles más abajo. Si la bala había dañado la arteria renal de la traductora, lo que parecía posible por la zona del impacto, podía desangrarse en cuestión de minutos. En tal caso, aunque ordenara a una de mis kalrs que me alcanzara un equipo de urgencias, llegaría demasiado tarde. De todos modos, transmití la orden mientras presionaba la herida de la espalda de la traductora Dlique con las manos. Seguramente no sería de gran ayuda, pero era lo único que podía hacer.

—¡Estación, necesito a los médicos! —Miré a *Espada de Atagaris*—. Traiga un tanque de suspensión. ¡Ahora!

—No hay ninguno cerca —comentó la propietaria de la tetería. Debía de ser la única persona que se había quedado por allí después de leer la consigna de la pared. Desde la puerta de su local añadió—: Los médicos tampoco vienen nunca.

—¡Pues será mejor que esta vez lo hagan!

Presionando con las manos había reducido el caudal de sangre que brotaba de la herida de la traductora, pero no podía hacer nada para controlar la hemorragia interna. Su respiración se había vuelto agitada y superficial, lo que indicaba que estaba perdiendo sangre deprisa; más deprisa de lo que yo podía ver. Más abajo, en el nivel cuatro, Kalr Ocho abría la caja donde estaban los equipos médicos. Nada más recibir mi orden se había puesto en marcha y se movía rápidamente, pero yo no creía que llegara a tiempo. Seguí presionando inútilmente la herida de la traductora, que respiraba entrecortadamente tumbada boca abajo.

—La sangre tiene que estar dentro de las arterias, Dlique —le indiqué.

Ella emitió un débil y tembloroso «¡ajá!» y añadió:

—Lo ve... —Se interrumpió e hizo unas cuantas respiraciones superficiales —. Respirar... es estúpido.

—Sí —dije yo—, respirar es estúpido y aburrido, pero siga haciéndolo, Dlique. Como un favor personal.

No contestó.

Cuando Kalr Ocho llegó con un equipo médico y la capitana Hetnys apareció corriendo seguida por dos médicos y con *Espada de Atagaris* en la retaguardia con un tanque de suspensión de urgencias, ya era demasiado tarde. La traductora Dlique había muerto.

11

Me arrodillé al lado del cuerpo de la traductora Dlique. Su sangre me empapó los pies desnudos, las rodillas y las manos, con las que seguía presionándole la herida de la espalda. Los puños de las mangas de mi camisa también estaban ensangrentados. No era la primera vez que estaba cubierta de la sangre de otra persona y no me sentía horrorizada. Las dos auxiliares de la *Espada de Atagaris* se habían quedado inmóviles e impasibles después de dejar en el suelo el tanque de suspensión que habían arrastrado hasta allí para nada. La capitana Hetnys estaba de pie y con el ceño fruncido. Pensé que no estaba segura de lo que acababa de suceder.

Me levanté para dejar sitio a las médicos, que examinaron rápidamente a la traductora Dlique.

—Ciu... Capitana de flota, lo siento, no podemos hacer nada por ella.

—Nunca pueden —dijo la propietaria de la tetería, que seguía junto a la puerta de su local.

A escasos metros de donde estábamos estaba garabateada la frase «¡No té, sino sangre!». La pintada era un problema, pero no el que la capitana Hetnys creía que era, pensé. Me quité los guantes. La sangre había traspasado la tela y tenía las manos pegajosas. Me acerqué con rapidez a la capitana Hetnys, tanto que no tuvo tiempo de retroceder; la agarré por la chaqueta del uniforme con las manos ensangrentadas y la arrastré hasta donde estaba la traductora Dlique. Las dos médicos se apartaron a trompicones y, antes de que la capitana pudiera recobrar el equilibrio o resistirse, la empujé y cayó junto a la traductora. Me volví hacia Kalr Ocho.

—Ve a buscar una sacerdotisa —le ordené—. La primera que encuentres, pero que esté cualificada para realizar purificaciones y funerales. Si se niega a bajar al Subjardín, infórmale de que puede venir voluntariamente o no, pero que vendrá de todas formas.

—Sí, señor —contestó Ocho, y se marchó.

Mientras tanto, la capitana Hetnys había conseguido levantarse con la ayuda de una de sus auxiliares.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto, capitana? Le ordené que no utilizara la violencia contra las ciudadanas a menos que fuera absolutamente necesario.

La traductora Dlique no era una ciudadana, pero la *Espada de Atagaris* no sabía que era la traductora cuando disparó.

—Señor —replicó la capitana Hetnys temblándole la voz, por la rabia que le producía lo que yo acababa de hacerle o porque estaba angustiada—, la *Espada de Atagaris* preguntó a Estación y esta la informó de que no tenía constancia de esa persona y que no detectaba en ella un rastreador. Por lo tanto, no se trataba de una ciudadana.

—Y por eso le pareció adecuado matarla, ¿no?

Claro que yo había seguido su misma lógica en incontables ocasiones. No disparar a las ciudadanas era una idea tan imperiosa para alguien como la *Espada de Atagaris*, como yo, que nunca se me ocurrió la posibilidad de que disparara un arma allí, en una estación llena de ciudadanas y que formaba parte del Radch desde hacía siglos. Pero yo tenía que haber pensado en esa posibilidad, ya que era la responsable de todo lo que ocurriera bajo mi mando.

—Capitana de flota —replicó la capitana Hetnys indignada y sin intentar ocultarlo tanto como debía—, las personas no autorizadas suponen un peligro para...

—Esta persona —declaré poniendo énfasis e intención en cada una de las palabras— es la traductora Dlique, de las presgeres.

—Capitana de flota —me dijo en el oído Estación, que había oído lo que yo acababa de decir porque yo había dejado abierta la conexión con ella—, con todos mis respetos, está equivocada. La traductora Dlique está en sus habitaciones en la residencia de la gobernadora.

—Vuelva a mirar, Estación. O mejor, envíe a alguien para que lo compruebe. —Y añadí—: Capitana Hetnys, a partir de este momento y bajo ningún concepto ni circunstancia, ni usted ni nadie de su tripulación, incluidas sus auxiliares, irán armadas mientras estén en la estación. Así mismo, nadie de su tripulación ni su nave volverá a entrar en el Subjardín sin mi expresa autorización. La *Espada de Atagaris* Var y su teniente regresarán a la *Espada de Atagaris* en cuanto la lanzadera pueda despegar. Y no me

dirija la palabra. —Ella había abierto la boca para protestar—. Me ha ocultado usted información vital deliberadamente; ha puesto en peligro las vidas de las residentes de esta estación y sus soldados han causado la muerte de la representante diplomática de las presgeres. Estoy intentando pensar en alguna razón por la que pueda no ejecutarla aquí y ahora mismo.

De hecho, se me ocurrían al menos tres razones importantes: las dos auxiliares armadas que flanqueaban a la capitana Hetnys y que, con las prisas del momento, me había dejado el arma en mis dependencias, tres niveles más abajo del que estábamos.

Me volví hacia la propietaria de la tetería.

—Ciudadana —tuve que hacer un esfuerzo extra para no hablar con mi voz monótona de auxiliar—, ¿puede traerme un té? No he desayunado y hoy tendré que ayunar.

Sin pronunciar una palabra, se volvió y entró en la tetería. Mientras esperaba su regreso, llegó la gobernadora Giarod. Le echó una ojeada al cadáver de la traductora Dlique y miró a la capitana Hetnys, que permanecía entre sus dos auxiliares en silencio y manchada de sangre; entonces inspiró hondo y dijo:

—Capitana de flota, puedo explicárselo.

La miré. Luego volví la cabeza y vi que la propietaria de la tetería dejaba un tazón de té con harina de cereales en el suelo, a un metro de mí. Le di las gracias, cogí el tazón y, mientras lo sostenía entre mis manos desnudas y ensangrentadas y bebía de él, percibí repugnancia en las caras de la capitana Hetnys y la gobernadora Giarod.

—Esto es lo que va a pasar —anuncié después de beber la mitad del espeso té—: se celebrará un funeral. No me propongan mantenerlo en secreto ni me hablen de que podría estallar el pánico entre la población. Se celebrará un funeral con las ofrendas y los rituales pertinentes. Todas las integrantes de Administración de la Estación respetarán un período de duelo. El cadáver se mantendrá en suspensión para que, cuando las presgeres vengan a buscarlo, puedan llevárselo en buen estado y hacer lo que ellas hacen con las muertas.

»La *Espada de Atagaris* me indicará cuándo fue la última vez que vio la pared limpia y, después, Estación me informará de todas las personas que se hayan detenido frente a ella desde entonces hasta ahora.

Estación no podía haber visto si alguien escribía en la pared, pero podía saber dónde estaba cada persona en cada momento y yo sospechaba que muy

pocas, aparte de la autora de la pintada, se habían detenido allí en aquel lapso de tiempo.

—Solicito la generosa indulgencia de la capitana de flota. —La capitana Hetnys, haciendo alarde de una absoluta insensatez, se atrevió a hablarme—. Eso ya lo hemos hecho, capitana de flota, y Seguridad ha arrestado a la persona responsable de la pintada.

Arqueé una ceja. Estaba sorprendida y era escéptica a la vez.

—¿Seguridad ha arrestado a Raughd Denche?

Entonces la sorprendida fue la capitana Hetnys.

—¡No, señor! —protestó—. No sé cómo puede pensar que la ciudadana Raughd podría hacer algo así. No, señor, solo ha podido ser Sirix Odela. Pasó por aquí esta mañana camino del trabajo y se detuvo junto a la pared unos quince segundos, tiempo más que suficiente para pintar la consigna.

Si esa persona pasaba por allí camino del trabajo, seguro que vivía en el Subjardín. La mayoría de las residentes del Subjardín eran ychanas, pero aquel nombre era samirendo. Además, me resultaba familiar.

—¿Esa persona trabaja en los Jardines, encima del Subjardín?

La capitana Hetnys asintió con un gesto. Me acordé de la persona que conocí el día que llegué y que luego encontré junto al lago, en los Jardines; la persona que no soportaba la idea de expresar la rabia. Era imposible que ella hubiera pintado aquella consigna.

—¿Por qué una samirenda pintaría una consigna en idioma xhi con letras radchaais? Ya que es samirenda, ¿por qué no escribirla en liost o en raswar?; aquí hay más gente que conozca esos idiomas que gente que entienda xhi.

—Desde una perspectiva histórica, capitana de flota... —empezó a decir la gobernadora Giarod.

Yo la interrumpí.

—Desde una perspectiva histórica, gobernadora, muchas personas tienen buenas razones para estar resentidas con la anexión, pero aquí y ahora a ninguna de ellas le beneficiaría una rebelión poco más que simbólica.

Lo mismo debía de haber ocurrido durante los últimos cientos de años. Nadie del Subjardín que valorara su vida, por no hablar de las vidas de las demás personas que vivían allí, habría pintado aquella consigna sabiendo cómo reaccionaría la administradora de la estación. Y me apostaría cualquier cosa a que todas las habitantes del Subjardín sabían cómo lo haría.

—Sin duda, la creación del Subjardín no fue intencionada —continué yo

mientras la *Misericordia de Kalr* me mostraba una breve imagen de Kalr Ocho hablando muy seria con una joven sacerdotisa—, pero como les ha resultado provechosa, ustedes se dicen a sí mismas que es justo y correcto.

El sempiterno trío: justicia, corrección y provecho. En teoría, no podían existir por separado. Nada justo era incorrecto y nada provechoso era injusto.

—Capitana de flota —empezó a decir la gobernadora Giarod indignada—, me cuesta creer que...

—Todo necesita un antagonista —la interrumpí yo—. ¿Cómo puede una ser civilizada si no existe lo incivilizado? —Civilizada. Radchaai. Era la misma palabra—. Si el Subjardín no beneficiara a alguien de algún modo, aquí habría cañerías, luces y puertas que funcionarían, y las médicos acudirían en caso de emergencia. —Antes de que la gobernadora del sistema pudiera siquiera parpadear, me volví hacia la dueña de la tetería, que seguía junto a la puerta del local—. ¿Quién mandó llamarme?

—Sirix —contestó ella—. Y mire lo que ha conseguido.

—Ciudadana... —empezó la capitana Hetnys con determinación e indignación.

—Cállese, capitana.

El tono de mi voz fue neutro; sin embargo, la capitana Hetnys no dijo nada más.

Cuando los soldados radchaais tocaban un cadáver, se libraban de las impurezas con un baño y una breve oración. No había conocido ninguna que lo hiciera solo con el baño, sin murmurar o recitar para sus adentros la correspondiente oración. Yo no lo hacía, pero cuando era una nave, mis oficiales sí que lo hacían. Supuse que la práctica de las médicos civiles sería similar. Para las militares, cuando no se podían hacer las ofrendas en un templo, eran suficientes el baño y la oración, pero para la mayoría de los radchaais civiles, la proximidad con la muerte era algo muy serio.

Si me hubiera sentido más rencorosa, habría recorrido el perímetro de la plaza y el resto del nivel del Subjardín tocando cosas y manchándolas de sangre a propósito para que las sacerdotisas que acudieran se vieran obligadas a dedicar varios días a purificar el lugar. Sin embargo, nunca había visto que a nadie le sirviera de nada comportarse regido por un rencor innecesario y, además, sospechaba que todo el Subjardín tenía ya una necesidad desesperada de rituales de limpieza. Si las médicos nunca hubieran acudido allí, seguro que habría habido más muertes y si las sacerdotisas no estuvieran

dispuestas a prestar sus servicios, la impureza reinaría en el ambiente. Eso siempre que se creyera en esas cosas, claro. Probablemente, las ychanas no lo hacían, lo que era otra razón para considerarlas diferentes y no merecedoras de los servicios básicos que las radchaais daban por descontados.

Llegó una sacerdotisa con dos asistentes. Se detuvo a dos metros del cadáver y del charco de sangre de la traductora Dlique. Se quedó mirándolo, y a nosotras también, con una expresión de horror y los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo se deshacen de los cadáveres aquí? —pregunté a nadie en particular.

Me contestó la gobernadora Giarod.

—Los arrastran hasta los pasillos de la periferia y los dejan allí.

—Asqueroso —murmuró la capitana Hetnys.

—¿Qué otra cosa podrían hacer? —pregunté yo—. Aquí no hay instalaciones para encargarse de ellos, y ni las médicos ni las sacerdotisas están dispuestas a venir. —Miré a la sacerdotisa jefe—. ¿Tengo razón?

—Se supone que nadie debería estar aquí, capitana de flota —replicó ella, remilgada, y lanzó una mirada a la gobernadora.

—Por supuesto. —Me volví hacia Kalr Cinco, que había acudido con la sacerdotisa y las asistentes—. ¿Está preparado el tanque de suspensión?

—Sí, señor.

—Entonces la capitana Hetnys y yo meteremos en él el cadáver de la traductora. Después ustedes —señalé a las sacerdotisas con un gesto que, al no llevar puestos los guantes, resultaba ofensivo— harán lo que sea preciso.

La capitana Hetnys y yo dedicamos veinte minutos a lavarnos con agua bendita y a recitar oraciones mientras nos rociaban con sal y nos fumigaban con tres tipos distintos de incienso. El ritual no eliminaba toda la contaminación, solo la atenuaba lo suficiente para que pudiéramos caminar por los pasillos o estar en una habitación sin que las demás personas requirieran los servicios de una sacerdotisa. El ritual del baño y la oración que solían practicar los soldados también habría servido y, estrictamente hablando, habría sido mejor, pero no habría satisfecho a la mayoría de las residentes de la estación Athoek.

—Si guardo un luto riguroso, no podré ir a mi oficina durante quince días

—señaló la gobernadora Giarod cuando terminó el ritual y la capitana Hetnys y yo nos habíamos vestido con ropa limpia—. Y lo mismo el resto de los miembros de Administración. Sin embargo, sí que creo que alguien debería guardar un luto estricto, capitana de flota.

Su expresión atribulada había ido desvaneciéndose a medida que avanzaba el ritual y ahora parecía bastante tranquila.

—Así es —corroboré yo—. Ustedes deberán actuar como primas lejanas de la traductora, y la capitana Hetnys y yo lo haremos como familia directa.

La capitana Hetnys no pareció sentirse muy complacida con mis directrices, pero no estaba en situación de protestar. Envié a Kalr Cinco a buscar una maquinilla de afeitar para que la capitana Hetnys y yo pudiéramos afeitarnos la cabeza para el funeral y también le ordené que encargara las insignias conmemorativas a una joyera.

—Ahora quiero que me informe acerca de la traductora Dlique —le dije a la gobernadora Giarod cuando Cinco se hubo ido y después de enviar a la capitana Hetnys a mis dependencias para que se preparara para el ayuno.

—Capitana de flota, no creo que este sea el mejor lugar...

—En mi estado no puedo ir a su oficina. —No podía hacerlo porque estaba de luto y debería estar de ayuno en mis aposentos. La incorrección sería evidente y aquel funeral tenía que ser absoluta y completamente correcto—. Por otro lado, no hay nadie en los alrededores. —La dueña de la tetería había entrado en su local y no estaba a la vista; las sacerdotisas se habían ido a toda prisa cuando consideraron que ya podían irse y las auxiliares de la *Espada de Atagaris* habían abandonado el Subjardín cumpliendo mis órdenes. Y los dos soldados de la *Misericordia de Kalr* que esperaban cerca no contaban—. Además, en vista de los resultados no se puede decir que mantener las cosas en secreto haya sido una buena decisión.

La gobernadora Giarod hizo un gesto de atribulada resignación.

—La traductora llegó con el primer grupo de naves redirigidas. —Se refería a naves que los sistemas vecinos habían enviado a Athoek con la esperanza de que encontrarán una ruta alternativa hacia su destino original porque los otros portales habían sido inutilizados o porque sus instalaciones estaban sobrecargadas—. Ella era la única navegante en un transporte unipersonal diminuto que apenas tenía el tamaño de una lanzadera. Incluso me sorprende que pudiera llevar bastante aire para el viaje que dijo estar haciendo. Y la coincidencia temporal fue... —Hizo un gesto de frustración—.

No podía recurrir al palacio en busca de consejo, así que lancé las monedas adivinatorias en privado y el resultado fue inquietante.

—Por supuesto. —Todas las radchaais sospechaban de las coincidencias. Nada, por nimio que fuera, ocurría por accidente. Por lo tanto, todos los sucesos podían ser un indicio de las intenciones de Amaat y las coincidencias extrañas solo podían ser un mensaje divino especialmente significativo—. Comprendo su inquietud y, hasta cierto punto, incluso entiendo que quisiera retener a la traductora y ocultarles su presencia a la mayoría de las residentes de la estación. Nada de eso me preocupa. Lo que sí que me inquieta es que no me mencionara esa alarmante y potencialmente peligrosa situación.

La gobernadora Giarod suspiró.

—Yo oigo cosas, capitana de flota. Poco de lo que se dice en la estación y en el resto del sistema no llega, antes o después, a mis oídos. Desde que ocupó este puesto, me han llegado rumores acerca de infiltraciones de fuera del Radch.

—No me sorprende.

Muchas radchaais se quejaban continuamente de que las deportadas de mundos anexionados que se convertían en ciudadanas introducían costumbres y actitudes no civilizadas que acabarían socavando la verdadera civilización. Yo misma lo había oído toda mi vida, durante más de dos mil años. Estaba convencida de que lo ocurrido en el Subjardín no haría más que alimentar esos rumores.

—Hace poco la capitana Hetnys sugirió —prosiguió la gobernadora Giarod con una sonrisa de consternación— que las presgeres se han estado infiltrando en los altos cargos con el objetivo de destruirnos. Las traductoras presgeres casi no se pueden distinguir de las humanas, y el Consejo de Traductoras está en frecuente y estrecho contacto con ellas.

—¿Mantuvo usted alguna conversación con la traductora Dlique, gobernadora?

Hizo un gesto de frustración.

—Sé a qué se refiere, capitana de flota, pero debo informarle de que la traductora escapó de una habitación cerrada y vigilada sin que nadie se enterara, consiguió ropa y se paseó libremente por la estación sin que Estación se diera cuenta. En efecto, su forma de hablar era muy peculiar y yo nunca la habría confundido con una ciudadana, pero es evidente que era mucho más hábil de lo que nos hizo creer. Y, en cierto sentido, algunas de

sus habilidades eran alarmantes. A mí me costaba creer que las presgeres, que nos habían dejado tranquilas desde la firma del tratado y que se mostraban tan indiferentes a todo lo nuestro, se interesaran de repente por nuestros asuntos. Pero entonces, justo cuando los portales se desactivaron y perdimos todo contacto con el palacio Omaugh, llegó la traductora Dlique y...

—Y entonces la capitana Hetnys le habló de la infiltración de las presgeres en puestos de altos cargos, incluso, quizás, en el más alto. Y entonces llegué yo, una prima de Anaander Mianaai, con mi historia de que la Lord del Radch se enfrenta a sí misma por el futuro del Radch y con un historial que no concuerda con quien soy. Y de repente usted no ve claro no prestar atención a los rumores sobre las presgeres que antes resultaban poco verosímiles.

—Exacto.

—Gobernadora, ¿está usted de acuerdo conmigo en que, sea lo que sea lo que esté ocurriendo en otros lugares, lo único que podemos hacer, o lo único conveniente, es encargarnos de la seguridad de las residentes de este sistema? ¿Está usted de acuerdo en que, tanto si la Lord del Radch está dividida como si no lo está, esa sería la única orden razonable que podría esperar de ella?

La gobernadora Giarod pensó en ello durante seis segundos.

—Sí, tiene usted razón. Sin embargo, capitana de flota, en el caso de que tuviéramos que comprar suministros médicos, tendríamos que recurrir a proveedoras extranjeras, como, por ejemplo, las presgeres.

—¿Comprende ahora por qué no ha sido buena idea ocultarme la presencia de la traductora Dlique? —le pregunté con un tono de voz absolutamente neutro. Ella asintió con un gesto—. No es usted estúpida. Al menos, eso creía yo, aunque debo reconocer que desde que me enteré de la presencia de la traductora Dlique, mi opinión sobre usted ha cambiado. —No dijo nada—. Antes de que empiece oficialmente el ayuno, hay otro asunto del que debo ocuparme. Tengo que hablar con Celar, la administradora de la estación.

—¿Acerca del Subjardín? —supuso la gobernadora Giarod.

—Sí, entre otras cosas.

Ya en mi salón del nivel cuatro del Subjardín, y después de ordenarles a mis kalrs que salieran para poder hablar en privado, le expliqué a Tisarwat:

—Durante los próximos quince días tendré que guardar luto, lo que

significa que no podré hacer ningún trabajo. Durante ese tiempo, evidentemente la teniente Seivarden estará al mando de la *Misericordia de Kalr* y usted estará al mando aquí, en casa.

Tisarwat se había despertado con una resaca terrible. El té y los medicamentos habían empezado a surtir efecto y mejoraba su estado, pero no del todo.

—Sí, señor.

—¿Por qué ella lo consintió?

Tisarwat parpadeó un par de veces, arrugó el ceño y, por fin, entendió lo que yo decía.

—Señor, no se trata de un problema tan grave. Además, resulta útil disponer de un lugar donde poder... hacer cosas en secreto. —Por supuesto. Útil para todas y cada una de las partes de la Lord del Radch, pero eso no se lo dije a Tisarwat. Ya debía de saberlo—. Además, señor, a las residentes del Subjardín no les iba tan mal; hasta que llegó la capitana Hetnys.

—¿Que no les iba tan mal, dice? ¿Sin agua, sin que ninguna médico acudiera cuando tenían una urgencia y sin que nadie cuestionara los métodos que la capitana Hetnys empleaba aquí?

Tisarwat, avergonzada y abatida, bajó la vista a los pies. Luego volvió a levantarla.

—Consiguen agua de algún lugar, señor. Cultivan setas. Cocinan ese plato que...

—Teniente.

—Sí, señor.

—¿Qué iba a hacer ella aquí?

—Ayudarla a usted, señor. Principalmente. A menos que usted hiciera algo que impidiera que... volviera a unirse cuando esto acabara. —Yo no le contesté inmediatamente y añadió—: Ella cree que es probable que vuelva a unirse, señor.

—La situación del Subjardín debe arreglarse. Ahora hablaré sobre ello con la administradora de la estación. Utilice sus contactos para conseguirlo, porque seguro que ella la envió aquí con contactos. Después del funeral no podré hacer nada personalmente, pero estaré observándola.

Tisarwat se marchó y Kalr Cinco condujo a la administradora de la estación

Celar al interior del salón. Vestía el uniforme azul claro de Administración y, gracias a su constitución robusta, ese uniforme parecía elegante. Me senté después de que ella lo hiciera. No le ofrecí un té, que habría sido el procedimiento habitual de cortesía, porque al estar de duelo nadie salvo mi personal podía comer o beber en mi presencia.

—La situación del Subjardín es intolerable —declaré sin preámbulos ni paños calientes. Tampoco le agradecí que hubiera acudido al Subjardín, lo que era bastante impertinente—. Estoy francamente sorprendida de que se haya mantenido así durante tanto tiempo. No le estoy pidiendo motivos o justificaciones, pero sí que espero que los arreglos empiecen inmediatamente.

—Capitana de flota —replicó Celar, la administradora de la estación. Aunque el tono de mi voz había sido neutro y calmado mis palabras la habían enfurecido—, solo se puede hacer...

—Entonces haga exactamente eso. Y no me diga que se supone que nadie debería vivir aquí porque está claro que aquí vive gente. Además —ahora entrábamos en terreno delicado—, dudo mucho que nada de esto hubiera podido ocurrir sin cierto grado de connivencia por parte de Estación. Albergo grandes sospechas en el sentido de que Estación le está ocultando cosas. Tiene usted aquí un problema del que usted misma es la causante. —La administradora de la estación frunció el entrecejo sin comprender y se sintió ofendida—. La animo a contemplar la situación desde el punto de vista de Estación. Una parte considerable de ella resultó dañada. Arreglarla por completo no es posible, pero ni siquiera se ha intentado paliar los daños. Usted se limitó a sellar la zona e intentó olvidarse de ella, pero eso Estación no puede hacerlo. —Pensé que Estación probablemente se sentía mejor sabiendo que había personas allí en lugar de que esa zona estuviera vacía y sin vida. Claro que, al mismo tiempo, esas personas le recordaban sin cesar su herida, pero no se me ocurría ninguna forma de explicar por qué o cómo había llegado yo a esa conclusión—. Además, las personas que viven aquí son residentes de Estación y ella fue construida para atenderlas. Sin embargo, usted no las trata muy bien y me imagino que Estación se siente contrariada por ello. Como no puede decírselo directamente, ella... omite cierta información. Hace y dice lo que usted le pide y poco más. Ya he conocido IA insatisfechas y aquí tiene usted una.

No le conté cómo las conocí ni que yo había sido una IA.

—¿Cómo puede una IA sentirse insatisfecha si está cumpliendo el objetivo

para el que fue construida? —me preguntó Celar. Por suerte no dijo nada sobre que no le parecía importante que una IA se sintiera o no satisfecha. A continuación, me demostró que no le habían adjudicado aquel cargo simplemente por su aspecto—: Pero dice usted que estamos impidiendo que Estación cumpla con su objetivo. Esto es, en esencia, lo que usted me ha dicho, ¿no? —Suspiró—. Cuando llegué, mi predecesora me describió el Subjardín como un nido de miseria y delincuencia y me explicó que nadie había descubierto la forma de mantenerlo limpio y hacer de él un lugar seguro. Todo lo que vi parecía indicar que ella tenía razón, y hacía tanto tiempo que era así, que arreglarlo parecía imposible. Todo el mundo estaba de acuerdo. Pero esto no es una excusa válida. El estado del Subjardín es responsabilidad mía.

—Arregle las compuertas de los distintos sectores, y también la instalación de agua y la iluminación —le ordené.

—Y también la ventilación —añadió la administradora de la estación Celar mientras se daba aire brevemente con una de sus manos cubiertas con guantes azules.

Di mi conformidad con un gesto.

—Para empezar, legalice la ocupación de las viviendas y los locales por parte de las residentes.

Lo siguiente y más difícil sería conseguir que las médicos acudieran allí y que las patrullas de Seguridad no causaran más problemas de los que podían resolver.

—Creo que eso no será fácil, capitana de flota.

Probablemente no, pero tenía que hacerse.

—Es posible, pero tenemos que hacer algo. —Percibí que se había dado cuenta de que había utilizado el plural—. Y ahora tengo que hablarle de su hija Piat. —Arrugó el ceño, intrigada—. ¿Ella y la ciudadana Raughd son amantes?

Siguió ceñuda.

—Están unidas desde que eran niñas. Raughd se crio en Suelo y Piat la visitaba a menudo para hacerle compañía porque, en aquella época, en la familia de Raughd no había muchas niñas de su edad. Al menos no en las montañas.

Suelo, donde Estación no podía ver más que los implantes rastreadores.

—A usted Raughd le cae bien —afirmé yo—. Se trata de un buen contacto

y es encantadora, ¿no es así? —La administradora de la estación Celar asintió con un gesto—. Su hija es muy introvertida. No habla mucho y pasa más tiempo en otras casas y con familias que no son la suya. Quizá sienta que se ha distanciado de usted.

—¿Adónde quiere llegar, capitana de flota?

Aunque Estación hubiera visto cómo trataba Raughd a Piat cuando creía que nadie la veía, no se lo habría comunicado a la administradora de la estación directamente. En una estación, la privacidad era, paradójicamente, inexistente y una necesidad apremiante. La estación veía los momentos más íntimos de sus residentes, pero una siempre sabía que no hablaría de ello, que no cotillearía al respecto. Una estación informaría de urgencias y delitos, pero en cuanto a todo lo demás, como mucho insinuaría algo o haría alguna sugerencia esporádica. A pesar del hacinamiento habitual y de la presencia vigilante e ininterrumpida de las estaciones, la vida en ellas podía ser, en ciertos sentidos, muy íntima y privada.

A menudo las insinuaciones bastaban, pero si la estación no era feliz, quizá ni siquiera se molestara en hacerlas.

—Raughd solo es encantadora cuando quiere, cuando todo el mundo la ve —le dije a la administradora de la estación Celar—; pero en privado y con ciertas personas es muy distinta. Voy a pedirle a mi nave que le mande una grabación de algo que sucedió aquí en el Subjardín ayer por la noche.

Celar movió los dedos para pedir la grabación. Parpadeó de tal manera que entendí que estaba viendo la escena de su hija Raughd y las otras jóvenes echadas sobre los cojines y bebiendo. Vi en su cara el momento en que oía a la ciudadana Raughd exclamar: «¡Por las tetas de Aatr, Piat, a veces eres un auténtico coñazo!»; pasó a la sorpresa y la incredulidad; luego, conforme la agresividad de Raughd aumentaba y la teniente Tisarwat, a pesar de estar borracha, intentaba separar a Piat de Raughd, su mirada era de rabia y determinación. La administradora de la estación ordenó, con un gesto, que parara la grabación.

—¿Tengo razón al suponer que la ciudadana Raughd nunca se presentó a las aptitudes? —pregunté antes de que ella pudiera decir nada—. ¿No hizo las pruebas porque era la heredera de la ciudadana Fosyf? —Celar asintió con un gesto—. Seguramente, la examinadora habría detectado que podía ir por ese camino y la habría propuesto para algún tratamiento o para un cargo donde su personalidad fuera una ventaja. A veces, combinados con otros aspectos, esos

rasgos hacen que la persona en cuestión sea adecuada para la carrera militar. La disciplina las ayuda a controlarse y les permite aprender a comportarse. — ¡Que las diosas ayudaran a la tripulación de una persona a la que promovieran a un puesto de autoridad sin haber aprendido a comportarse!—. Esas personas pueden resultar encantadoras y nadie sospecharía nunca cómo son en privado, ni siquiera lo creerían aunque alguien se lo contara.

—Yo no me lo habría creído si no me hubiera mostrado...

Señaló al frente para referirse a la grabación que Nave acababa de reproducir en su visión y sus oídos.

—Por eso se la he mostrado a pesar de lo incorrecto que era hacerlo —alegué yo.

—Nada justo puede ser incorrecto —replicó ella.

—Todavía hay más, administradora Celar. Como le he contado, Estación ha estado reteniendo la información que usted no le ha pedido explícitamente. Al menos en una ocasión la ciudadana Piat acudió al Departamento Médico con moraduras en la cara. Dijo que había estado bebiendo en el Subjardín, que tropezó y se golpeó contra una pared, pero aquellas moraduras no concordaban con su historia, al menos a mí no me lo parecía. Y tampoco al Departamento Médico, pero nadie quiso inmiscuirse en asuntos personales relacionados con usted. Estoy convencida de que pensaron que, si se trataba de un verdadero problema, Estación ya le habría informado. —Nadie más se habría dado cuenta. Un correctivo, unas horas y las moraduras habrían desaparecido—. En el momento de producirse las lesiones, no había nadie cerca de su hija salvo Raughd. He visto situaciones similares. Seguro que Raughd se disculpó y le juró que no volvería a hacerlo. Le sugiero que le pida explícitamente a Estación que le informe acerca de todas las veces que su hija ha acudido al Departamento Médico por irrelevantes que sean. También le preguntaría a Estación en cuántas ocasiones ha utilizado correctivos de primeros auxilios. Yo le pregunté si se habían producido incidentes de este tipo porque he visto situaciones parecidas y estaba casi segura de que era uno de esos casos. Estación respondió a mis preguntas solo porque le pedí a la gobernadora del sistema Giarod que se lo ordenara.

Celar no dijo nada. Parecía que apenas respirara. Quizás estaba viendo la grabación de la visita médica de su hija. O quizá no.

—En fin —continué al cabo de unos instantes—. Sin duda le han informado de lo que ha ocurrido esta mañana, lo que ha desembocado en la

muerte de la traductora presger Dlique.

Parpadeó, sobresaltada por el repentino cambio de tema. Frunció el ceño.

—Capitana de flota, la primera vez que he oído hablar de la existencia de la traductora ha sido esta mañana. Se lo aseguro.

Sacudí la mano dejando a un lado esta cuestión.

—Le hemos preguntado a Estación quién estuvo cerca de la pared el tiempo suficiente y en el período adecuado para pintar esas palabras y nos ha facilitado dos nombres: Sirix Odela y Raughd Denche. Dando por sentado que Raughd Denche nunca haría algo así, Seguridad ha arrestado a la ciudadana Sirix. Pero nadie le preguntó a Estación si alguna de las dos ciudadanas tenía pintura en la ropa y ella no aportó esa información por iniciativa propia. —En aquel momento, yo no estaba conectada con Estación, aunque pensé que era bastante probable que la administradora de la estación Celar sí que lo estuviera—. Como le he dicho antes, no creo que deba usted culpar a Estación de esta omisión.

—Seguro que era una travesura, por diversión —sugirió la administradora de la estación, Celar—. ¡La vehemencia juvenil!

—¿Qué diversión esperaba obtener la vehemencia juvenil de algo así? —pregunté con voz cuidadosamente neutra—. ¿Ver cómo la *Espada de Atagaris* Var arrestaba a ciudadanas inocentes? ¿Ver cómo esas ciudadanas inocentes eran sometidas a interrogatorio o, lo que es peor, condenadas sin ser interrogadas o sin ninguna prueba más sólida que «Raughd nunca haría algo así»? ¿Preocuparlas más a usted, a la gobernadora y a la capitana Hetnys en un momento en el que la situación ya es bastante alarmante? Y, suponiendo que solo se tratara de un entretenimiento inofensivo, entonces ¿por qué nadie ha salido en defensa de la ciudadana Sirix alegando que no se trata de nada grave y que debió de hacerlo por diversión? —Se produjo un silencio y la administradora de la estación movió los dedos. Sin duda estaba hablando con Estación—. Hay pintura en los guantes de la ciudadana Raughd, ¿no es cierto?

—Su asistente personal todavía está intentando limpiarlos —confirmó Celar.

—La cuestión es que... la ciudadana Fosyf es una persona influyente y adinerada. —Esto era todavía más delicado que el problema con Estación—. Usted dispone de autoridad aquí, pero le resulta más fácil conseguir que se haga lo que quiere hacer si tiene el apoyo de personas como Fosyf. Además,

sin duda ella le hace regalos. Regalos valiosos. Por lo tanto, el romance entre su hija y la de ella es conveniente. Cuando enviaba a la ciudadana Piat a Suelo para que le hiciera compañía a Raughd, usted ya pensaba en todo esto. Y quizás ahora se esté preguntando si ya se había dado cuenta de que su hija no era feliz. O cuánto tiempo hace que empezó a percibir signos de que no lo era y quizá se decía a sí misma que, en realidad, no era nada, que todo el mundo tiene que soportar cierta tensión en aras de la familia, por el bien de la familia; que si en algún momento se convertía en algo grave, sin duda Estación diría algo y, sobre todo, a usted. Y es tan fácil seguir como si nada... Es tan fácil no ver lo que está pasando... Y, cuanto más tiempo pasa, más difícil resulta verlo, porque entonces tendría que admitir que había estado ignorándolo hasta ese momento. Pero ahora lo tiene delante de forma clara e inequívoca. Este es el tipo de persona que es Raughd Denche. Esto es lo que le está haciendo a su hija. ¿Los regalos que le hace su madre compensan la infelicidad de Piat? ¿La conveniencia política merece que ella sea desgraciada? ¿Los beneficios que obtenga su familia pesan más que ella? No puede aplazar más su decisión. No puede hacer como si no tuviera que tomar ninguna.

—Es usted una compañía muy incómoda, capitana de flota —observó la administradora de la estación con voz amarga y cortante—. ¿Hace este tipo de cosas dondequiera que va?

—Últimamente eso parece —reconocí yo.

Mientras hablaba, Kalr Cinco entró silenciosamente en la habitación y se quedó de pie y erguida como una auxiliar. Estaba claro que reclamaba mi atención.

—¿Sí, Cinco?

No habría interrumpido la reunión sin una buena razón.

—Con el permiso de la capitana de flota, señor. La asistente personal de la ciudadana Fosyf pregunta si aceptaría su invitación a que usted y la capitana Hetnys pasen las dos semanas posteriores al funeral de la traductora Dlique en su finca en Suelo. —La forma adecuada de transmitir esa invitación era en persona, pero solicitar una respuesta de antemano y a través de una sirvienta prevenía cualquier incomodidad o situación violenta—. La asistente dice que la ciudadana tiene más de una casa en su finca, así que podrá usted pasar el período de luto cómodamente, lo cual resulta muy oportuno.

Miré a Celar, que soltó una breve carcajada.

—Sí, a mí también me pareció extraña esa costumbre cuando llegué, pero aquí en Athoek, si puedes permitirte, no pasas las dos semanas de luto en tu casa. —Después de los primeros días de ayuno, las personas que estaban de luto no trabajaban y pasaban la mayor parte del tiempo en su casa, recibiendo visitas de condolencia de sus clientas y amigas. Yo había supuesto que la capitana Hetnys y yo nos quedaríamos durante ese tiempo en el Subjardín—. Para quien está acostumbrada a que le sirvan —continuó la administradora de la estación— y, en concreto, para quien no va a buscar la comida a los refectorios comunitarios porque en su casa alguien se la prepara, esas dos semanas pueden resultarle muy largas. Para evitarlo, la gente suele instalarse en lugares que, técnicamente, pueden considerarse su casa y las sirvientas del lugar se encargan de la limpieza y de cocinar. Justo al lado de la plaza principal hay un lugar especializado en este servicio, pero en estos momentos está lleno de gente que necesita un alojamiento.

—¿Y esta práctica se considera correcta? —le pregunté sin estar convencida.

—Que no estuviera familiarizada con ella cuando llegué hizo que la gente pensara que mi educación no había sido la que tenía que ser —me explicó Celar con ironía—. Que usted no lo esté les produciría un impacto del que quizá nunca se recuperarían.

No debería haberme sorprendido. Conocía funcionarias de casi todas las provincias del imperio y sabía que, entre otras cuestiones, los detalles de las prácticas funerarias podían diferir de un lugar a otro. Algunas costumbres que eran consideradas obligatorias solo estaban al alcance de las ciudadanas con más recursos, aunque no solía reconocerse. Por otro lado, a menudo los pequeños detalles ni siquiera se mencionaban, porque se daba por descontado que todas las radchaais hacían las cosas de la misma manera y no hacía falta ni comentarlas. Conforme a mi experiencia, esos detalles solían ser poco importantes, como qué tipo de incienso era el adecuado, qué oraciones debían incorporarse o eliminarse de la práctica diaria en cada ocasión o extrañas restricciones alimentarias que se aplicaban según el caso.

Pensé en Cinco. Estaba allí, de pie y aparentemente impasible, pero quería que yo percibiera algo y le impacientaba que todavía no lo hubiera hecho. Desde su punto de vista, su comunicado había estado cargado de indirectas.

—¿Es habitual pagar por esos servicios? —le pregunté a la administradora de la estación Celar.

—Normalmente, sí —reconoció ella con una sonrisa irónica—, pero estoy segura de que la intención de Fosyf es ser generosa.

E interesada. No me sorprendería que Fosyf se hubiera percatado, de una u otra forma, de qué papel había desempeñado su hija en el episodio que había conducido a la muerte de la traductora Dlique. Quizás esperaba que acogerme durante el período de luto sería, si no un soborno, al menos un signo de disculpa por lo que Raughd había hecho. Claro que su invitación también podía serme útil a mí.

—Raughd podría ir con nosotras y quedarse más tiempo en la finca —comenté—. Bastante más tiempo.

—Me encargaré de que así sea —contestó la administradora de la estación con una leve y fría sonrisa, que, si yo hubiera sido Raughd Denche, me habría producido un escalofrío.

12

El cielo de Athoek era cerúleo claro con franjas brillantes aquí y allá que eran las partes visibles de la rejilla de control climático del planeta. Llevábamos varias horas volando sobre una extensa masa de agua azul grisácea y de superficie plana cuando las montañas aparecieron en la distancia. En la parte inferior eran verdes y marrones, y las cimas eran negras, grises y con vetas de hielo.

—Capitana de flota, ciudadanas, llegaremos aproximadamente dentro de una hora —nos informó la piloto.

En la base del ascensor espacial nos habían recogido dos aeronaves. Entre una cosa y otra, incluidas las maniobras que hizo Kalr Cinco, Fosyf y Raughd acabaron instaladas en la otra aeronave junto con la capitana Hetnys y la auxiliar de la *Espada de Atagaris* que la acompañaba. La capitana Hetnys y yo estábamos de luto absoluto. Nos habíamos afeitado la cabeza, aunque el cabello ya empezaba a crecer de nuevo, y salvo por una amplia raya blanca pintada en diagonal en la cara, íbamos sin maquillar. Cuando el período de luto finalizara, colocaría en mi chaqueta, y junto a la de oro puro que llevaba en recuerdo de la teniente Awn, la insignia en memoria de la traductora Dlique. Consistía en un ópalo con una montura de plata y llevaba grabada la inscripción «Traductora Dlique Zeiat Presger» con letras grandes y claras. Esos eran los únicos nombres que conocíamos de la traductora.

A mi lado estaba sentada Sirix Odela, que hasta entonces apenas había pronunciado una palabra; durante dos largos días no había dicho nada que no fuera absolutamente necesario. Yo había solicitado que nos acompañara, lo que había dejado los Jardines faltos de personal y, aunque en teoría podría haberse negado, en realidad no tenía otra elección. Supuse que la rabia que sentía le impedía hablar sin violar los términos de su reeducación, lo que le resultaría sumamente molesto, de modo que no la presioné para que hablara

aunque ya llevaba dos días sin hacerlo.

—Capitana de flota —dijo por fin en voz lo bastante alta para que la oyera por encima del ruido de la aeronave pero no tanto como para que lo hiciera la piloto—, ¿por qué estoy aquí?

Habló con un tono cuidadosamente controlado, lo que sin duda le supuso un gran esfuerzo.

—Está usted aquí para contarme lo que la ciudadana Fosyf no me cuenta —repuse yo con voz neutra y relajada, como si no fuera consciente del sufrimiento y del resentimiento que escondía su pregunta.

—¿Qué le induce a pensar que estoy dispuesta a contarle algo o que puedo hacerlo, capitana de flota? —preguntó con una ligerísima tensión en la voz que rozaba el límite de lo que podía expresar sin sentir incomodidad.

Volví la cabeza para mirarla, pero ella tenía la vista fija al frente, como si mi reacción no le importara en absoluto.

—¿Le gustaría visitar a algún miembro de su familia? —Había nacido en Suelo y algunas de sus familiares habían trabajado en las plantaciones de té—. Me encargaré de que pueda hacerlo.

—Yo no... —Titubeó y tragó saliva. Por lo visto yo había tocado un tema que escocía—. A efectos prácticos, no tengo familia.

—¡Vaya! —No obstante, sí que tenía apellidos, de modo que no carecía de familia—. Seguro que expulsarla a usted debió de ser para ellas una desgracia insoportable, pero ¿no mantiene un discreto contacto con alguna de ellas? Con una madre o una hermana...

En general, las radchaais tenían progenitoras de más de una casa. Las progenitoras o hermanas de otras casas quizá no se tenían por familiares muy próximas y no tenían que prestar, necesariamente, apoyo, pero los vínculos estaban ahí y se podía recurrir a ellos en situaciones críticas.

—Para ser totalmente sincera, capitana de flota, la verdad es que no quiero pasar quince días con la ciudadana Raughd Denche —repuso ella como si contestara a mi pregunta.

—Creo que la ciudadana Raughd no es consciente de lo que ocurre —repliqué yo. Parecía que la ciudadana Raughd no era consciente de la gravedad de lo que había hecho o de que alguien supiera que lo había hecho—. ¿Por qué vive en el Subjardín, ciudadana?

—No me gustaban las dependencias que me asignaron. Tengo la impresión, capitana de flota, de que usted valora la franqueza.

Arqueé una ceja.

—Sería hipócrita si no lo hiciera.

Ella recibió mis palabras con una mueca de amargura.

—Ahora querría que nadie me hablara.

—Por supuesto, ciudadana. Por favor, si necesita algo, no dude en pedírmelo a mí o a cualquiera de mis kalrs.

Kalr Cinco y Kalr Ocho estaban sentadas detrás de nosotras. Me volví de nuevo hacia delante, cerré los ojos y pensé en la teniente Tisarwat, que estaba en los Jardines, en el puente del lago. Los peces agitaban el agua a sus pies; peces verdes y morados, azules y naranjas, dorados y rojos que boqueaban mientras Tisarwat echaba bolas de alimento al agua. Piat, la hija de Celar, estaba a su lado, apoyada en la barandilla, y acababa de decir algo que había sorprendido y consternado a la teniente. En lugar de preguntarle a Nave, esperé a oír la respuesta.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Tisarwat, indignada—. No se puede decir que ser la primera asistente de la jefa de Horticultura sea nada. De no ser por Horticultura, nadie en esta estación podría respirar o comer. ¡No creerás en serio que tu trabajo es inútil y sin importancia!

—¿Qué trabajo? ¿Prepararle el té a la jefa de Horticultura?

—Y gestionar sus citas, y transmitir sus órdenes, y aprender la organización de los Jardines... Me apuesto cualquier cosa a que, si se quedara en casa la semana que viene, nadie lo notaría porque tú harías que todo funcionara con normalidad y sin problemas.

—Eso es porque todo el mundo sabe lo que tiene que hacer.

—¡Incluida tú!

¡Astuta Tisarwat! Le había ordenado que se mantuviera alejada de Basnaaid, lo que implicaba que no visitara los Jardines, pero sabía de sobra que yo aprobaría una relación de amistad con la hija de la administradora de la estación Celar, aunque solo fuera por razones políticas. No podía enfadarme mucho con ella. El horror que le producía la falta de consideración de Piat por su propia valía era obvio y sincero, y no había tardado nada en salir en su defensa. La ciudadana Piat cruzó los brazos, se volvió de espaldas a la barandilla y apartó la mirada de la teniente.

—Si trabajo aquí es solo porque la jefa de Horticultura está enamorada de mi madre.

—No me extraña, porque tu madre es preciosa —afirmó la teniente

Tisarwat. Yo presenciaba la escena a través de los ojos de Tisarwat, de modo que no vi la expresión de Piat. Sin embargo, podía suponerla y, por lo que oí, Tisarwat también—. Y, sinceramente, tú te pareces a ella. Si alguien te ha dicho lo contrario... —Se interrumpió y pensé que, por un momento, ella se preguntaría si aquella era la mejor estrategia—. Cualquiera que te haya dicho que te asignaron un puesto vistoso pero inútil simplemente para contentar a tu madre o que nunca serás tan guapa o competente como ella, en fin..., te ha mentado. —Echó el puñado de bolas de alimento para peces que tenía en la mano al agua y esta se agitó con escamas de brillantes colores—. Probablemente, por celos.

Piat emitió una risa burlona que dejó claro que estaba intentando con todas sus fuerzas no echarse a llorar.

—¿Por qué habría...? —Se interrumpió. Seguramente estaba a punto de decir un nombre que no quería pronunciar, ya que constituiría una acusación—. ¿Por qué habría de tener alguien celos de mí?

—Porque tú pasaste las aptitudes. —Yo no le había contado a Tisarwat que sospechaba que Raughd no las había pasado, pero era evidente que no había sido la Lord del Radch durante unos días para nada—. Y las pruebas indicaron que deberías ocupar un puesto de importancia. Además, cualquiera con un par de ojos en la cara puede ver que serás tan guapa como tu madre. —La teniente se arrepintió enseguida de haber utilizado el tiempo verbal de futuro. Además, no era el tipo de cosa que diría una joven de diecisiete años—. Y sacarás lo mejor de ti misma cuando dejes de escuchar a las personas que quieren hundirte.

Piat se volvió hacia Tisarwat. Todavía tenía los brazos cruzados y las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—A la gente le asignan continuamente puestos de relevancia por razones políticas.

—¡Sí, claro! —exclamó Tisarwat—. Probablemente a tu madre le asignaron su primer puesto por razones políticas. Y entre ellas seguro que figuraba el hecho de que estaba capacitada para realizar el trabajo.

Aunque, como bien sabía Tisarwat, no siempre era así. Además su comentario se correspondía peligrosamente con el de alguien mucho mayor de lo que ella era en apariencia, pero Piat no pareció darse cuenta y adoptó una actitud defensiva y desesperada.

—Te he visto merodear por aquí durante los últimos días. Solo vienes

porque estás enamorada de la horticultora Basnaaid.

Había dado en el clavo, pero la teniente Tisarwat mantuvo la compostura aparentemente.

—Si no fuera por ti, no estaría aquí. La capitana de flota me indicó que era demasiado joven para Basnaaid y que debía mantenerme alejada de ella. Fue una orden y no debería venir a los Jardines, pero tú estás aquí y por eso he venido, así que, ¿por qué no vamos a otro lugar a tomar algo?

Piat se quedó callada un instante. Por lo visto, Tisarwat la había sorprendido.

—Siempre que no sea al Subjardín —consintió finalmente.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! —exclamó Tisarwat. Se sentía aliviada. Sabía que había ganado aquella ronda, lo que constituía una victoria secundaria, pero victoria al fin y al cabo—. Todavía no han empezado a arreglarlo, así que busquemos un lugar donde no tengamos que mear en un cubo.

En aquel momento, la *Espada de Atagaris* ya se había alejado del Portal Fantasma y se había acercado a la estación Athoek. Desde entonces apenas había hablado con la *Misericordia de Kalr*, lo que no era extraño, porque, en general, las naves no eran muy propensas a la cháchara insustancial y, además, todas las *Espadas* se consideraban mejores que las demás naves.

En la *Misericordia de Kalr* la teniente Ekalu acababa de terminar su guardia y Seivarden se reunió con ella en el comedor de los soldados.

—Tu homóloga de la *Espada de Atagaris* ha preguntado por ti —la informó Ekalu, que se sentó a la mesa, donde una etrepa le había servido la comida.

Seivarden se sentó a su lado.

—Sí, claro. —Ella ya lo sabía, por supuesto—. ¿Se ha alegrado de que haya una conocida suya a bordo?

—No creo que me haya reconocido —repuso Ekalu. Titubeó durante un instante, pero al ver que Seivarden, que ya había cenado, la animaba con un gesto, tomó un bocado de skel, lo masticó y se lo tragó—. Al menos no ha reconocido mi nombre. Yo siempre fui, para ella, Amaat Una, y no hemos establecido contacto visual. Yo estaba de guardia.

El hecho de que la teniente amaata de *Espada de Atagaris* no la hubiera

reconocido había despertado en Ekalu unos sentimientos complicados y no del todo agradables.

—¡Vaya, ojalá lo hubieras hecho! Me habría encantado ver la cara que ponía.

Me di cuenta de que a Ekalu también le hubiera gustado ver la turbación que experimentaba la teniente de la *Espada de Atagaris* al encontrarse frente a frente con una oficial del mismo origen que ella. Sin embargo, la diversión que le producía a Seivarden esa misma perspectiva molestaba y consternaba a Ekalu. Me recordó, dolorosamente, algunas de las interacciones que, algo más de veinte años atrás, se produjeron entre la teniente Awn y Skaaiat Awer. Nave me sugirió a través del oído mientras yo seguía acomodada en el asiento de la aeronave:

—Hablaré al respecto con la teniente Seivarden.

Pero yo no estaba segura de qué podía decirle Nave que ella entendiera. En el comedor de las soldados de la *Misericordia de Kalr*, Ekalu dijo:

—Se pondrá en contacto contigo cuando empieces la próxima guardia. Ahora que la *Espada de Atagaris* estará cerca, está decidida a invitarte a tomar un té.

—No podéis prescindir de mí —declaró Seivarden con fingida seriedad—. Ahora mismo solo hay tres oficiales a bordo que podamos estar de guardia.

—¡Uy, ya te avisará Nave si ocurre algo importante! —exclamó Ekalu con sarcasmo y desdén.

En el puente de mando, Médico dijo:

—Tenientes, les informo de que parece haber surgido algo del Portal Fantasma.

—¿De qué se trata? —preguntó Seivarden, levantándose de la mesa.

Ekalu siguió comiendo, pero pidió una imagen de lo que Médico estaba viendo.

—Es demasiado pequeño para verlo bien hasta que esté más cerca —me comunicó Nave mientras volaba sobre la masa de agua athoeki—. Creo que se trata de una lanzadera o de un tipo de nave muy pequeña.

—Le hemos pedido a la *Espada de Atagaris* que nos informe sobre ello —informó Médico desde el puente de mando.

—¿Quiere decir que no han amenazado con destruirlo si no se identifica? —preguntó Seivarden, quien ahora estaba a medio camino del puente de mando.

—No es nada de lo que debemos preocuparnos —anunció la teniente que estaba de guardia en la *Espada de Atagaris* con un tono que sonó muy aburrido—. Solo son residuos. El Portal Fantasma no se limpia como los demás. Alguna nave debió de estallar en él hace mucho tiempo.

—Le pido disculpas —replicó Médico secamente justo cuando Seivarden entraba en el puente de mando—, pero teníamos entendido que no había nadie en el otro extremo de ese portal y que nunca lo había habido.

—¡Ah!, a veces alguien viaja hasta allí porque ha hecho una apuesta o por diversión. Pero esta nave no ha viajado allí recientemente. Como pueden ver es muy vieja. La recogeremos; es lo bastante grande para suponer un peligro.

—¿Por qué no la desintegran sin más? —preguntó Seivarden.

Nave debió de transmitir sus palabras a la *Espada de Atagaris*, porque su teniente contestó:

—Bueno, ya sabe, hemos detectado casos de contrabando en el sistema, así que siempre comprobamos ese tipo de naves.

—¿Y qué pueden estar sacando de contrabando de un sistema deshabitado? —preguntó Médico.

—Bueno, no creo que saquen nada por el Portal Fantasma, pero, en general... Ya sabe, lo habitual: medicamentos ilegales, antigüedades robadas... —respondió con despreocupación la teniente.

—¡Por las tetas de Aatr! —blasfemó Seivarden—. Hablando de antigüedades...

Nave había solicitado a la *Espada de Atagaris* una imagen más cercana de la nave en cuestión y, al recibirla, se la enseñó a Médico y Seivarden a la vez. Se trataba de una nave en forma de concha curva, chamuscada y con estrías.

—Un auténtico trasto, ¿no? —comentó la teniente de la *Espada de Atagaris*.

—¡Estúpida ignorante! —exclamó Seivarden cuando la *Espada de Atagaris* ya había cortado la comunicación—. ¿Qué les enseñan hoy en día en las escuelas de oficiales?

Médico se volvió hacia ella.

—¿Me he perdido algo, teniente?

—Eso es un módulo de provisiones de una lanzadera militar notai —explicó Seivarden—. ¿En serio no lo reconoce?

Las radchaais a menudo pensaban que el Radch albergaba un solo tipo de personas que hablaban un único idioma, el radchaa, pero el interior de una

esfera Dyson es vasto y, aunque hubiera empezado siendo de esa forma, lo cual no era cierto, con el tiempo habría cambiado. Muchas de las naves y las capitanas que se habían opuesto a la expansión de Anaander eran notais.

—No —admitió Médico—, no lo reconozco. A mí no me parece muy notai. Y tampoco parece un módulo de provisiones, aunque sí que parece antiguo.

—Mi casa de origen es notai. Lo era. —La casa de Seivarden fue absorbida por otra mientras ella estuvo en suspensión durante mil años—. Pero nosotras éramos leales. Teníamos una lanzadera antigua, de la época de las guerras, atracada en Inais y solía ir gente de todas partes a verla. —Aquel recuerdo debió de resultarle inesperadamente vívido y tragó saliva para que la repentina sensación de pérdida no resultara audible mientras seguía hablando—. ¿Cómo ha podido disgregarse una nave notai en el Portal Fantasma? Ninguna de aquellas batallas tuvo lugar cerca de aquí.

Nave mostró en su campo de visión y en el de Médico imágenes del tipo de lanzadera de la que Seivarden hablaba.

—Sí, era como esta —afirmó Seivarden—. Muéstranos el módulo de provisiones.

Nave obedeció.

—Tiene una inscripción —observó Médico.

—¿La ve? —Seivarden arrugó la frente mientras intentaba leer las palabras—. ¿Puede leerla?

—«Esencia Divina de Percepción» —leyó Nave—. Es una de las últimas en ser derrotadas en las guerras. Ahora es una pieza de museo.

—No parece particularmente notai salvo por la inscripción —señaló Médico.

—Pero la inscripción de este otro módulo está del todo chamuscada —comentó Seivarden mientras, con un gesto, solicitaba ver la imagen del módulo que había surgido del Portal Fantasma—. Nave, ¿de verdad no lo reconociste?

—No inmediatamente —contestó Nave a Médico y Seivarden—. Mi antigüedad es algo menor de mil años y nunca había visto una nave notai en persona, pero si la teniente Seivarden no lo hubiera identificado, yo lo habría hecho en cuestión de minutos.

—¿Lo habrías hecho aunque hubiéramos creído a la *Espada de Atagaris*? —preguntó Médico. Entonces se le ocurrió otra idea—: ¿Es posible que la *Espada de Atagaris* no la haya reconocido?

—Probablemente, no —repuso Seivarden—, si no, se lo habría comunicado a su teniente.

—A menos que ambas nos hayan mentido —intervino Ekalu, que había estado escuchándolo todo desde el comedor de los soldados—. Curiosamente, están modificando su rumbo para recoger un residuo cuando podrían marcarlo y dejar que otra nave más adecuada se encargara de él.

—Lo que significa que suponen que la *Misericordia de Kalr* no la ha reconocido, lo que me parece una suposición muy arriesgada —observó Seivarden.

—No sé qué opina la *Espada de Atagaris* de mi inteligencia —comentó Nave.

Seivarden soltó una breve carcajada.

—Médico, pídale a la *Espada de Atagaris* que nos informe de lo que encuentren después de examinar ese... residuo.

Más tarde, la *Espada de Atagaris* nos comunicó que no había encontrado nada de interés y que, en consecuencia, había destruido el módulo.

La casa de la ciudadana Fosyf era el mayor de tres edificios; una construcción alargada, de dos plantas y con balcones de piedra pulida moteada de gris y negro, con vetas azules y verdes cuyo brillo fluctuaba con la luz. Estaba situada junto a un extenso lago de aguas transparentes y orillas pedregosas, y un muelle de madera desgastada con una pequeña y elegante barca amarrada y con las blancas velas plegadas. El lago estaba bordeado de árboles y musgo, y rodeado de altas montañas. La plantación de té estaba al otro lado de la cima de una montaña. Yo la había visto desde la aeronave. Estaba formada por ondulantes franjas verdes de aspecto aterciopelado que se extendían horizontalmente por las laderas de las montañas y, en algunos casos, rodeaban unos afloramientos de rocas negras. La temperatura del aire era de veinte coma ocho grados centígrados y soplaba una brisa ligera y agradable que olía a hojas y agua fría.

—¡Ya estamos aquí, capitana de flota! —exclamó la ciudadana Fosyf cuando bajó de la aeronave—. Paz y tranquilidad. En otras circunstancias le sugeriría que pescara en el lago, que diera un paseo en barca o que escalara, si es eso lo que le gusta, pero aquí solo con quedarse en casa ya se sentirá bien. Detrás del edificio principal, justo al otro lado de donde usted se

alojará, hay una casa de baños en un edificio independiente. Tiene una gran bañera de agua caliente con cabida para, al menos, doce personas. Se trata de una práctica xhai. Algo salvajemente lujoso.

Raughd se había puesto al lado de su madre.

—¡Bebidas en la casa de baños! ¡No hay nada comparable a eso después de una larga noche! —exclamó, esbozando una sonrisa pícara.

—Raughd consigue disfrutar de largas noches incluso aquí —observó Fosyf, complacida, mientras la capitana Hetnys y su auxiliar de la *Espada de Atagaris* se acercaban—. ¡Ay, quién pudiera volver a ser joven! Pero vamos, le mostraré su alojamiento.

Vimos que las vetas azules y verdes del edificio de piedra destellaban y se apagaban conforme cambiábamos de ángulo respecto a ellas. A lo largo de la pared posterior de la casa y a la sombra de dos árboles grandes, había una franja amplia de losas grises cubiertas casi del todo de musgo y, a su izquierda, se veía la pared curva de un edificio rectangular de una sola planta. La pared larga más cercana era de madera, mientras que la corta más cercana y, se suponía, la larga del otro lado eran de cristal.

—La casa de baños —nos indicó Fosyf con un gesto.

Más allá de las losas musgosas y frente a una carretera que comunicaba la casa del lago con el otro lado de la montaña había otra casa de piedra negra con vetas azules y verdes. También tenía dos plantas, pero era más pequeña que la principal y no tenía balcones. A lo largo de toda la fachada se extendía un porche cubierto por un tejadillo de frondosas parras. Allí nos esperaba un grupo de personas. La mayoría de ellas iban vestidas con camisa y pantalón, o falda que parecía haber sido concienzudamente confeccionada con pedazos de pantalón viejo. Las telas, que en su día debieron de ser de brillantes colores azules, verdes y rojos, estaban desgastadas y descoloridas. Ninguna de aquellas personas llevaba guantes.

Junto a ellas había otra persona vestida con la ropa normal y convencional: chaqueta, pantalón, guantes y unas cuantas joyas. Por sus facciones deduje que se trataba de una capataz samirenda. Nos detuvimos a unos tres metros del grupo, en la sombra que proporcionaba el amplio porche, y Fosyf dijo:

—Como sabía que quería oírlas cantar, aquí están, capitana de flota. Solo por usted.

La capataz se volvió de espaldas a nosotras y se dirigió a aquellas personas en radchaaí y con voz clara y alta:

—Vamos, cantad.

Una de las personas de más edad del grupo se inclinó hacia la persona que tenía al lado y le susurró en delsig:

—Te dije que no era la canción adecuada.

Algunas hacían gestos y murmuraban bajo la atenta y algo inquieta mirada de la capataz, que, aparentemente, no comprendía la causa del retraso. Entonces se produjo un suspiro colectivo y empezaron a cantar:

«¡Oh, tú!, que vives protegida por Dios; que vives todas tus vidas a su sombra.»

La conocía; conocía todos sus versos y todas sus estrofas. La mayoría de las valskaayanas de habla delsig la cantaban en los funerales. Era un gesto con intención de consolar. Aunque no supieran la razón de que estuviéramos allí, sin duda habían visto que tanto la capitana Hetnys como yo llevábamos la cabeza rapada y una raya blanca de duelo pintada en diagonal en la cara. Aquellas personas no nos conocían y probablemente no sabían quién había muerto. Nosotras representábamos las fuerzas que las habían conquistado, las habían arrancado de sus hogares y las habían llevado a trabajar a aquel planeta. No tenían ninguna razón para preocuparse por nuestros sentimientos. No tenían por qué pensar que alguna de nosotras sabía el suficiente delsig para entender la letra de la canción. Y, aunque lo hiciéramos, no tenían por qué esperar que comprendiéramos la importancia de la canción. Las canciones como aquella estaban cargadas de significado simbólico e histórico y conllevaban un gran peso emocional, pero solo para alguien que, para empezar, fuera consciente de ese significado.

En cualquier caso, la cantaron. Y cuando acabaron, la persona de más edad hizo una reverencia y dijo en un radchaai perfectamente comprensible, aunque con marcado acento:

—Ciudadanas, rezaremos por la persona que habéis perdido.

—Ciudadanas —contesté también en radchaai, porque no estaba segura de querer que nadie supiera que hablaba delsig, al menos de momento—, estamos muy conmovidas y les agradecemos la canción y sus oraciones.

—La capitana de flota os da las gracias. Ahora marchaos —ordenó la capataz despacio y con voz potente.

—¡Espere! —Me volví hacia Fosyf—. ¿Quiere hacerme el favor de darles a estas personas algo de comer y beber antes de que se vayan? —Fosyf parpadeó perpleja y la capataz me miró fijamente y con franca incredulidad

—. Tengo ese capricho. Si, de algún modo, le parece inconveniente, estaré encantada de pagárselo. Lo que tenga más a mano. Té y unos pasteles, quizá.

Supuse que tendrían esas cosas en la cocina de un lugar como aquel. Fosyf se recuperó de la sorpresa.

—Por supuesto, capitana de flota.

Le hice un gesto a la capataz, que seguía impactada por mi petición, y ella se alejó con las trabajadoras de la plantación.

La planta baja del edificio en el que nos alojaríamos estaba formada por una sala amplia y diáfana, que era en parte salón y, en parte, comedor. La zona del salón contenía grandes y mullidos sillones, y mesitas auxiliares con juegos de mesa y fichas de colores brillantes. Comimos sopa de tofu y huevos al otro lado de la habitación, en una mesa larga con sillas artísticamente disparejas y situada junto a un aparador lleno de fruta y pasteles. La luz que entraba por las pequeñas ventanas que bordeaban el techo se había vuelto mortecina por la caída del sol y la aparición de unas nubes. La planta superior estaba formada por habitaciones comunicadas por estrechos pasillos y cada dormitorio contaba con un salón anejo; ambos decorados con colores cuidadosamente coordinados. Los míos eran de apagados tonos naranja y azul y la cama estaba meticulosamente hecha, con mantas suaves y gruesas. Supuse que todo estaba pensado para que se viera usado y descolorido y resultara confortable. A primera vista, se podía pensar que se trataba de una casita de campo informal, pero, en realidad, todo había sido elegido y dispuesto intencionadamente.

—Antes, la casa se utilizaba como centro administrativo y almacén —comentó la ciudadana Fosyf desde la cabecera de la mesa—, y la casa principal era la casa de huéspedes. Ya sabe, antes de la anexión.

—Todos los dormitorios de la casa principal tienen balcón —añadió Raughd. Se las había arreglado para sentarse a mi lado y se inclinaba hacia mí con la cabeza ladeada y una sonrisa de complicidad—, lo que resulta muy oportuno si has quedado con alguien.

Me di cuenta de que intentaba flirtear conmigo, lo que, en el mejor de los casos y teniendo en cuenta que yo estaba de luto, resultaba sumamente impropio.

—¡Ja, ja! —se rio la ciudadana Fosyf—. Raughd siempre ha encontrado las

escaleras exteriores de gran utilidad. ¡Y yo también, cuando tenía su edad!

La ciudad más cercana estaba a una hora de viaje en aeronave y allí no había nadie con quien quedar salvo las habitantes de la casa, como las primas y las clientas. Las personas que vivían en una misma casa no siempre tenían una relación de consanguinidad, lo que haría inadmisibles las relaciones sexuales entre ellas. Seguramente, Raughd tenía ese tipo de relación con algunas de las personas que vivían allí y no tenía que amenazar a las sirvientas.

La capitana Hetnys estaba sentada delante de mí y la *Espada de Atagaris* esperaba en posición de firmes a pocos metros detrás de ella por si la capitana requería de sus servicios. Al ser una auxiliar, no estaba obligada a guardar luto. Kalr Cinco estaba de pie detrás de mí y, por lo visto, había convencido a todas las presentes de que ella también era auxiliar. La ciudadana Sirix, por su parte, estaba sentada y en silencio a mi lado.

Las sirvientas de la casa eran en su mayoría samirendas, pero también había unas cuantas xhais y yo había visto a varias valskaayanas trabajando en los jardines. Noté un leve y casi imperceptible titubeo en las que nos acompañaron a nuestras habitaciones y sospechaba que, si no hubieran recibido instrucciones en sentido contrario, habrían conducido a Sirix a las dependencias del servicio. A pesar de que habían transcurrido veinte años desde la última vez que estuvo en Suelo y no era de aquella zona, sino de otra situada a cien kilómetros o más de allí, era posible que alguien la hubiera reconocido.

—Las tutoras de Raughd siempre encontraron aburrido este lugar —dijo Fosyf.

—¡Las aburridas eran ellas! —exclamó Raughd, y declamó con una voz nasal y cantarina—: «Ciudadana, dínos con versos trisílabos y oxítonos en qué sentido Dios es como una pata.» —La capitana Hetnys se rio—. Yo siempre intentaba hacerles la vida más divertida —continuó Raughd—, pero ellas nunca lo valoraron.

La ciudadana Fosyf también se rio, pero yo, no. Les había oído hablar de aquel tipo de diversiones a mis tenientes y conocía la tendencia de Raughd hacia la crueldad.

—¿Puede explicarnos en verso en qué se parece Dios a una pata? —le pregunté.

—Yo no creo que Dios se parezca en nada a una pata —afirmó la capitana

Hetnys, envalentonada por mi aparente tranquilidad de los últimos días—. ¡En serio! ¿Una pata?

—Pues es indudable que Dios es una pata —la amonesté yo.

Dios era el universo y el universo era Dios. Fosyf le restó importancia a mi aseveración sacudiendo la mano.

—Sí, claro, capitana de flota, pero se puede afirmar lo mismo sin toda esa parafernalia poética y declamatoria.

—Además, ¿a qué viene elegir algo tan ridículo como una pata? —añadió la capitana Hetnys—. ¿Por qué no preguntar en qué se parece Dios a... los rubíes, las estrellas o... —señaló vagamente alrededor— incluso al té? Sería mucho más correcto compararla con algo valioso, algo vasto.

—Su propuesta merece ser considerada atentamente —repuse yo—. Ciudadana Fosyf, tengo entendido que aquí el té se recolecta y se procesa manualmente.

—¡Así es! —exclamó Fosyf radiante. Estaba claro que ese era uno de los factores en los que se basaba su orgullo—. Las hojas se recolectan a mano. Puede usted verlo cuando quiera. Y la planta de elaboración está cerca y resulta cómodo visitarla. Quizá lo considere una actividad correcta. —Se interrumpió y parpadeó. Por lo visto alguien que estaba cerca le había enviado un mensaje—. Mañana se hará la recolección en la zona que está justo al otro lado de la montaña y el proceso de elaboración del té se alargará durante todo el día y la noche. Hay que dejar que las hojas se marchiten y removerlas hasta que alcanzan el grado de maduración adecuado, y después tienen que fermentar y se enrollan en el momento preciso. A continuación se clasifican y se someten al secado final. Todos estos procesos pueden realizarse con máquinas, claro. De hecho, algunas cultivadoras lo hacen y obtienen un té perfectamente aceptable. —Percibí un levísimo deje de desdén y repulsa cuando pronunció las palabras «perfectamente aceptable»—. Es el tipo de té de buena calidad que se puede encontrar en las tiendas, pero el de recolección manual no se encuentra.

El té de Fosyf, el Hija de Peces, solo podía conseguirse si alguien te lo regalaba o comprándoselo directamente a ella para regalárselo a otra persona. En el Radch se utilizaba el dinero, pero muchas compras no se realizaban con dinero, sino en forma de trueque. La ciudadana Fosyf no cobraba mucho, si es que cobraba algo, por su té; al menos en teoría. El objetivo de todos aquellos campos verdes que habíamos sobrevolado, de todo aquel té y del

elaborado proceso de producción no era maximizar el rendimiento, no. El objetivo del Hija de Peces era el prestigio.

Eso explicaba que, aunque había plantaciones más extensas en Athoek cuyo rendimiento, a primera vista, parecía mucho más elevado, la única cultivadora que se había atrevido a dirigirse a mí tan abiertamente era justo la que no vendía el té que producía.

—Supongo que se necesita una sensibilidad especial para la recolección y la producción manual —dije—. Sus trabajadoras deben de ser tremendamente hábiles.

A mi lado, la ciudadana Sirix tosió casi imperceptiblemente porque la última cucharada de sopa se le había atragantado.

—¡Lo son, capitana de flota, lo son! Por eso nunca las trataría mal. ¡Las necesito demasiado! De hecho, ellas también viven en una antigua casa de huéspedes. Está a pocos kilómetros de aquí, al otro lado de la montaña.

La lluvia golpeó los cristales de las pequeñas ventanas. La estación Athoek me había contado que en Suelo solo llovía de noche y que siempre paraba a tiempo para que las hojas se secaran antes de la recolección matutina.

—¡Qué detalle por su parte! —repliqué con voz monótona.

Me levanté al amanecer, cuando el cielo era de color azul claro y rosa perlado, y el lago y el valle seguían en sombras. El aire era fresco, pero no frío. Hacía más de un año que no disponía del espacio suficiente para salir a correr, lo que hacía con asiduidad cuando vivía en la Tétrada Itran, donde el deporte era una cuestión de devoción religiosa y los ejercicios previos a los juegos de pelota consistían en una oración y una meditación. Me sentó bien volver a correr, aunque en Athoek nadie practicaba aquel deporte y, probablemente, ni siquiera sabían que existía. Tomé el camino que conducía a la montaña y corrí sin prisa, pendiente de la cadera derecha, porque me había hecho daño un año atrás y no se había curado del todo bien.

Al pasar al otro lado de la montaña oí que alguien cantaba. Era una voz fuerte y el tono que empleaba tenía como objetivo retumbar en las moles de roca y llegar al otro extremo del campo, donde había unas trabajadoras con un cesto al hombro recolectando hojas de unos arbustos que les llegaban a la cintura. Al menos la mitad eran niñas. La canción, en delsig, era el lamento de la protagonista porque la persona a la que amaba estaba entregada a otra.

El tema era típicamente valskaayano y no se daría en una relación típica entre radchaais. La había oído antes y despertó en mí un vivo recuerdo de Valskaay y del olor a piedra caliza mojada del distrito plagado de cuevas en el que estuve antes de abandonar aquel planeta.

Por lo visto, la cantante estaba de vigía, porque conforme me acercaba, cambió la letra de la canción, aunque siguió cantando en delsig, una lengua que apenas resultaba comprensible para las capataces.

*Aquí llega la soldado,
tan ávida, tan hambrienta de canciones.
Tantas ha tragado que rezuman;
rebotan de las comisuras de su boca
y salen volando. Ansiosas de libertad.*

Me alegré de que mi expresión facial fuera totalmente voluntaria, porque la cantante improvisó la letra con tanta habilidad y encajando tan bien las palabras en la melodía que, de no ser así, no habría podido evitar sonreír y revelar que la comprendía. Pero fingí no entenderla y seguí corriendo, aunque sin dejar de observar a las trabajadoras. Todas parecían ser valskaayanas. La sátira de la cantante acerca de mí estaba dirigida a ellas, ya que el delsig era un idioma valskaayano. En la estación Athoek me explicaron que todas las trabajadoras agrícolas de la plantación de Fosyf eran valskaayanas y me pareció extraño; que algunas lo fueran era normal, pero no todas y, al corroborarlo en persona, volví a sorprenderme.

Si a un planeta como aquel llegara una nave llena de valskaayanas, serían repartidas entre docenas de plantaciones o enviadas a otros lugares donde se necesitara mano de obra. O se mantendrían en animación suspendida y serían reanimadas poco a poco a lo largo de decenios. En tal caso, en aquella plantación habría alrededor de media docena de valskaayanas, pero allí debía de haber seis veces más. Yo esperaba ver una mezcla de samirendas, xhais, ychanas e incluso a miembros de otras razas, porque, sin duda, antes de la anexión, en Athoek vivían otros grupos étnicos aparte de las xhais y las ychanas.

También me pareció extraño que hubiera una separación tan marcada entre las sirvientas que trabajaban al aire libre, que por lo que había visto aquella mañana y el día anterior eran todas valskaayanas, y las que trabajaban puertas

adentro, que en su mayoría eran samirendas y alguna que otra xhai. El sistema valskaayano había sido anexionado cien años atrás y, a aquellas alturas, al menos algunas de las primeras deportadas o sus hijas deberían haber sido evaluadas y habrían accedido a puestos más elevados.

Seguí corriendo hasta la vivienda de las trabajadoras, que era un edificio de ladrillos marrones sin cristales en las ventanas, aunque algunas estaban tapadas con mantas. Era evidente que nunca había sido tan grande ni lujosa como la casa en la que vivía Fosyf, pero tenía una preciosa vista sobre el valle, que estaba cubierto con las plantas de té, y un camino la comunicaba directamente con el extenso y vítreo lago. El pisoteado terreno que la rodeaba debió de ser, en su tiempo, un jardín o un cuidado prado. Sentí curiosidad por ver cómo era el interior, pero en lugar de entrar sin ser invitada y que mi visita resultara, seguramente, poco grata, me volví para regresar.

—Capitana de flota —me dijo la *Misericordia de Kalr* en el oído—, la teniente Seivarden me pide que le recuerde que tenga cuidado con la pierna.

—Nave —le repliqué en silencio—, mi pierna me lo recuerda ella misma.

La *Misericordia de Kalr* ya lo sabía, pero la conversación con Seivarden, que había dado lugar a su mensaje, había ocurrido dos días antes.

—Su respuesta preocupará a la teniente —repuso Nave—. Y usted parece ignorar el estado de su pierna.

¿Fue desaprobación lo que detecté en su aparentemente serena voz?

—Descansaré durante el resto del día —le prometí—. Además, ya casi estoy de regreso.

Cuando volví a cruzar la cima de la montaña, la luz del cielo y del valle eran más claras y el aire más cálido. Cuando llegué a la casa, me encontré a la ciudadana Sirix sentada en un banco en el porche con una humeante taza de té en la mano. Iba sin chaqueta, con la camisa por fuera del pantalón y sin joyas, lo que se correspondía con la vestimenta de luto. De todos modos, ella no tenía por qué guardarlo por la traductora Dlique y, por lo tanto, no se había rapado la cabeza ni se había pintado una raya blanca en la cara.

—Buenos días —la saludé cuando llegué al porche—. ¿Querría acompañarme a la casa de baños y explicarme algunas cosas, ciudadana?

Ella titubeó.

—De acuerdo —accedió finalmente y con cautela, como si yo le hubiera pedido algo arriesgado o peligroso.

Desde el interior, el ventanal largo y curvo de la casa de baños enmarcaba unos acantilados negros y grises y unas cumbres cubiertas de hielo, y en uno de sus extremos se veía la esquina de la casa en la que nos alojábamos. Las invitadas de Fosyf debían de apreciar aquel lugar por sus vistas. A pocas radchaais se les habría ocurrido nunca convertir una pared entera de un baño en un ventanal.

El resto de las paredes eran de madera clara, pulida y elaboradamente tallada. En el suelo de piedra había una piscina redonda de agua caliente y el interior estaba bordeado por un banco donde podías sentarte y sudar. Al lado había otra piscina, pero de agua fría.

—Después del agua caliente, la fría tonifica y cierra los poros —me explicó Sirix sentada frente a mí en la piscina de agua caliente.

El calor le sentó bien a mi dolorida cadera. Salir a correr quizá no había sido tan buena idea.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es muy purificador. —Me pareció raro que utilizara esa palabra. Debía de tratarse de la traducción al radchaai de otra xhi o liost más complicada—. Disfruta usted de una vida muy placentera —continuó Sirix. Yo, intrigada, arqueé una ceja—. Un té nada más levantarse; le lavan y le planchan la ropa mientras duerme... ¿Se viste sola siquiera?

—Normalmente, sí. Sin embargo, si tengo que ir muy formal me va bien contar con la ayuda de alguna experta. —En realidad, yo nunca lo había necesitado, pero sí que había proporcionado ese tipo de ayuda a otras personas en varias ocasiones—. ¿Sus antepasadas, las primeras samirendas deportadas fueron destinadas todas, o casi todas, a las montañas a recolectar té?

—Muchas de ellas, sí, capitana de flota.

—La anexión tuvo lugar hace mucho tiempo y supongo que, a medida que se volvían civilizadas —permití que se reflejara en mi voz un leve deje irónico— se presentaban a las pruebas para acceder a otros puestos. Eso tiene sentido para mí. Lo que no lo tiene es que no haya ninguna samirenda trabajando en los campos, que todas sean valskaayanas o que las valskaayanas solo trabajen en los campos o, como mucho, en los jardines. La anexión de Valskaay ocurrió hace cien años. ¿Ninguna valskaayana ha llegado a capataz en todo este tiempo?

—Nadie recolectaría té si pudiera evitarlo, capitana de flota —dijo Sirix sin alterarse—. La paga de las trabajadoras agrícolas está supeditada a alcanzar un peso mínimo de hojas recolectadas, pero ese mínimo es enorme. Se necesitarían tres personas realmente rápidas trabajando de sol a sol para alcanzarlo.

—O una trabajadora y varias niñas —supuse yo, porque cuando pasé por los campos al amanecer vi niñas trabajando en ellos.

Sirix asintió con un gesto.

—Por lo tanto —añadió—, ninguna de las trabajadoras consigue el salario que debería cobrar. Además está la comida. Sazonan la comida, que usted probó en Órbita, con ramitas y el poso sobrante de la elaboración del té. ¡Fosyf se lo cobra! ¡Y a un precio elevado, porque no se trata de un poso cualquiera, sino del poso de Hija de Peces! —Se interrumpió un instante y respiró varias veces. Estaba peligrosamente cerca de decir algo muy enfadada—. Solo les dan dos tazones de papilla de cereales al día. Es muy poco, pero si quieren comer algo más, tienen que comprarlo.

—A un precio elevado —supuse yo.

—Exacto. Tienen a su disposición varias parcelas de terreno por si quieren cultivar hortalizas, pero no tienen semillas ni herramientas y tienen que cultivarlos en su tiempo libre. Las valskaayanas no pertenecen a ninguna casa, así que no cuentan con una familia que les proporcione las cosas que necesitan y tienen que comprarlas. Tampoco tienen permiso para viajar, así que no pueden ir muy lejos a realizar las compras; y no pueden encargarse a otras proveedoras porque no tienen dinero y, como siempre están endeudadas, no les conceden créditos, así que lo que necesitan tienen que comprárselo a Fosyf: ordenadores de mano, acceso a los entretenimientos, comida de más calidad..., lo que sea y al precio que ella establezca.

—¿Las trabajadoras samirendas pudieron superar esos obstáculos?

—Algunas de las sirvientas de la casa sin duda todavía están pagando la deuda de sus abuelas, bisabuelas o tías. La única forma de salir adelante era organizarse en casas y trabajar muy muy duro. Pero las valskaayanas..., supongo que no son muy ambiciosas y, además, no parecen comprender las ventajas de organizarse en casas.

Las familias valskaayanas no se organizaban como las radchaais, pero yo sabía que eran perfectamente capaces de percibir las ventajas de organizarse en algo que se pareciera mínimamente a las casas radchaais y que otros

grupos familiares valskaayanos lo habían hecho a la menor oportunidad.

—¿Ninguna niña se presenta a las pruebas para acceder a otros puestos? —le pregunté. Aunque ya sabía cuál sería la respuesta.

—Actualmente, las trabajadoras de la plantación no se presentan a las aptitudes —contestó Sirix mientras luchaba, ahora visiblemente, contra la reeducación que hacía que le resultara difícil, sino imposible, expresar rabia sin experimentar un gran malestar. Apartó la vista de mí y respiró lentamente por la boca—. Claro que, aunque lo hicieran, no conseguirían superarlas, porque son ignorantes, salvajes y supersticiosas. Aun así, no es justo. —Inspiró hondo—. Y Fosyf no es la única que actúa de esta forma. Ella le dirá que son las trabajadoras las que no quieren presentarse a las pruebas. —Yo la creía. La última vez que estuve en Valskaay, presentarse o no a las aptitudes era un tema de intenso debate—. Pero ya no van a traer a más deportadas, ¿no es así? Después de la última anexión no trajeron a nadie, así que, si las cultivadoras se quedaran sin valskaayanas, ¿quién recolectaría el té por un poco de dinero y una comida miserable? Les resulta mucho más conveniente que las trabajadoras agrícolas y sus hijas no puedan acceder a otros puestos. ¡No es justo, capitana de flota! A la gobernadora no le preocupan un puñado de salvajes sin casa. Y las personas que sí que se preocupan por ellas no tienen forma de llamar la atención de la Lord del Radch.

—¿Cree usted que la huelga de hace veinte años escapó a su atención? —le pregunté.

—Eso creo, si no, habría hecho algo. —Respiró tres veces por la boca. Estaba luchando contra la rabia que sentía—. Discúlpeme.

Se levantó precipitadamente y me salpicó de agua caliente. Después, salió tambaleándose de la piscina, se dirigió con paso largo a la de agua fría y se sumergió en ella. Cinco le llevó una toalla y Sirix salió del agua y abandonó la casa de baños sin dirigirme la palabra.

Cerré los ojos. En la estación Athoek, entre sueño y sueño, la teniente Tisarwat dormía profundamente con un brazo sobre la cara. Desvié la atención a la *Misericordia de Kalr*. Seivarden estaba de guardia y hablaba con una de sus amaats.

—¿El hecho de que la capitana de flota se marchara a toda prisa a Suelo era realmente necesario o fue porque se produjo una de esas injusticias que hacen que se enfurezca?

Me pareció extraño. No era el tipo de cuestión que la teniente Seivarden

trataría con una de sus amaats.

—Teniente Seivarden —replicó la amaata. Su postura era extremadamente rígida incluso teniendo en cuenta el anhelo de aquella tripulación de parecerse a las auxiliares—, ya sabe usted que tendré que informar de su pregunta a la capitana de flota.

Seivarden, ligeramente exasperada, sacudió la mano como queriendo quitarle importancia a ese asunto.

—Sí, claro, Nave. Aun así...

Entonces me di cuenta de lo que ocurría: Seivarden no estaba hablando con la amaata, sino con la *Misericordia de Kalr*. La amaata veía las respuestas de Nave en su campo de visión y las leía como si fuera ella quien respondiera; como si fuera una auxiliar, una parte de la nave, una entre docenas de bocas a través de las cuales Nave podía hablar. Afortunadamente, ninguna miembro de la tripulación había actuado así conmigo, porque yo no lo habría aprobado en absoluto. Pero viéndola, estaba claro que Seivarden se sentía cómoda y reconfortada con la situación. Estaba preocupada y el hecho de hablar así con Nave la tranquilizaba; no por una razón sólida y racional, simplemente porque sí.

—Teniente —prosiguió la amaata; bueno, Nave a través de la amaata—, lo único que puedo decirle es lo que la capitana de flota le ha dicho en las instrucciones que le ha transmitido. Si, de todas maneras, desea conocer mi opinión, le diré que creo que lo hizo por ambas cosas. Además, la ausencia de la capitana de flota y el hecho de que haya alejado a la ciudadana Raughd de la estación Athoek, le permite a la teniente Tisarwat establecer valiosos contactos políticos entre las ciudadanas jóvenes y distinguidas de la estación.

Seivarden soltó un escéptico:

—¡Ya! Ahora me dirás que nuestra Tisarwat es una política de talento.

—Creo que le sorprenderá.

Era patente que Seivarden no creía lo que le decía la *Misericordia de Kalr*.

—En cualquier caso, Nave, la capitana de flota no suele meterse en líos, pero cuando lo hace, nunca son insignificantes. Ahora estamos a demasiadas horas de distancia para poder ayudarla. Si percibes que se está gestando un problema y ella está demasiado distraída para ordenarnos que nos acerquemos y tenernos cerca por si nos necesita, ¿me lo comunicarás?

—Eso requeriría que yo supiera con días de antelación que, como usted dice, algo se está gestando, teniente. Y no creo que la capitana de flota pueda

estar distraída durante tanto tiempo. —Seivarden frunció el ceño—. Pero a mí me preocupa tanto como a usted la seguridad de la capitana de flota, teniente.

Aquella era la mejor respuesta que Nave podía ofrecerle y Seivarden tenía que contentarse con ella.

—Teniente Seivarden, acaba de entrar un mensaje de Hrad —informó la *Misericordia de Kalr*.

Con un gesto Seivarden le indicó que se lo transmitiera y en sus oídos sonó una voz que le era desconocida.

—Al habla la capitana de flota Uemi al mando de la *Espada de Inil* y procedente del palacio Omaugh. Se me ha ordenado que asuma el control de la seguridad del sistema Hrad. —Ese sistema estaba a un portal de distancia de allí. Podría decirse que eran vecinos—. Mis saludos a la capitana de flota Breq. Los enfrentamientos todavía son intensos en el palacio Tstur y han sido destruidas varias estaciones. Según cuál sea el resultado de la contienda, la Lord del Radch quizá le envíe un crucero de batalla. En cualquier caso, le transmite sus saludos y confía en que todo le esté yendo bien.

—¿Conoces a la capitana de flota Uemi, Nave?

La respuesta al mensaje de la capitana de flota Uemi no tenía por qué ser inmediata ya que Hrad se encontraba a horas de distancia viajando a la velocidad de la luz por el portal que conectaba ambos sistemas.

—No muy bien —respondió la *Misericordia de Kalr*.

—¿Y a la *Espada de Inil*?

—Es una espada.

—¡Ya! —contestó Seivarden, divertida.

—Teniente, la capitana de flota dejó instrucciones por si un mensaje como este llegaba durante su ausencia.

—¿En serio? —Seivarden no sabía si eso era sorprendente o no—. Bueno, entonces transmitiremos lo que ella te ordenó.

Mis instrucciones habían sido concisas y Seivarden le contestó a la capitana de flota Uemi conforme a ellas:

—Al habla la teniente Seivarden al mando de la *Misericordia de Kalr* durante la ausencia temporal de la capitana de flota Breq. Nuestros más corteses saludos a la capitana de flota Uemi. Nos alegramos de recibir noticias tuyas. Con el permiso de la capitana de flota Uemi, la capitana de flota Breq se pregunta si la *Espada de Inil* incorporó a alguna miembro nueva a su tripulación en el palacio Omaugh.

Aunque quizá no debería preocuparme solo por las miembros nuevas y jóvenes, porque también era posible transformar en auxiliares a las adultas.

La respuesta no llegaría a mis oídos antes de la cena. Seivarden estaba intrigada por la pregunta porque no sabía lo que le había ocurrido a Tisarwat, pero yo sabía que Nave no se lo explicaría.

De regreso a la casa, me crucé con Raughd, que venía de la casa principal.

—¡Buenos días, capitana de flota! —exclamó con una sonrisa radiante—. ¡Resulta tan vivificante levantarse al alba! Debería convertirlo en un hábito.

Tenía que reconocer que su sonrisa era realmente encantadora, incluso a pesar de la casi indetectable tensión que escondía. Aunque no hubiera estado implícito en sus palabras, yo estaba segura de que no solía levantarse a aquellas horas; y con todo lo que sabía de ella, lo que dijo no tuvo el efecto que ella esperaba en mí.

—¡No me diga que ya ha estado en los baños! —añadió con un levísimo toque de decepción en la voz y un tono calculadamente coqueto.

—Buenos días, ciudadana —respondí yo a su saludo pero sin detenerme—. Y sí, ya he estado allí.

Y entré en la casa a desayunar.

13

El desayuno consistió en fruta y pan que las sirvientas de Fosyf habían dejado en el aparador la noche anterior como si fueran los restos de la cena. Cuando terminamos, se suponía que la capitana Hetnys y yo teníamos que pasar el día sentadas y en silencio, rezando a intervalos regulares y tomando pocas y sencillas comidas; así que nos sentamos en la zona que correspondía al salón de la diáfana planta baja. Se consideraría correcto que, a medida que pasaran los días, pasáramos más tiempo fuera de la casa y que, por ejemplo, nos sentáramos en el porche. Las convenciones sociales eran más permisivas con las personas que no podían estarse quietas durante el duelo y yo había aprovechado esa permisividad para salir a correr y utilizar la casa de baños aquella mañana. En cualquier caso, durante los días siguientes, íbamos a pasar la mayor parte del tiempo en nuestras habitaciones o en el salón con la única compañía de nosotras mismas o de las vecinas que nos visitaran para presentarnos sus condolencias.

La capitana Hetnys no llevaba puesto el uniforme; en aquellas circunstancias no se le exigía hacerlo. Llevaba una camisa de color rosa pálido por fuera del pantalón verde oliva. Sin embargo, mi ropa civil o era demasiado formal para aquel entorno o databa de los años que viví fuera del Radch, y en ninguno de los dos casos era apropiada para un luto. Así que seguí utilizando el uniforme negro y marrón. En un sentido estricto de la corrección, no debería llevar joyas, pero no pensaba separarme de la insignia conmemorativa de la muerte de la teniente Awn, así que me la puse por dentro de la camisa. Permanecimos sentadas y en silencio durante un rato. Kalr Cinco y la *Espada de Atagaris* estaban de pie detrás de nosotras por si las necesitábamos. La capitana Hetnys iba poniéndose más y más tensa, aunque, lógicamente, no dio muestras de su nerviosismo hasta que Sirix bajó las escaleras y se unió a nosotras. Entonces la capitana Hetnys se levantó

bruscamente y empezó a recorrer el perímetro de la habitación. No le había dicho nada a Sirix durante el viaje ni la noche anterior y, por lo visto, tampoco pensaba hacerlo en aquel momento. En cualquier caso, era totalmente aceptable dentro de un duelo correcto, que permitía cierta excentricidad en el comportamiento.

A mediodía, las sirvientas nos llevaron bandejas con comida: más pan, que podía ser un lujo en las estaciones, pero seguía considerándose una comida simple y sencilla, y diversas cremas y patés ligeramente sazonados, si es que lo estaban, para untarlos en él. Aun así, y a juzgar por la cena de la noche anterior, solo desde un punto de vista estrictamente técnico podían considerarse austeras las salsas.

Una de las sirvientas se dirigió a la pared y, para mi sorpresa, la retiró a un lado. Casi toda estaba formada por paneles que se sobreponían lateralmente, lo que facilitaba el acceso al porche emparrado y permitía que la luz del sol y una brisa agradable y con olor a hojas entraran en la habitación. Sirix se llevó la comida afuera, a uno de los bancos del porche, aunque la separación entre el interior y el exterior ya era ambigua.

En la estación Athoek, la teniente Tisarwat estaba arrellanada en una de las cómodas sillas de una tetería, frente a una mesa baja llena de botellas de arak vacías y medio vacías que debían de costar más de lo que ella ganaba; o sea, que las había comprado a crédito o eran regalos que había recibido por su supuesto estatus; o por el mío. Una u otra tendríamos que encontrar la forma de compensar esos regalos, pero eso no sería un problema. La ciudadana Piat estaba sentada al lado de Tisarwat y había media docena más de jóvenes en las otras sillas. Alguien acababa de decir algo divertido y todas se reían.

En la *Misericordia de Kalr*, Médico arqueó una ceja al oír a la kalr que la asistía cantar en voz baja y para sí misma:

¿Quién ha amado solo una vez?

¿Quién ha dicho «no volveré a amar nunca más»

y ha cumplido su promesa?

Yo no.

En Athoek, en las montañas, la capitana Hetnys dejó de dar vueltas por la habitación y se llevó su comida a la mesa. Sirix, que estaba en el porche, no pareció darse cuenta. Una de las sirvientas que pasaba junto a ella se detuvo y

le dijo deprisa y en voz baja algo que no oí. Quizá se lo dijo en liost. Sirix la miró con expresión seria y le contestó en un radchaai perfectamente comprensible:

—Yo solo soy una asesora, ciudadana.

Su voz no reflejó el menor signo de rencor, lo que me pareció extraño después de lo enfadada que estaba por la mañana por las injusticias que sufrían las valskaayanas.

Arriba, en la tetería de la estación Athoek, alguien dijo:

—¡Ahora que la capitana Hetnys y esa aterradora capitana de flota están en Suelo, le corresponde a Tisarwat protegernos de las presgeres!

—Ni lo pienses —replicó Tisarwat—. Si las presgeres decidieran atacarnos, no podríamos hacer nada para defendernos. Pero creo que pasará mucho tiempo antes de que vengan por aquí. Estamos a salvo.

La noticia de la escisión de la Lord del Radch todavía no se había extendido y los problemas en los portales seguían considerándose, según la versión oficial, simples imprevistos. De todos modos, como era de esperar, las personas que no se creían esta versión consideraban más aceptable la idea de una intromisión alienígena.

—Pero estar aisladas así... —empezó alguien.

—No pasa nada —intervino la ciudadana Piat—. Aunque nos quedáramos aisladas del planeta —alguien murmuró: «¡las diosas no lo quieran!»—, aquí estaríamos bien. En cuanto a la alimentación somos autosuficientes.

—En cualquier caso —añadió alguien—, siempre podríamos cultivar skel en el lago, en los Jardines.

Otra de las jóvenes se echó a reír.

—¡Eso le bajaría los humos a esa horticultora! Deberías encargarte de ello, Piat.

Tisarwat había aprendido un par de cosas de sus bos, así que mantuvo la cara y la voz admirablemente impasibles.

—¿A qué horticultora te refieres?

—¿Cómo se llama? ¿Basnaaid? —preguntó la persona que se había reído—. En realidad se trata de una don nadie. Una Awer del palacio Omaugh vino a ofrecerle una relación clientelar y ella rehusó. ¡No tiene familia, en serio, y no es que sea muy guapa, pero, aun así, se considera demasiado buena para una Awer!

Tisarwat estaba sentada entre Piat y una joven que, según me contó Nave,

era prima de Skaaiat Awer, aunque su relación no era de consanguinidad. Había acudido por invitación de Tisarwat, ya que, normalmente, no frecuentaba aquel grupo.

—Skaaiat no se ofendió —aclaró la prima con una sonrisa que le quitaba tensión a su voz.

—Bueno, no, claro que no, pero no está bien rechazar una oferta como esa. Y hacerlo solo indica qué tipo de persona es la horticultora.

—Es verdad —corroboró la prima de Skaaiat.

—Es buena en lo que hace —afirmó Piat con celeridad, como si se hubiera pasado los últimos segundos reuniendo el valor necesario para decirlo—. Es lógico que se sienta orgullosa de sí misma.

Se produjo un silencio incómodo.

—Ojalá Raughd estuviera aquí —dijo la joven que había abordado el tema en primer lugar—. No sé por qué ha tenido que ir a Suelo ella también. Siempre nos reímos un montón con ella.

—Menos las personas de las que os reís —observó la prima de Skaaiat.

—Bueno, no, claro —repuso la partidaria de Raughd—. Si no, no nos reiríamos de ellas. Deberías ver la imitación que hace Raughd de la capitana Hetnys, Tisarwat. ¡Es divertidísima!

En Athoek, en la casa, Sirix se levantó y subió a la planta superior. Yo desvié la atención hacia Cinco y vi que sudaba debido al uniforme y que estaba aburrída de observarnos a la capitana Hetnys y a mí. Pensaba en la comida que había en el aparador y cuyo olor percibía desde donde esperaba en posición de firmes. Decidí que también yo subiría pronto a la planta superior y que fingiría dormir un rato para que Cinco pudiera descansar y ella y la *Espada de Atagaris* pudieran comer. Ahora que Sirix se había ido, la capitana Hetnys, que no era consciente de que acababan de hablar de ella en Órbita, salió al porche.

Una de las sirvientas se acercó a Kalr Cinco. Titubeó y supuse que se debía a que no sabía qué tratamiento utilizar para dirigirse a ella. Al final, dijo:

—Si me lo permite...

—¿Sí, ciudadana? —le preguntó Cinco con voz neutra e inexpresiva.

—Esta mañana ha llegado esto. —Le tendió a Cinco un paquete pequeño envuelto en una tela de color violeta y aspecto aterciopelado—. Pidieron expresamente que se entregara a la capitana de flota en persona.

No explicó por qué se lo daba a Cinco y no a mí.

—Gracias, ciudadana —dijo Cinco, que cogió el paquete—. ¿Quién lo envía?

—La mensajera no lo ha especificado.

Aunque yo pensé que la sirvienta lo sabía o lo sospechaba.

Cinco desenvolvió el paquete y descubrió una caja sencilla de madera fina y de color claro. En el interior había un pedazo triangular de pan denso y pesado que parecía estar seco; un alfiler que consistía en un disco de plata de dos centímetros de diámetro que colgaba de unas cuentas de cristal azules y verdes; y, al fondo, una tarjeta con un texto que parecía escrito en liost, un idioma que todavía hablaban muchas samirendas. Se lo pregunté rápidamente a la estación Athoek, que me lo confirmó y me dijo algo de lo que estaba escrito.

Cinco volvió a tapar la caja.

—Gracias, ciudadana.

Me levanté sin decir nada, tomé la caja y el envoltorio de manos de Cinco y subí a la planta superior. Recorrí el estrecho pasillo hasta la habitación de Sirix, llamé a la puerta y, cuando la abrió, le dije:

—Ciudadana, creo que esto es para usted.

Le tendí la caja y el envoltorio violeta doblado. Ella me miró con recelo.

—Aquí no hay nadie que pueda enviarme nada, capitana de flota. Debe de estar equivocada.

—Lo que es seguro es que no es para mí —repliqué yo mientras seguía sosteniendo la caja—. ¡Ciudadana! —la apremié al ver que ella no daba señales de quererla.

Ocho se acercó por detrás de Sirix para coger la caja, pero Sirix la apartó con un gesto.

—Es imposible que sea para mí —insistió.

Destapé la caja con la mano que tenía libre para que pudiera ver el contenido. Ella, de repente, se quedó muy quieta y pareció que dejaba de respirar.

—Siento su pérdida, ciudadana —la consolé.

El alfiler era una medalla conmemorativa y el nombre de la familia de la difunta era Odela. En la tarjeta se contaban detalles sobre la vida de la difunta y el funeral. Yo desconocía el propósito o el significado del pedazo de pan, pero sin duda lo tenía para la persona que lo había enviado. Y también para Sirix, aunque no pude distinguir si su reacción reflejaba el dolor que sentía o

el malestar que le producía no poder expresar su rabia.

—Me contó que no tenía familia, ciudadana —dije después de unos incómodos instantes de silencio—. Es evidente que alguien de la familia Odela piensa en usted.

Debían de haberse enterado de que Sirix estaba allí conmigo.

—Ella no tiene derecho... —empezó Sirix. Parecía calmada y serena, pero yo sabía que no era más que una necesidad, una cuestión de supervivencia—. Ninguna de ellas lo tiene. No pueden tenerlo todo. No pueden volver atrás. —Respiró hondo y pareció que iba a añadir algo, pero, en lugar de hacerlo, volvió a inspirar—. Devuélvalo —dijo por fin—. No es para mí. No puede serlo. Ellas son las responsables.

—Si eso es lo que quiere, lo devolveré, ciudadana.

Volví a tapar la caja, desdoblé la tela de color violeta y envolví el paquete.

—Nunca han intentado ponerse en contacto conmigo —me explicó Sirix con amargura en la voz—. No han hecho nada por lo que pueda sentirme agradecida y recordar que, al fin y al cabo, ellas son mi f...

Se le quebró la voz. Se había presionado demasiado. Que no me cerrara la puerta en la cara para poder sufrir a solas decía mucho de su capacidad de autocontrol; o quizás indicaba que sabía que Ocho seguía en la habitación y que, hiciera lo que hiciese, no estaría sola.

—Si usted lo desea, yo puedo ponerme en contacto con ellas, ciudadana, aunque eso no sería sincero. —Hice una reverencia—. Si necesita algo, no dude en pedirlo. Estoy a su servicio.

Entonces cerró la puerta. Podría haberla observado a través de los ojos de Ocho, pero no lo hice.

Cuando nos llevaron la cena, Fosyf y Raughd también acudieron. Sirix no bajó a cenar; de hecho, no había bajado desde el mediodía. Nadie comentó nada al respecto; al fin y al cabo estaba allí a regañadientes, porque yo le había pedido que me acompañara. Cuando terminamos de cenar, nos sentamos en el salón, donde la pared que comunicaba con el porche seguía estando descorrida. Con la caída de la tarde, el trozo del lago que veíamos había adquirido un color plomizo y estaba en sombras; solo las cimas de las montañas que había al fondo brillaban todavía con la luz de la puesta del sol. El aire se volvió frío y húmedo y las sirvientas nos sirvieron en taza bebidas

calientes y agridulces.

—Al estilo xhai —me informó Fosyf.

Al no estar Sirix, yo tenía a Fosyf a un lado y a Raughd al otro. La capitana Hetnys estaba sentada frente a mí, pero tenía la silla ligeramente vuelta para poder contemplar el lago.

A la *Misericordia de Kalr* por fin le llegó la respuesta a la pregunta que había formulado por la mañana a la capitana de flota Uemi. Nave la transmitió al oído de la teniente Ekalu: «Nos sentimos muy agradecidas por su amable bienvenida, teniente Seivarden. Transmítale mis saludos a la capitana de flota Breq e infórmele de que no incorporé a ninguna miembro nueva a mi tripulación en Omaugh.»

Yo había dejado instrucciones para el caso de que obtuviéramos una respuesta de ese tipo:

—La capitana de flota Breq agradece la comprensión de la capitana de flota Uemi —contestó la teniente Ekalu, tan intrigada como lo había estado Seivarden horas antes—. ¿Alguna miembro de la tripulación de la *Espada de Inil* estuvo uno o dos días ilocalizable mientras estaban en la estación del palacio?

—Bueno, capitana de flota —dijo Fosyf en Suelo, en la creciente oscuridad junto al lago—, espero que haya disfrutado de un día apacible.

—Sí, gracias, ciudadana.

Yo no estaba obligada a ser más comunicativa. De hecho, si me sentía desolada, era totalmente correcto que ignorara a cualquiera que me dirigiera la palabra durante la siguiente semana y media.

—La capitana de flota se levanta a una hora increíblemente temprana —intervino Raughd—. Me desperté pronto para enseñarle la casa de baños y ya hacía siglos que se había levantado.

—Está claro, ciudadana, que su idea de despertarse temprano no coincide con la nuestra —dijo la capitana Hetnys cordialmente.

—¡Es la disciplina militar, Raughd! —exclamó Fosyf con tono indulgente—. A pesar de tu reciente interés por todo lo militar —prosiguió mientras me miraba de soslayo—, tú nunca te habrías adaptado a ese tipo de vida.

—Bueno, no lo sé —replicó Raughd con displicencia—. Nunca lo he intentado, ¿no?

—Esta mañana he pasado al otro lado de la montaña y he visto a sus trabajadoras agrícolas —señalé yo.

No estaba especialmente interesada en seguir indagando si Raughd era o no adecuada para la vida militar.

—Espero que pueda añadir algunas canciones a su colección, capitana de flota —me dijo Fosyf.

Incliné levemente la cabeza, lo que apenas podía considerarse una respuesta, pero era suficiente.

—No sé por qué no las convirtieron en auxiliares —comentó Raughd—. Seguro que estarían mejor. —Sonrió tontamente—. Nosotras nos las arreglaríamos con dos unidades de un crucero de batalla y todavía quedarían muchas para las demás plantaciones.

Fosyf se rio.

—¡A Raughd se le ha despertado un repentino interés por lo militar! Ha estado explorando ese mundo: naves, uniformes y ese tipo de cosas.

—¡Los uniformes resultan tan atractivos! —exclamó Raughd—. ¡Estoy tan contenta de que usted lleve puesto el suyo, capitana de flota!

—Pero las auxiliares no pueden convertirse en ciudadanas —le informé.

—Bueno, bueno —intervino Fosyf—, yo tampoco creo que las valskaayanas puedan llegar a serlo. Incluso las que se quedaron en Valskaay crean problemas, ¿no es así? ¡Esa religión que tienen! —De hecho, en Valskaay y en su sistema, se practicaban varias religiones, con varias sectas cada una de ellas. Pero Fosyf se refería a la religión mayoritaria, la que todo el mundo identificaba como religión valskaayana. Era una variedad de monoteísmo exclusivo, algo que a la mayoría de las radchaais les resultaba incomprensible—. Aunque no creo que pueda considerarse realmente una religión. Se trata más bien de... un conjunto de supersticiones y algunas ideas filosóficas extravagantes. —En el exterior, la oscuridad había crecido todavía más, y los árboles y las piedras cubiertas de musgo habían desaparecido entre las sombras—. Por otro lado, la religión es el menor de los problemas. En realidad, disponen de un montón de oportunidades para convertirse en civilizadas. ¡Fíjese en las samirendas!, por ejemplo. —Señaló alrededor y supuse que se refería a las sirvientas que nos habían servido la cena—. Empezaron justo donde están ahora las valskaayanas, que cuentan con todo tipo de oportunidades, pero ¿acaso las aprovechan? No sé si ha visitado su vivienda. Se trata de una antigua casa de huéspedes muy bonita; tanto como la que utilizo yo. Sin embargo, la de ellas está casi en ruinas. No les preocupa mantener su entorno en buen estado, pero son capaces de endeudarse

enormemente para comprarse un instrumento musical o un ordenador de mano nuevo.

—O un equipo para fabricar bebidas alcohólicas —añadió Raughd con tono mojigato.

Fosyf suspiró como si se sintiera profundamente apenada.

—Algunas utilizan sus propios víveres para eso y después se endeudan para comprar comida. La mayoría ni siquiera llegan a cobrar su salario. Les falta disciplina.

—¿Cuántas valskaayanas enviaron a este sistema? —le pregunté a Fosyf—. Me refiero después de la anexión. ¿Lo sabe?

—Ni idea, capitana de flota. —Hizo un gesto de ignorancia y resignación—. Yo solo tengo las trabajadoras que me asignan.

—Esta mañana he visto niñas trabajando en los campos —observé yo—. ¿No disponen de una escuela?

—Sería inútil —replicó Fosyf—; al menos con las valskaayanas. No asistirían a las clases, no son lo bastante serias; les falta constancia. ¡Pero me gustaría llevarla a hacer una ruta completa, capitana de flota! Quizá cuando termine los quince días de duelo. ¡Quiero presumir de mi té y sé que querrá escuchar tantas canciones como le sea posible!

—En realidad, la capitana de flota Breq no solo colecciona canciones —intervino la capitana Hetnys, que había estado callada hasta entonces.

—¿Ah, no? —preguntó Fosyf.

—Yo me alojé en su apartamento durante los días de ayuno y, ¿sabe qué?, su vajilla de diario es una Bractware azul y violeta. Dispone de todas las piezas y están en perfecto estado.

Nave me enseñó que, detrás de mí, Kalr Cinco contenía una sonrisa de satisfacción. Como establecía el protocolo, durante los días de ayuno apenas probamos bocado, pero Cinco nos sirvió lo poco que comimos en la vajilla Bractware y, sin duda a propósito, dejó las piezas que no utilizamos donde la capitana Hetnys pudiera verlas.

—¡Vaya! ¡Sí que tiene usted buen gusto, capitana de flota! Y me alegro de que Hetnys lo mencione. —Hizo un gesto y una sirvienta se inclinó hacia ella. Fosyf le murmuró unas instrucciones y la sirvienta se marchó—. Tengo algo que le interesará ver.

En la oscuridad exterior, una voz aguda e inhumana cantó una serie larga y sostenida de vocales en un único tono.

—¡Ah! —exclamó Fosyf—. Eso estaba esperando.

Otra voz, esta un poco más grave, se unió a la primera, y después otra un poco más aguda, y otra y otra, hasta que al menos una docena de voces se incorporaban o abandonaban aquel extraño coro de voces disonantes.

Evidentemente, Fosyf esperaba alguna reacción por mi parte.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Son plantas —contestó ella aparentemente encantada por haberme sorprendido—. Seguro que vio alguna cuando salió esta mañana. Tienen una especie de saco que acumula aire y, cuando está lleno y el sol se pone, lo expulsan silbando. Eso siempre que no llueva; por eso no las oyó ayer por la noche.

—Son malas hierbas —comentó la capitana Hetnys—. De hecho, son un fastidio. Han intentado erradicarlas, pero vuelven a brotar.

—Se supone que la persona que las cultivó por primera vez era una iniciada del templo —continuó Fosyf mientras corroboraba el comentario de Hetnys con una sacudida de la cabeza—. De hecho, las plantas cantan varias canciones en xhi y todas están relacionadas con los misterios del templo. Cuando las otras iniciadas oyeron cantar a las plantas se dieron cuenta de que los misterios habían sido revelados a todo el mundo y asesinaron a la primera cultivadora. Se dice que la despedazaron con sus propias manos justo aquí, junto al lago.

No se me había ocurrido preguntarle qué tipo de casa había sido originalmente la casa en la que me alojaba.

—¿Entonces este era un lugar sagrado? ¿Hay un templo por aquí? —Por mi experiencia, los templos importantes estaban casi siempre rodeados de ciudades, o al menos de pueblos, y no había visto señales de nada de ello durante el viaje. Me pregunté si había habido un pueblo y lo derruyeron para establecer la plantación o si toda aquella zona había sido un lugar sacrosanto—. ¿El lago era sagrado y la casa era un convento?

—¡Pocas cosas se le escapan a la capitana de flota! —exclamó Raughd.

—Desde luego —corroboró su madre—. Lo que queda del templo está al otro lado del lago. Durante un tiempo, allí había un oráculo, pero lo único que queda ahora es la superstición acerca de unos peces que conceden deseos.

Y de ahí procedía el nombre del té que se cultivaba en el otrora terreno sagrado, deduje. Me pregunté cómo les sentaba eso a las xhais.

—¿Qué dicen las letras de las canciones que cantan las plantas?

Yo sabía muy poco xhi y no había reconocido ninguna palabra concreta en las notas disonantes que procedían de la oscuridad.

—Obtendrá respuestas distintas según a quién se lo pregunte —contestó Fosyf con voz cordial.

—De pequeña yo solía salir por la noche a buscarlas —explicó Raughd—, pero si las iluminas dejan de cantar.

Yo no había visto ninguna niña desde mi llegada salvo las que vi trabajando en los campos. Me pareció extraño en un lugar como aquel, pero antes de que pudiera preguntar la razón, la sirvienta que Fosyf había enviado a un recado regresó con una caja de gran tamaño.

Era de oro, o al menos estaba forrada de oro, y tenía cristales rojos, azules y verdes encastados. Parecía más antigua que yo. Más, incluso, que Anaander Mianaai, que tenía más de tres mil años. Yo solo había visto algo así en persona una vez, unos dos mil años atrás, cuando apenas tenía diez años de edad.

—Sin duda se trata de una copia —comenté.

—No, capitana de flota —replicó Fosyf, francamente complacida.

La sirvienta dejó la caja en el suelo, a nuestros pies, y luego se apartó. Fosyf se inclinó y levantó la tapa. En el interior había un juego de té compuesto por una tetera, doce tazas y un colador. Todo en oro y con incrustaciones que formaban un ondulante y elaborado diseño en colores azul y verde.

Yo seguía sosteniendo en la mano la taza de la que había estado bebiendo y, en aquel momento, la levanté en el aire. Cinco enseguida se acercó y la tomó diligentemente, pero no se alejó; ni yo quería que lo hiciera. Me levanté y me puse de cuclillas junto a la caja.

El interior de la tapa también era de oro, aunque dos franjas de madera de siete centímetros de ancho, una por encima y otra por debajo del oro, indicaban qué había debajo de la lámina de oro. En ella figuraba una inscripción en notai que yo entendí, aunque dudé que nadie más en aquella habitación lo hiciera. Varias casas antiguas, entre ellas la de Seivarden, decían ser descendientes de las notais; y lo mismo otras nuevas a las que la idea les parecía romántica y atractiva. Algunas de esas personas habrían reconocido la lengua y, posiblemente, habrían podido leer una o dos palabras de la inscripción, aunque pocas debían de haberse molestado en aprender realmente ese idioma.

—¿Qué dice la inscripción? —pregunté de todas formas.

—Se trata de una invocación a la diosa Varden y de una bendición a la propietaria de la caja —explicó la capitana Hetnys.

«Varden es tu fuerza —decía la inscripción—. Varden es tu esperanza y Varden es tu alegría. Vida y prosperidad a la hija de la casa. En la feliz y bien merecida ocasión.»

Miré a Fosyf.

—¿Dónde la consiguió?

—¡Ajá! —exclamó ella—. ¡Así que Hetnys tenía razón y es usted una entendida en este tipo de antigüedades! Si ella no lo hubiera comentado, yo nunca lo habría sospechado.

—¿De dónde la sacó? —insistí.

Fosyf soltó una breve carcajada.

—Y, además, es expeditiva, pero eso ya lo sabía. Se la compré a la capitana Hetnys.

Así que la había comprado. Era poco probable que un objeto antiguo y de un valor inestimable como aquel se ofreciera como regalo, pero la idea de que alguien aceptara dinero por él era imposible. Sin levantarme, me volví hacia la capitana Hetnys, que contestó a mi pregunta no formulada:

—La propietaria necesitaba dinero en efectivo y no quería venderla directamente porque, bueno, imagínese cómo se sentiría si las demás supieran que se veía obligada a vender algo como esto. De modo que yo gestioné la operación de manera discreta.

—¡Y sacó tajada, claro! —intervino Raughd, que seguramente no soportaba que el juego de té eclipsara su protagonismo.

—Así es —reconoció la capitana Hetnys.

Incluso una pequeña comisión sobre el precio debió de ser una cifra impresionante. No era el tipo de objeto que pudiera poseer una persona, salvo, quizás, en teoría. Ninguna casa que fuera remotamente funcional permitiría que una de sus miembros vendiera un objeto como aquel. El juego de té que vi cuando era una nave nueva de apenas diez años de edad no pertenecía a una persona en concreto, sino que formaba parte del equipamiento de la sala de una decuria de una *espada*, y se sacó mientras mi capitana visitaba la *espada* para impresionarla. Aquel juego era de plata y de colores morado y madreperla y la diosa que figuraba en la inscripción era otra. La inscripción decía: «En la feliz y bien merecida ocasión de su ascenso,

capitana Seimorand», y constaba una fecha de unos cincuenta años antes de la supremacía de Anaander Mianaai, antes de que el juego de té fuera requisado como recuerdo de la muerte de la propietaria.

Yo estaba segura de que la última parte de la inscripción de la caja que tenía delante en aquel momento había sido eliminada, que «En la feliz y bien merecida ocasión» solo era el principio de la frase. No se percibía ningún rastro de la parte eliminada. El borde de la lámina de oro era suave y la madera de debajo se veía intacta, pero yo estaba segura de que alguien había cortado la franja inferior de la lámina y la había centrado para que no se notara.

Aquel juego no era un artículo que hubieran ido heredando durante siglos las descendientes de una capitana, porque esas descendientes nunca habrían borrado el nombre de la antecesora que les había dejado semejante herencia. Alguien podía haber eliminado el nombre para ocultar su origen ya que el objeto, incluso dañado, tenía mucho valor. Y la razón de querer ocultar su origen podía ser la vergüenza; así nadie sabría qué casa se había visto obligada a desprenderse de semejante tesoro. Sin embargo, la mayoría de las familias que poseían ese tipo de bienes tenían otros medios para sacarles rédito. La casa de Seivarden, por ejemplo, había aceptado regalos y dinero a cambio de organizar visitas a la antigua lanzadera notai que tenían en su poder.

«Antigüedades robadas», había dicho la teniente de la *Espada de Atagaris*, aunque yo nunca me imaginé algo así. Y a eso había que añadirle el módulo de provisiones que la teniente denominó «residuo» y cuyas inscripciones resultaban convenientemente ilegibles..., como la del juego de té.

A la capitana Hetnys le pareció importante emplazar su nave junto al Portal Fantasma. Un resto que debía de tener más de tres mil años de antigüedad y que, para empezar, era extremadamente improbable que acabara en el sistema athoeki que había salido del Portal Fantasma. Y se trataba de un módulo de una lanzadera notai.

La capitana Hetnys había obtenido mucho dinero por la venta de un juego de té notai que era casi tan antiguo como debía de serlo aquel módulo de provisiones. ¿De dónde lo había sacado? ¿Quién había eliminado el nombre de la primera propietaria y por qué?

¿Qué había en el otro extremo del Portal Fantasma?

14

Ya en mi habitación, me quité la camisa negra y marrón y se la tendí a Kalr Cinco. Estaba inclinada para quitarme las botas cuando alguien llamó a la puerta. Levanté la vista. Kalr Cinco me lanzó una única e inexpresiva mirada y fue a atender la llamada. Cinco había percibido la actitud de Raughd durante los últimos días y sabía que, probablemente, se trataba de ella, aunque debo admitir que a mí me sorprendió que diera un paso tan descarado y tan pronto.

Me fui a un rincón del dormitorio para que no pudiera verme desde la salita. Cogí la camisa de donde la había dejado Kalr Cinco y volví a ponérmela. Cinco abrió la puerta que comunicaba con el pasillo y, a través de sus ojos, vi la falsa sonrisa de Raughd.

—Me preguntaba si podría hablar en privado con la capitana de flota —dijo sin ningún preámbulo de cortesía.

Su frase era un acto de malabarismo en el que no mostraba la menor consideración hacia Cinco, pero sin ser maleducada conmigo.

—Déjala pasar —le indiqué a Cinco en silencio—, pero no salgas de la habitación.

De todos modos, era perfectamente posible e incluso probable que la idea de privacidad de Raughd incluyera la presencia de las sirvientas.

Entró y echó una ojeada alrededor por si me veía. Cuando salí del dormitorio, hizo una reverencia y me miró de soslayo, esbozando una sonrisa.

—Capitana de flota —me saludó—. Esperaba que pudiéramos... hablar.

—¿Sobre qué, ciudadana? —le pregunté sin invitarla a sentarse.

Parpadeó repetidas veces y supuse que estaba sorprendida de verdad.

—Creo que he sido clara respecto a mis deseos, capitana de flota.

—Estoy de luto, ciudadana.

No había tenido tiempo de lavarme la franja de pintura blanca que cruzaba

mi cara y ella no podía haber olvidado qué significaba.

—Pero sin duda se trata de una fachada, capitana de flota —repuso ella con dulzura.

—Siempre es una fachada, ciudadana. Es perfectamente posible vivir un duelo sin ningún signo externo. El objetivo de estos ritos es que las demás personas lo sepan.

—Es cierto que estos ritos casi nunca son sinceros o que, como mínimo, se exageran —afirmó ella. No había entendido en absoluto el sentido de mis palabras—. Lo que quería decir es que usted está de luto solo por razones políticas. No puede experimentar un dolor auténtico y nadie puede esperar que lo sienta. Solo se trata de una forma de actuar de cara al público y esto... —señaló alrededor—, sin duda no es un lugar público.

Yo podía haber argumentado que, si un miembro de su familia falleciera lejos de su hogar, a ella le gustaría saber que a alguien le importaba lo suficiente la difunta como para cumplir con los ritos funerarios, aunque fueran diferentes a los suyos y los cumpliera una desconocida. Sin embargo, teniendo en cuenta el tipo de persona que parecía ser Raughd, o no había entendido mi razonamiento o puede que para ella no significara nada.

—Me sorprende que se preocupe usted por lo que es o no es correcto, ciudadana.

—¿Puede culparme, capitana de flota, de que mi deseo supere mi sentido de la corrección? Además, la corrección, como el luto, solo está para mostrarla al exterior.

Yo no me engañaba respecto a mi atractivo físico. No era tanto como para que alguien pasara con entusiasmo por encima del sentido de la corrección. Por otro lado, mi posición y el nombre de mi casa sí que podían despertar fascinación, y todavía podían ser más fascinantes para alguien adinerado y privilegiado como Raughd. En muchos casos, las personas virtuosas y humildes se ofrecían para el entretenimiento de aquellas que gozaban de una posición social más elevada, y de ello se beneficiaban tanto ellas como sus familias, pero esas personas eran muy conscientes de lo que podía pasar si ellas buscaban, deliberadamente, ese tipo de relaciones.

Sin embargo, alguien como Raughd..., bueno, alguien como Raughd podía fijarse en mí y fingir que se sentía atraída por mí, que quería tener una aventura amorosa o incluso que se había enamorado de mí, y las personas que no la conocieran quizá no percibieran las ventajas potenciales de esa relación.

—Ciudadana, sé con certeza que usted pintó la frase en la pared del Subjardín —le advertí con frialdad. Ella me miró con los ojos muy abiertos y parpadeó sin comprender. Kalr Cinco seguía de pie, inmóvil y con una impasibilidad de auxiliar en un rincón de la habitación—. Como consecuencia directa de aquello, alguien murió y su muerte posiblemente haya puesto en peligro la totalidad de este sistema. Quizá no era su intención que esa persona muriera, pero usted sabía sin lugar a dudas que su acción causaría problemas y no le importó cuáles fueran o a quién perjudicaran.

Ella se enderezó indignada.

—¡Capitana de flota! ¡No sé por qué me acusa de semejante cosa!

—Me imagino que estaba enfadada porque la teniente Tisarwat le estropeó la diversión con la ciudadana Piat, a quien, por cierto, trata de una forma absolutamente execrable —proseguí yo impertérrita ante su resentimiento.

—¡Ah, bueno! —contestó ella. Se calmó levemente y relajó la postura—. ¡Si es ese el problema! Conozco a Piat desde que éramos pequeñas y siempre ha sido... errática. Y muy susceptible. Siente que no está a la altura, ya sabe, porque su madre es la administradora de la estación y, como remate, es guapísima. A ella le han asignado un trabajo estupendo, pero está convencida de que no es nada comparado con el de su madre. Se lo toma todo demasiado en serio y reconozco que, a veces, pierdo la paciencia con ella. —Suspiró como si fuera la viva imagen del arrepentimiento penitente—. No sería la primera vez que me acusa de maltratarla solo para herirme.

—«¡Eres un auténtico coñazo!» —citó yo—. Es curioso que la última vez que perdió la paciencia con ella fue cuando todo el mundo se reía de su chiste, y ella era el centro de atención y no usted.

—Estoy segura de que Tisarwat tenía buena intención cuando se lo contó, pero ella no sabe lo que... —Se le rompió la voz y adoptó una expresión de pena—. Ella no puede... ¡Piat no puede haberme acusado de pintar esas palabras en la pared! Es la típica cosa horrible que ella consideraría divertida cuando se siente insegura.

—Ella no la ha acusado a usted de nada —repliqué con el mismo tono de voz frío de antes—. Las pruebas hablan por sí mismas.

Durante un instante, Raughd se quedó helada, paralizada, ni siquiera respiraba. Entonces dijo con casi tanta frialdad como yo:

—¿Aceptó usted la invitación de mi madre para venir aquí y atacarme? Es evidente que ha venido aquí con un plan preconcebido. Surge usted de la

nada, emite la ridícula prohibición de viajar a través de los portales impidiendo que el té salga del sistema. ¡Yo creo que se trata de un ataque a mi casa en toda regla y no pienso aguantarlo! ¡Hablaré sobre esto con mi madre!

—Sí, hágalo —contesté con calma—. Y no deje de contarle cómo llegó la pintura a sus guantes. Aunque no me sorprendería que ella ya lo supiera y me invitara a su casa esperando disuadirme de que lleve adelante el caso.

Y yo había aceptado su invitación aun sabiéndolo, porque quería saber cómo era el planeta y por qué Sirix sentía tanta rabia.

Raughd se volvió y salió de la habitación sin pronunciar ni una palabra más.

El cielo matutino era de un azul claro surcado por los reflejos plateados de la rejilla climática y alguna que otra nube tenue. El sol todavía no se había levantado por encima de las montañas y el lago y los árboles estaban en sombras. Sirix me esperaba en la orilla del lago.

—Gracias por despertarme, capitana de flota —me saludó, e inclinó la cabeza con ironía—. Estoy segura de que no quería seguir durmiendo.

—¿Ya se ha adaptado al cambio horario? —En la estación justo empezaba la tarde—. Tengo entendido que hay un camino que bordea el lago.

—Si va a correr, no creo que pueda seguir su ritmo.

—Hoy solo caminaré.

Aunque ella pudiera seguir mi ritmo, yo solo quería caminar. Tomé el camino del lago sin volver la cabeza para comprobar que me seguía, aunque oí sus pasos detrás de mí y la vi, y también a mí, a través de los ojos de Cinco, que nos observaba desde el extremo del porche.

En la estación Athoek, la teniente Tisarwat estaba en el salón de nuestras dependencias en el Subjardín. Hablaba con Basnaaid Elming, que había llegado hacía apenas cinco minutos, mientras yo me calzaba las botas y estaba a punto de salir de mi dormitorio. Estuve tentada de hacer esperar a Sirix, pero decidí que, a aquellas alturas, ya podía observar y andar al mismo tiempo. Percibí, y casi sentí en mi propio cuerpo, la emoción que la presencia de Basnaaid provocaba en Tisarwat.

—Estoy a su servicio, horticultora —le decía Tisarwat, que también hacía poco que se había despertado—; pero debo decirle que la capitana de flota me

ha ordenado que me mantenga alejada de usted.

Basnaaid frunció el ceño claramente intrigada y consternada.

—¿Por qué?

La teniente Tisarwat inspiró vacilante.

—Usted le dijo que no quería que le dirigiera la palabra nunca más y ella no... Quería estar segura de que usted no creyera que ella... —Su voz se fue apagando. Al parecer, no sabía cómo continuar—. En memoria de su hermana, ella hará todo lo que usted le pida.

—Es un poco autoritaria cuando se trata de este asunto —repuso Basnaaid con cierta mordacidad.

—¿Capitana de flota? —me llamó Sirix mientras se colocaba a mi lado en el camino del lago.

Me di cuenta de que me había estado hablando y yo no le había respondido.

—Discúlpeme, ciudadana. —Me obligué a desviar la atención de Basnaaid y Tisarwat—. Estaba distraída.

—Ya lo he visto. —Sorteó una rama que se había desprendido de un árbol cercano—. Quería darle las gracias por ser tan paciente conmigo ayer; y por la ayuda que me presta Kalr Ocho. —Entonces arrugó el entrecejo—. ¿No les permite usar su nombre propio?

—Ellas prefieren que no las llame por su nombre, al menos mis kalrs. —Hice un gesto de incertidumbre y ambigüedad—. Pero si le pregunta su nombre, seguramente se lo dirá. —La casa ya estaba lejos a nuestra espalda, oculta por un recodo del camino y por los árboles de hojas anchas y ovaladas y con racimos colgantes de flores blancas—. Dígame, ciudadana, ¿tienen aquí problemas por los fallos de la animación suspendida de las trabajadoras agrícolas?

Las deportadas eran transportadas en tanques de suspensión, que, normalmente, funcionaban muy bien, pero a veces fallaban y sus ocupantes morían o sufrían lesiones graves.

Sirix se quedó paralizada a mitad de un paso y luego siguió caminando. Lo que yo había dicho la había sorprendido, pero también percibí asentimiento en su expresión.

—Nunca he visto reanimar a nadie y no tengo noticia de que se haya hecho por aquí en mucho tiempo. Las valskaayanas, al menos algunas de ellas, creen que, cuando las médicos reanimaban a las deportadas no permitían que todas vivieran.

—¿Le han explicado por qué?

Sirix realizó un gesto de ambigüedad.

—No claramente. Ellas creen que las médicos eliminan a las personas que consideran inadecuadas en algún sentido, pero no hablan de los detalles, al menos no delante de mí. De todas maneras, ellas nunca acuden a las médicos. En ningún caso. Una valskaayana podría tener todos los huesos del cuerpo fracturados y antes que acudir a la médico preferiría que sus amigas se los entablillaran con palos y trapos viejos.

—Ayer por la noche pedí los datos del número de valskaayanas que fueron transportadas a este sistema —dije.

—¿Solo de las valskaayanas? —preguntó, arqueando una ceja—. ¿Y por qué no de las samirendas?

«¡Ajá!»

—He descubierto algo, ¿no?

—Nunca hubiera dicho que hay algo que descubrir sobre la reanimación de las valskaayanas. Sin embargo, antes de que yo naciera y antes, incluso, de la anexión de Valskaay, sucedió algo; unos ciento cincuenta años atrás. No sé qué pasó con certeza, pero puedo contarle los rumores que he oído. La persona que estaba a cargo del transporte de las deportadas apartaba un porcentaje de ellas y las vendía a las traficantes de esclavas de otros sistemas. ¡Sí! —Enfatizó la afirmación con un gesto al ver que yo dudaba—. Sé que suena disparatado, pero antes de que este planeta fuera civilizado —lo dijo sin el menor rastro de ironía—, los contratos de servidumbre por deudas eran muy comunes y era perfectamente legal comerciar con ese tipo de contratos. A nadie le importaba mucho aquella práctica hasta que alguien tuvo la mala idea de vender unas cuantas xhais. Sin embargo, les parecía totalmente natural y sin interés que se vendieran ychanas.

—Ya.

Después de recibir los datos sobre las valskaayanas: las que habían sido deportadas al sistema athoeki, las que habían sido reanimadas y asignadas a un trabajo específico y la diferencia entre unas y otras, y habiendo visto el antiguo juego de té y sabiendo que la capitana Hetnys se lo había vendido a la ciudadana Fosyf, pedí información sobre la historia del sistema.

—Sin embargo —continué yo—, poco después de la anexión, la venta de esclavas a otros sistemas cesó para siempre. —En parte, creía yo, porque ese comercio se basaba en el suministro de esclavas baratas del sistema athoeki, y

eso acabó cuando el sistema fue anexionado al Radch, y en parte por problemas internos en los sistemas de las traficantes—. Pero cuándo ocurrió eso, ¿hace seiscientos años? Seguro que esa práctica no se ha mantenido desde entonces sin que nadie se diera cuenta.

—Yo solo le cuento lo que he oído, capitana de flota. Si los rumores son ciertos, el número de deportadas que se vendían se cubría, y debo decir que muy ajustadamente, alegando una cantidad alarmante de fallos en los procesos de reanimación de las trabajadoras asignadas a las plantaciones de té. Cuando la gobernadora del sistema se enteró, y por supuesto me refiero a antes del nombramiento de la gobernadora Giarod, puso fin al tráfico de esclavas, pero, por lo visto, también mantuvo en secreto lo sucedido. Al fin y al cabo, los médicos que habían firmado los informes falsos lo habían hecho a instancias de algunas de las ciudadanas más relevantes de Athoek. Y no me refiero al tipo de personas a las que normalmente persigue Seguridad. Además, si la noticia hubiera llegado a palacio, sin duda la Lord del Radch habría querido saber por qué la gobernadora no se había enterado antes de lo que estaba ocurriendo. Así que, en lugar de contarlo, varias ciudadanas de renombre se retiraron de la vida pública. Entre ellas, la abuela de la ciudadana Fosyf, que dedicó el resto de su vida a rezar en un monasterio situado en el otro extremo del continente.

Esa era la razón por la que yo había querido mantener aquella conversación lejos de la casa; por si acaso.

—Pero la cifra falsa de fallos en la reanimación no debía de ser suficiente para tapar lo que ocurría. Debía de haber algo más.

Esos sucesos no constaban en la información que yo había recibido acerca de la historia del sistema. Claro que, según Sirix, lo ocurrido se había mantenido en secreto y alguien se encargó de que no figurara en las crónicas oficiales.

Sirix reflexionó en silencio un instante.

—Puede que tenga razón, capitana de flota. Yo solo sé lo que cuentan los rumores.

—... Se trataba de una poesía muy sentida —decía Basnaaid en mi salón en el Subjardín—. Me alegro de que nadie de aquí la haya leído.

Tisarwat y ella estaban tomando un té.

—¿Le mandó parte de ella a su hermana, ciudadana? —le preguntó Tisarwat.

Basnaaid soltó una breve y temblorosa carcajada.

—Casi toda. Ella siempre me decía que era maravillosa. O era muy amable conmigo o tenía un gusto horroroso.

Por alguna razón, sus palabras angustiaron a Tisarwat y despertaron en ella una sobrecogedora sensación de vergüenza y desprecio por sí misma. Prácticamente todas las radchaais bien instruidas escribían poesía en su juventud. Me imaginé la calidad de los versos que Tisarwat habría escrito y de los que debió de sentirse orgullosa; después los vería con la mirada de Anaander Mianaai, la Lord del Radch, que tenía tres mil años de edad. Seguro que la valoración no fue positiva. Y si ella ya no era Anaander Mianaai, ¿qué era sino una versión recompuesta de Tisarwat con su frivolidad y su poesía de mala calidad? ¿Cómo podía verse a sí misma sin recordar el destructivo desdén de la Lord del Radch?

—Si le mandó su poesía a la teniente Awn, sin duda la capitana de flota Breq la habrá leído —dijo Tisarwat con nostalgia y aborreciéndose a ella misma.

Basnaaid parpadeó varias veces y empezó a fruncir el ceño, pero entonces se contuvo. Podía ser que fuera a arrugar la frente porque yo hubiera leído su poesía o podía ser por la tensión que percibió en la voz de la teniente Tisarwat, que hasta entonces estaba relajada y sonriente.

—Me alegro de que no me la criticara a la cara.

—Ella nunca haría algo así —replicó Tisarwat todavía con voz tensa.

—Teniente. —Basnaaid dejó su taza en la mesita improvisada que había junto a su silla—. Lo que dije el otro día iba en serio y, si no se tratara de una cuestión importante, no habría venido. He oído decir que las reparaciones que se están haciendo en el Subjardín son obra de la capitana de flota.

—S... —Tisarwat consideró que el simple sí que iba a decir no era del todo diplomático—. Las reparaciones se realizan conforme a las órdenes de la administradora de la estación Celar, horticultora, pero sí que es cierto que la capitana de flota ha influido en la decisión.

Basnaaid asintió con un leve gesto.

—Se trata del lago de los Jardines. Estación no puede ver los soportes inferiores del depósito que impiden que el Subjardín se inunde. Habría que inspeccionarlos con regularidad, pero no creo que se haga; y no puedo comentárselo a la horticultora jefe porque quien debería hacerlo es prima suya. La última vez que se lo comenté me montó un escándalo: me dijo que

me ocupara de mis asuntos y me preguntó cómo me atrevía a poner a su prima en entredicho.

Probablemente, si elevara sus quejas a la administradora de la estación Celar, que era la superior de la horticultora jefe, se metería en un lío, lo que podía valer la pena si la administradora de la estación le hiciera caso, pero no había ninguna garantía de que así fuera.

—¡Yo me encargaré de ello, horticultora! —exclamó Tisarwat logrando apenas contener su voz para no expresar a gritos sus ansias de ayudarla—. Lo único que requiere la situación es diplomacia.

Basnaaid parpadeó sorprendida.

—No quisiera... Por favor, entiéndame, no he venido para pedirle un favor a la capitana de flota. Si la situación no entrañara tanto peligro no estaría aquí, pero si algún día los soportes fallaran...

—La capitana de flota no se verá involucrada en esto —le aseguró Tisarwat con solemnidad pero eufórica para sus adentros—. ¿Le ha comunicado su inquietud a la ciudadana Piat?

—Estaba presente cuando lo comenté la primera vez, pero no sirvió de nada. Sé que Piat y usted se han hecho amigas durante los últimos días, teniente, y no es mi intención criticarla...

Se calló buscando una forma de expresar lo que quería decir.

—Sin embargo —intervino Tisarwat en medio del silencio—, en general no parece interesarse mucho por su trabajo. La mitad de las veces Raughd está por allí y la distrae, y la otra mitad, está alicaída. Pero Raughd lleva cuatro o cinco días en Suelo y, si depende de la capitana de flota Breq, tardará en volver. Creo que percibirá usted un cambio en Piat. Creo que la han manipulado para que no se sienta capaz, para que sienta que no es digna de confianza. Le sería de gran ayuda que usted la apoyara en el trabajo.

Basnaaid ladeó la cabeza y arrugó más el ceño. Luego miró fijamente a Tisarwat, como si acabara de decir algo total e incomprensiblemente inesperado.

—¿Cuántos años tiene usted, teniente?

Tisarwat experimentó una mezcla de confusión, culpabilidad, desprecio por sí misma y una pizca de... algo parecido a una sensación de triunfo o satisfacción.

—Tengo diecisiete años, horticultora.

Una mentira que no era exactamente una mentira.

—Ahora mismo no parecía tener esa edad —repuso Basnaaid—. ¿La capitana de flota la trajo aquí para que descubriera los puntos flacos de las hijas de las ciudadanas más prominentes?

—No —contestó Tisarwat, abiertamente apenada e interiormente desesperada—. Creo que me trajo porque pensaba que si me perdía de vista me buscaría problemas.

—Si me lo hubiera dicho hace dos minutos, no la habría creído —alegó Basnaaid.

En Suelo, en el camino flanqueado de árboles que bordeaba el lago, el azul del cielo se había vuelto más brillante. La luz en el este era más intensa y hacía que el contorno de la montaña que no dejaba ver al sol se recortara, oscuro, contra el cielo. Sirix seguía caminando a mi lado. En silencio. Paciente. Aunque yo no creía que lo fuera realmente, solo por necesidad, por no poder expresar la rabia sin sentir un malestar considerable que sin duda en parte era físico, de modo que, casi con toda seguridad, se trataba de una pose.

—Estar con usted es como asistir a un concierto, capitana de flota —dijo Sirix con un tono de voz ligeramente burlón que confirmó mis sospechas—. ¿Las canciones que tararea continuamente tienen relación con lo que está pensando en cada momento o son aleatorias?

—Depende. —En aquel instante, tarareaba la canción que Kalr cantaba el día anterior en el Departamento Médico de la estación—. A veces, simplemente canto una canción que he oído recientemente. Se trata de un viejo hábito. Siento haberla molestado.

—Yo no he dicho que me molestara, pero nunca pensé que a las primas de la Lord del Radch les preocupara si molestaban o no.

—De todas maneras, yo no he dicho que fuera a callarme —señalé yo—. ¿Cree usted que aquello sucedió, me refiero a la venta de deportadas, sin que la Lord del Radch lo supiera?

—Si lo hubiera sabido, si realmente hubiera comprendido lo que estaba ocurriendo, habría pasado lo mismo que en Ime. —La administración del sistema de Ime era totalmente corrupta; había asesinado y esclavizado a ciudadanas y casi provocó una guerra con las alienígenas rrrrr; hasta que la situación se puso en conocimiento directo de Anaander Mianaai; o al menos de la parte buena de Anaander Mianaai. Pero Sirix no conocía esa parte de la historia—. La noticia habría llegado a todas partes y las personas implicadas habrían tenido que asumir la responsabilidad de sus actos.

Me pregunté cuándo se había enterado Anaander Mianaai de lo que ocurría allí, de que unas ciudadanas en potencia eran vendidas para obtener un beneficio. No me habría sorprendido que una parte de ella lo supiera y que hubiera continuado o reemprendido aquella práctica a escondidas del resto de sí misma. En tal caso cabía preguntarse qué parte de Anaander era esa y qué provecho sacaba de ello.

Pensé en la parte de Anaander que quería despojar a las naves de sus auxiliares; naves como la *Misericordia de Kalr* o cruceros de batalla como la *Justicia de Ente*, en la que Skaaiat Awer había servido.

No se podía confiar en que las soldados humanas lucharan en el bando que quería reemplazarlas por auxiliares; y por otro lado, las auxiliares eran extensiones de sus naves y cumplirían sin protestar las órdenes que sus naves recibieran. Así que a la Anaander que quería seguir utilizando auxiliares podían resultarle útiles los cuerpos de las deportadas.

—Usted no está de acuerdo en que Anaander habría intervenido —dijo Sirix al percibir mi silencio—, pero ¿no es la justicia la razón última de la civilización?

Y también la corrección y el provecho.

—Entonces usted cree que si aquí se producen injusticias es solo porque la Lord del Radch no está lo bastante presente.

—¿Se imagina a las radchaais practicando abiertamente la esclavitud o vendiendo contratos de servidumbre forzosa como hacían las xhais? —me preguntó Sirix.

Detrás de nosotras, en el edificio en el que nos alojábamos, probablemente la capitana Hetnys estaba desayunando atendida por un cuerpo humano que era un esclavo de la nave militar *Espada de Atagaris*. Y ese era solo uno entre docenas de cuerpos en la misma situación. Yo también había sido una de miles de cuerpos esclavos antes de que el resto de mí fuera destruido. Sirix no lo sabía, pero seguro que conocía la existencia de otras naves militares tripuladas por auxiliares. Por otro lado, en la otra ladera de la montaña vivían docenas de valskaayanas cuyas progenitoras, o sus abuelas o ellas mismas, habían sido transportadas a aquel planeta para facilitar la ocupación radchaaai y para ser mano de obra barata. La misma Sirix era descendiente de deportadas.

—Sí, claro, y las auxiliares y las deportadas son cosas totalmente distintas —repuse con sequedad.

—Bueno, milord ha puesto fin al uso de auxiliares, ¿no? —Yo no respondí y ella continuó—: ¿Así que la tasa de fallos en la reanimación de las deportadas valskaayanas le parece elevada?

—Así es. —Yo había almacenado miles de cuerpos en tanques de suspensión y tenía una larga y amplia experiencia en el proceso de reanimación—. Lo que quisiera saber es si el tráfico de deportadas terminó realmente ciento cincuenta años atrás o si solo lo hizo en apariencia.

—¡Ojalá hubiera venido milord con usted para que pudiera ver en persona lo que pasa aquí! —exclamó Sirix.

En Órbita, en el Subjardín, Bo Nueve entró en la habitación donde Basnaaid y Tisarwat bebían té.

—Señor, hay un problema, señor —informó Bo.

Tisarwat la miró sorprendida, tragó el sorbo que tenía en la boca y le indicó con un gesto que se explicara.

—Señor, he subido al nivel uno para comprar... su comida, señor. —Yo había dado instrucciones para que compraran la comida y todos los suministros que pudieran en el Subjardín—. En estos momentos hay mucha gente agolpada frente a la tetería. Están..., están enfadadas por las reparaciones que la capitana de flota ha ordenado, señor.

—¿Enfadadas? —Tisarwat se quedó de una pieza—. ¿Por disponer de agua y luz? ¿Y aire?

—No lo sé, señor, pero cada vez llega más gente, se está formando una gran muchedumbre y podría haber consecuencias.

Tisarwat miró fijamente a Bo Nueve.

—¡Pero lo lógico sería que estuvieran agradecidas!

—No lo sé, señor —respondió Bo, aunque, por lo que Nave me mostró, estaba de acuerdo con la teniente.

Tisarwat miró a Basnaaid, que seguía sentada delante de ella y, de repente, se sintió sumamente apesadumbrada.

—No —dijo como si respondiera a una pregunta que yo desconocía—. No. —Y volvió a mirar a Bo Nueve—. ¿Qué haría la capitana de flota en este caso?

—Algo que solo la capitana de flota haría —contestó Bo. Entonces se acordó de la presencia de Basnaaid—. Si me permite decirlo, señor.

—Nave, ¿puede ayudarme la capitana de flota? —solicitó Tisarwat en silencio.

—La capitana de flota Breq está de luto, teniente —le dijo Nave en el oído—. Yo puedo transmitirle saludos o mensajes de condolencia, pero sería de lo más incorrecto que se implicara en un asunto como este.

En Suelo, Sirix decía:

—Aquí todo el mundo está demasiado involucrado. La Lord del Radch, por su parte, está por encima de todo esto, pero no puede venir en persona. Sin embargo, la autoridad que usted ejerce la ha recibido directamente de ella, ¿no?

En el Subjardín, la teniente Tisarwat preguntó:

—¿Cuál ha sido el augurio de esta mañana en el templo?

—No hay ganancia sin pérdida —informó Bo Nueve.

El augurio había sido mucho más complejo que eso, pero en esencia ese era el mensaje.

En Suelo, a la sombra de los árboles que bordeaban el lago, Sirix continuó:

—Emer dice que aquel día usted se mostró fría como el hielo. —Se refería a la mujer que dirigía la tetería en el Subjardín—. Dispararon a la traductora justo delante de usted. De hecho, ella murió en sus brazos y había sangre por todas partes; a pesar de ello usted estaba serena y tranquila, y ni su cara ni su voz reflejaron el menor desasosiego. Emer cuenta que usted se volvió hacia ella y le pidió un té.

—Todavía no había desayunado.

Sirix se rio y exclamó:

—¡Ajá! —Breve y agudo—. Ella pensó que la taza y el té se congelarían cuando usted las tocara. —Se fijó de nuevo en mí—. Vuelve usted a estar distraída.

—Así es.

Dejé de caminar. En el Subjardín, Tisarwat había tomado una decisión y le dijo a Bo:

—Acompaña a la horticultora Basnaaid de vuelta a los Jardines.

En Suelo, yo me disculpé ante Sirix:

—Lo siento mucho, ciudadana. Ahora mismo tengo muchas cosas en las que pensar.

—Por supuesto.

Caminamos unos treinta metros en silencio. Tisarwat salió con paso largo de nuestras dependencias en el Subjardín y avanzó por el pasillo. Entonces Sirix comentó:

—He oído decir que la hija de la casa se fue ayer por la noche enfurruñada y que todavía no ha regresado.

—¿Así que Ocho le cuenta los cotilleos de la casa? —repliqué yo mientras en el Subjardín Tisarwat empezaba a subir las escaleras hacia el nivel uno—. Usted debe de caerle bien. ¿Le ha explicado por qué se fue Raughd?

Sirix arqueó una ceja con cara de escepticismo.

—No, pero cualquiera con un par de ojos puede suponerlo. Cualquiera con un poco de sentido común se dio cuenta desde el principio de que era ridículo que se fijara en usted como lo hizo.

—Creo que Raughd no le cae muy bien.

Sirix resopló con sorna.

—Siempre está en las oficinas de los Jardines. Su ocupación favorita es elegir a alguien para burlarse de ella y conseguir que las demás también lo hagan. La mitad de las veces elige a Piat, la asistente en jefe. ¡Pero no pasa nada, claro, porque solo está bromeando! En realidad, el hecho de que me hayan arrestado a mí por algo que hizo ella es solo un extra.

—Lo ha adivinado usted por sí misma, ¿no?

En Órbita, en el Subjardín, Bo Nueve ayudaba a Basnaaid a pasar por encima de los restos de un cajón de embalaje que mantenía la compuerta del sector del nivel cuatro abierta. Tisarwat subía las escaleras hacia el nivel uno.

Junto al lago, Sirix me miró y su mirada reflejó que le ofendía que alguien creyera que no sabía que Raughd era la responsable de los hechos.

—Probablemente se fue a la ciudad. O a la vivienda de las trabajadoras agrícolas con el fin de despertar a alguna pobre valskaayana para que la divirtiera.

A mí no se me había ocurrido pensar que al rechazar tan fríamente a Raughd podía provocar que ella se desahogara con otras personas.

—¿Divirtiera cómo?

Sirix me lanzó otra mirada elocuente y replicó:

—Dudo que pueda hacer algo ahora. Cualquier valskaayana a la que pregunte le jurará que está más que contenta de satisfacer a la hija de la casa como ella desee. ¿Qué otra cosa pueden hacer?

Y, probablemente, si hubiera descendido a Suelo sin mí, Raughd habría ido directa a la casa de las valskaayanas, que debía de ser la fuente más fácil de diversión y satisfacción para ella. Sin duda en Athoek ese tipo de diversión y satisfacción era común entre las propietarias de las plantaciones de té. Podía

encontrar una forma de trasladar a Raughd a otro lugar o impedirle que hiciera las cosas que hacía, pero lo mismo debía de ocurrir en docenas de otros lugares como aquel.

En Órbita, en la plaza del nivel uno, Tisarwat se subió a un banco. Algunas de las personas que se aglomeraban a la entrada de la tetería se dieron cuenta de su presencia y se fueron, pero la mayoría de ellas estaban concentradas en lo que decía alguien en el interior de la tetería. Tisarwat respiró hondo. Resuelta. Segura. Fuera lo que fuese lo que hubiera decidido hacía que se sintiera aliviada, ilusionada y expectante, pero, en cierto sentido, a mí me preocupaba.

—Nave —llamé en silencio mientras caminaba al lado de Sirix.

—Lo veo, capitana de flota —contestó la *Misericordia de Kalr*—. Pero creo que ella está bien.

—Informa a Médico, por favor.

Tisarwat gritó desde el banco:

—¡Ciudadanas! —No tuvo mucho éxito y volvió a intentarlo en un tono más alto—. ¡Ciudadanas! ¿Hay algún problema?

Se produjo un silencio. Alguien que estaba cerca de la entrada de la tetería dijo algo en raswar y tuve la firme sospecha de que se trataba de una obscenidad.

—¡He venido sola! —continuó Tisarwat—. Me han contado que tenéis algún problema.

La multitud se desplazó; alguien salió de la tetería y se aproximó a Tisarwat.

—¿Dónde están sus soldados, radchaaí?

Tisarwat se había sentido muy segura de sí misma mientras se dirigía a la plaza, pero de repente estaba aterrada.

—Están en el apartamento lavando los platos, ciudadana —respondió, logrando que el miedo no se reflejara en su voz—. Otras están cumpliendo algún encargo. Solo quiero hablar y saber cuál es el problema.

La persona que había salido de la tetería soltó una carcajada breve y amarga; yo sabía, gracias a mi larga experiencia con ese tipo de enfrentamientos que, probablemente, también tenía miedo.

—Siempre nos las hemos arreglado bien solas y ahora, de repente, ustedes se preocupan por nosotras. —Tisarwat no contestó y procuró no fruncir el ceño. No entendía cuál era el problema. La persona que tenía delante

continuó—: De repente, una adinerada capitana de flota quiere alojarse aquí y ustedes se preocupan por cómo están las cosas en el Subjardín. Y por casualidad se ha cortado toda comunicación con el exterior y no podemos presentar nuestras quejas en Palacio. ¿Dónde se supone que viviremos cuando nos echen de aquí? Las xhai no quieren vivir con nosotras. ¿Por qué cree usted que estamos aquí? —Se interrumpió y esperó a que Tisarwat respondiera, pero ella siguió callada. Se sentía confusa y desconcertada. Entonces aquella persona continuó—: ¿Esperaba que nos sintiéramos agradecidas? Todos esos cambios no son por nosotras. Ni siquiera se han tomado la molestia de preguntarnos qué queremos. ¿Qué planean hacer con nosotras? ¿Reeducarnos a todas? ¿Matarnos? ¿Convertirnos en auxiliares?

—¡No! —gritó Tisarwat, indignada, pero también avergonzada, porque sabía tan bien como yo que en otro tiempo y en otros lugares los temores de aquellas personas estarían fundados. Además, por lo que vimos cuando llegamos, por cómo trató la *Espada de Atagaris* a la pintora, había razones para sospechar que aquel era uno de esos tiempos y lugares—. En nuestros planes está validar la ocupación de los alojamientos. —Unas cuantas personas se rieron con sorna—. Y tiene usted razón —continuó Tisarwat—, Administración de la Estación debería escuchar sus inquietudes o, si lo prefiere, podemos hablar de ellas ahora mismo. Después usted —señaló a la persona que estaba de pie frente a ella— y yo podemos trasladar esas inquietudes directamente a la administradora de la estación Celar. De hecho, abriremos una oficina en el nivel cuatro a la que podrá acudir cualquier persona para hablar de los problemas de los arreglos u otros y nos aseguraremos de que lleguen a Administración.

—¿En el nivel cuatro? —gritó alguien—. ¡No todas podemos subir y bajar por esas escaleras!

—No creo que haya espacio en el nivel uno, ciudadana —alegó Tisarwat—. Salvo quizás aquí, en la plaza, pero eso sería muy incómodo para las clientas de la ciudadana Emer y para cualquiera que tenga que pasar por aquí —lo que implicaba a casi todo el mundo del Subjardín—. Así que, hoy, cuando esta buena ciudadana y yo —señaló a la persona que tenía delante— vayamos a Administración después de haber hablado aquí, les haremos saber que reparar los ascensores es una prioridad.

Silencio. La gente había empezado a salir lenta y cautelosamente de la tetería.

—Por lo general, para hacer este tipo de cosas nos sentamos todas en el suelo y la persona que habla se pone de pie, teniendo —observó alguien con un tono de voz casi desafiante—. El banco lo dejamos para las personas que no pueden sentarse en el suelo.

Tisarwat miró el banco sobre el que estaba y luego miró a las personas que tenía delante, que eran cincuenta o sesenta más las que seguían saliendo de la tetería.

—De acuerdo —dijo—. Me sentaré en el suelo.

Mientras Sirix y yo volvíamos a la casa, la respuesta de la capitana de flota Uemi llegó a la *Misericordia de Kalr*. Médico estaba de guardia.

—Con todos mis respetos hacia la capitana de flota Breq —oyó Médico en el oído—. Si lo desea, le informaré personalmente. Le aseguro que yo fui la única persona a bordo de la *Espada de Inil* que pasó más de unos minutos en Omaugh.

A diferencia de Seivarden y Ekalu, Médico sí que comprendió la importancia de las preguntas que yo le había formulado a la capitana de flota Uemi, de modo que, cuando esta envió la respuesta que yo había dejado preparada en caso de que la contestación que recibiéramos fuera la que fue, se sintió más horrorizada que perpleja.

—La capitana de flota Breq solicita la sumamente generosa indulgencia de la capitana de flota Uemi y le gustaría saber si la capitana de flota Uemi se ha sentido últimamente como si no fuera del todo ella misma.

Yo no esperaba respuesta a mi pregunta y nunca la recibí.

15

Las sirvientas de Fosyf hablaban con bastante libertad delante de mis silenciosas e inexpresivas kalrs. Raughd no había acudido enseguida a su madre como había amenazado, sino que le ordenó a una sirvienta que le hiciera el equipaje y la acompañara en una aeronave hasta el ascensor espacial; desde un transbordador la llevaría hasta la estación Athoek.

Yo no les caía bien a la mayoría de las sirvientas y así lo manifestaban cuando salían de la casa en la que me alojaba o cuando estaban en la cocina de la casa principal, adonde Cinco y Seis acudían a menudo con algún encargo. Yo era fría y arrogante, mis canturreos sacaban de quicio a cualquiera y tenía suerte de que mis asistentes personales fueran auxiliares (esta apreciación siempre producía en Cinco y Ocho un escalofrío de satisfacción) y que no les afectaran estas cosas. Además, el hecho de que hubiera llevado conmigo a Sirix Odela no podía constituir más que un insulto calculado, ya que ellas sabían quién era y conocían su historia. Y, como remate, había sido cruel con la hija de la casa. Ellas no sabían, exactamente, qué había sucedido, pero lo comprendían en líneas generales.

Otras sirvientas, al oír estas opiniones, permanecían inexpresivas y guardaban silencio y solo el temblor de una ceja o de la comisura de sus labios traicionaba lo que querrían decir. Algunas de las más comunicativas señalaban, en voz muy baja, que Raughd tenía un largo historial de crueldad y de ataques de cólera cuando no conseguía lo que quería. «En este sentido es como su madre», murmuró una de las disidentes cuando solo Cinco podía oírla.

—La niñera dejó su puesto cuando Raughd solo tenía tres años —le explicó Cinco a Ocho mientras yo estaba en una de mis caminatas y Sirix todavía estaba durmiendo—. Ya no soportaba a la madre.

—¿Dónde estaban las otras progenitoras? —preguntó Ocho.

—La madre no quería que tuviera más progenitoras que ella. O ellas no soportaban a la madre. La hija de la casa es una clon. Se supone que debe ser exactamente como su madre y, según tengo entendido, cuando no lo es, su madre se lo recuerda. Por eso algunas de las sirvientas sienten lástima por ella.

—A la madre no le gustan mucho las criaturas, ¿no? —observó Ocho, que se había fijado en que las niñas de la casa se mantenían alejadas de Fosyf y de sus invitadas.

—Para serte sincera, a mí tampoco me gustan mucho —admitió Cinco—. Bueno, no es verdad. En realidad, hay niñas de todo tipo, ¿no? Supongo que si conociera a más, descubriría que algunas me gustan y otras, no, como me ocurre con el resto de las personas. De todos modos, me alegro de que nadie dependa de mí para tener hijas, y la verdad es que, cuando estoy con niñas, no sé qué hacer. No sé si me entiendes. En cualquier caso, no las trataría como las tratan aquí.

Raughd regresó dos días después de haberse ido. Cuando llegó a la base del ascensor espacial, no le permitieron subir. Ella insistió en que tenía un permiso permanente para viajar a la estación, pero fue en vano. No estaba en la lista, no disponía del permiso necesario y los mensajes que envió a Administración de la Estación no recibieron respuesta. Y lo mismo pasó con los que envió a la ciudadana Piat. Entonces llegó Seguridad y le dijo, con un respeto y una cortesía extremos, que quizá quisiera contemplar la posibilidad de regresar a su casa junto al lago.

Sorprendentemente, eso es lo que hizo Raughd. Yo me imaginaba que se quedaría en la ciudad que había junto al ascensor espacial, donde, seguramente, habría encontrado compañía para practicar el tipo de diversiones que le gustaban, pero ella volvió a las montañas.

Llegó de noche, justo antes del desayuno, mientras el relato de su infructuoso intento de abandonar el planeta empezaba a llegar a oídos de las sirvientas que estaban fuera del edificio principal. Raughd ordenó a su asistente personal que, en cuanto Fosyf se despertara, le exigiera mantener una reunión con ella. A la mayoría de las sirvientas de la cocina tampoco les caía muy bien la asistente personal de Raughd. Tenían la sensación de que su estatus de asistente personal de la hija de la casa le producía una excesiva

satisfacción. Aun así, Kalr Cinco oyó que una ayudante de cocinera le susurraba a otra que ni sus peores enemigas le habrían deseado tener que transmitir semejante mensaje a Fosyf Denche.

Dicha reunión se mantendría en privado, lo que, en aquella casa, significaba que solo la oirían tres o cuatro sirvientas. O si Fosyf gritaba, media docena. ¡Y vaya si gritó! Raughd era la culpable absoluta de aquella situación y al intentar remediarla lo único que había conseguido era empeorarla. Se había propuesto convertirme en su aliada, pero su ineptitud había hecho que me convirtiera en su enemiga. Teniendo en cuenta lo incompetente y despreciable que era, no resultaba extraño que yo la hubiera rechazado rotundamente. A Fosyf incluso le avergonzaba admitir que estuvieran, aunque fuera remotamente, relacionadas. Raughd tampoco había manejado bien la relación con la administradora Celar. Fosyf nunca habría cometido semejantes errores. Era evidente que se había producido algún tipo de fallo en el proceso de clonación, porque nadie con el ADN de Fosyf podía ser tan desastrosa. Si Raughd emitía aunque solo fuera una palabra o un soplido en protesta ante esas verdades tan obvias, Fosyf la expulsaría de la familia. Todavía tenía tiempo de criar otra heredera que fuera mejor que ella. Al oírlo, Raughd no dijo nada y se dirigió en silencio a su habitación.

Justo antes de la comida, cuando salía de mi dormitorio en la casa pequeña, la asistente personal de Raughd entró en la cocina principal y se quedó allí en medio, callada, temblando y con la mirada fija en un punto distante, al frente. Ocho estaba allí porque había ido a buscar algo para Sirix. Al principio nadie se fijó en la asistente porque todo el mundo estaba ocupado con los últimos preparativos de la comida, pero al poco una de las ayudantes de cocina levantó la vista, vio a la asistente temblando y gritó:

—¡La miel! ¿Dónde está la miel?

Todas miraron hacia allí y vieron a la asistente, que tembló todavía más y abrió la boca como si fuera a hablar o, quizá, a vomitar, pero volvió a cerrarla y, a continuación, la abrió y la cerró repetidas veces.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó alguien.

—¡He gastado toda la miel para preparar los pasteles para esta tarde! —exclamó la segunda ayudante de cocina con pánico en la voz.

—¡Ay, mierda! —soltó una sirvienta que acababa de entrar con unas tazas de té sucias.

Al ver que nadie la regañaba por la palabrota supo que la situación era

grave. Alguien acercó una silla y tres sirvientas sentaron en ella a la asistente de Raughd, que seguía temblando y abriendo y cerrando la boca. La primera ayudante de cocina le llevó un pedazo de pastel con miel y se lo metió mientras boqueaba, pero la asistente de Raughd lo escupió. Se oyeron gritos de desesperación y pareció que la asistente fuera por fin a vomitar, pero, en lugar de hacerlo, soltó un gemido grave y largo.

—¡Haced algo! ¡Haced algo! —suplicó la sirvienta que había llegado con las tazas sucias.

Se habían olvidado por completo de la comida. Empecé a darme cuenta de lo que ocurría. Había visto casos parecidos antes, aunque no ese tipo de reacción ante ellos.

—¿Se encuentra usted bien, capitana de flota? —me preguntó Sirix en nuestro edificio, en el pasillo que comunicaba con los dormitorios.

Debía de haber salido de su habitación mientras yo estaba absorta en los acontecimientos que tenían lugar en la cocina del edificio principal. Parpadeé y los aparté de mi visión el tiempo suficiente para ver a Sirix y decirle:

—No sabía que las samirendas practicaban la posesión de espíritus.

Sirix no intentó ocultar su desagrado al oír mis palabras, pero giró la cara como si la avergonzara que la mirara a los ojos y emitió un sonido de repugnancia.

—¿Qué opinará usted de nosotras, capitana de flota?

Nosotras. Claro, Sirix era una samirenda.

—Lo hacen algunas personas cuando se sienten ignoradas u ofendidas —continuó—. Entonces todo el mundo corre para darles dulces o decirles cosas amables.

En aquel caso, más que haber provocado ella la situación, la asistente parecía ser la víctima. Además, yo no había visto que nadie le dijera cosas amables, pero había apartado momentáneamente la atención de la cocina. Al volver a centrarme en ella vi que una de las capataces, la que nos había recibido cuando llegamos y parecía ignorar que las trabajadoras agrícolas hablaran y comprendieran el radchaai, estaba arrodillada junto a la silla en la que la asistente seguía temblando y gimiendo.

—¡Deberíais haberme llamado antes! —les recriminó la capataz.

—¡Acabamos de darnos cuenta! —replicó una de ellas.

—La cuestión es impedir que el espíritu hable —me explicó Sirix, que seguía de pie a mi lado en el pasillo, sintiendo todavía repugnancia y,

entonces me di cuenta, también vergüenza—. Si habla, probablemente maldecirá a alguien. La gente haría cualquier cosa para impedirlo. Una persona caprichosa puede conseguir por este medio que todas las habitantes de una casa estén pendientes de ella durante días.

Yo no creía que las diosas o los espíritus pudieran poseer a alguien, pero dudaba que la asistente estuviera haciendo aquello conscientemente y, si era así, sin duda le movía la necesidad real e imperiosa de obtener la reacción que aquello provocaba en las demás sirvientas. Al fin y al cabo ella estaba sometida constantemente a los caprichos de Raughd Denche sin apenas un respiro.

—¿Dulces? ¿No se les da solo miel? —le pregunté a Sirix.

Ella parpadeó un par de veces y se quedó inmóvil, como la había visto hacerlo otras veces cuando estaba enfadada o se sentía ofendida. Fue como si para ella mis preguntas fueran un insulto personal.

—No creo que baje a comer —anunció con frialdad. A continuación se volvió y entró de nuevo en su dormitorio.

En la cocina del edificio principal, la cocinera jefe estaba aliviada por la presencia de la capataz. Eso le permitió hacerse cargo de las preocupadas y paralizadas sirvientas y, con reprimendas y zalamerías, consiguió que reanudaran el trabajo. Mientras tanto, la capataz puso trozos del pastel hecho con miel en la boca de la asistente. Esta no paró de escupirlos sobre su regazo, pero la capataz siguió intentándolo con tozudez mientras recitaba frases que, por el sonido, deduje que eran en liost y, por el contexto, que se trataba de rezos.

Al final, la asistente dejó de gemir y de temblar y no llegó a soltar la supuesta maldición. Después dijo que estaba exhausta y pidió ser relevada de sus tareas durante el resto del día. Ni las sirvientas ni la familia pusieron reparos a su petición, al menos a oídos de Ocho. A la mañana siguiente volvió a hacerse cargo de sus funciones y, a partir de entonces, todas las empleadas de la casa fueron más amables con ella.

Raughd me evitaba. Yo la veía en raras ocasiones, solo a última hora de la tarde o a primera hora de la noche, cuando se dirigía a la casa de baños. Si nos cruzábamos por el camino, ella evitaba, deliberadamente, dirigirme la palabra. Pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad más cercana o, lo que me resultaba más preocupante, en la casa de las trabajadoras agrícolas.

Pensé en marcharme, pero todavía teníamos por delante más de una semana

de luto estricto. Interrumpirlo de esa manera se consideraría un mal presagio y comprometería la correcta ejecución de los ritos funerarios. Quizá las presgeres o sus traductoras no lo entendieran o no les importara por qué lo había hecho; era lo mismo. Yo había presenciado, en dos ocasiones, los desastrosos resultados de subestimar a las presgeres. Una por parte de la gobernadora Giarod y la capitana Hetnys; la otra fue cuando Anaander Mianaai en persona creyó que podía destruirlas y como respuesta ellas pusieron en manos de las garseddais aquellas armas invisibles cuyas balas podían atravesar cualquier tipo de material del universo. Las presgeres no lo hicieron para salvar a las garseddais, que al final fueron aniquiladas, y todos los planetas y estaciones de su sistema acabaron incendiados y sin posibilidad de albergar ningún tipo de vida, lo que no provocó ni la protesta ni ninguna acción de las presgeres. Yo estaba segura de que las presgeres les entregaron las armas para enviar un mensaje a Anaander Mianaai: «¡No se le ocurra ni pensarlo!» Yo no iba a subestimarlas.

Fosyf siguió visitando nuestra pequeña casa todos los días y siguió tratándome con su habitual y aparentemente inconsciente jovialidad. Interpreté su extraña serenidad como un signo de hasta qué punto deseaba lo que pretendía conseguir y también como el instrumento para conseguirlo; como si, a base de insistir, lo que quería fuera a hacerse realidad. Se trataba de un método que, por lo que yo había visto antes, funcionaba mejor con las personas que solían conseguir lo que se proponían. Sin duda, Fosyf había descubierto que a ella le funcionaba.

Arriba, en la estación Athoek, había transcurrido más de una semana y, a pesar de la insistencia de la teniente Tisarwat y de la implicación de la administradora de la estación Celar, la inspección a fondo de los soportes de los Jardines todavía no se había realizado.

—Para serte sincera, hay tantas cosas que requieren atención urgente que la inspección se aplaza una y otra vez —le explicó Tisarwat a Basnaaid una tarde en el salón de mis dependencias. Percibí su emoción y determinación a ayudar a Basnaaid, pero también una infelicidad subyacente—. Estoy segura de que, si la capitana de flota estuviera aquí, encontraría la manera de que...

la inspección por fin se llevara a cabo.

—La simple posibilidad de que vaya a hacerse ya me impresiona favorablemente —repuso Basnaaid con una sonrisa que dejó a Tisarwat sin habla y con sensación de autosatisfacción.

Entonces recuperó la compostura y dijo:

—No es que sea urgente, pero me pregunto si Horticultura podría suministrarnos algunas plantas para las zonas públicas del Subjardín.

—¡Sin duda mejoraría la calidad del aire! —exclamó Basnaaid en tono divertido—. Sin embargo, no creo que haya todavía suficiente luz aquí. —Entonces se le ocurrió otra idea divertida—: Quizá podrían cultivar setas en los espacios abiertos.

—¡Ah, las setas! —exclamó Tisarwat con frustración—. Nadie quiere contarme dónde las cultivan. No sé de qué tienen miedo. A veces pienso que todo el mundo las cultiva en cajas que esconden debajo de la cama, o en algún lugar parecido, y que por eso les preocupa tanto que el servicio de mantenimiento de la estación entre en sus dependencias.

—Ganan dinero con la venta de las setas, ¿no? Pero si la jefa de Horticultura las encontrara, se las llevaría a los Jardines y cobraría por ellas unos precios desorbitados.

—De todas maneras, ellas podrían seguir cultivándolas y vendiéndolas aquí —argumentó Tisarwat—, así que no entiendo cuál es el problema. —Hizo un gesto con el que pretendió obviar la irritación que sentía—. Hablando de setas... ¿quiere que mande a Nueve a comprar algo para comer?

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden estaba sentada en la sala de la decuria con la teniente amaata de la *Espada de Atagaris*, que le había llevado una botella de arak.

—Eres muy amable —agradeció Seivarden con un tono condescendiente apenas perceptible que la otra teniente no pareció notar—. Pero si me disculpas no beberé porque he hecho un voto.

Los votos se hacían como penitencia o como una práctica espiritual ocasional. Seivarden le tendió la botella de arak a Amaat Tres, que la dejó en el aparador y se colocó en posición de firmes al lado de la auxiliar de la *Espada de Atagaris* que había acompañado a la teniente.

—¡Eso es realmente admirable! —dijo la teniente amaata de la *Espada de Atagaris*—, pero no es mi caso —añadió, levantando su taza de té.

Tres le había pedido permiso a Kalr Cinco para utilizar el mejor juego de

té, que seguía empaquetado en mis dependencias en la nave, porque Cinco no quería que le ocurriera nada. Al utilizarlo, Tres esperaba humillar a la teniente de la *Espada de Atagaris* haciendo alarde de mi estatus. Cinco se negó y sugirió, como alternativa, que Tres hiciera justo lo contrario y sirviera el té a las tenientes en mis viejas tazas de esmalte descascarillado. La sugerencia sedujo de momento a Tres, que como el resto de la tripulación recordaba la amenaza que profirió la *Espada de Atagaris* cuando entramos en el sistema estelar, pero su sentido de la corrección venció, así que la teniente de la *Espada de Atagaris* se bebió su té sin ser consciente de que había escapado por poco al insulto.

—Seivarden es un nombre muy anticuado —dijo con una jovialidad totalmente falsa—. A tus progenitoras debía de encantarles la historia.

Antes de que Anaander Mianaai se extendiera más allá de los confines originales del Radch, tenía una aliada que se llamaba Seivarden.

—Era un nombre tradicional en mi familia —replicó Seivarden con frialdad.

Estaba indignada, pero, al mismo tiempo, disfrutaba de la incertidumbre de la otra teniente. Seivarden todavía no le había dicho el nombre de su casa y como esta ya no existía y había estado separada de ella unos mil años, ya no lucía ninguna joya que pudiera indicar sus vínculos familiares. Además, aunque todavía conservara alguna de esas joyas, probablemente aquella teniente no las habría reconocido, porque habían cambiado muchas cosas en todo ese tiempo.

La teniente de la *Espada de Atagaris* pareció no darse cuenta de que Seivarden había utilizado el tiempo verbal pasado.

—Me dijiste que procedías de Inai. ¿En qué provincia está?

—Outradch —respondió Seivarden con una sonrisa amable. Era la provincia más antigua y era lo más cerca que la mayoría de las radchaais habían estado de los confines originales del Radch—. Te estás preguntando acerca de mis conexiones familiares —continuó Seivarden, pero no porque quisiera ayudar a la teniente a salir de una situación socialmente incierta, sino por su propia impaciencia—. Me llamo Seivarden Vendaai.

La otra teniente frunció el ceño y, durante medio segundo, no identificó el nombre, pero entonces lo reconoció.

—¡Eres la capitana Seivarden!

—Así es.

La teniente de la *Espada de Atagaris* se echó a reír.

—¡Por la gracia de Amaat, qué humillación! ¡Ya es bastante malo estar congelada durante mil años como para que luego te degraden a teniente y te asignen a una misericordia! Supongo que tendrás que volver a ganarte el puesto de capitana. —Volvió a beber un sorbo de té—. En nuestra sala de la decuria las soldados han estado elucubrando... Es inusual que una capitana de flota esté al mando de una misericordia y nos preguntábamos si la capitana de flota Breq no estará pensando trasladar aquí a la capitana Hetnys y asumir ella el mando de la *Espada de Atagaris*. Al fin y al cabo, nuestra nave es la más rápida y la mejor armada de las dos.

Seivarden parpadeó repetidas veces y replicó con un peligroso e inexpresivo tono de voz:

—No subestimes a la *Misericordia de Kalr*.

—¡Venga, vamos, teniente, no pretendía ofenderte! La *Misericordia de Kalr* es una nave perfectamente aceptable para ser una misericordia, pero la cuestión es que, llegado el caso, la *Espada de Atagaris* podría vencerla fácilmente. Tú misma has estado al mando de una espada y sabes que es cierto. Además, la *Espada de Atagaris* todavía tiene auxiliares y ninguna soldado humana es tan rápida o fuerte como una auxiliar.

Amaat Tres, que estaba cerca por si Seivarden la necesitaba, no mostró, desde luego, ninguna reacción externa, pero durante un instante me preocupó que atacara a la teniente de la *Espada de Atagaris*. No me habría importado mucho, aunque, por supuesto, Seivarden tendría que amonestarla, pero Tres estaba al lado de la auxiliar de la *Espada de Atagaris* y esta no permitiría que nadie hiriera a su teniente. Y por muy formada y entrenada que estuviera Amaat Tres, nunca podría igualar a una auxiliar.

Seivarden, que era un poco más libre de expresar su rabia, dejó la taza de té encima de la mesa, se irguió y dijo:

—¿Estás amenazándonos, teniente?

—¡Por la gracia de Amaat, no, teniente! —La teniente de la *Espada de Atagaris* pareció sorprendida de verdad de que sus palabras pudieran ser interpretadas en ese sentido—. Solo estaba constatando un hecho. Aquí todas estamos del mismo lado.

—¿De verdad? —Seivarden frunció los labios en un gesto de rabia y desdén aristocráticos que no le había visto hacer desde hacía más de un año—. ¿Por eso nos atacasteis cuando entramos en el sistema, porque estamos en

el mismo lado?

—¡Por la gracia de Amaat! —La otra teniente intentó fingir que la reacción de Seivarden no la inquietaba—. ¡Aquello fue un malentendido! Seguro que entiendes que todas hemos estado muy tensas desde que los portales quedaron inutilizados. Y no era mi intención en absoluto amenazaros; solo quería constatar un hecho que es obvio. Y, aunque en tu época el hecho de que una capitana de flota estuviera al mando de una misericordia fuera habitual, insisto en que hoy en día no lo es, por lo que es natural que nos preguntemos si perderemos a la capitana Hetnys y acabaremos sirviendo a las órdenes directas de la capitana de flota Breq.

Sus palabras solo consiguieron que Seivarden sintiera más desdén hacia ella.

—La capitana de flota Breq hará lo que considere mejor, pero, para evitar posteriores malentendidos —se entretuvo ligeramente en la pronunciación de esta última palabra—, déjame decirte clara e inequívocamente que la próxima vez que amenaces a esta nave será mejor que lleves a cabo tu amenaza.

La teniente de la *Espada de Atagaris* reiteró que nunca, nunca había pretendido amenazarnos, y entonces Seivarden sonrió y cambió de tema.

En la estación, Basnaaid le decía a la teniente Tisarwat:

—Yo no conocí personalmente a mi hermana. Nací después de que ella se fuera. En realidad, nací porque ella se fue, porque enviaba dinero a casa y mis progenitoras creyeron que si ella había conseguido llegar a oficial, yo también podría conseguir algo valioso en la vida; algo mejor que hervir pescado y trocear hortalizas. —Las progenitoras de la teniente Awn eran cocineras—. Yo siempre tenía que estar a la altura de Awn. Siempre debía estarle agradecida. Por supuesto, mis progenitoras nunca me lo dijeron, pero yo siempre sentí que nada era por mí ni para mí, sino por y para ella. Sus mensajes siempre eran muy amables y, desde luego, yo la admiraba. Awn era una heroína, la primera de nuestra casa que había conseguido ser realmente alguien... —Soltó una risa compungida—. ¡Imagínate! Como si todas las miembros de mi familia no fueran nadie. —La teniente Tisarwat esperó y guardó un silencio inusual en una joven de diecisiete años y Basnaaid continuó—: Desde su muerte, la cosa ha empeorado. No consigo olvidar todos los aspectos en los que no estoy a su altura. ¡Ni siquiera a la de sus

amigas! La casa Awer es tan superior a la Elming que bien podrían estar en universos distintos. Y, ahora, Mianaai.

—Y encima sus amigas te ofrecen cosas porque eres su hermana y no porque hayas hecho algo para merecerlo —intervino la teniente Tisarwat.

Me pregunté si Tisarwat había descubierto por qué estaba tan encaprichada con Basnaaid. Posiblemente, no. En aquel momento, estaba concentrada en escucharla y comprenderla. Y le complacía poder ayudarla y que Basnaaid confiara en ella.

—Awn nunca se postró ante nadie. —Basnaaid parecía no darse cuenta de que las palabras y la conducta de la teniente Tisarwat eran las de alguien de mucha más edad de la que aparentaba. Quizá se había acostumbrado a ello durante los últimos días—. Nunca lo habría hecho. Si tuvo amigas de ese tipo, fue por ser quien era.

—Sí —asintió Tisarwat con sencillez—. Eso mismo me dijo la capitana de flota.

Basnaaid no contestó y la conversación derivó a otros temas.

Tres días antes de la fecha de nuestra partida, la capitana Hetnys por fin abordó el tema de la hija de la casa. Estábamos sentadas en el porche y a nuestra espalda teníamos las amplias cristaleras, que estaban abiertas. Fosyf atendía un asunto en la planta de elaboración manual del té y Raughd, cómo no, estaba en la casa de las trabajadoras. Sirix había ido a una zona sombreada del lago, según dijo, para contemplar los peces, pero yo sospechaba que, simplemente, quería estar sola, sin que ni siquiera Ocho estuviera pendiente de ella. En la casa solo estábamos la capitana Hetnys y yo, y Kalr Cinco y la auxiliar de la *Espada de Atagaris* esperaban en las proximidades. Estábamos sentadas de cara al sombreado camino de piedra cubierto de musgo, la cordillera montañosa y los picos negros y veteados de hielo del fondo. A la izquierda teníamos el edificio principal y más adelante estaba la casa de baños, a poca distancia de la casa principal pero sin obstruir la vista; solo veíamos un extremo de su pared curva de cristal. A pesar de la claridad de la tarde, debajo de los árboles y en el porche el aire era fresco y húmedo.

—Señor, solicito su permiso para hablar con franqueza —dijo la capitana Hetnys.

Asentí con un gesto. Durante todo el tiempo que llevábamos en Suelo, la capitana Hetnys no había mencionado, en ningún momento, la causa de que estuviéramos allí, aunque todos los días se había pintado la franja blanca en la cara y había recitado las oraciones funerarias preceptivas.

—Señor, he estado pensando en lo que ocurrió en el Subjardín. Sigo creyendo que actué correctamente al dar las órdenes que di, pero salió mal y asumo la responsabilidad de lo sucedido.

Las palabras en sí eran desafiantes, pero su tono fue respetuoso.

—¿En serio, capitana?

Uno de los vehículos de tierra de la finca apareció por la carretera que comunicaba con la otra ladera de la montaña. Podía ser Fosyf regresando de la fábrica, o Raughd, de la casa de las trabajadoras agrícolas. Esa situación no podía continuar, pero todavía no había dado con la solución. Quizá no la había.

—Sí, señor, y reconozco que me equivoqué al arrestar a la ciudadana Sirix. Me equivoqué al suponer que ella era la autora de la pintada porque Raughd era la única alternativa.

Yo siempre había valorado este tipo de actitud en las oficiales: la disposición a admitir sus errores cuando se daban cuenta de que se habían equivocado y la voluntad de insistir cuando estaban seguras de haber actuado correctamente aunque eso implicara problemas. La capitana Hetnys me miró con expresión grave y deduje que temía levemente mi reacción. Su actitud era algo ligeramente desafiante, pero solo algo. Ninguna oficial radchaai desafiaba abiertamente a una superior a menos que tuviera una actitud suicida. Me acordé del antiguo juego de té de valor incalculable; era muy probable que se hubiera vendido para blanquear unos beneficios ilegales. También me acordé de la inverosímil tasa de defunción de las deportadas a aquel sistema y, durante un instante, me pregunté cómo podían coexistir en la capitana Hetnys esas dos actitudes: el valor y la integridad que implicaban sus palabras, por un lado, y su participación en la venta de personas para obtener un beneficio económico, por otro. Me pregunté qué tipo de oficial sería si yo me hubiera encargado de su formación desde que era una teniente primeriza. Posiblemente, sería igual que ahora; o no. Posiblemente estaría muerta; se habría desintegrado como le ocurrió al resto de mi tripulación cuando Anaander Mianaai perforó mi escudo de calor unos veinte años atrás.

O quizá no. Si en la ciudad de Ors, en Shis'urna, yo hubiera estado a las

órdenes de la teniente Hetnys en lugar de la teniente Awn, quizá seguiría siendo yo misma; seguiría siendo la *Justicia de Toren* y mi tripulación estaría con vida.

—Señor, sé que por muy distinguida que esta casa sea en Athoek, a usted no debe de parecerle gran cosa —prosiguió la capitana Hetnys. El hecho de que yo no hubiera dicho nada seguramente la había envalentonado—. Desde la gran distancia a la que usted se encuentra, sin duda Raughd Denche no parece muy diferente de Sirix Odela.

—Al contrario —repliqué con calma—. Yo percibo una gran diferencia entre Raughd Denche y Sirix Odela.

Mientras hablaba, Raughd salió del edificio principal y se dirigió a la casa de baños con una despreocupación estudiada.

—Lo que quiero decir, señor, es que desde la elevada posición de Mianaai, Denche no debe de parecer muy diferente de cualquier otra sirvienta. Y sé que siempre se ha dicho que todas tenemos nuestro rol, nuestra tarea, y que ninguna es mejor o peor que las demás, solo diferente. —Yo también lo había oído decir muchas veces. Resultaba extraño que, por lo visto, «igualmente importantes, solo diferentes» siempre se traducía en que algunos roles *igualmente importantes* merecían más respeto y recompensa que otros—. Pero no todas gozamos de su perspectiva —continuó la capitana Hetnys—. Y me imagino... —titubeó brevemente—. Me imagino que si alguna de sus primas cometiera una indiscreción o una locura de juventud, no la tratarían de una manera muy distinta a como tratamos a Raughd Denche. Las cosas son como son, señor. —Levantó las manos enguantadas en verde como si hiciera una súplica piadosa. Todo lo que es, es Amaat. El universo es Dios misma y nada puede ocurrir o existir sin que Dios lo quiera—. Así que quizá pueda usted comprender por qué todo el mundo aquí ve a la hija de la casa desde esa perspectiva o por qué ella se considera igual a, incluso, una capitana de flota, que, además, es prima de la Lord del Radch.

Casi. La capitana Hetnys casi podría haberlo entendido.

—Creo que usted ve en Raughd a una joven agradable y distinguida que, de algún modo, durante las últimas semanas ha tomado decisiones inexplicablemente desafortunadas. Y quizá piense también que estoy siendo demasiado dura con alguien que, a diferencia de usted y de mí, no está acostumbrada a la disciplina militar. Y quizá la hija de la casa le haya contado que sus enemigas me han susurrado al oído acusaciones sobre ella y

me han puesto injustamente en su contra. —Un cambio de expresión cruzó por la cara de la capitana Hetnys, lo que evidenció que yo tenía razón—. Pero analice esas desafortunadas decisiones. Desde el principio, pretendían causar daño. Causar daño a las residentes del Subjardín. Causarle daño a usted, capitana. Y causar daño a toda la estación. Ella no podía haber anticipado la muerte de la traductora Dlique, pero sabía que sus auxiliares iban armadas y sabía lo intranquila que estaba usted respecto al Subjardín. —La capitana permaneció en silencio, con la mirada en su regazo y las manos vacías. Se le enfriaba el té que tenía al lado, en el banco—. Las personas agradables y distinguidas no actúan maliciosamente de repente y sin ninguna razón.

Era evidente que aquella conversación no iba a ninguna parte y había otras cosas que yo quería averiguar. Había estado reflexionando sobre cómo alguien podría sacar a deportadas del sistema sin que nadie se enterara.

—El Portal Fantasma.

—¿Señor?

Pensé que la capitana Hetnys no parecía tan aliviada por el cambio de tema como era de esperar.

—Ese portal que es una vía muerta. ¿Cuando ha viajado allí nunca se ha encontrado con ninguna nave?

¿Fue titubeo lo que percibí en ella? Le cambió la expresión, pero desapareció de su cara antes de que yo pudiera interpretarla. ¿Sorpresa? ¿Miedo?

—No, señor, nunca.

Mentira. Deseé mirar a la *Espada de Atagaris*, que estaba en posición de firmes y en silencio al lado de Kalr Cinco, pero nunca percibiría en una auxiliar la menor reacción, por sutil que fuera, ante una mentira de su capitana. Además, mi mirada traicionaría mis pensamientos; indicaría que me había dado cuenta de que la capitana Hetnys había mentido, así que miré hacia la casa de baños. Raughd Denche salió de allí dando zancadas y tomó el camino de vuelta a la casa principal. Su expresión adusta suponía un mal presagio para cualquier sirvienta que se cruzara en su camino. Estuve a punto de mirar alrededor para ver dónde estaba su asistente personal, pero entonces caí en la cuenta, sorprendida, de que no había acompañado a Raughd a la casa de baños.

La capitana Hetnys también se fijó en Raughd. Parpadeó, frunció el ceño y luego sacudió levemente la cabeza; lo interpreté como una muestra de

desdén, aunque no supe identificar si era hacia el evidente enojo de Raughd o hacia mí.

—Capitana de flota, con su permiso —dijo, haciendo un gesto hacia la casa de baños—. Hoy hace mucho calor.

—Por supuesto, capitana —repliqué. Me quedé sentada mientras ella se levantaba, hacía una reverencia y cruzaba el sendero de losas cubiertas de musgo en dirección a la casa de baños.

La *Espada de Atagaris* la siguió con celeridad.

Había recorrido casi la mitad de la sombreada explanada verde y gris y estaba justo enfrente del extremo curvo de la pared acristalada de los baños cuando la bomba estalló.

Hacía veinticinco años que no presenciaba una batalla; o al menos el tipo de batalla en la que podían estallar bombas. Pero había sido una nave tripulada por cuerpos preparados para la lucha, de modo que, debido a un hábito de dos mil años de antigüedad, sin el menor esfuerzo y casi en el mismo instante en el que vi el destello en la cristalera —y casi instantáneamente, aunque no del todo al ver que se hacía añicos y sus pedazos salían volando hacia el exterior—, me puse de pie y con la armadura totalmente desplegada.

Sospechaba que la *Espada de Atagaris* nunca había participado en un combate, pero la auxiliar reaccionó casi tan deprisa como yo. Extendió su armadura y, a una velocidad inhumana, se interpuso entre los pedazos de cristal que habían salido despedidos y su desprotegida capitana. Los destellantes y afilados cristales cortaron hojas y ramas de los árboles que daban sombra al jardín y alcanzaron a la auxiliar, que cayó al suelo encima de la capitana Hetnys. Una milésima de segundo más tarde, varios trocitos de cristal, hojas y ramitas rebotaron en mi armadura sin causarme ningún daño. Un pensamiento rápido me mostró que, aunque Kalr Cinco acababa de desplegar su armadura, estaba sana y salva.

—Dame tu botiquín —le ordené.

Me lo dio, la mandé en busca de un médico y de Seguridad Planetaria, y, a continuación, fui a ver si la capitana Hetnys había sobrevivido a la explosión.

Las llamas lamían los bordes de la destrozada cristalera de la casa de baños y había fragmentos de cristal desperdigados por el suelo, algunos de los

cuales crujieron y se rompieron bajo mis pies. La capitana Hetnys estaba tumbada sobre la espalda en una posición extraña, debajo de la *Espada de Atagaris*. Una aleta deforme sobresalía de entre los omoplatos de la auxiliar. Me di cuenta de que era un fragmento grande de cristal que se le había clavado en la espalda antes de que desplegara por completo su armadura. Había reaccionado deprisa, pero no tanto como yo. Además, tanto ella como la capitana Hetnys estaban unos veinte metros más cerca de la cristalera que yo. Me arrodillé al lado de ellas.

—¿Tu capitana está malherida, *Espada de Atagaris*?

—Estoy bien, señor —contestó la capitana Hetnys antes de que la auxiliar pudiera hacerlo.

Intentó volverse de lado y quitarse de encima a la auxiliar.

—No se mueva, capitana —le ordené con brusquedad mientras abría el botiquín de Kalr Cinco—. Infórmame de los daños, *Espada de Atagaris*.

—La capitana Hetnys sufre una contusión menor, laceraciones, algún rasguño y varias moraduras, capitana de flota. —La armadura distorsionó su voz y aunque, por supuesto, habló con la inexpresividad típica de las auxiliares, creí percibir cierta tensión en ella—. Aparte de esto, como ella misma ha indicado, está bien.

—Quítate de encima, Nave —ordenó la capitana Hetnys de mal genio.

—No creo que pueda —repliqué yo—. Tiene un pedazo de cristal alojado en la columna vertebral. Repliega la armadura, *Espada de Atagaris*.

El botiquín contenía un correctivo especial diseñado para ralentizar hemorragias, frenar el daño en los tejidos y mantener a la persona con vida el tiempo suficiente para llevarla a un centro médico.

—Con todos los respetos, capitana de flota, mi capitana no lleva puesta la armadura y podría haber otra bomba —dijo la *Espada de Atagaris*.

—No podemos hacer mucho más sin matar este segmento —señalé yo, aunque estaba segura de que solo había una bomba, que la explosión estaba pensada para matar a una persona en concreto y no al mayor número posible—. Además, cuanto antes te aplique el correctivo, antes podremos moverte y poner a salvo a tu capitana.

A pesar de lo incómoda y furiosa que estaba la capitana Hetnys, todavía frunció más el ceño y me miró fijamente, como si yo hubiera hablado en un idioma que no hubiera oído nunca antes y que no comprendiera.

La *Espada de Atagaris* replegó su armadura y dejó al descubierto el pedazo

de cristal y su chaqueta de uniforme, empapada de sangre en la zona alta de la espalda.

—¿Es muy profunda? —le pregunté.

—Mucho, capitana de flota —me contestó—. Las reparaciones llevarán bastante tiempo.

—Está claro.

En el botiquín también había una pequeña cuchilla para cortar y separar la ropa de las heridas. La saqué y aparté la ensangrentada tela de la chaqueta. A continuación apliqué el correctivo en la espalda de la auxiliar lo más cerca que pude del cristal pero sin presionar para no causar más daños. El correctivo se licuó y se extendió. Tardaría unos segundos o varios minutos, dependiendo de la naturaleza y la magnitud de la herida, en estabilizar la situación y, luego, se endurecería. Cuando lo hiciera, probablemente podría mover a la auxiliar sin peligro.

En la casa de baños, el fuego, alimentado por la bonita madera tallada de las paredes, se había extendido. Junto al edificio principal miraban tres sirvientas aterradas. Otras salían corriendo de la casa para ver qué había sucedido. Kalr Cinco y otra sirvienta se acercaron presurosas con una tabla plana y ancha. La *Misericordia de Kalr* había informado a Cinco de que alguien había sufrido una herida en la espina dorsal. No vi a Raughd por ninguna parte.

La capitana Hetnys seguía mirándome fijamente y con el ceño arrugado desde debajo de la *Espada de Atagaris*.

—Capitana de flota —dijo la auxiliar—, con todo el respeto, mi herida es demasiado grave para que valga la pena repararla. Por favor, ponga a salvo a la capitana Hetnys.

Su voz y su cara eran, por supuesto, inexpresivas, pero las lágrimas inundaban sus ojos, aunque me resultó imposible saber si era por el dolor o por alguna otra razón, aunque podía suponerlo.

—Tu capitana está a salvo, *Espada de Atagaris* —le respondí—. Puedes estar tranquila.

El correctivo de su espalda se volvió totalmente transparente. Lo rocé con un dedo enguantado. Estaba liso y sin manchas. Kalr Cinco se agachó a nuestro lado y dejó la tabla en el suelo. Parecía el tablero de una mesa. La sirvienta que la acompañaba no sabía cómo mover a una persona con heridas en la espalda, así que Kalr Cinco y yo quitamos a la auxiliar de encima de la

capitana Hetnys. Esta miró a la auxiliar, que estaba inmóvil y en silencio sobre la tabla con el pedazo de cristal en la espalda, y, todavía con la frente arrugada, me miró a mí.

—Tenemos que hablar con nuestra anfitriona, capitana —le indiqué mientras Kalr Cinco y la sirvienta se llevaban con cuidado a la *Espada de Atagaris*.

16

La explosión había puesto fin a los convencionalismos del luto. Nos reunimos en el salón formal de la casa principal. Tenía un amplio ventanal que, por supuesto, daba al lago. Esparcidos por la habitación había bancos y sillones, con cojines dorados y azul claro, y mesitas bajas de madera oscura. Las paredes eran de madera tallada y con volutas, y su mantenimiento debía de ocupar buena parte del tiempo de algunas de las sirvientas. En un rincón, sobre un pedestal, había un instrumento de cuerda de caja cuadrada y mástil largo que no había visto nunca hasta entonces, lo que me sugirió que era athoeki. Junto a él, en otro pedestal, estaba la caja del juego de té antiguo. Tenía la tapa levantada para que todo el mundo pudiera admirarlo.

Fosyf estaba en el centro de la habitación y la capitana Hetnys, a insistencia de la anfitriona, se sentaba en un sillón cercano. Raughd caminaba de un lado a otro en un extremo de la habitación hasta que su madre le ordenó:

—Siéntate, Raughd.

Lo dijo con amabilidad, pero con cierta tensión en la voz. Raughd se sentó, rígida y sin reclinarsse en el respaldo.

—Sin duda la causa de la explosión es una bomba —observé yo—. No muy grande. Alguien debió de robarla de una obra, pero quien la colocó añadió trozos de metal a fin de herir o matar a quien se hallara lo bastante cerca.

Algunos de esos fragmentos habrían alcanzado a la capitana Hetnys, pero la auxiliar de la *Espada de Atagaris* se interpuso en la trayectoria y llegó apenas una milésima de segundo antes que el fragmento de cristal.

—¡A mí! —gritó Raughd. Se levantó con los enguantados puños apretados y volvió a caminar de un lado a otro con impaciencia—. ¡Yo era el objetivo! ¡Y puedo decirlo quién lo hizo! No puede haberlo hecho nadie más.

—Un momento, ciudadana —intervine yo—. Probablemente robaron la

bomba de una obra, porque, aunque resulta fácil conseguir pedazos de metal, no lo es tanto conseguir un explosivo. —Eso era indudable, aunque con el ingenio y la determinación suficientes se podía sortear casi cualquier obstáculo—. Claro que, en general, los explosivos no se dejan por ahí sin más. Quienquiera que sea la autora o tiene acceso a explosivos o conoce a alguien que lo tiene. Probablemente podremos descubrirla siguiendo ese rastro.

—¡Yo sé quién lo ha hecho! —insistió Raughd.

Habría seguido hablando, pero justo en aquel momento llegaron la doctora y la magistrada del distrito. La doctora se dirigió inmediatamente a la capitana Hetnys.

—Capitana, no proteste, debo examinarla para asegurarme de que ha resultado ilesa.

La magistrada del distrito abrió la boca para decirme algo, pero se lo impedí con un gesto.

—Doctora, afortunadamente, las heridas de la capitana son leves. Pero la auxiliar de la *Espada de Atagaris* está gravemente herida y necesita atención inmediata.

La doctora se enderezó indignada.

—¿Es usted doctora, capitana de flota?

—¿Y usted lo es? —repliqué yo con frialdad. No pude evitar compararla con Médico—. Si observa a la capitana Hetnys con sus implantes médicos activados, le resultará obvio que apenas ha sufrido unos cortes y alguna que otra moradura. La *Espada de Atagaris*, que puede observarla más íntimamente, nos ha informado de que no sufre heridas graves. Su auxiliar, sin embargo, tiene un pedazo de cristal de veintiséis centímetros de longitud clavado en la columna vertebral. Cuanto antes pueda tratarla, más efectivo será el tratamiento.

No añadí que hablaba por propia experiencia.

—Capitana de flota —replicó la doctora con la misma frialdad que había empleado yo—. No necesito que me dé lecciones sobre mi trabajo. Una herida de ese tipo requiere un período de recuperación largo y difícil. Me temo que la mejor opción será retirar a la auxiliar. Sin duda representará un inconveniente para la capitana Hetnys, pero es la única opción razonable.

—Quizá lo mejor sea tratar a la auxiliar —intervino la capitana Hetnys antes de que yo pudiera responder.

—Con todos mis respetos hacia usted, capitana Hetnys —repuso la doctora—. Yo no estoy sujeta a la autoridad de la capitana de flota, solo a la mía, y decidiré conforme a mi formación y según mi valoración médica.

—Vamos, doctora —intervino Fosyf, que hasta entonces había estado callada—, la capitana de flota y la capitana Hetnys quieren que trate a la auxiliar. Seguramente, la capitana Hetnys desea que se recupere. ¿Qué mal puede haber en que la trate?

Supuse que la doctora, como era habitual en las casas como aquella, no solo trabajaba en la plantación de té, sino que, además, era clienta de Fosyf. La continuidad de su bienestar dependía de su patrona, así que no podía contestarle como lo había hecho conmigo.

—Si insiste, ciudadana —dijo, e hizo una leve reverencia.

—No se moleste —intervine yo—. Cinco. —Kalr Cinco había estado callada todo ese tiempo y en posición de firmes junto a la puerta por si la necesitaba—. Encuentra a una doctora adecuada en la ciudad y tráela lo antes posible para que atienda a la *Espada de Atagaris*.

Habría sido mejor que alguien la tratara enseguida, pero yo no confiaba en absoluto en aquella doctora. No me extrañaba que las trabajadoras agrícolas prefirieran morir desangradas a ser tratadas por ella. Deseé intensamente que Médico estuviera allí.

—Sí, señor —contestó Cinco.

Se volvió con un movimiento enérgico y se fue.

—Capitana de flota, he dicho que... —empezó la doctora.

Le di la espalda y dirigí la atención a la magistrada del distrito.

—Magistrada —dije, marcando una reverencia—, a pesar de las tristes y desafortunadas circunstancias que nos ocupan, es un placer conocerla.

La magistrada, a su vez, hizo una reverencia mientras miraba de reojo a la doctora, pero solo dijo:

—Lo mismo digo, capitana de flota. He llegado tan deprisa porque ya estaba en camino para presentarle mis respetos. La acompaño en el sentimiento por su pérdida. —Asentí en señal de aceptación de sus condolencias—. Como decía usted cuando llegamos, probablemente podremos averiguar quién colocó la bomba rastreando los materiales con los que estaba hecha. Seguridad ya está examinando los restos de la casa de baños. ¡Es una lástima! —Esto último se lo dijo a la ciudadana Fosyf.

—Mi hija ha salido ilesa y eso es lo único que importa —contestó Fosyf.

—¡Yo era el objetivo de esa bomba! —gritó Raughd, que había estado encolerizada todo el tiempo—. ¡Sé quién lo hizo! ¡No es necesario rastrear nada!

—¿Y quién ha sido, ciudadana? —le pregunté.

—Queter. Ha sido Queter. Siempre me ha odiado.

Se trataba de un nombre valskaayano.

—¿Es una de las trabajadoras agrícolas? —le pregunté.

—Trabaja en la fábrica, en el mantenimiento de las secadoras —contestó Fosyf.

—Bien —dijo la magistrada—, mandaré a...

Yo la interrumpí.

—Con su permiso, magistrada. ¿Alguna de sus ayudantes habla delsig?

—Apenas unas palabras, capitana de flota.

—Casualmente, yo hablo delsig con fluidez —la informé. De hecho había vivido en Valskaay durante décadas, pero eso no se lo dije—. Permítame ir a la casa de las trabajadoras agrícolas y hablar con la ciudadana Queter a ver qué descubro.

—No tiene que descubrir nada —insistió Raughd—. ¿Qué otra persona podría haberlo hecho? Ella siempre me ha odiado.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Cree que he corrompido a su hermana pequeña. Esa gente tiene ideas del todo absurdas sobre cualquier cosa.

Me volví de nuevo hacia la magistrada.

—Magistrada, permítame ir sola a la casa de las trabajadoras y hablar con la ciudadana Queter. Mientras tanto, sus empleadas pueden rastrear el origen del explosivo.

—Ordenaré que la acompañe alguna miembro de Seguridad, capitana de flota —dijo la magistrada—. Pretender arrestar a esa persona usted sola y rodeada de valskaayanas... Creo que le irá bien contar con algo de ayuda.

—No es necesario —repliqué—. No precisaré de ninguna ayuda y no temo por mi seguridad.

La magistrada parpadeó varias veces y frunció el ceño, aunque solo levemente.

—No, capitana de flota, ya me imagino que no.

Aunque Fosyf me ofreció utilizar uno de sus vehículos terrestres, me fui caminando a la casa de las trabajadoras. El sol se estaba poniendo y los campos por los que pasé estaban vacíos. La casa estaba en silencio y en el exterior no había nadie; ningún movimiento. Si no estuviera segura de lo contrario, habría creído que estaba abandonada. Todo el mundo debía de estar dentro. Seguramente, esperaban que alguien se presentara: Fosyf, Seguridad, la magistrada del distrito, soldados..., así que debía de haber una vigía. Cuando estuve lo bastante cerca de la casa para que me oyeran, tomé aire y canté:

*Soy la soldado,
tan ávida, tan hambrienta de canciones.
Tantas he tragado que rezuman;
rebotan de las comisuras de mi boca
y salen volando. Ansiosas de libertad.*

La puerta de la entrada se abrió y vi a la vigía que cantó la canción la primera vez que pasé junto a la plantación mientras corría. Al verla le sonreí y, cuando me aproximé, hice una reverencia.

—Hace tiempo que quería felicitarla por la canción —le dije en delsig—. Está muy bien. ¿La improvisó en el momento o ya había compuesto la letra antes? Solo se lo pregunto por curiosidad. En cualquier caso, es admirable.

—No es más que algo que cantaba en aquel momento, radchaai —replicó ella.

Radchaai solo significaba «ciudadana», pero yo sabía que en boca de una valskaayana que estaba hablando en delsig y en aquel tono de voz era un insulto velado: pero ella podía negarlo, ya que, al fin y al cabo, solo había utilizado un término perfectamente correcto. Hice un gesto de despreocupación ante su respuesta.

—Si me hace el favor, he venido a hablar con Queter. Solo quiero hablar. He venido sola.

Miró más allá de mi hombro, aunque yo sabía que había estado vigilando y había visto que nadie me acompañaba. Sin pronunciar una palabra, se volvió y entró en la casa. La seguí y me aseguré de cerrar la puerta.

Mientras nos dirigíamos a la cocina, que estaba situada en la parte trasera de la casa, no vimos a nadie. La cocina era tan grande como la de Fosyf,

pero, en vez de estar llena de ollas relucientes, neveras y armarios colgados de las paredes, estaba medio vacía; solo había unos fogones y un fregadero. En un rincón, en el suelo, había un montón de ropa arrugada, descolorida y sucia. Sin duda se trataba de lo que quedaba de la ropa que les asignaban después de que hubieran seleccionado y arreglado la que se ajustaba a su talla. También había una hilera de barriles colocados contra una pared y tuve la firme sospecha de que estaban llenos de algo fermentando. Sentadas a una mesa bebiendo cerveza había media docena de personas. La vigía me indicó que entrara en la habitación y se marchó sin decir nada.

Una de aquellas personas era mayor. Era la que había hablado conmigo el día de mi llegada, la que decidió que cantaran otra canción cuando vio que estábamos de luto.

—Buenas tardes, abuelo —la saludé e hice una reverencia.

Gracias a mi estancia en Valskaay, estaba casi segura de que había elegido bien su género, ya que su idioma requería de esa distinción. Ella me miró durante diez segundos y, a continuación, bebió un trago de cerveza. Las demás personas mantenían la vista apartada de mí con determinación y fija en la mesa, el suelo o la pared de enfrente.

—¿Qué quieres, radchaai? —me preguntó por fin el abuelo. No obstante, yo estaba segura de que conocía la razón de mi visita.

—Esperaba poder hablar con Queter, abuelo, si no le importa.

El abuelo no me respondió, al menos no inmediatamente, pero luego se volvió hacia la persona que tenía a la izquierda.

—Sobrina, pregúntale a Queter si quiere venir.

La sobrina titubeó y pareció que fuera a abrir la boca para protestar, pero decidió no hacerlo, aunque evidentemente no se sintió satisfecha con su elección. Se levantó y salió de la cocina sin dirigirme la palabra. El abuelo señaló la silla vacía.

—Siéntate, soldado.

Yo me senté. Las personas que estaban alrededor de la mesa siguieron evitando mirarme. Supuse que si el abuelo les hubiera ordenado que se fueran, habrían salido gustosas y presurosas de la habitación.

—Por tu acento, soldado, deduzco que aprendiste el delsig en Vestris Cor.

—Así es —confirmé yo—. Viví allí durante bastante tiempo. Y también en el distrito Surimto.

—Yo procedo de Eph —dijo el abuelo con amabilidad, como si se tratara

de una reunión social—. Nunca estuve en Vestris Cor, y tampoco en Surimto. Me imagino que habrán cambiado mucho ahora que vosotras, las radchaais, estáis al mando.

—En algunos aspectos, seguro que sí —repuse yo—, aunque hace tiempo que no voy por allí.

Podía ser que Queter hubiera huido o que se negara a acudir a la cocina. Presentarme allí de aquella manera implicaba un riesgo.

—¿A cuántas valskaayanas mataste mientras estuviste allí, radchaai?

La pregunta no me la formuló el abuelo, sino otra de las personas de la mesa, cuya rabia y resentimiento habían crecido más que su miedo hacia mí.

—Bastantes —contesté con calma—; pero no he venido a matar a nadie. He venido sola y desarmada.

Extendí las manos enguantadas sobre la mesa, con las palmas hacia arriba.

—¿Entonces se trata de una visita de cortesía? —me preguntó aquella persona con una voz cargada de sarcasmo.

—Desgraciadamente, no —contesté.

El abuelo intentó desviar la conversación de aquel terreno tan peligroso.

—Creo que eres demasiado joven para haber participado en la anexión, niña.

Yo incliné la cabeza en una reverencia leve pero respetuosa.

—Soy mayor de lo que parezco, abuelo. —Mucho mayor, pero nadie de allí podía saberlo.

—Eres muy educada —observó el abuelo—. Eso debo reconocértelo.

—Mi madre me contó que los soldados que mataron a su familia también eran muy educados —intervino la persona furiosa.

—Lo siento —me disculpé en medio del tenso silencio que siguió—. Sé que aunque pudiera asegurarle que no fui yo, no le serviría de consuelo.

—No fue usted —repuso ella—. Mi familia no murió en Surimto. Pero tiene usted razón, no me sirve de consuelo. —Se echó el pelo hacia atrás y miró al abuelo—. Discúlpeme —se excusó—, tengo cosas que hacer.

El abuelo le concedió permiso para irse con un gesto y ella se fue. Cuando salía de la cocina, se cruzó con otra persona. Tendría unos veintitantos años y era una de las que estaban en el porche cuando llegamos. Sus facciones indicaban que estaba vinculada genéticamente al abuelo, aunque su piel era más oscura. El color de sus ojos y el de su cabello, que era rizado y lo llevaba sujeto con un pañuelo de color verde brillante, eran más claros que los del

abuelo. Por la tensión que percibí en sus hombros y el silencio helado que se produjo cuando entró, era quien yo había ido a ver. Me puse de pie.

—Señorita Queter —la saludé haciendo una reverencia. Ella no dijo nada, ni siquiera se movió—. Quiero agradecerle que decidiera no matarme.

Nadie rompió el silencio, ni el abuelo ni ninguna de las personas sentadas a la mesa. Me preguntaba si los pasillos estarían abarrotados de personas que escuchaban sin ser vistas o si todo el mundo habría huido y se habrían escondido en algún lugar seguro donde permanecerían hasta que yo me fuera.

—¿Quiere sentarse? —le pregunté, pero ella no me contestó.

—Siéntate, Queter —le ordenó el abuelo.

—No quiero —replicó ella, que cruzó los brazos mientras me miraba fijamente—. Podría haberla matado, radchaai. Probablemente se lo merece, pero Raughd se lo merece más.

Hice un gesto de resignación y volví a sentarme.

—Deduzco que ella amenazó a su hermana. —Su mirada de extrañeza me indicó que había cometido un error—. A su hermano. ¿Está bien él?

Arqueó una ceja y ladeó la cabeza.

—La salvadora de los indefensos —dijo con un tono de voz mordaz.

—Queter —le reconvino el abuelo.

Levanté una mano enguantada con la palma hacia fuera. Para la mayoría de las radchaais, el gesto habría sido grosero, pero para las valskaayanas significaba algo distinto: «Espera. Cálmate.»

—No pasa nada, abuelo, reconozco la justicia cuando la veo. —Otra de las personas que estaba sentada a la mesa soltó un ruidito de incredulidad y las demás fingieron no haberlo oído—. Supongo que a la ciudadana Raughd le gusta atormentar a su hermano. En algunos aspectos es muy astuta. Ella sabía que usted sería capaz de cualquier cosa para protegerlo. También sabía que usted posee habilidades técnicas y que, si ella conseguía robar un explosivo de una obra y le proporcionaba las instrucciones sobre cómo manejarlo, usted sabría utilizarlo. Aunque supongo que no se dio cuenta de que usted podía idear formas de mejorar su eficacia. Los pedazos de metal fueron idea suya, ¿no? —Yo no tenía ninguna prueba que lo refrendara salvo los continuos indicios de que Raughd no profundizaba en nada. La expresión de Queter no cambió—. Y tampoco se dio cuenta de que usted podía decidir utilizarlo en contra de ella en lugar de en contra de mí.

—¿No quiere saber cómo lo hice? —me preguntó Queter con la cabeza

todavía ladeada y una expresión de sarcasmo en la cara.

Yo sonreí.

—Mi muy estimada Queter, he estado casi toda la vida rodeada de personas que estaban firmemente convencidas de que el universo sería mejor si yo dejaba de existir y dudo mucho que usted pueda sorprenderme. Aun así, el trabajo estuvo bien hecho y, si la explosión no se hubiera producido ligeramente a destiempo, habría tenido éxito en su empeño. Su talento está desaprovechado en este lugar.

—¡Ah, sí, claro! —Si cabe, su voz era todavía más cortante y sarcástica que antes—. ¡Porque aquí todas somos unas salvajes supersticiosas!

Las dos últimas palabras las pronunció en radchaai.

—La información que necesitaba para hacer lo que hizo no está al alcance de cualquiera —continué yo—. Si la hubiera buscado, le habrían denegado el acceso a ella y, probablemente, Seguridad Planetaria la habría vigilado de cerca a partir de entonces. Si acudió al colegio aquí, debió de aprender a recitar pasajes de textos religiosos, algo de historia filtrada y poco más. Seguro que la propia Raughd solo sabe de los explosivos que matan gente. Usted se encargó de los detalles personalmente. —Quizás incluso había estado pensándolo mucho antes de que Raughd diera el paso—. ¡Seleccionar hojas de té y arreglar la maquinaria de la fábrica! ¡Debía de estar usted muy aburrida! Si se hubiera presentado a las aptitudes, seguro que las examinadoras le habrían asignado una tarea en la que su talento estaría bien empleado y no habría tenido el tiempo ni la oportunidad de buscarse problemas. —Queter apretó los labios e inspiró como si fuera a contestar—. Por otro lado —me adelanté yo—, no habría estado aquí para proteger a su hermano.

Refleje, en un gesto, la ironía de estas situaciones.

—¿Ha venido a detenerme? —me preguntó sin moverse.

Su expresión no mostraba la tensión que la había obligado a formular la pregunta abiertamente, solo se le notó un poco en la voz. El abuelo y las otras alrededor de la mesa estaban quietas como piedras y apenas se atrevían a respirar.

—Así es —confirmé yo.

Queter descruzó los brazos y apretó los puños.

—¡Es usted tan civilizada! ¡Tan educada! ¡Tan valiente al venir aquí sola! Pero en realidad sabe que aquí nadie se atrevería a tocarla. Es tan fácil ser

todas esas cosas cuando se tiene todo el poder...

—Tiene usted razón —corroboré yo.

—¡Entonces vámonos!

Queter volvió a cruzar los brazos sin relajar los puños.

—Bueno —repliqué con calma—, la verdad es que he venido caminando y creo que ya debe de estar lloviendo. ¿O he perdido la noción del tiempo? —Nadie contestó. Un silencio tenso se extendió entre las personas que estaban sentadas a la mesa y Queter siguió mirándome con furia y determinación—. Además, quería preguntarle qué sucedió para asegurarme de que la responsabilidad de la autoría se adjudique a quien le corresponda.

—¡Vaya! —exclamó Queter, finalmente, al límite de su paciencia—. Así que es usted la justa, la considerada, ¿no? Pero en realidad no es diferente de la hija de la casa. —Entonces empezó a hablar en radchaai—. ¡Todas ustedes cogen lo que quieren a punta de pistola! ¡Asesinan, violan y roban, y lo llaman traernos la civilización! ¿Y qué es para ustedes la civilización sino que nosotras nos sintamos debidamente agradecidas de que nos maten, nos violen y nos roben? Ha dicho que reconoce la justicia cuando la ve. Pues bien, ¿en qué consiste su justicia sino en que ustedes puedan tratarnos como les plazca y que a nosotras se nos condene aunque solo sea por intentar defendernos?

—Eso no se lo discutiré —repuse yo—. Lo que dice es verdad.

Queter parpadeó y titubeó. Supuse que mi respuesta la había sorprendido.

—Y ahora viene a ofrecernos justicia desde las altas esferas, ¿no? ¿Ha venido a traernos la salvación? ¿Ha venido para que caigamos a sus pies y alabemos su buen hacer? Pero nosotras ya sabemos en qué consiste su justicia, la adorne como la adorne ya sabemos en qué consiste su salvación.

—Yo no puedo ofrecerle justicia, Queter. Sin embargo, sí que puedo llevarla a presencia de la magistrada del distrito para que pueda explicarle por qué hizo lo que hizo. Esto no cambiará las consecuencias que deberá asumir por sus actos. Claro que, desde el instante en que Raughd Denche le explicó lo que quería, usted ya supo que eso solo podía acabar de una manera, al menos para usted. La hija de la casa estaba demasiado convencida de su inteligencia para darse cuenta de lo que eso podía implicar.

—¿Y de qué servirá, radchaai? —me preguntó Queter, desafiante—. ¿No sabe que somos deshonestas, embusteras y rencorosas cuando deberíamos ser dóciles y agradecidas? ¿No sabe que la única inteligencia que tenemos las

salvajes supersticiosas es la que se deriva de nuestra malicia? Obviamente, lo que yo cuente será mentira. Incluso podría tratarse de una mentira que usted inventó para que yo la contara porque odia a la hija de la casa y a mí también. Durante las huelgas..., ¡supongo que su mimada samirenda le habrá hablado de las huelgas! —Realicé un gesto de asentimiento—. Entonces le habrá contado que ella y sus primas, con gran generosidad, nos concienciaron. Nos hicieron ser conscientes de las injusticias que sufríamos, nos enseñaron a organizarnos y nos indujeron a actuar. Porque, ¡cómo no!, nosotras no podíamos hacer esas cosas por nosotras mismas.

—Después de las huelgas, la samirenda fue reeducada y, en consecuencia, no puede hablar sobre aquellos sucesos directamente, pero la ciudadana Fosyf sí que me ha contado la historia en esos términos.

—¿Ah, sí? —Más que una pregunta parecía una afirmación—. ¿Y también le ha contado que mi madre murió durante las huelgas? No, claro, lo que le habrá contado es lo amable que es con nosotras y lo buena que fue al no llamar a los soldados para que nos mataran mientras estábamos de huelga.

Queter no podía tener más de diez años cuando sucedió.

—No puedo prometerle que la magistrada del distrito la escuche —declaré—. Solo puedo ofrecerle la oportunidad de hablar.

—¿Y después, qué? —preguntó el abuelo—. ¿Qué ocurrirá después, soldado? Desde que era una criatura me enseñaron a perdonar y olvidar, pero resulta difícil olvidar cosas como la muerte de las progenitoras, las hijas o las nietas —dijo con expresión inmutable y rotundidad, pero su voz se quebró levemente al pronunciar las últimas palabras—. Además, solo somos humanas y nuestra capacidad de perdonar es limitada.

—A mí me parece que se sobrevalora el perdón —repliqué yo—. En ciertos momentos y lugares es conveniente, pero no cuando la actitud que se perdona se utiliza para seguir abusando de quien ha perdonado. Con la ayuda de Queter podré alejar a Raughd de este lugar permanentemente. Y, si me es posible, intentaré hacer algo más a favor de ustedes.

—¿En serio? —preguntó una de las personas que había estado callada hasta entonces—. ¿Conseguirá que nos paguen equitativamente? ¿Puede hacer eso, soldado?

—¡Sí, que nos paguen! —exclamó Queter—. Y que nos den comida decente por la que no tengamos que endeudarnos.

—¡Y una sacerdotisa! —añadió otra—. Una sacerdotisa para nosotras y una

para las recalcitrantes. Hay unas cuantas en la finca de al lado.

—Se llaman profesoras, no sacerdotisas —aclaró el abuelo—. ¿Cuántas veces os lo he dicho? —Además, «recalcitrante» era un insulto, pero antes de que pudiera explicarlo, el abuelo me dijo—: Tú no podrás cumplir esas promesas y tampoco podrás mantener a Queter sana y salva.

—Por eso no hago promesas. Quizá Queter salga mejor parada de esta situación de lo que pensamos. Haré lo que pueda, aunque quizá no sea gran cosa.

—Bueno —dijo el abuelo tras un silencio prolongado—. Bueno. Supongo que tendremos que darte de cenar, radchaai.

—Si son tan amables, abuelo —contesté yo.

Queter y yo emprendimos el camino de vuelta a la casa de Fosyf antes del amanecer, cuando el aire todavía era húmedo y olía a tierra mojada. Queter caminaba con impaciencia y a zancadas, con la espalda rígida y los brazos cruzados. Continuamente se distanciaba de mí y después se detenía para que yo la alcanzara, como si estuviera ansiosa por llegar a su destino y yo la retrasara sin consideración. Los campos y las montañas estaban en sombra y en silencio. Queter no estaba de humor para hablar, así que cogí aire y canté en un idioma que sin duda nadie en aquel planeta comprendía.

*La memoria es un horizonte de acontecimientos.
Lo que contiene ya no está, pero siempre está ahí.*

Era la canción que la bo de Tisarwat cantó en el comedor de los soldados. «¡Oh, árbol!» Bo Nueve estaba canturreándola en voz baja en aquel mismo momento en la estación.

—Bueno, se ha salido con la suya —dijo Queter a un metro delante de mí y sin volverse para mirarme.

—Y volveré a hacerlo.

Ella se detuvo y esperó a que la alcanzara, pero sin volver la cabeza.

—Usted mintió, por supuesto —dijo mientras reemprendía la marcha—. No me permitirá hablar con la magistrada del distrito y nadie me creerá, pero no acudió a nuestra casa con soldados y supongo que eso habla en su favor. Nadie creerá lo que tengo que decir y acabaré en manos de Seguridad o muerta, si es que hay alguna diferencia entre una cosa y otra. Y mi hermano seguirá viviendo aquí. Y también Raughd. —Después de pronunciar ese nombre, escupió—. ¿Se lo llevará de aquí?

—¿A quién? —La pregunta me cogió por sorpresa y ni siquiera la

comprendí—. ¿Se refiere a su hermano?

Volvíamos a hablar en delsig.

—¡Sí! —exclamó ella con impaciencia y furiosa—. ¡Me refiero a mi hermano!

—No entiendo a qué se refiere. —El cielo era claro y luminoso, pero la zona por la que caminábamos todavía estaba en sombras—. ¿Teme que yo haga algo o quiere que haga algo? —Ella no me contestó—. Soy una soldado, Queter, y vivo en una nave militar.

No tenía tiempo ni medios para cuidar niñas, ni siquiera niñas que ya casi eran adultas. Queter soltó un soplando de exasperación.

—¿No tiene un apartamento en algún lugar y sirvientes? ¿No tiene criados? ¿No tiene docenas de personas que se ocupan de todas sus necesidades?, ¿personas que le preparan el té, le enderezan el cuello de la chaqueta y echan flores a sus pies? Seguro que puede acoger una más.

—¿Eso quiere su hermano? —No hubo respuesta al instante y añadí—: ¿A su abuelo no le dolería perderlos a los dos?

Se detuvo de repente, se me encaró y dijo:

—Usted cree que nos conoce, pero no entiende nada.

Quería decirle que era ella la que no entendía nada, que yo no era la responsable de todas las niñas que lo pasaban mal en el planeta, que nada de aquello era culpa mía. Estaba de pie frente a mí, tensa y con el ceño fruncido, esperando que yo le contestara.

—¿Culpa usted a su hermano por no haber luchado más y por haberla puesto en la situación en la que está?

—¡Ah, claro! —gritó ella—. Todo esto no tiene nada que ver con que usted, que es tan civilizada, trajera a Raughd Denche a la finca. Usted tenía suficiente información acerca de la hija de la casa para darse cuenta de lo que ocurría; la conocía lo bastante para intuir cómo nos trataba. Pero, claro, no era lo bastante grave para usted hasta que una radchaai ha estado a punto de morir asesinada. Y tampoco tendrá por qué preocuparse cuando se haya ido aunque la hija de la casa y su madre sigan aquí.

—Yo no he provocado esto, Queter. Y no puedo resolver todas las injusticias que encuentre por mucho que lo desee.

—¡No, claro que no! Solo puede resolver las que suponen un inconveniente para usted. —Su desprecio era mordaz.

Se dio media vuelta y reemprendió la marcha. Si yo tuviera la costumbre de

soltar tacos, en aquel momento lo habría hecho.

—¿Qué edad tiene su hermano?

—Dieciséis años. Usted podría rescatarlo de este horrible lugar y llevárselo a la auténtica civilización. —Su tono volvía a ser sarcástico.

—Queter, yo solo tengo mi nave y unas dependencias temporales en la estación. Tengo soldados y ellas se encargan de mis necesidades. Incluso me preparan el té, pero no tengo sirvientes. Y su idea acerca de las flores es encantadora, pero sería un auténtico engorro. En mi casa no tengo lugar para su hermano, pero le preguntaré si quiere irse de aquí y, si contesta afirmativamente, haré lo posible por ayudarlo.

—No lo hará. —No se volvió para hablarme y siguió caminando—. ¿Sabe siquiera...? —Por el sonido de su voz supe que estaba a punto de llorar—. ¿Puede siquiera imaginarse lo que es saber que nada de lo que hagas servirá para nada?, ¿que nada de lo que hagas protegerá a las personas que quieres?, ¿que cualquier cosa que puedas hacer será menos que inútil?

Yo podía imaginármelo.

—Y, aun así, usted lo hace.

—Claro, porque soy una salvaje supersticiosa. —Sin duda, en aquel momento estaba llorando—. Nada de lo que yo haga cambiará las cosas, pero al menos las obligaré a ustedes a verlas. Las obligaré a darse cuenta de lo que han hecho y, en un futuro, si fingen no verlo, si alegan ser justas o correctas tendrán que mentirse a sí mismas.

—Mi muy estimada Queter, es usted joven e idealista y no tiene idea de lo fácil que es decepcionarse a uno mismo.

En aquel momento, la cima de la montaña estaba iluminada y casi habíamos alcanzado la otra ladera.

—De todas maneras, hablaré.

—Sé que lo hará —dije.

Recorrimos el resto del trayecto en silencio. Primero nos detuvimos en la casa pequeña. Queter rehusó tomar comida o un té y se quedó junto a la puerta con los brazos cruzados.

—En la casa principal todavía estarán durmiendo —le dije—. Si me disculpa un momento me gustaría vestirme y ocuparme de un par de cosas. Luego iremos a la casa principal y hablaremos con la magistrada.

Arqueó una ceja y se encogió de hombros para decir que le daba lo mismo lo que yo hiciera o dejara de hacer. La auxiliar de la *Espada de Atagaris*

seguía tumbada boca abajo, sobre la tabla, y en el suelo de la salita de la capitana Hetnys. Tenía la espalda cubierta por la gruesa y negra capa de un correctivo. Me agaché a su lado.

—*Espada de Atagaris* —la llamé en voz baja por si estaba durmiendo y para no molestar a la capitana Hetnys.

—Capitana de flota —respondió ella.

—¿Estás cómoda? ¿Necesitas alguna cosa?

Dudó unos segundos antes de contestar.

—No siento dolor, capitana de flota, y Kalr Cinco y Kalr Ocho han sido de gran ayuda. —Hizo otra pausa—. Gracias.

—Por favor, avisa a cualquiera de ellas si necesitas algo. Ahora me vestiré e iré a la casa principal. Probablemente, nos marcharemos de aquí antes de mañana. ¿Crees que podremos moverte?

—Eso creo, capitana de flota. —De nuevo una pausa—. Capitana de flota, señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, Nave.

—¿Por qué mandó llamar a la doctora?

Lo había hecho sin pensar mucho en ello. Era solo que, en aquel momento, me había parecido lo más oportuno.

—Porque no creía que quisieras separarte de tu capitana y no veo razón para malgastar auxiliares.

—Con todo el respeto, señor, a menos que vuelvan a activar los portales pronto... Este sistema solo tiene un número limitado de correctivos especializados. Por otro lado, yo tengo unos cuantos cuerpos de reserva.

Cuerpos de reserva. Humanas en suspensión a la espera de la muerte.

—¿Habrías preferido que permitiera que retiraran este segmento?

Tardó tres segundos en contestar.

—No, capitana de flota, no lo habría preferido.

La puerta que comunicaba con el dormitorio se abrió y apareció la capitana Hetnys a medio vestir y con aspecto de acabar de despertarse.

—Capitana de flota —me saludó ligeramente sorprendida.

—Estaba comprobando cómo se encuentra la *Espada de Atagaris*, capitana. Siento haberla despertado. —Me incorporé—. En cuanto me haya vestido y haya comido algo, me dirigiré a la casa principal para reunirme con la magistrada del distrito.

—¿Ha encontrado a la persona que hizo esto, señor? —me preguntó la

capitana Hetnys.

—Sí.

No quise dar más explicaciones y ella no me las pidió.

—Con su permiso, capitana de flota, yo bajaré en unos minutos.

—Por supuesto, capitana.

Cuando volví a bajar, Queter seguía junto a la puerta. Sirix estaba sentada a la mesa y tenía delante un pedazo de pan y una taza de té; me saludó al verme:

—Buenos días, capitana de flota. Me gustaría ir a la casa principal con usted.

Queter resopló.

—Como usted desee, ciudadana. —Tomé un pedazo de pan y me serví una taza de té—. Esperaremos a que la capitana Hetnys esté lista.

La capitana bajó las escaleras al cabo de unos minutos. No saludó a Sirix, lanzó una breve y rápida mirada a Queter, se dirigió al aparador y se sirvió una taza de té.

—Kalr Ocho se quedará aquí para cuidar a *Espada de Atagaris*. —A continuación me dirigí a Queter en radchaai—: ¿Está segura de que no quiere nada, ciudadana?

—Sí, muchísimas gracias, ciudadana —contestó ella con voz amarga y sarcástica.

—Como desee, ciudadana —repuse yo.

La capitana Hetnys me miró desde su asiento francamente sorprendida.

—Señor... —empezó.

—Capitana —me adelanté, interrumpiendo lo que pretendía decir—, ¿va a comer algo o podemos irnos ya?

Me comí el último bocado de mi pan. Sirix ya se había acabado el suyo.

—Con su permiso cogeré el té y me lo tomaré por el camino, señor.

Accedí con un gesto, tragué el último sorbo de té y salí por la puerta sin comprobar si alguien me seguía.

Una sirvienta nos condujo al mismo salón dorado y azul en el que nos habíamos reunido el día anterior. Para entonces el sol casi había emergido de

la cima de las montañas y, a través del ventanal, vi que el lago había adquirido un tono como el del mercurio. La capitana Hetnys se sentó y Sirix eligió intencionadamente una silla que estaba a tres metros de distancia de la de ella. Cinco se situó en su lugar habitual, junto a la puerta, y Queter se quedó, desafiante, en medio de la habitación. Me acerqué al pedestal en el que estaba el instrumento de cuerda para examinarlo. Tenía cuatro cuerdas, ningún traste, y la caja de madera con incrustaciones de madreperla. Me pregunté cómo sonaría y si se tocaba con un arco o rasgueando y punteando las cuerdas. La magistrada del distrito entró en la habitación.

—Capitana de flota, nos preocupamos al ver que caía la noche, pero su soldado nos aseguró que estaba bien.

Hice una reverencia ante ella.

—Buenos días, magistrada. Siento haberla inquietado, pero cuando estábamos listas para regresar llovía, así que pasamos la noche allí. — Mientras hablaba, llegaron Fosyf y Raughd—. Buenos días, ciudadanas — dije, saludándolas con la cabeza. Luego volví a dirigirme a la magistrada—: Quisiera presentarle a la ciudadana Queter. Le he prometido que podría hablar con usted en persona. Creo que es sumamente importante que oiga lo que tiene que decir.

Raughd resopló con sorna, levantó la vista hacia el techo y sacudió la cabeza. La magistrada la miró y preguntó:

—¿La ciudadana Queter habla radchaai?

—Sí —contesté. Ignoré a Raughd y me volví hacia Queter—. Ciudadana, aquí está la magistrada del distrito, como le prometí.

Al momento Queter no reaccionó; se quedó de pie y en silencio en medio de la habitación. Luego se volvió hacia la magistrada y sin hacer reverencia alguna dijo:

—Magistrada, quiero explicarle lo que sucedió.

Habló muy despacio y poniendo atención en pronunciar las palabras con claridad.

—Ciudadana —respondió la magistrada vocalizando con precisión, como si estuviera hablando con una niña pequeña—, la capitana de flota le ha prometido que podría hablar conmigo, así que la escucho.

Queter todavía se quedó callada un instante. Pensé que intentaba contener una respuesta sarcástica.

—Magistrada, supongo que ya sabe que las propietarias de las plantaciones

de té y sus hijas a veces se divierten a costa de las trabajadoras —dijo con cuidado para que todo el mundo pudiera entenderla a pesar de su acento.

—¡Vaya! —gritó Raughd, ofendida y exasperada—. Pues yo no puedo acercarme a menos de cincuenta metros de una trabajadora agrícola sin ser el blanco de sus halagos, flirteos o cualquier otra estrategia para atraer mi atención y así conseguir que le dé regalos o, a la larga, le ofrezca una relación clientelar. ¿Esto es divertirme a su costa?

—Ciudadana Raughd —interrumpí con voz fría y calmada—, a Queter se le ha prometido que tendría la oportunidad de hablar. Usted tendrá la suya cuando ella haya terminado.

—¿Y mientras tanto tengo que quedarme aquí y escuchar todo esto? —gritó Raughd.

—Sí —contesté.

Raughd miró a su madre en busca de ayuda y Fosyf le dijo:

—Raughd, la capitana de flota le ha prometido a Queter que podría hablar. Si tenemos algo que decir, después tendremos la oportunidad de hacerlo.

Su voz sonó neutra y su expresión fue cordial, como siempre, pero daba la impresión de no fiarse de lo que sucedería a continuación. La capitana Hetnys parecía confusa y pareció que fuera a decir algo, pero vio que yo la observaba y se calló. Sirix miraba fijamente al frente. Estaba furiosa y yo no la culpaba. Me volví de nuevo hacia Queter.

—Continúe, ciudadana.

Raughd soltó un soplando de indignación y se dejó caer en la silla más cercana, mientras que su madre se quedó de pie y serena. Queter inspiró con determinación.

—Las propietarias de las plantaciones de té y sus hijas a veces se divierten a costa de las trabajadoras —repitió. Yo no sabía si alguna otra persona de la habitación se daba cuenta del cuidado que ponía en controlar su voz—. Como es lógico, nosotras siempre las adulamos y fingimos que estamos de acuerdo. —Raughd soltó una exclamación aguda de incredulidad. Queter continuó—: Al menos, la mayoría de nosotras. Cualquier persona de esta casa tiene..., puede hacernos la vida imposible.

Había estado a punto de decir que cualquier persona de la casa tenía la vida de las trabajadoras en sus manos, una expresión que, traducida literalmente del delsig al radchaai, sonaba vulgar. La magistrada del distrito preguntó con incredulidad:

—Ciudadana, ¿está usted acusando a la ciudadana Fosyf o a otra persona de esta casa de malos tratos?

Queter parpadeó varias veces, respiró y continuó:

—El hecho de contar con el favoritismo o el rechazo de la ciudadana Fosyf o de cualquier otra persona de la casa implica, entre otras cosas, disponer o no de crédito, comida extra para las niñas, la oportunidad de tener horas extra de trabajo o el acceso a los suministros médicos.

—Ya sabe que hay una doctora a su disposición —señaló Fosyf con cierta tensión en la voz, algo que no había percibido en ella antes.

—Yo he conocido a su doctora y no puedo culpar a nadie por no querer que la trate —intervine—. Ciudadana Queter, continúe.

—En las obras de entretenimiento, las radchaais guapas y humildes logran subir de categoría social gracias a los favores sexuales que otorgan a las radchaais ricas y poderosas —continuó Queter después de volver a tomar aire—. En la vida real, puede que también sea así, pero eso nunca nos ocurre a nosotras. Solo una niña esperaría conseguirlo. Se lo digo para que entienda por qué adulamos a la hija de esta casa y consigue todo lo que desea de nosotras.

Por la expresión de la magistrada me di cuenta de que percibía poca diferencia entre lo que Queter explicaba y lo que Raughd había dicho. Me miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Continúe, Queter —intervine yo antes de que la magistrada dijera lo que yo sabía que estaba pensando—. Le prometí que podría contar su versión.

—Durante los últimos años, la ciudadana Raughd le ha exigido a mi hermana pequeña... —titubeó—. Le ha exigido que acceda a ciertos actos —terminó finalmente.

Raughd se echó a reír.

—¡Vamos, no tuvo que exigírselo!

—No ha estado escuchando, ciudadana —intervine yo—. La ciudadana Queter acaba de explicar que un deseo suyo es en realidad una exigencia para ellas y que llevarle la contraria en cualquier sentido puede suponer problemas para la trabajadora que lo haga.

—Además, no había nada de malo en ello —continuó Raughd como si yo no hubiera dicho nada—. Está resultando ser usted una hipócrita, capitana de flota, con esa censura del sexo poco decente. Sin embargo, usted ha venido con su querida samirenda para que la entretenga mientras se supone que está

de luto estricto.

Entonces comprendí por qué Raughd se me había insinuado de forma tan obvia y precipitada: creía que tenía que competir con Sirix. Esta soltó una carcajada de sorpresa.

—Me halaga, ciudadana Raughd, pero dudo que la capitana de flota haya pensado en mí para eso.

—Ni usted en mí, estoy segura —corroboré yo. Sirix asintió con un gesto. Aquello parecía divertirse mucho—. Volviendo a lo que nos ocupa, ciudadana, esta es la cuarta vez que interrumpe a la ciudadana Queter. Si no puede contenerse, tendré que pedirle que salga de la habitación hasta que ella haya terminado de hablar.

En cuanto pronuncié la última palabra, Raughd se levantó.

—¡Cómo se atreve! —gritó—. ¡En lo que a mí respecta, ya puede usted ser la prima de Dios! ¡Puede que se crea mejor que cualquier otra persona en este sistema, pero no está facultada para dar órdenes en esta casa!

—Nunca pensé que las habitantes de esta casa carecieran del sentido de la corrección más elemental —dije con voz sumamente calmada—. Si es totalmente imposible que una ciudadana hable aquí sin interrupciones, por mí Queter puede contar su historia a la magistrada en cualquier otro lugar y en privado.

Puse un ligerísimo énfasis en la expresión «en privado». Fosyf percibió ese énfasis, me miró y luego dijo:

—Siéntate y cállate, Raughd.

Sin duda conocía lo bastante a su hija para adivinar lo que había ocurrido, al menos en líneas generales. Después de oír a su madre, Raughd se quedó muy quieta. Parecía que ni siquiera respiraba. Me acordé de que Kalr Cinco y Kalr Seis oyeron de las sirvientas que Fosyf había dicho que todavía tenía tiempo de criar a otra heredera y me pregunté cuántas veces había oído Raughd esa amenaza.

—Comprendo que esté usted nerviosa, Raughd —dijo la magistrada del distrito con el ceño ligeramente arrugado. Deduje que le había sorprendido el tono de voz de Fosyf—. Si ayer alguien hubiera intentado matarme, a mí también me costaría conservar la calma, pero lo único que ha hecho la capitana de flota es prometerle a esta persona —señaló a Queter, que guardaba silencio en medio de la habitación— que podría contarme algo y ahora quiere que su promesa se cumpla. —Se volvió hacia Queter—. Su

nombre es Queter, ¿no? ¿Niega usted haber colocado el explosivo en la casa de baños?

—No, no lo niego —respondió Queter—. Pretendía matar a la hija de la casa y siento haber fallado.

Se produjo un silencio cargado de horror. Todo el mundo lo sabía, desde luego, pero oírlo así, tan claro y directo, fue impactante.

—No me imagino qué podría contarme usted que cambiara el resultado de lo que hizo. ¿Todavía quiere contármelo?

—Sí.

La magistrada del distrito se volvió hacia Raughd.

—Raughd, si prefiere irse, lo entenderé, pero si decide quedarse, será mejor que guarde silencio hasta que esta persona acabe de hablar.

—Me quedaré —repuso Raughd en tono desafiante.

La magistrada volvió a fruncir el ceño.

—Bien. —Hizo un gesto imperioso en dirección a Queter—. Acabemos con ello entonces.

—La hija de la casa sabía que la odiaba por abusar de mi hermana. Un día me dijo que quería que la capitana de flota muriera, que siempre se bañaba temprano, antes de que nadie más se hubiera despertado, y que una explosión en la casa de baños en el momento justo seguro que la mataría.

Raughd volvió a resoplar con sorna y fue a hablar, pero su mirada se cruzó con la de su madre y decidió callarse; cruzó los brazos y fijó la vista en el antiguo juego de té azul y verde, que seguía en su pedestal a tres metros y medio de ella.

—La hija de la casa —continuó Queter con voz firme, pero un poco más alta por si alguien intentaba interrumpirla— me dijo que si no sabía cómo conseguir el explosivo, ella me lo suministraría. Si me negaba, lo haría ella misma y se encargaría de que culparan a mi hermana, pero si lo hacía yo, le concedería clientelismo a mi hermana y se aseguraría de que la culpa no recayera en mí. —Entonces miró a Raughd, que había desviado la vista hacia otro lado, y mordaz y desdeñosa, dijo—: La hija de la casa cree que soy estúpida. —Volvió a mirar a la magistrada—. Comprendo que alguien quiera matar a la capitana de flota, pero yo no tengo ninguna razón para hacerlo. Sin embargo, sí que tengo algo contra la hija de la casa. Sabía que, fuera como fuese, yo acabaría en manos de Seguridad y que mi hermana iba a tener problemas. Ante esa perspectiva, ¿por qué no librarme de la persona que

acosaba a mi hermana?

—Es usted una joven muy locuaz —afirmó la magistrada después de tres segundos de silencio—. Y, por lo que veo, muy inteligente. Supongo que ya sabe que, si miente, la descubriremos.

Un interrogatorio bien llevado con drogas desenmascararía las intenciones más secretas de cualquier persona. Claro que si las autoridades presuponían la culpabilidad de alguien, podían decidir no someterla a ese tipo de interrogatorio. Además, si alguien creía firmemente en algo, eso es lo que reflejarían los resultados, aunque estuviera equivocada.

—Interrogue a la hija de la casa y así averiguará si digo la verdad, magistrada —pidió Queter.

—Usted admite que intentó matar a la ciudadana Raughd y que, usted misma ha dicho, tiene algo contra ella —observó la magistrada con sequedad—. Nada me hace suponer que se esté inventando todo esto para causarle dificultades.

—Si fuera necesario, estoy dispuesta a presentar una acusación formal, magistrada —ofrecí yo—. Pero, dígame, ¿ha averiguado la procedencia del explosivo?

—Seguridad dice que, probablemente, procede de una obra, aunque ninguna cercana ha informado de la desaparición de ningún explosivo.

—Quizá las supervisoras de esas obras deberían cotejar las existencias con lo que consta en los libros de registro.

Pensé en añadir que Seguridad debería prestar especial atención a las obras en las que trabajara alguna amiga de la hija de la casa o que ella hubiera visitado recientemente. La magistrada arqueó una ceja.

—Ya he cursado esa orden. De hecho, la cursé esta mañana antes de venir a la reunión.

Asentí con la cabeza en señal de reconocimiento.

—En ese caso, tengo otra petición. Esta será la última y, después, dejaré el asunto en sus manos como corresponde, magistrada. —Ella asintió y continué—: Me gustaría formularle una pregunta a la asistente personal de la ciudadana Raughd.

Varios tensos minutos después, la asistente de Raughd entró en la habitación.

—Ciudadana, sus brazos están llenos de bendiciones y nada salvo la verdad saldrá de sus labios —le dije en radchaai. Era una traducción aproximada de

las palabras que la capataz le recitaba mientras le metía en la boca trocitos de pastel con miel y que oí a través de Ocho—. ¿Dónde consiguió la ciudadana Raughd el explosivo?

La asistente, paralizada, me miró fijamente. Supuse que estaba aterrorizada. Nadie prestaba atención a las sirvientas salvo otras sirvientas, sobre todo en aquella casa.

—Le pido disculpas, capitana de flota, pero no sé a qué se refiere —dijo después de un silencio interminable.

—Vamos, ciudadana —repliqué yo—. La ciudadana Raughd apenas da un paso sin que usted lo sepa. De acuerdo que usted no siempre la acompaña cuando va al Subjardín y que a veces la manda a hacer recados mientras ella se dedica a otras cosas, pero usted siempre sabe qué está haciendo como haría cualquier buena asistente. Además, ahora no hablamos de un hecho aislado e instintivo, como pintar «no té, sino sangre» en la pared del Subjardín. —Yo sabía que la asistente había intentado limpiar los guantes de Raughd antes de que nadie se diera cuenta de que estaban manchados de pintura—. Esto es distinto. Lo que nos ocupa es complejo, fue planeado con antelación y no pudo hacerlo sola. Al fin y al cabo para eso están las buenas asistentes personales, ¿no? Además, ya no es un secreto, porque la ciudadana Queter se lo ha contado todo a la magistrada.

Se le inundaron los ojos de lágrimas, le tembló la mandíbula y luego se derrumbó.

—No soy una buena asistente personal —reconoció. Por su mejilla resbaló una lágrima. Esperé en silencio mientras ella debatía consigo misma. Yo no sabía si se cuestionaba qué decir o si decirlo o no, pero en su expresión percibí que tenía un conflicto. Nadie pronunció ni una palabra—. Si lo fuera, nada de esto habría ocurrido —dijo por fin.

—Siempre ha sido desequilibrada —dijo Raughd—. He intentado ayudarla y protegerla desde que éramos niñas.

—No es culpa suya —tranqualicé a la asistente ignorando a Raughd—. Pero usted sabía lo que Queter pensaba hacer. O, por alguna razón, lo sospechaba. —Probablemente llegó a la conclusión obvia a la que Raughd no había llegado: que Queter, al sentirse acorralada, no haría lo que Raughd le había ordenado—. Por eso no fue usted a la casa de baños ayer cuando Raughd la llamó. —Raughd se cansó de esperar a su asistente, salió de la casa de baños para ir a buscarla y por eso no murió en la explosión—.

¿Dónde consiguió Raughd el explosivo?

—En una apuesta, hace cinco años. Desde entonces, lo ha tenido guardado en una caja.

—¿Puede contarnos dónde, cuándo y cómo lo consiguió para que podamos confirmarlo? —le pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí.

—¡Se lo está inventando! —exclamó Raughd—. ¡Después de todo lo que he hecho por ella va y me hace esto! ¡Y usted, Breq Mianaai! —Se volvió hacia mí—. La he acogido con mi familia desde que llegó a este sistema. Esa ridícula historia acerca de lo peligroso que es viajar por los portales está claro que es una invención. ¡Y encima ha traído a esta casa a una conocida criminal! —No miró a Sirix mientras lo decía—. Y ahora me culpa ¿de qué?, ¿de intentar matarme a mí misma con una bomba? No me sorprendería que fuera usted quien planeó todo esto.

—¿Lo ve? —le dije a la asistente de Raughd, que seguía llorando—. En absoluto es culpa suya.

—Comprobar el relato de su sirvienta será muy sencillo, ciudadana —le comunicó la magistrada a Raughd con el ceño arrugado. Me fijé en que Fosyf se había dado cuenta del cambio de tratamiento utilizado por la magistrada: de Raughd a ciudadana, que era más distante—. Pero podemos hablar de esto en otro lugar. Creo que debería alojarse conmigo en la ciudad hasta que aclaremos las cosas.

La magistrada, por supuesto, no hizo extensiva su invitación a la sirvienta de Raughd ni a Queter. Ellas permanecerían en sendas celdas en Seguridad hasta que fueran interrogadas y sometidas a reeducación. Aun así resultaba obvio lo que aquella invitación significaba. Desde luego Fosyf lo comprendió y manifestó su consternación en un gesto.

—Debería haberme dado cuenta de que esto acabaría así. He protegido a Raughd durante demasiado tiempo esperando que mejorara, aunque nunca imaginé que... —Su voz se fue apagando. Parecía no ser capaz de expresar con palabras lo que nunca había imaginado—. ¡Y pensar que pude dejar mi plantación en las manos de alguien capaz de hacer algo así!

Raughd permaneció inmóvil durante un segundo.

—No puedes... —empezó Raughd en apenas un susurro enfático, como si no consiguiera encontrar su voz.

—¿Qué alternativa tengo? —preguntó Fosyf, que en aquel momento era la

viva imagen del dolor y la pena.

Raughd se incorporó y, en tres zancadas, se colocó frente al juego de té. Levantó la caja por encima de la cabeza y la lanzó al suelo. Las piezas de porcelana se hicieron añicos, y los trocitos azules y verdes se esparcieron por el suelo. Kalr Cinco, que estaba junto a la puerta, emitió un leve sonido que solo percibimos ella y yo. Luego se hizo el silencio. Nadie se movió; nadie habló. Al cabo de unos instantes, una sirvienta, sin duda atraída por el ruido de la porcelana rota, apareció en la puerta.

—Limpia este desastre —le ordenó Fosyf con voz serena nada más verla—. Y échalo a la basura.

—¿Va a tirarlo? —le pregunté yo.

En parte porque me sorprendió su decisión y, en parte, para ocultar otro leve sonido de protesta de Cinco. Fosyf hizo un gesto de despreocupación.

—Ahora no vale nada.

La magistrada se volvió hacia Queter, que había estado tensa y en silencio durante todo el rato.

—¿Es esto lo que usted quería, Queter?, ¿todo este dolor?, ¿una familia destruida? Por mi vida que no entiendo por qué no volcó su obvia determinación y energía en el trabajo para mejorar su situación y la de su familia. En lugar de eso, construyó su resentimiento y lo alimentó, y ahora lo que tiene es... —La magistrada señaló alrededor—. Esto.

Queter se volvió hacia mí con calma y lentitud.

—Tenía usted razón respecto a lo de decepcionarse a uno mismo, ciudadana.

Lo dijo sin alterarse, como si hablara del tiempo. Y lo hizo en radchaai, aunque podría haber usado el delsig, porque sabía que yo lo entendía. Su comentario no iba dirigido a mí. De todos modos, yo le respondí.

—Usted estaba decidida a hablar si tenía la oportunidad. Fueran cuales fuesen las consecuencias.

Ella arqueó una ceja, sarcástica.

—Así es —afirmó—. Lo estaba.

Tras salir del salón de la casa de Fosyf, Sirix iba tensa y en silencio y apenas pronunció una palabra durante el trayecto hasta la estación Athoek. Fue un silencio increíblemente largo, porque la herida de la *Espada de Atagaris* requería que ocupáramos más asientos de lo normal en el transbordador que comunicaba el ascensor espacial con la estación, por lo que tuvimos que esperar un día entero hasta que despegó uno con el espacio extra suficiente.

Sirix no habló hasta que estuvimos en el transbordador, a una hora del acoplamiento a la estación. Estábamos sujetas a los asientos, y Cinco y Ocho se sentaban detrás de nosotras, casi totalmente pendientes de la hermana de Queter, que se sintió realmente mal durante todo el vuelo: estaba rodeada de extrañas, echaba de menos su hogar, se sentía desorientada y tenía el estómago revuelto por la microgravedad. Sin embargo, rehusó cualquier medicación y las lágrimas se aferraban a sus pestañas o se rompían formando pequeñas esferas líquidas cuando se las enjugaba. Al final se durmió.

Sirix sí que se tomó algún fármaco y, en consecuencia, se sentía mejor físicamente, pero, desde que dejamos las montañas, se la veía preocupada. Incluso desde antes, reflexioné yo. Sabía que Raughd no solo no le caía bien, sino que tenía razones para estar resentida con ella. Sin embargo, yo sabía que, de todas las personas que había en el salón de Fosyf aquel día, ella era la única que comprendía cómo se sintió Raughd cuando oyó que su madre hablaba con tanta ligereza y serenidad de desheredarla. Ella era la única que entendió el impulso que empujó a Raughd a destrozar el antiguo juego de té que su madre tanto apreciaba y del que se sentía orgullosa. La ciudadana Fosyf no cambió de idea sobre su hija ni respecto al juego de té. Kalr Cinco recuperó la caja de la basura, y también los fragmentos de cristal y porcelana de las tazas y la tetera que habían permanecido intactas durante más de tres

mil años. Hasta entonces.

—¿Fue eso justicia? —preguntó Sirix en voz baja, como si no hablara conmigo, aunque nadie más podía oírla.

—¿Y qué es la justicia, ciudadana? —le pregunté yo—. ¿Dónde estaba la justicia teniendo en cuenta toda la situación? —Sirix no contestó. O estaba enfadada o no sabía qué contestar. Eran dos preguntas difíciles—. Hablamos de la justicia como si se tratara de algo simple: actuar correctamente; como si una estuviera tomando un té y solo se tratara de decidir quién se toma la última pasta. ¡Así de sencillo! Achacar la culpabilidad a las culpables.

—¿Acaso no es así de simple? —preguntó Sirix después de unos minutos de silencio—. Hay acciones correctas y acciones incorrectas. Aun así, creo que si usted hubiera sido la magistrada, habría dejado libre a la ciudadana Queter.

—Si yo fuera la magistrada, sería una persona totalmente diferente a quien soy ahora. Lo que está claro es que usted siente tanta compasión por la ciudadana Queter como por la ciudadana Raughd.

—Por favor, capitana de flota —replicó ella después de tres respiraciones largas y lentas. La había hecho enfadar—. Por favor, no me hable como si fuera estúpida. Usted pasó la noche en la casa de las trabajadoras agrícolas. Parece estar familiarizada con las valskaayanas y su delsig es fluido. Aun así, resulta sorprendente que acudiera sola a aquella casa y regresara a la mañana siguiente con Queter. Sin protestas por parte de ella; sin que ofreciera resistencia. Y antes de que nos fuéramos de allí, antes incluso de que la magistrada se marchara, las trabajadoras agrícolas le enviaron a Fosyf una lista de peticiones. Justo cuando Fosyf no puede contar con el apoyo incondicional de la magistrada.

Tardé unos segundos en comprender qué quería decir.

—¿Cree usted que yo las solivianté?

—Me cuesta creer que, casualmente, unas trabajadoras incivilizadas y sin educación que durante más de diez años no han sido capaces de iniciar una huelga decidan hacerlo precisamente ahora.

—No, no se trata de algo casual, pero aunque puede que carezcan de educación no se puede decir que sean incivilizadas. Son perfectamente capaces de planear algo así por sí solas y conocen la situación de Fosyf tan bien como cualquier otra persona. Seguro que mejor que muchas otras.

—¿Y el hecho de que Queter se presentara con usted de buen grado no

formaba parte del trato? ¿No la tratarán con indulgencia mientras que la vida de Raughd ha quedado destrozada?

—¿No siente usted compasión por Queter? Raughd actuó impulsada por la malicia y el orgullo herido y, si se hubiera salido con la suya, yo no sería la única eliminada. Por otro lado, Queter se enfrentaba a una situación sin salida. Hiciera lo que hiciese, las cosas acabarían mal.

Sirix tardó un poco en contestar.

—Para empezar, lo único que tenía que hacer Queter es acudir a la magistrada.

Tuve que reflexionar un instante para comprender por qué precisamente Sirix creía que Queter podía o debería haber actuado así.

—Supongo que se da cuenta de que, sin mi intervención, la ciudadana Queter nunca podría haberse acercado a menos de un kilómetro de la magistrada del distrito —dije—. Y le pido que recuerde lo que solía pasar antes cuando la ciudadana Raughd no actuaba correctamente.

—Aun así, si Queter hubiera hablado con corrección la habrían escuchado —replicó Sirix.

Yo estaba convencida de que Queter tenía razón al creer que no recibiría ninguna ayuda de la magistrada del distrito.

—Ella tomó ciertas decisiones y no podrá escapar a las consecuencias. Dudo mucho que sean indulgentes con ella, pero yo no puedo condenarla. Estaba dispuesta a sacrificarse para proteger a su hermana. —Sirix, más que nadie, debería valorar ese hecho—. ¿Cree usted que si la Lord del Radch estuviera aquí lo percibiría todo y valoraría cada acto y la intención de cada persona en su justa medida? ¿Cree que ella habría impartido la justicia perfecta? ¿Cree usted que es posible que las personas reciban exactamente lo que merecen? ¿Nada más y nada menos?

—En eso consiste la justicia, ¿no, ciudadana? —me preguntó Sirix con una calma aparente, pero percibí en ella una ligerísima tensión y el tono monótono de su voz me indicó que ahora sí que estaba enfadada—. Si Raughd o Queter quisieran apelar la sentencia, no podrían hacerlo; no aisladas como estamos de los palacios. Usted es lo más representativo que tenemos de la Lord del Radch, pero no es en absoluto imparcial. No he podido evitar darme cuenta de que cada vez que llega por primera vez a un lugar, se dirige directamente al escalón social más bajo en busca de aliadas. Claro que sería ridículo pensar que una hija de Mianaai llegara a un lugar sin

involucrarse inmediatamente en la política. Pero ahora que he visto cómo ha soliviantado a las valskaayanas en contra de Fosyf, me pregunto contra quién planea soliviantar a las ychanas.

—Yo no he soliviantado a las valskaayanas en contra de nadie. Las trabajadoras agrícolas son perfectamente capaces de tomar sus propias decisiones y le aseguro que eso es lo que han hecho. En cuanto al Subjardín, usted vive allí, sabe en qué estado está y sabe que deberían haberlo arreglado hace ya mucho tiempo.

—Podría usted haber hablado en privado con la magistrada acerca de la situación de las valskaayanas.

—De hecho, lo hice.

—En realidad, muchos de los problemas de las ychanas se solucionarían si fueran mejores ciudadanas —continuó ella como si yo no hubiera dicho nada.

—¿Y cómo de buena tiene que ser una ciudadana para tener agua, aire y atención médica? ¿Sus vecinas saben que las tiene usted en tan baja estima?

Yo estaba convencida de que, igual que las trabajadoras de la plantación, sus vecinas lo sabían. Sirix no volvió a pronunciar una palabra durante el resto del trayecto.

La teniente Tisarwat nos recibió en el muelle de la estación. Al vernos se sintió aliviada y noté que esperaba con ilusión... algo. Y eso que esperaba también le producía temor. Mientras el resto de las pasajeras pasaban junto a mí, miré por los ojos de Cinco y Ocho. Vi que la auxiliar de la *Espada de Atagaris* era atendida por unas médicas y otro segmento de sí misma, y que una tercera auxiliar se colocaba detrás de la capitana Hetnys. La teniente Tisarwat hizo una reverencia.

—Bienvenida de vuelta, señor.

—Gracias, teniente. —Me volví hacia la capitana Hetnys—. Capitana, la veré mañana por la mañana a primera hora.

Ella asintió e hizo una reverencia, y yo emprendí la marcha hacia el pasillo y el ascensor que me llevaría al Subjardín. El festival de los genitales hacía tiempo que había terminado. Ya no había penes diminutos y de brillantes colores colgados en los pasillos y hasta el último envoltorio de dulces había sido recogido y enviado a reciclar.

En la entrada al Subjardín ya no había mesas rotas, aunque eso ya lo sabía

porque lo había visto a través de los ojos de Tisarwat y Bo Nueve. Sin embargo, la compuerta del sector sí que estaba abierta y un letrero indicaba que funcionaba correctamente y que había aire a ambos lados de ella. Al otro lado de la compuerta había marcas y surcos en el suelo del pasillo, pero estaba bien iluminado. La *Misericordia de Kalr* me mostró la sensación de orgullo de la teniente Tisarwat. Había estado esperando el momento de enseñarme los arreglos.

—Todas las compuertas de este nivel que delimitan el Subjardín están arregladas, señor —me explicó cuando entramos en el pasillo—. Y en el nivel dos la reparación de las compuertas está muy adelantada. Como es lógico, las de los niveles tres y cuatro serán las siguientes.

Entramos en la diminuta e improvisada plaza. Ahora estaba bien iluminada y la pintura fosforescente de la pared contigua a la tetería apenas se veía, aunque seguía allí, igual que las marcas de las pisadas y de la pintura vertida. Dos tiestos con plantas flanqueaban el banco que había en el centro del recinto; eran grupos de hojas largas y estrechas que crecían verticalmente y un par de ellas casi alcanzaban un metro de altura. La teniente Tisarwat vio que me fijaba en ellas, pero el temor que experimentó no se reflejó en su cara. Las plantas eran, por supuesto, el resultado de la conversación que mantuvo con Basnaaid. Tan bien iluminada, la plaza se veía todavía más pequeña. Y estaba abarrotada de gente, ya que no solo la cruzaban las residentes del Subjardín, sino también los miembros de Mantenimiento de la estación, que iban vestidas con su mono gris de trabajo.

—¿Y la instalación de agua? —le pregunté a Tisarwat sin mencionar las plantas.

—Este sector del nivel uno ya tiene agua. —La satisfacción que experimentó al decirlo casi eclipsó el miedo que le producía que yo me diera cuenta de que había estado bastantes ratos con la horticultora—. En los otros sectores todavía están trabajando y en el nivel dos apenas han empezado. En algunas zonas, estas labores van despacio, señor, y me temo que la instalación de agua del nivel cuatro todavía está como antes. Las residentes acordaron que era mejor empezar por donde vive más gente.

—Me parece bien, teniente.

Yo, por supuesto, conocía la mayor parte de aquellas noticias, ya que, mientras estaba en Suelo, no había perdido de vista a Tisarwat, Bo Nueve, Kalr Diez y lo que sucedía en la estación. Sirix, que iba detrás de mí y de

Tisarwat, se detuvo, lo que obligó a Cinco y a Ocho, que la seguían flanqueando a la silenciosa y desanimada hermana de Queter, a detenerse también.

—¿Y qué hay de las residentes? ¿Todavía cuento con mis dependencias, teniente?

Tisarwat sonrió, lo que era una diplomática y ensayada expresión que yo sabía que había utilizado incontables veces durante la semana anterior, y explicó:

—A todas las personas que vivían en el Subjardín cuando empezaron las obras se les han asignado oficialmente las dependencias que estaban utilizando. Su habitación sigue siendo suya, ciudadana, aunque ahora está mejor iluminada y, con el tiempo, estará mejor ventilada. —Se volvió hacia mí—. Ha habido algún... recelo en relación con la instalación de las cámaras. —De hecho, se celebró una acalorada reunión a la que asistió la administradora de la estación Celar allí, en la plaza, porque entonces los ascensores todavía no funcionaban. La teniente Tisarwat consiguió organizarla gracias a una mezcla de fuerza de voluntad y un grado de encanto personal que me sorprendió incluso a mí, que ya sospechaba qué cosas era capaz de conseguir. Seguridad no asistió, solo las residentes, Tisarwat y la administradora de la estación—. Al final se decidió que las cámaras se instalaran en los pasillos, pero no en las viviendas, salvo en las de las residentes que lo solicitaran.

Sirix soltó un «¡ya!» desdeñoso.

—Para algunas incluso las cámaras en los pasillos será demasiado. Será mejor que vaya a casa y averigüe qué cambios han hecho.

—Creo que le gustarán, ciudadana —contestó Tisarwat todavía con actitud diplomática—. Pero si tiene problemas o quejas, por favor no dude en hacérmelo saber a mí o a la *Misericordia de Kalr*.

Sirix no respondió, solo hizo una reverencia y se marchó.

—Podría mandar a quien tenga quejas directamente a Administración de la Estación —le sugerí mientras intentaba deducir qué inquietaba a Sirix.

Reemprendí la marcha volviendo a activar a nuestra pequeña procesión. Doblamos una esquina del pasillo y las puertas del ascensor se abrieron para nosotras. Estación estaba observándonos.

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden estaba desnuda en el baño y una amaata la atendía.

—Así que la capitana de flota está de vuelta sana y salva —comentó Seivarden.

—Sí, teniente —respondió la amaata hablando en nombre de Nave.

En la estación Athoek, en el Subjardín, entré en el ascensor con Tisarwat, mis kalrs y la hermana de Queter. La *Misericordia de Kalr* me mostró la vacilación momentánea de la teniente, que contemplaba, no por primera vez, la posibilidad de que yo hubiera visto, desde Suelo, todo lo que había hecho.

—Sé que debería enviarlas a Administración de la Estación, señor, pero la mayoría de las personas que viven aquí prefieren no ir allí. Nosotras estamos más cerca, somos las promotoras de las reformas y vivimos aquí, mientras que nadie de Administración lo hace. —Titubeó un segundo—. No todas las residentes están contentas con las reformas. Hay algunas redes de contrabando: objetos robados, drogas prohibidas..., y a las personas que viven de esas redes no les gusta que Estación pueda verlo todo, aunque solo sea en los pasillos.

Volví a pensar en Seivarden. Su decisión de no volver a tomar kef había sido rotunda y, de momento, se había mantenido fiel a ella, pero cuando lo tomaba era sumamente hábil para encontrarlo y conseguirlo estuviera donde estuviese. Me alegré de haberla dejado al mando de la *Misericordia de Kalr* y no haberla llevado conmigo.

Seivarden, que seguía en el lavabo en la *Misericordia de Kalr*, cruzó los brazos y los descruzó; reconocí el gesto que había visto meses atrás y que sorprendió a la amaata que la atendía, aunque el único signo de su sorpresa fue que parpadeó un par de veces. Las palabras «estaba usted muy preocupada por ella» aparecieron en la visión de la amaata.

—Estaba usted muy preocupada por ella —dijo en nombre de Nave.

En el ascensor del Subjardín de la estación Athoek, el orgullo que experimentaba Tisarwat al enseñarme todo lo que había conseguido se vio de repente ahogado por una oleada de ansiedad y desprecio por sí misma, como la que había sentido de fondo durante todo el tiempo.

—Lo veo, capitana de flota —me informó Nave antes de que yo pudiera decir nada—. Casi lo tiene controlado. Creo que su regreso le produce cierta tensión. Le preocupa que no apruebe sus decisiones.

En la *Misericordia de Kalr*, Seivarden no contestó enseguida a Nave. Había reconocido el gesto de cruzar y descruzar los brazos y le avergonzaba lo que indicaba de su estado anímico del momento.

—¡Claro que estaba preocupada! —exclamó finalmente—. Alguien ha intentado hacer volar por los aires a mi capitana.

La amaata vertió agua sobre la cabeza de Seivarden y esta escupió levemente para expulsar la que se le había metido por la boca y la nariz.

En el ascensor, en el Subjardín, Tisarwat me dijo:

—Los últimos días ha habido algunas quejas fuera del Subjardín por la asignación de las viviendas. —Parecía calmada y su voz solo reflejó un leve indicio de lo que sentía—. Algunas personas piensan que no es justo que las ychanas cuenten, de repente, con unas dependencias lujosas y tanto espacio porque no se lo merecen.

—¡Cuánta sabiduría para decidir qué merece cada persona! —observé con sequedad.

—Sí, señor —corroboró la teniente Tisarwat con una punzada de culpabilidad.

Consideró la posibilidad de añadir algo más, pero, finalmente, decidió no hacerlo.

—Discúlpeme por sacar este tema —se disculpó Nave con Seivarden a través de la voz de la amaata—. Comprendo que le preocupara el intento de acabar con la vida de la capitana de flota. Yo también estaba preocupada, pero usted es una soldado, teniente, y la capitana de flota también. Y eso conlleva cierto riesgo. Creía que usted estaba acostumbrada al riesgo. Estoy segura de que la capitana de flota sí que lo está.

Percibí ansiedad en Seivarden, que se sintió doblemente vulnerable. En primer lugar, por estar desnuda en el baño y, en segundo lugar, porque la pregunta de Nave también la dejaba al desnudo.

—Se supone que estar sentada en un jardín tomando el té no es una situación de riesgo, Nave.

Movió los dedos levemente para decirle: «Tú tampoco quieres perderla.» No quiso decirlo en voz alta para que no lo oyera la amaata.

—Ningún lugar es totalmente seguro, teniente —dijo Nave por medio de la amaata, y añadió en la visión de Seivarden—: Con todo respeto, teniente, quizá debería consultar a Médico.

Durante un instante, Seivarden sintió pánico. La amaata, intrigada, vio que Seivarden se quedaba paralizada y, a continuación, Nave colocó las siguientes palabras en su visión:

—Todo está bien, amaata. Continúa.

Seivarden cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. No les había contado ni a Nave ni a Médico las dificultades que había tenido con el kef anteriormente. Yo sabía que confiaba en no volver a tener problemas con eso.

Nave habló en voz alta o, mejor dicho, Nave le mostró a la amaata lo que quería decir y la amaata lo pronunció:

—No puede estar preocupada por estar al mando en caso de que ocurriera algo porque ya comandó su propia nave en otro momento.

Seivarden no contestó; se quedó quieta sobre la rejilla del baño mientras su amaata hacía lo que debía hacer. La afirmación de Nave estaba destinada tanto a Seivarden como a la amaata.

—No, Nave, eso no me preocupa. —Su respuesta también estaba destinada, principalmente, a la amaata, y en silencio añadió—: Así que ella te lo contó.

—No fue necesario —contestó Nave en la visión de Seivarden—. Tengo algo de experiencia en el mundo, teniente, y a usted la veo hasta el fondo. —Y dijo en voz alta—: Tenía usted razón: cuando la capitana de flota se mete en un lío, no es de los pequeños. Seguramente, usted ya está acostumbrada.

—No es fácil acostumbrarse —repuso Seivarden intentando con todas sus fuerzas que su voz sonara ligera y divertida.

Lo que no dijo, ni en silencio ni en voz alta, fue que hablaría con Médico.

En el ascensor, en el Subjardín de la estación Athoek, le comuniqué a la teniente Tisarwat:

—Tengo que hablar con la gobernadora Giarod lo antes posible. Si me presento en su residencia para invitarla a cenar, ¿podrá aceptar la invitación?

Mi rango y mi aparente estatus social me otorgaban cierto grado de libertad dentro de los límites de la más estricta corrección y me permitían ser arrogantemente autoritaria incluso con la gobernadora del sistema. Sin embargo, lo que quería hablar con ella requería cierta delicadeza por mi parte. Además, aunque podía haberle mandado la pregunta a Cinco, cuya tarea consistía en ocuparse de aquellas gestiones por mí, sabía que en mi salón había tres ciudadanas, entre ellas la prima de Skaaiat Awer, que esperaban a Tisarwat tomando un té. El objetivo de su reunión no era exclusivamente social. La teniente Tisarwat parpadeó y cogió aire.

—Lo averiguaré, señor. —Volvió a inspirar y se contuvo con esfuerzo para no fruncir el ceño—. ¿Se refiere a cenar en sus dependencias, señor? No estoy segura de que disponga de alimentos dignos de la gobernadora del sistema.

—Lo que quiere decirme —repliqué con voz calmada— es que usted ha invitado a cenar aquí a sus amigas y espera que no las eche de nuestro comedor. —Tisarwat quería bajar la vista y apartarla de mí, pero se mantuvo firme, aunque se ruborizó—. Vayan a cenar a otro lugar. —Estaba contrariada. Deseaba cenar allí por la misma razón que yo, porque quería tener una conversación privada con aquellas personas. O, al menos, lo más privada posible, atendidas, solo, por las misericordias de Kalr y observadas, como mucho, por Nave y quizá yo—. Si quiere, puede dejarme ante ellas como una tirana. Así no la culparán a usted.

La puerta del ascensor se abrió en el nivel cuatro. Unos cuantos metros más allá de la zona bien iluminada del ascensor todavía había paneles de luz en el suelo, apoyados en las paredes.

Por el momento, aquel era mi hogar.

—Reconozco, capitana de flota —dijo la gobernadora Giarod durante la cena—, que en general no soy muy amante de la comida ychana. Si no es sosa, es rancia y amarga. —Probó otro bocado de la comida, que consistía en pescado y setas con una salsa fermentada, razón de aquel sabor rancio y amargo del que se quejaba, aunque en aquella ocasión la salsa había sido cuidadosamente endulzada y especiada para acomodarla al paladar radchaai—. Pero esta está muy buena.

—Me alegro de que le guste. He encargado que la trajeran de un local del nivel uno.

La gobernadora arrugó el entrecejo.

—¿De dónde proceden las setas?

—Las cultivan en algún lugar del Subjardín.

—Tendré que comentarlo en Horticultura.

Me comí un bocado de pescado y setas y bebí un trago de té.

—Quizá sería mejor dejar que las personas que se han hecho expertas sigan sacando provecho de ello. Si Horticultura cultivara las setas, esas personas saldrían perjudicadas, ¿no cree? Pero imagínese lo satisfechas que se sentirían si la residencia de la gobernadora empezara a comprarles las setas.

La gobernadora Giarod dejó el cubierto y se reclinó en el asiento.

—¿Así que la teniente Tisarwat está actuando conforme a sus directrices?

—Su conclusión no era tan incoherente como parecía. Durante la última

semana, Tisarwat había estado animando a las trabajadoras que se encargaban de las reparaciones a probar la comida del Subjardín. Además, la nueva instalación de agua del nivel uno había facilitado el trabajo de las personas que suministraban esa comida. Para alguien como la gobernadora Giarod el objetivo era obvio—. ¿Me ha invitado a cenar aquí para hablar de eso?

—La teniente Tisarwat no ha actuado siguiendo mis órdenes, aunque yo apruebo lo que ha hecho. Estoy convencida de que es usted consciente de que seguir aislando el Subjardín del resto de la estación sería tan desastroso como obligar a sus residentes a vivir como lo hacen las habitantes de los otros sectores. —Lograr un equilibrio entre ambos aspectos sería... interesante—. Me sentiría muy decepcionada si, como resultado de todos los cambios, las habitantes del Subjardín se vieran privadas de todo lo que tienen de valioso para que otras personas se beneficiaran de ello en otro lugar. Dejemos que las casas de aquí aprovechen lo que han construido. —Bebí otro trago de té—. Creo que se lo han ganado. —La gobernadora cogió aire y supuse que su intención era discutir la expresión «lo que han construido», que yo había utilizado—. Pero si la he invitado aquí esta noche es porque quería preguntarle acerca de las valskaayanas deportadas.

Podría habérselo preguntado antes, desde Suelo, pero ocuparse de asuntos de trabajo en pleno duelo se consideraba totalmente inapropiado. La gobernadora parpadeó y volvió a dejar el cubierto que acababa de coger.

—¿Las valskaayanas deportadas? —Estaba muy sorprendida—. Sé que le interesa Valskaay porque lo dijo nada más llegar, pero...

Pero eso no justificaba una invitación urgente y precipitada a una cena privada sin que hubiera transcurrido ni siquiera una hora desde que yo había bajado del transbordador procedente del ascensor Athoek.

—Tengo entendido que fueron casi exclusivamente asignadas a las plantaciones de té de las montañas. ¿Es eso cierto?

—Creo que sí.

—¿Y todavía se conservan algunas en los almacenes?

—Sin duda.

Ahora tocaba la parte delicada.

—Me gustaría que alguien de mi tripulación inspeccionara las instalaciones donde las almacenan. —Y continué ante el desconcertado silencio de la gobernadora—: Me gustaría cotejar el inventario oficial con lo que hay allí. —Por eso la cena tenía que celebrarse en mis dependencias y no en la

residencia de la gobernadora. Y mucho menos en algún local público; por muy de moda que estuviera o por muy discreto que se supusiera—. ¿Es usted consciente de los rumores que dicen que antiguamente las deportadas samirendas eran vendidas clandestinamente a las traficantes de esclavas de otros sistemas?

La gobernadora suspiró.

—Es solo un rumor, capitana de flota. La mayoría de las samirendas se han convertido en buenas ciudadanas, pero algunas todavía se aferran a antiguos resentimientos. Las athoekis sí que hacían contratos de servidumbre como pago de determinadas deudas y había un tráfico de esclavas hacia otros sistemas, pero esas prácticas finalizaron antes de que nosotras llegáramos. Y no creo que hayan sido posibles desde entonces. Todas las deportadas tienen un localizador, y los tanques de suspensión, también. Además, nadie puede entrar en las instalaciones de almacenaje sin los debidos códigos de acceso. Por otro lado, las naves del sistema también disponen de un localizador, así que, aunque alguien consiguiera acceder a los almacenes y llevarse algún tanque de suspensión sin autorización, resultaría fácil establecer qué nave ha estado allí y no tenía que haber estado.

La gobernadora sabía que en el sistema había al menos tres naves que no tenían localizadores que ella pudiera controlar. Una de ellas era la mía.

—Tengo que decirle que no entiendo que haya dado crédito a esos rumores —continuó la gobernadora.

—¿Las instalaciones tienen una IA? —le pregunté. La gobernadora negó con la cabeza. Lo contrario me habría sorprendido—. De modo que, básicamente, están automatizadas. Es decir, cuando se retira un tanque de suspensión, queda registrado en el sistema.

—También trabajan algunas empleadas que supervisan el lugar, aunque ahora es un trabajo aburrido.

—Supongo que hay destinadas una o dos personas. Trabajan allí unos meses, quizás un año, y luego son reemplazadas por otras dos. Además, como hace años que nadie ha retirado deportadas, no hay ninguna razón para comprobar el inventario. Y si los almacenes se parecen a los de las cruceros de batalla, no son el tipo de lugar en el que se pueda entrar a echar una ojeada. Los tanques de suspensión no están cuidadosamente alineados de forma que se pueda caminar entre las hileras, sino que están apilados y, cuando alguien los necesita, los separan con máquinas elevadoras. Hay

formas de desplazarse por el interior de los almacenes y hacer un inventario físico, pero son poco prácticas y hace tiempo que nadie lo considera necesario.

La gobernadora Giarod me miraba fijamente y en silencio, con el pescado olvidado y el té frío.

—¿Por qué iba alguien a querer sustraer los tanques de suspensión? —me preguntó.

—Si existiera un mercado de esclavas u órganos corporales, diría que por dinero. Y, aunque no creo que exista ese mercado, puede que esté equivocada. Sin embargo, no puedo evitar pensar en todas las naves militares que ya no tienen auxiliares y en todas las personas que querrían que las tuvieran.

Seguramente, la capitana Hetnys era una de esas personas, pero eso no se lo dije.

—Su nave no tiene auxiliares —observó la gobernadora Giarod.

—Así es —corroboré—. Pero que una nave tenga o no auxiliares no es un indicio fiable de lo que opina acerca de que hayamos decidido no crear más.

La gobernadora parpadeó. Por lo visto, estaba sorprendida e intrigada.

—La opinión de las naves no es relevante, ¿no? Las naves solo cumplen órdenes. —Yo no respondí, aunque había mucho que decir al respecto. La gobernadora suspiró—. En fin, me pregunto qué importancia tiene esto cuando ha estallado una guerra civil que bien podría llegar hasta aquí y, aunque ahora entiendo su razonamiento, capitana de flota, todavía creo que está usted persiguiendo un rumor. Además, yo no he oído nada por el estilo respecto a las valskaayanas, solo lo que le he comentado acerca de lo que les ocurría a las samirendas antes de la anexión.

—Concédame los accesos.

Podía enviar a la *Misericordia de Kalr*. Seivarden tenía experiencia con los tanques de suspensión de las cruceros de batalla y sabría qué hacer cuando yo le informara de lo que quería. En aquel momento estaba de guardia en el puente de mando. Desde la conversación que mantuvo con Nave estaba inquieta y contenía el apremiante impulso de cruzar los brazos. Cerca de ella, una ama canturreaba: «Mi madre me dijo que todo gira.»

—Yo misma me ocuparé —continué—. Si todo está como debiera, usted no pierde nada.

—Está bien. —Bajó la vista hacia el plato, cogió el cubierto e hizo amago

de pinchar un trozo de pescado, pero se detuvo y volvió a apoyar la mano en la mesa con el ceño fruncido—. Está bien —repitió. Y añadió—: Tenía usted razón respecto a Raughd Denche, ¿no?

Había estado pensando si sacaría el tema o no. Yo sospechaba que antes de un día sería del dominio público que habían desheredado a Raughd. A la larga, los cotilleos llegarían a la estación, pero nadie hablaría de lo ocurrido en voz alta, y mucho menos conmigo. En cualquier caso, la gobernadora Giarod era la única persona de la estación con acceso total a los informes oficiales.

—No me alegré de tenerla —contesté.

—Comprendo.

Volvió a dejar el cubierto sobre la mesa y suspiró.

—También querría que le ordenara a la vicegobernadora planetaria que investigara las condiciones de vida y de trabajo de las trabajadoras de las plantaciones de té de las montañas —dije antes de que ella pudiera añadir nada más—. En concreto, sospecho que la base que se utiliza para calcular los salarios es injusta.

Probablemente, las trabajadoras agrícolas conseguirían la satisfacción de sus reivindicaciones gracias a la magistrada del distrito, pero no quería darlo por supuesto.

—¿Qué pretende, capitana de flota? —La gobernadora parecía muy desconcertada—. Nada más llegar, se dirige directamente al Subjardín. Va a Suelo y, de repente, surgen problemas con las valskaayanas. Creía que su prioridad era mantener a salvo a las ciudadanas de este sistema.

—Gobernadora —dije con voz extremadamente serena y calmada—, las residentes del Subjardín y las valskaayanas que recolectan té son ciudadanas. No me gustó lo que encontré en el Subjardín y tampoco lo que vi en las montañas, en Suelo.

—Y cuando quiere algo lo manifiesta y espera conseguirlo —remarcó la gobernadora con voz aguda.

—Igual que usted —repliqué con expresión seria y todavía con calma—. Va implícito con el rol de gobernadora del sistema, ¿no es así? Claro que desde su posición puede permitirse ignorar cosas que no considera importantes. Pero eso, la lista de cosas que son o no son importantes, es muy distinto si se contempla desde otra posición.

—Eso es normal, capitana de flota. Pero algunas perspectivas no son tan

amplias como otras.

—¿Y cómo sabe que la suya no es una de ellas si no intenta ver las cosas desde otro punto de vista? —No contestó inmediatamente—. De lo que estamos hablando es del bienestar de las ciudadanas, gobernadora.

Ella suspiró.

—Fosyf ya se ha puesto en contacto conmigo. Supongo que usted sabe que sus trabajadoras agrícolas amenazan con ir a la huelga a menos que ella satisfaga una lista de exigencias.

—Me he enterado hace unas horas.

—Si negociamos con esas condiciones, estaremos recompensándolas por amenazarnos. Si se salen con la suya, ¿qué cree que harán más adelante sino volver a intentarlo? Y necesitamos que las cosas aquí estén tranquilas.

—Esas personas son ciudadanas —dije con la voz neutra y calmada pero sin alcanzar el grado inexpresivo de una auxiliar—. Si se comportan correctamente, usted dice que no hay ningún problema, pero si se quejan de forma patente, usted dice que son la causa de sus propios problemas porque están actuando incorrectamente. Y cuando se ven empujadas a actuar de modo extremo, usted dice que no debemos recompensar esos actos. ¿Qué tiene que suceder para que las escuche de verdad?

—Usted no lo entiende, capitana de flota, esto no es como...

Yo la interrumpí sin la menor formalidad.

—¿Y qué le cuesta considerar esa posibilidad? —De hecho, podía costarle mucho, como admitir ante sí misma que no era tan justa como se había considerado hasta entonces—. Necesitamos que las cosas aquí funcionen de tal manera que no importe lo que suceda fuera del sistema; aunque no volvamos a tener noticias de la Lord del Radch, aunque todos los portales espaciales del Radch queden inutilizados... Entonces, suceda lo que suceda fuera de aquí, el sistema estará a salvo. Pero no podremos conseguirlo amenazando con soldados armadas a decenas o cientos de ciudadanas.

—¿Y si, las diosas no lo quieren, lo hicieran las ychanas que están justo al otro lado de esa puerta?

Sinceramente, en algunos momentos la gobernadora Giarod me sacaba de quicio.

—Nunca ordenaré a las soldados que disparen contra unas ciudadanas. —De hecho, les ordenaría explícitamente que no lo hicieran—. Además, la gente no se amotina por nada. Y si ahora tiene que ir con cuidado con las

ychanas es por cómo se las trató antiguamente.

—Así que, según usted, debería mirar las cosas desde su punto de vista, ¿no? —me preguntó con una ceja arqueada y un leve tono sarcástico en la voz.

—Así es —afirmé yo—. Su única alternativa es acorralarlas a todas, y reeducarlas o matarlas.

La primera opción superaba los recursos de Seguridad de la Estación y yo ya había manifestado que no la ayudaría en la segunda. Hizo una mueca de horror y de repulsa.

—¿Por quién me toma, capitana de flota? ¿Qué le hace pensar que alguien de aquí consideraría siquiera esa opción?

—Soy más vieja de lo que parezco —contesté—. He estado en medio de más de una anexión y he visto que personas que habrían jurado que nunca harían algo en concreto, al cabo de un mes o un año lo hacían.

La teniente Tisarwat estaba cenando con sus compañeras: la sobrina nieta de la jefa de Seguridad de la Estación; la joven prima tercera de una cultivadora de té que no era Fosyf, sino una de las que Fosyf, condescendiente, había considerado aceptables; la prima de Skaaiat Awer y la ciudadana Piat. Tisarwat se quejaba de mi naturaleza obstinada, inflexible e inquebrantable. Basnaaid, por supuesto, no estaba con ellas. No se movía en aquel círculo social y, al fin y al cabo, yo le había ordenado a Tisarwat que se mantuviera alejada de ella.

La gobernadora del sistema Giarod habló desde el otro lado de la mesa, en el comedor de mis dependencias en el Subjardín.

—¿Por qué cree, capitana de flota, que yo sería una de esas personas?

—Todo el mundo es, en potencia, una de esas personas, gobernadora —repliqué yo—. Es mejor saberlo antes de hacer algo con lo que luego cueste vivir.

Desde luego, era mejor saberlo antes que averiguarlo porque alguien, o quizá muchas personas, murieran. De todos modos, se trataba de una lección que, como yo sabía por experiencia, resultaba difícil aprender de cualquier otra forma.

19

Seivarden enseguida comprendió mis instrucciones sobre lo que tenía que hacer en el almacén de las deportadas.

—No creerás de verdad que alguien ha estado robando cuerpos —dijo en voz alta, sentada en el borde de su cama cuando oí su voz en mi oído, en el Subjardín. Hizo una pausa—. ¿Por qué habría alguien de hacer algo así? ¿Y cómo podría conseguirlo? Lo que quiero decir es que, durante una anexión sí que suceden todo tipo de cosas. —Su voz indicaba una mezcla de rechazo y repulsa—. Si me dijeras que alguien vendía cuerpos a las traficantes de esclavas durante una anexión no me sorprendería.

Pero cuando una persona ya había sido identificada, controlada y registrada era otra cuestión. Yo sabía tan bien como Seivarden lo que les ocurría a las personas durante las anexiones; a las personas que no eran radchaais. También sabía que el tráfico ilegal de cuerpos había sido prácticamente nulo incluso durante las anexiones, ya que ninguna soldado radchaai podía siquiera respirar sin que su nave lo supiera.

Claro que, durante los últimos siglos, la Lord del Radch visitaba naves y alteraba sus códigos de acceso. Yo sospechaba que había entregado esos códigos a personas que creía que la apoyaban. Así podrían actuar en secreto, sin que las observaran las naves o las estaciones, que de no ser así las habrían delatado a las autoridades; a la otra mitad de Anaander Mianaai.

—Si alguien necesitara auxiliares —dije en voz baja en mi salón de la estación Athoek. La gobernadora Giarod se había ido y yo estaba sola—, podría utilizar esos cuerpos.

Seivarden se quedó callada reflexionando sobre mis palabras y no le gustaron las conclusiones a las que llegó.

—La otra parte cuenta con una red aquí. Eso es lo que me estás diciendo.

—Nosotras no estamos a favor de ninguna parte —le recordé—. Y claro

que tiene una red aquí. En cualquier lugar en el que está una parte, la otra también lo está, porque son lo mismo. No me sorprende que aquí haya agentes activas de esa parte de la tirana. —Anaander Mianaai era ineludible en cualquier lugar del espacio radchaai—. Pero reconozco que no me esperaba algo así.

—Se necesita algo más que cuerpos —observó Seivarden. Se reclinó en la pared, cruzó los brazos y los descruzó—. Se requiere un equipo para instalar los implantes. —Y añadió con tono de disculpa—: Claro que eso tú ya lo sabes. Pero es así.

—Puede que también estén haciendo acopio del equipo necesario. O quizá cuenten con una crucero de batalla. —Con tiempo y los materiales adecuados, las cruceros de batalla podían fabricar ese tipo de equipos. Además, algunas de las espadas y misericordias que todavía tenían auxiliares disponían de equipos de reserva. En teoría, no se podían conseguir en ningún otro lugar; ya no. Por eso la Lord del Radch había tenido problemas con los implantes de Tisarwat, porque no pudo conseguir la tecnología necesaria y tuvo que modificar la suya—. Aunque también es posible que no encuentres nada anormal en los almacenes.

Seivarden resopló con sorna y añadió:

—Aquí no hay mucha gente que pueda hacer algo así.

—No —corroboré yo.

—Supongo que la responsable no será la gobernadora, ya que ha sido ella quien te ha proporcionado los accesos. Aunque, si pienso en ello, tampoco tenía otra alternativa.

—No andas desencaminada.

—Pero seguro que no me dirás de quién sospechas —dijo con un suspiro—. Entre una cosa y otra estaremos fuera durante varios días, a no ser que utilicemos un portal.

—Estéis donde estéis, si ocurriera algo no podríais acudir en mi ayuda en cuestión de segundos.

—Bueno —dijo ella—. Bueno —repitió tensa y descontenta—. Probablemente, durante los próximos meses todo será tedioso. Siempre es así. —Al menos esa había sido la tónica en nuestras vidas: después de un período de acción trepidante, transcurrían meses o incluso años antes de que algo nuevo sucediera—. Y aunque vinieran a Athoek, no lo harían enseguida. — Se refería a las partidarias de la parte de la Lord del Radch que había perdido

la batalla en el palacio Omaugh; la parte que estaba destruyendo portales incluso con naves transitando por ellos—. No creo que este sistema sea el primero en su lista. —Además, los viajes entre sistemas podían durar semanas, meses e incluso años—. Probablemente no ocurrirá nada durante mucho tiempo. —Entonces tuvo una idea—. ¿Por qué no envías a la *Espada de Atagaris* al almacén? Al fin y al cabo no está haciendo nada allí donde está. —No le contesté enseguida, pero tampoco lo necesitaba—. ¡Oh, por las tetas de Aatr! ¡Claro! Debería haberme dado cuenta enseguida, pero no creía que esa persona... —La utilización de esa expresión, que apenas implicaba humanidad, reflejó el desdén que sentía hacia la capitana Hetnys— fuera lo bastante inteligente para hacer algo así. —La opinión que Seivarden tenía de la capitana de la *Espada de Atagaris* no era buena desde la muerte de la traductora Dlique—. Ahora que lo pienso, ¿no es extraño que la *Espada de Atagaris* se obstinara en recoger aquel módulo de provisiones? Quizá deberíamos echar una ojeada al otro extremo del Portal Fantasma.

—Tengo algunas ideas acerca de lo que podríamos encontrar allí —admití yo—, pero lo primero es lo primero. Y no te preocupes: puedo cuidar de mí misma.

—Sí, señor —asintió Seivarden.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, mientras la teniente Tisarwat y yo recitábamos la oración matutina, la hermana de Queter estaba callada y mantenía la vista baja. «La flor de la justicia es la paz.» Y siguió callada mientras nombrábamos a las difuntas. Cuando Tisarwat y yo nos sentamos, ella se quedó de pie.

—Siéntese, criatura —le indiqué en delsig.

—Sí, radchaai.

Se sentó, obediente y con la vista todavía baja. Había viajado con mis kalrs y había comido con ellas hasta entonces. Tisarwat, que estaba sentada a su lado, le lanzó una mirada fugaz de curiosidad. La teniente parecía relajada, o al menos calmada, aunque pensé que estaba preocupada por todas las cosas que quería hacer aquel día. También percibí que se sentía aliviada por el hecho de que no le hubiera dicho nada, de momento, sobre las iniciativas que había tomado desde que me fui a Suelo. Cinco, cómo no, nos sirvió el desayuno, que consistía en pescado y rodajas de fruta confitada, en la vajilla

Bractware azul y violeta que tanto le gustaba y que tanto había añorado.

Sin embargo, estaba intranquila desde la noche anterior, cuando se enteró de que Tisarwat había ocupado unas dependencias cerca de las nuestras, pasillo adelante. Ninguna de las personas a través de las que yo podía ver había estado allí aquella mañana, pero estaba segura de que ya debía de haber al menos media docena de residentes del Subjardín esperando en los asientos improvisados para hablar con la teniente Tisarwat. Y llegarían más a lo largo de la mañana con quejas acerca de las obras y reparaciones que estaban en marcha y con peticiones para que otras zonas se arreglaran antes o más tarde de lo programado.

Cinco sirvió el té —me fijé en que no utilizó Hija de los Peces— y Tisarwat empezó a desayunar con ansia; pero la hermana de Queter no tocó la comida, solo miraba su regazo. Me pregunté si se encontraba bien, pero si el problema consistía en que añoraba su hogar, pedirle que expresara sus sentimientos en voz alta posiblemente solo empeoraría su estado.

—Si prefiere té con harina de cereales, Cinco se lo puede traer, Uran —le ofrecí todavía en delsig. Otra idea acudió a mi mente—. Nadie le cobrará nada por la comida. —Se produjo en ella una sutil reacción que se reflejó en que levantó levemente la cabeza—. Lo que le servirán aquí es la comida que le corresponde por asignación, pero si quiere más, puede pedirla y no se considerará un extra.

Como tenía dieciséis años, sin duda estaba hambrienta a todas horas. Levantó la vista sin apenas mover la cabeza, lanzó una mirada a Tisarwat, que ya se había comido tres cuartas partes del pescado, y empezó a comer la fruta con vacilación. Yo cambié al idioma radchaai porque sabía que ella también lo hablaba.

—Tardaremos unos días en encontrar unas tutoras adecuadas para usted, ciudadana. Hasta entonces, es usted libre de emplear el tiempo como desee. ¿Comprende las señales indicadoras? —La vida en una estación era muy muy diferente de la vida en un planeta—. ¿Y sabe cuáles son los signos de advertencia de las compuertas sectoriales?

—Sí, ciudadana.

En realidad, Uran no sabía leer en radchaai con fluidez, pero las señales indicadoras eran, con toda intención, llamativas y claramente perceptibles. Además, yo sabía que Cinco y Ocho se las habían enseñado durante el viaje.

—Si sigue las señales indicadoras y obedece a Estación cuando le hable a

través del ordenador de mano, puede moverse por donde quiera. ¿Ha pensado en presentarse a las aptitudes?

Ella acababa de meterse un trozo de pescado en la boca. Alarmada, se quedó inmóvil y, para poder hablar, engulló el trozo de pescado que apenas había masticado.

—Estoy a disposición de la ciudadana —dijo con voz tenue.

Hizo una mueca, pero no sabría decir si fue por oírse a sí misma decir aquello o por el trozo de pescado que se había tragado casi entero.

—No es eso lo que le he preguntado. No le pediré que haga nada que no quiera hacer. Si no desea pasar las pruebas, seguirá figurando en la lista de racionamiento, pero no podrá acceder a ningún puesto, ya sea civil o militar.

—Uran parpadeó sorprendida y casi levantó la cabeza para mirarme, pero se contuvo inmediatamente—. Sí, se trata de una regla reciente expresamente dictada para las valskaayanas, aunque las que no viven en Valskaay no se han beneficiado mucho de ella. —Las trabajadoras agrícolas valskaayanas podrían haber apelado, pero no les habría servido de nada—. En cualquier caso, estará obligada a aceptar cualquier puesto que Administración le asigne. Eso por supuesto, pero no hay prisa en pedir que se lo asignen todavía.

Además, era mejor no solicitar que le asignaran un puesto hasta que hubiera pasado algún tiempo con sus tutoras. Cuando hablaba en radchaai, yo la entendía, pero las capataces de Suelo actuaban como si la forma de hablar de las trabajadoras agrícolas valskaayanas fuera totalmente incomprensible. Puede que fuera por el acento, pero yo estaba acostumbrada a hablar con personas con distintos acentos y estaba familiarizada con el acento de las personas de habla delsig.

—¿Así que todavía no le han asignado ningún puesto? —preguntó la teniente Tisarwat. Y añadió con un deje ligeramente ansioso—: ¿Sabe preparar té?

Uran respiró hondo. Me dio la impresión de que intentaba ocultar el pánico que sentía.

—Estaré encantada de hacer lo que la ciudadana me pida.

—¡Teniente! —exclamé con brusquedad—. No debe pedirle nada a la ciudadana Uran. Ella es libre de pasar los próximos días como desee.

—Lo que ocurre, señor, es que la ciudadana Uran no es xhai —contestó Tisarwat—. Ni ychana. Cuando las residentes... —Entonces se dio cuenta de que, si terminaba la frase, tendría que reconocer en voz alta lo que había

estado haciendo—. Le habría pedido a Administración de la Estación que me asignara a algunas personas, pero, señor, las residentes del Subjardín se sienten más cómodas hablando conmigo porque nosotras no tenemos un pasado aquí. —Sí que lo teníamos, y sin duda todas las residentes del Subjardín eran conscientes de ello—. Quizás a la ciudadana Uran le gustaría la tarea y constituiría una buena experiencia para ella.

No especificó para qué le serviría esa experiencia.

—Ciudadana Uran —dije—, salvo por cuestiones de seguridad, no tiene por qué hacer nada de lo que le pida la teniente Tisarwat. —Uran seguía con la vista baja, fija en su plato, que ahora estaba vacío y sin el menor rastro de comida. Miré atentamente a Tisarwat—. ¿Me ha comprendido, teniente?

—Sí, señor —asintió Tisarwat, que añadió con cierta inquietud interior—: ¿Entonces puedo contar con unas cuantas bos más, señor?

—Más o menos dentro de una semana, teniente. Acabo de enviar a Nave a realizar una inspección.

No podía leer los pensamientos de Tisarwat, pero por sus respuestas emocionales —una ráfaga de sorpresa e inquietud rápidamente reemplazada por unos brevísimos instantes de certeza y, luego, nerviosismo e inseguridad — percibí que se había dado cuenta de que yo todavía estaba a tiempo de pedirle a Seivarden que enviara a alguna bo con una lanzadera. Pero entonces llegó a la conclusión de que, si deseaba hacerlo, ya se lo habría ofrecido.

—Sí, señor.

Se sintió alicaída y, al mismo tiempo, aliviada, quizá porque yo todavía no había desaprobado su oficina improvisada y sus negociaciones con las residentes del Subjardín.

—Usted misma se ha metido en esto, teniente —dije con un tono de voz suave—. Simplemente, intente no ganarse la animadversión de Administración de la Estación.

Yo sabía que eso no era probable porque, a aquellas alturas, Tisarwat y Piat eran buenas amigas y en su círculo social había personal de Administración de la Estación, de Seguridad de la Estación y también personas que trabajaban para la gobernadora Giarod. Sin duda, Tisarwat habría recurrido a ellas para solicitar que le asignaran más personas para su oficina, pero, como ella había dicho, todas tenían un pasado allí.

—Sí, señor.

Su expresión no cambió, pensé que había aprendido unas cuantas cosas de

sus bos, y sus ojos lilas solo mostraron un leve rastro de lo complacida y aliviada que se sentía por mis palabras. Pero entonces, detrás de esto, percibí el habitual fondo de ansiedad e infelicidad. Yo solo podía intentar adivinar la causa de esos sentimientos, aunque estaba convencida de que no se debían a algo que hubiera salido mal allí, en el Subjardín. Seguramente se trataba de algo que arrastraba desde el viaje a Athoek y de lo que ocurrió entonces. Se dirigió de nuevo a Uran:

—En realidad, ciudadana, no tendría que preparar el té. Bo Nueve se encarga de eso; al menos es ella quien nos trae el agua por la mañana. De hecho, lo único que tendría que hacer es ofrecer té a la gente y ser amable con ella.

Desde que la conocí, Uran había guardado silencio, ansiosa por no molestar (eso cuando no había guardado silencio por estar deprimida). Pero entonces miró directamente a Tisarwat y dijo en un claro radchaai:

—No creo que eso se me dé muy bien.

La teniente Tisarwat parpadeó entre sorprendida y desconcertada. Yo sonreí y dije:

—Me alegra ver, ciudadana Uran, que su hermana no se quedó todo el carácter. —No comenté que también me alegraba de que Raughd no hubiera conseguido arrebatárselo—. Vaya con cuidado, teniente, la próxima vez que salga maltrecha no sentiré lástima por usted.

—Sí, señor —repuso Tisarwat—. Si me disculpa, señor.

Uran volvió a bajar la vista rápidamente y la fijó en su plato vacío.

—Por supuesto, teniente. —Retiré mi silla—. Yo también tengo asuntos que atender. Ciudadana... —Uran levantó y bajó la vista para lanzarme una brevísima mirada—. Si todavía tiene hambre, no dude en pedirle a Cinco algo más para desayunar. Recuerde prestar atención a las señales indicadoras y, si sale de las dependencias, acuérdesese de llevar consigo el ordenador de mano.

—Sí, señor —contestó Uran.

Yo había mandado llamar a la capitana Hetnys. Pasó por delante de la oficina provisional de la teniente Tisarwat y miró hacia dentro. Titubeó y frunció el ceño. Al volverse para seguir caminando se cruzó con la teniente, que hizo una reverencia. Yo había visto a la capitana a través de sus ojos. Tisarwat experimentó cierta complacencia maliciosa al ver el entrecejo

arrugado de la capitana, pero no lo reflejó en la cara. Tuve la viva sospecha de que la capitana se volvía para ver cómo Tisarwat entraba en la oficina, pero como la teniente no se volvió a mirarla, no pude comprobarlo.

Ocho hizo pasar a la capitana Hetnys al salón. Después de la predecible ronda de té que Cinco nos sirvió en la vajilla de cristal rosa (ahora la capitana sabía que teníamos la Bractware y así Cinco le demostraba que no la utilizábamos con ella), le pregunté:

—¿Cómo evoluciona su atagaris?

La capitana Hetnys se quedó paralizada unos instantes y supuse que era debido a la sorpresa que le produjo la pregunta.

—¿Señor? —me preguntó.

—La auxiliar que resultó herida.

En aquel momento solo había tres auxiliares atagaris en la estación, ya que yo había ordenado a la *Espada de Atagaris* Var que regresara a su nave. La capitana frunció el ceño.

—Se está recuperando bien, señor. —Titubeó levemente—. Con el permiso de la capitana de flota... —Le indiqué con un gesto que se lo concedía—, ¿por qué hizo que la médico tratara a la auxiliar?

Sin duda, cualquier respuesta que le diera tendría poco sentido para ella.

—No hacerlo habría sido un despilfarro y habría provocado que su nave se sintiera desdichada, capitana. —La capitana siguió arrugando la frente. Yo tenía razón: ella no lo comprendía—. He estado reflexionando sobre cómo disponer de nuestros recursos de la manera más eficiente.

—Respecto a los portales, señor, le ruego que recuerde que cualquiera podría venir a través de ellos, señor —se quejó ella.

—No, capitana —repliqué yo—, nadie vendrá a través de los portales. Vigilarlos es demasiado fácil, y defenderlos también. —Además, de todas maneras, yo pensaba minarlos. No estaba segura de si a la capitana no se le había ocurrido esta posibilidad o si creía que a mí no se me ocurriría. Cualquiera de las dos opciones era posible—. Lo que está claro es que nadie llegará a través del Portal Fantasma.

Los músculos alrededor de sus ojos y su boca se agitaron en la más breve y sutil de las expresiones; de tan fugaz fue casi imperceptible. Ella sí que creía que alguien podía llegar a través de aquel portal. Yo estaba cada vez más convencida de que había mentido cuando aseguró que nunca había visto a nadie en aquel sistema supuestamente vacío; quería ocultar el hecho de que

allí había o había habido alguien. Quizá lo había en aquel mismo momento. Si ella había participado en la venta de las deportadas valskaayanas, sin duda querría ocultarlo para evitar que la sometieran a reeducación o algo peor. Además, todavía quedaba por resolver la cuestión de a quién se las había vendido y por qué. No podía confiar en ella y no lo haría. Las vigilaría muy atentamente, a ella y a su nave.

—Ha ordenado usted a la *Misericordia de Kalr* que se vaya, señor —señaló la capitana Hetnys.

La partida de mi nave era evidente, pero no la razón.

—Le he encomendado una breve misión. —Yo no quería decir cuál era esa misión; al menos no a la capitana Hetnys—. Estará de vuelta dentro de unos días. ¿Confía usted en la capacidad de su teniente amaats, capitana?

Ella, intrigada, torció el gesto.

—Sí, señor.

—Bien.

Entonces no tenía excusa para querer regresar enseguida a la *Espada de Atagaris*. Cuando lo hiciera, su posición, en el caso de que se diera cuenta de ello, sería más fuerte de lo que yo deseaba. Me quedé esperando a que me lo pidiera, que solicitara permiso para regresar a su nave.

—En fin, señor —dijo. Seguía sentada frente a mí y sostenía una taza de cristal rosa en una de sus enguantadas manos—, quizás, al fin y al cabo, sean innecesarias tantas precauciones y nos hayamos esforzado para nada.

Inspiró de un modo que me pareció deliberadamente tranquilo. Era evidente que tenía que mantener a la capitana Hetnys cerca de mí y, a ser posible, lejos de su nave. Sabía lo que una capitana significaba para su nave y, aunque las auxiliares no solían dar mucha información acerca de su estado emocional, había visto a la auxiliar atagaris en Suelo, con el pedazo de cristal clavado en la espalda y los ojos llenos de lágrimas. La *Espada de Atagaris* no quería perder a su capitana. Yo había sido nave y no quería privar a la *Espada de Atagaris* de su capitana, pero lo haría si tenía que hacerlo; si eso significaba mantener a las residentes del sistema a salvo; si significaba mantener a Basnaaid a salvo.

Después del desayuno, y antes de permitir que Uran se desplazara por donde quisiera, Ocho la llevó a comprarse ropa. Podría haberla conseguido en

los almacenes de Estación, por supuesto, ya que todas las radchaais tenían derecho a comida, alojamiento y ropa, pero Ocho ni siquiera consideró esa posibilidad, porque Uran se alojaba en mi casa e iría vestida convenientemente.

Yo también podría haberle comprado ropa, pero para las radchaais eso habría significado que yo había acogido a Uran como miembro de mi casa o que le había concedido mi protección. Yo dudaba de que Uran quisiera siquiera imaginar la posibilidad de estar más separada todavía de su familia. Por otro lado, aunque el clientelismo no implicaba necesariamente una relación sexual, cuando las circunstancias de la patrona y la clienta eran muy desiguales solía darse por supuesta. Quizás esas suposiciones no eran importantes para algunas personas, pero no iba a dar por sentado que no lo eran para Uran, así que establecí que cobrara un salario. Eso no difería mucho de comprarle directamente lo que necesitaba, pero actuar correctamente o no dependía de esos detalles.

Vi que Ocho y Uran estaban frente a la entrada del templo de Amaat, sobre el mugriento suelo blanco de la plaza principal y debajo de la colorida pero polvorienta imagen de EskVar. Ocho le explicaba, con una paciencia que no llegaba a ser como la de las auxiliares, que amaats y la diosa valskaayana eran, obviamente, la misma, así que era del todo correcto que Uran entrara y le presentara una ofrenda. Uran, que se sentía incómoda en su ropa nueva, se negaba con obstinación a hacerlo. Estaba a punto de indicarle a Ocho que dejara de presionarla cuando miré por encima del hombro de Uran y vi pasar a la capitana Hetnys, que, seguida por una auxiliar de la *Espada de Atagaris*, hablaba con actitud seria con Sirix Odela.

Por lo que yo recordaba, mientras estuvimos en Suelo la capitana Hetnys nunca habló con Sirix; ni siquiera dio muestras de reconocer su presencia. Ocho también se sorprendió y se detuvo en mitad de una frase. Se reprimió para torcer el gesto y de repente se le ocurrió algo que hizo que se sintiera avergonzada.

—Le pido disculpas, ciudadana —le rogó a Uran.

—...dadas no se sentirán complacidas con eso —protestó la gobernadora Giarod en su oficina de la planta superior, donde estábamos reunidas, y tuve que centrar mi atención en ella.

Al día siguiente, Uran fue a la oficina provisional de la teniente Tisarwat, y no porque se lo hubieran pedido, ya que Tisarwat no le había dicho nada más, sino por propia iniciativa. El día anterior, se había detenido frente a la oficina y había mirado al interior varias veces, y aquella mañana simplemente entró y ordenó a su gusto los útiles del té. Tisarwat la vio pero no dijo nada.

La situación se repitió tres días seguidos. Yo sabía que el hecho de que Uran estuviera allí era sumamente favorable: como era valskaayana y procedía de Suelo, nadie presuponía que estaba a favor de uno u otro bando en las disputas locales, y algo en su actitud seria y tímida atraía a las residentes del Subjardín que acudían a la oficina. Un par de ellas encontraron en su silencio un buen oyente para el relato de sus problemas con sus vecinas o con Administración de la Estación.

Durante esos tres días nadie mencionó que estuviera allí. A Tisarwat le preocupaba que yo lo supiera y no lo aprobara, pero también estaba esperanzada porque todo lo que había conseguido hasta entonces hacía suponer que yo también aprobaría aquel pequeño detalle.

Durante la silenciosa cena del tercer día, dije:

—Las clases empezarán pasado mañana, ciudadana Uran.

Ella levantó la vista del plato y volvió a bajarla. Supuse que estaba sorprendida.

—Sí, señor.

—Señor, suplico su permiso... —intervino Tisarwat.

Estaba ansiosa, pero lo disimuló y su voz sonó calmada y comedida. Yo le indiqué, con un gesto, que no era necesario que dijera nada.

—Sí, teniente, sé que la ciudadana Uran es muy apreciada en su sala de espera y estoy convencida de que seguirá siéndole útil, pero no pienso descuidar su educación. Lo he organizado para que estudie por las tardes. Por

las mañanas, podrá hacer lo que quiera. Ciudadana —me dirigí a Uran—, teniendo en cuenta dónde estamos viviendo he contratado a alguien para que le enseñe raswar, que es un idioma que todas las ychanas de aquí hablan.

—En cualquier caso, le resultará mucho más útil que la poesía —intervino Tisarwat, aliviada y complacida.

Yo arqueé una ceja.

—Me sorprende, teniente. —Por alguna razón, mi comentario elevó el grado general de infelicidad que sentía de fondo—. Dígame, teniente, ¿cómo se siente Estación con las reparaciones?

—Creo que le alegra que vayan avanzando, pero ya sabe usted que, cuando se sienten desgraciadas, las estaciones nunca lo expresan con claridad.

En la antesala, alguien pidió entrar. Kalr Ocho se dirigió a la puerta.

—Estación quiere ver a todo el mundo siempre —dijo Uran con osadía—. Dice que no es como si alguien nos estuviera espiando.

—Vivir en una estación es muy diferente a vivir en un planeta —comenté yo mientras Ocho abría la puerta. Al otro lado estaba Sirix Odela—. A las estaciones les gusta saber que sus residentes están bien y, si no pueden saberlo, se sienten insatisfechas. ¿Habla usted con Estación a menudo, ciudadana?

Mientras hablaba, me pregunté qué hacía allí Sirix, a quien no había visto desde que Ocho la encontró hablando con la capitana Hetnys. En el comedor, Uran decía:

—Estación me habla, ciud..., capitana de flota. Me hace de traductora o me lee los letreros.

—Me alegra saberlo. Es bueno tenerla como amiga.

En la antesala, la ciudadana Sirix se disculpó con Ocho por llegar a una hora tan intempestiva, a la hora de la cena, y añadió:

—La horticultora Basnaaid tiene gran interés en hablar con la capitana de flota y le es imposible salir de los Jardines.

En el comedor, me incorporé sin responder a lo que Tisarwat estaba diciendo y entré en la antesala.

—¿En qué puedo ayudarla, ciudadana Sirix? —le pregunté mientras ella se volvía hacia mí.

—Capitana de flota —empezó con una leve y tensa inclinación de la cabeza. Se sentía incómoda, lo que no era extraño después de la conversación que habíamos mantenido tres días atrás y de lo insólito que era su mensaje—,

la horticultora Basnaaid tiene gran interés en hablar con usted personalmente sobre una cuestión que, a mi entender, es privada. Habría venido en persona, pero como le decía a la soldado, le es imposible salir de los Jardines.

—Como bien recordará, ciudadana, la última vez que hablé con ella me dijo con claridad que no quería verme nunca más —reliqué yo—. Si ha cambiado de opinión, sin duda estoy a su servicio, pero debo reconocer que me sorprende. Además, no me imagino qué puede ser tan urgente para que no pueda esperar a una hora que le resulte más conveniente.

Sirix se quedó paralizada durante un instante y se puso tensa de una forma que, en cualquier otra persona, yo habría interpretado como que estaba enojada.

—Eso mismo le sugerí yo, capitana de flota, pero ella solo dijo: «Es como dijo la poeta: “Un toque del arrepentimiento frío y avinagrado, como el del pescado encurtido.”»

La poeta era Basnaaid Elming en persona cuando tenía nueve años y tres cuartos. Sabiendo, como ella sabía, que la teniente Awn había compartido sus poemas conmigo, se trataba de una llamada a mis emociones cuidadosa y calculadamente elegida. Al ver que yo no respondía, Sirix hizo un gesto ambiguo.

—Me dijo que usted reconocería la cita.

—Así es.

—Por favor, no me diga que se trata de una famosa poeta clásica.

—¿No le gusta el pescado encurtido? —le pregunté con calma y seriedad. Ella parpadeó entre sorprendida e incómoda—. No es clásica, pero, como usted dice, ella sabe que yo la conozco. Esa cita lleva asociados recuerdos personales.

—Eso pensé yo —dijo Sirix, seca—. Y ahora, si me disculpa, capitana de flota, ha sido un día muy largo y llego tarde a cenar.

Hizo una reverencia y se marchó. Me quedé sola en la antesala con Ocho, que seguía quieta e intrigada detrás de mí.

—Estación —llamé en voz alta—, ¿cómo están las cosas ahora mismo en los Jardines?

Estación respondió con un ligero retraso:

—Bien, capitana de flota. Como siempre.

Cuando tenía nueve años y tres cuartos, Basnaaid Elming era una poeta ambiciosa cuyo sentido de la lengua no era especialmente sensible, pero sí

que estaba cargado de dramatismo e intensa emoción. El verso que Sirix había citado formaba parte de un largo poema acerca de una amistad traicionada. La cita era incompleta y aquel verso en concreto decía: «Un toque de arrepentimiento frío y avinagrado, como el del pescado encurtido, recorrió su espalda. ¡Ay!, ¿cómo había podido creer sus mentiras horribles?»

—«Me dijo que usted reconocería la cita», me indicó Sirix.

—¿Sirix se ha ido a su casa o ha regresado a los Jardines, Estación?

—La ciudadana Sirix se dirige a su casa, capitana de flota.

Esta vez, Estación no vaciló. Me fui a mi habitación, cogí el arma que era invisible a Estación y a cualquier sensor salvo la visión humana y la guardé en el interior de la chaqueta, donde podría acceder a ella fácilmente.

—Indique a la teniente Tisarwat y a la ciudadana Uran que acaben de cenar sin mí —le ordené a Ocho cuando pasé junto a ella en la antesala.

—Sí, señor —contestó Ocho, intrigada pero no preocupada. Bien.

Quizás estaba reaccionando de forma exagerada. Quizá Basnaaid simplemente había cambiado de opinión acerca de volver a verme. Quizá su angustia acerca de la fiabilidad de los soportes del lago había superado su recelo hacia mí. Quizá no se acordaba bien de su poema o solo recordaba una parte y lo único que quería era recordarme mi antigua relación con su largamente difunta hermana, como si yo necesitara que me la recordaran. Quizá necesitaba hablar conmigo urgentemente en aquel preciso momento, cuando la mayoría de las ciudadanas estaban cenando, y era cierto que no podía dejar el trabajo. Quizá no quería ser grosera llamándome por medio de Estación y por eso había mandado a Sirix a buscarme. Seguramente sabía que, si me lo pedía, yo acudiría a su llamada fuera la hora que fuese. Seguramente, Sirix también lo sabía. Por otro lado, Sirix había estado hablando con la capitana Hetnys.

Por un momento pensé en llevarme a las kalrs y también a la teniente Tisarwat. La posibilidad de equivocarme no me preocupaba especialmente. Si lo hacía, podía volver a mandarlas al Subjardín y hablar con la horticultora Basnaaid sobre lo que ella quisiera. Pero ¿y si no estaba equivocada? La capitana Hetnys tenía allí, en la estación, a dos auxiliares de la *Espada de Atagaris*. Ninguna de ellas iría armada a menos que hubieran desobedecido mis órdenes, lo que era una posibilidad. Pero aunque fueran armadas, estaba segura de que podría vencer yo sola a un número tan reducido de auxiliares y a su capitana. No necesitaba preocupar a nadie más.

¿Y si no se trataba solo de la capitana Hetnys? ¿Y si la gobernadora Giarod o la administradora de la estación Celar también me habían engañado? ¿Y si Seguridad de la Estación estaba esperándome en los Jardines? No podría vencerlas a todas yo sola, pero tampoco con la ayuda de la teniente Tisarwat y de mis cuatro kalrs. En ese caso, era mejor dejarlas al margen. Pero la *Misericordia de Kalr* era otra cuestión.

—Sí —dijo Nave sin que yo tuviera que decirle nada—. La teniente Seivarden está en el puente de mando y la tripulación está preparándose para entrar en acción.

De momento, poco más podía esperar de la *Misericordia de Kalr*, así que me centré en el asunto que tenía entre manos.

Me habría resultado más fácil entrar en los Jardines por el camino que había utilizado la primera vez que fui allí, cuando llegué a Athoek. Quizás el camino que eligiera no importara. Que yo supiera, había dos entradas y dos auxiliares para vigilarlas, pero suponiendo que alguien estuviera esperándome y pensara que yo tomaría el camino más fácil, y suponiendo que Estación adoptara su medio de rebeldía favorito y no me informara al respecto, decidí utilizar la entrada menos obvia.

Comunicaba con la cornisa del acantilado rocoso que estaba al final del lago. A mi derecha, el agua caía a chorros por la pared rocosa creando nubes de espuma. El camino se extendía a mi izquierda y descendía hasta el lago. Pasaba junto a un denso grupo de plantas ornamentales que medían casi dos metros de alto y recorrí aquel trayecto con especial precaución.

Más adelante, una barandilla que me llegaba a la cintura servía de protección para que los viandantes no se cayeran al agua. Abajo, varias rocas puntiagudas sobresalían de la superficie del lago. En la pequeña isla en la que había una roca acanalada estaba la capitana Hetnys. Agarraba con fuerza a Basnaaid de un brazo y le ponía en el cuello un cuchillo de esos que se utilizaban para quitarle las espinas al pescado; era pequeño, pero adecuado para su finalidad. También en la isla, junto al extremo del puente, estaba la *Espada de Atagaris*, una de ellas, con la armadura desplegada y empuñando un arma.

—¡Estación! —llamé en voz baja.

Estación no respondió a mi llamada. Pensé qué la habría empujado a no

advertirme del peligro y a no pedir ayuda. Sin duda valoraba la vida de Basnaaid por encima de la mía. Al ser la hora de la cena para muchas de las residentes de la estación, no había nadie paseando. Además, seguramente Estación había alejado a quien pudiera estar por allí con algún pretexto.

El grupo de plantas de la cornisa del acantilado se agitó y, sin pensármelo dos veces, saqué el arma del interior de la chaqueta y desplegué mi armadura. Oí un disparo y sentí el impacto del proyectil en el cuerpo. La persona que estaba escondida entre las hierbas había apuntado, precisamente, a la zona de mi cuerpo que había quedado protegida por la armadura en primer lugar y, antes de que pudiera disparar por segunda vez, la armadura ya me cubría todo el cuerpo.

Una auxiliar con una armadura plateada salió de entre las plantas a una velocidad inhumana y se lanzó sobre mí dispuesta a luchar. Como había desplegado su armadura, sin duda creía que mi arma no representaba ningún peligro para ella. En una lucha cuerpo a cuerpo habríamos estado en igualdad de condiciones, pero ella tenía el impulso de la carrera de su parte y yo no tenía nada salvo el vacío a mi espalda. Justo cuando me empujaba por encima de la barandilla, disparé mi arma.

Las armaduras radchaais eran básicamente impenetrables. La energía de la bala que la *Espada de Atagaris* me disparó prácticamente se disolvió en forma de calor. Pero no toda, claro, y sí que percibí el impacto. Y también noté el impacto de mi hombro contra el borde irregular de la roca contra la que choqué al final de la caída de siete metros y medio, aunque el dolor no fue intenso. El extremo superior de la roca era estrecho y, a pesar de que frenó la caída de mi hombro, el resto de mi cuerpo siguió cayendo. El hombro se dobló hacia atrás en una maniobra imposible y dolorosa, y, finalmente, caí al agua. Por suerte, en aquella zona, a unos cuatro metros de la isla, el lago solo tenía poco más de un metro de profundidad.

Me puse de pie. El agua me llegaba a la cintura y el dolor del hombro izquierdo me cortaba la respiración. Algo había ocurrido durante la caída, pero no tenía tiempo de preguntarle a la *Misericordia de Kalr* de qué se trataba exactamente. Por lo visto, la teniente Tisarwat me había seguido y, como yo había estado absorta en mis pensamientos, no me había dado cuenta. En aquel momento, la teniente estaba en el otro extremo del puente, con la armadura desplegada y el arma empuñada. La *Espada de Atagaris* estaba frente a ella y, a su vez, la apuntaba con su arma. ¿Por qué Nave no me había

advertido de que Tisarwat me había seguido?

La capitana Hetnys estaba frente a mí, protegida con su armadura plateada. Probablemente sabía que la auxiliar que estaba en la cornisa del acantilado estaba herida o quizá muerta, pero sin duda no era consciente de que su armadura no la protegería de mi arma. Aunque quizá las presgeres no habían fabricado el arma a prueba de agua.

—Vaya, capitana de flota —dijo la capitana Hetnys con la voz distorsionada por la armadura—, después de todo sí que tiene sentimientos humanos.

—¡Jodida cabrona! —gritó la teniente Tisarwat. A pesar de la armadura, la vehemencia se reflejó claramente en su voz—. ¡Tiene usted la inteligencia de un pez y si no fuera una idiota fácilmente manipulable nunca le habrían asignado el mando de una nave!

—¡Silencio, teniente! —exclamé yo.

Si la teniente Tisarwat estaba allí, sin duda Bo Nueve también lo estaba y, si el hombro no me hubiera dolido tanto, habría podido pensar con claridad y habría sabido dónde exactamente.

—Pero ¡señor! Ella no tiene ni puta idea de...

—¡Teniente!

No necesitaba que Tisarwat pensara en esos términos. No necesitaba que estuviera allí. La *Misericordia de Kalr* no me informaba del estado de mi hombro y no sabía si lo tenía dislocado o fracturado. La *Misericordia de Kalr* tampoco me transmitía lo que Tisarwat sentía ni dónde estaba Bo Nueve. Pensé en Seivarden, pero no la encontré. La última vez que la había percibido estaba en el puente de mando. Varios días antes, le había advertido a la teniente amaata de la *Espada de Atagaris* que la próxima vez que amenazara a Nave sería mejor que llevara a cabo su amenaza. La *Espada de Atagaris* debió de hacerlo mientras yo caía por el acantilado. Al menos no debió de pillar a Nave totalmente desprevenida. Pero las espadas eran más rápidas y estaban mejor pertrechadas que las misericordias y, si la *Espada de Atagaris* había destruido a la *Misericordia de Kalr*, yo haría honor a las palabras de Seivarden en la medida de lo posible.

La capitana Hetnys estaba en la isla, encarada a mí, y seguía agarrando a Basnaaid, que estaba tensa y con los ojos muy abiertos.

—¿A quién se las vendió, capitana? —le pregunté a la capitana Hetnys—. ¿A quién vendió a las deportadas valskaayanas? —La capitana no contestó.

El hecho de que amenazara la vida de Basnaaid indicaba que era estúpida, que estaba desesperada o ambas cosas a la vez—. Eso es lo que ha provocado que haya decidido actuar tan precipitadamente, ¿no? —Quizás a la gobernadora Giarod se le había escapado algo o le había contado a la capitana Hetnys la conversación en la que le hablé de las deportadas. No le conté a la gobernadora en quién recaían mis sospechas y, si lo hubiera hecho, quizás habría sido más cuidadosa—. Tenía una cómplice en los almacenes, cargó los tanques de suspensión en la *Espada de Atagaris* y los trasladó a través del Portal Fantasma. ¿A quién se los vendió?

Era indudable que los había vendido ella. El juego de té notai... Sirix no había oído hablar de que la capitana Hetnys se lo hubiera vendido a Fosyf. No había establecido esa conexión, pero la capitana Hetnys se dio cuenta de que yo sí y decidió que tenía que averiguar cuál era mi talón de Aquiles. Y a pesar de que nunca habló con Sirix durante las dos semanas que compartimos casa en Suelo, supo cómo sacarle información. O quizá la *Espada de Atagaris* le sugirió cómo llamar mi atención.

—Hice lo que hice por lealtad —afirmó la capitana Hetnys—. Algo de lo que, por lo visto, usted carece. —Si el hombro no me hubiera dolido tanto y si la situación no hubiera sido tan grave, me habría reído. La capitana Hetnys, ajena a ello, continuó—: La verdadera Lord del Radch no privaría a las naves de sus auxiliares y nunca desmantelaría la flota que protege al Radch.

—La Lord del Radch —repliqué yo— no sería tan estúpida como para pagarle con aquel juego de té y suponer que, así, el intercambio sería más discreto que si le hubiera pagado con dinero.

Se oyó un sonido burbujeante procedente del centro del lago, donde debía de ser más profundo. Durante un instante, pensé que alguien había lanzado algo al agua o que un pez había subido a la superficie. Seguí allí, en el agua, apuntando con mi arma a la capitana Hetnys mientras el otro hombro me dolía enormemente. Entonces, con el rabillo del ojo vi que volvía a suceder: una burbuja de aire subió y se rompió en la superficie del lago. Tardé una fracción de segundo en darme cuenta de lo que había visto.

El pánico creciente que percibí en la expresión de Basnaaid me indicó que ella también lo había visto y que sabía que el aire que burbujeaba desde el fondo del lago solo podía proceder de un lugar: del Subjardín. Y si el aire subía, seguramente el agua se filtraba hacia abajo.

El juego había terminado, aunque la capitana Hetnys todavía no era

consciente de ello. Estación era capaz de guardar silencio para proteger la vida de Basnaaid e incluso interceptaría las llamadas a Seguridad que hiciéramos desde los Jardines, pero no a costa de todo el Subjardín. Lo único que faltaba averiguar era si Basnaaid o cualquiera de las otras que estábamos allí sobreviviríamos a lo que estaba a punto de suceder.

—Estación —llamé en voz alta—, evacúe el Subjardín de inmediato. —El nivel uno era el que corría un peligro más inminente y, de momento, solo se habían reparado algunas de sus consolas. Pero no tenía tiempo para preocuparme por cuántas residentes oirían la orden de evacuación y a cuántas podrían transmitir el mensaje—. E informe a mi personal de que el Subjardín está a punto de inundarse y que deben ayudar en la evacuación.

La *Misericordia de Kalr* ya las habría informado, pero había desaparecido. La capitana Hetnys lamentaría haberla atacado y la *Espada de Atagaris* también. Lo lamentarían en cuanto liberara a Basnaaid del cuchillo que tenía en el cuello.

—¿De qué está hablando? —preguntó la capitana Hetnys—. Estación, no haga nada de lo que la capitana de flota le ha ordenado.

Basnaaid jadeó al sentir que la capitana Hetnys la agarraba con más fuerza y la zarandeaba un poco para enfatizar su amenaza. ¡Estúpida capitana!

—¿De verdad quiere que Estación elija entre Basnaaid y las residentes del Subjardín, capitana? ¿Es posible que no comprenda las consecuencias de esa elección? —¡Tisarwat estaba en lo cierto cuando dijo que tenía la inteligencia de un pez!—. Déjeme adivinar: pretende usted matarme, encarcelar a mis soldados, destruir la *Misericordia de Kalr* y convencer a la gobernadora de que, desde el principio, yo era una traidora. —El agua del lago volvió a borbotear. Dos veces en rápida sucesión y con grandes burbujas. La capitana Hetnys quizá no se había dado cuenta de que ya había perdido, pero era probable que cuando lo viera actuara desesperadamente. Había llegado la hora de poner fin a aquella situación—. Basnaaid —llamé; ella miraba fijamente al frente con una expresión de terror en la cara—, como dijo la poeta, como el hielo, como la piedra.

Era el mismo poema que ella había citado y que me había llevado hasta allí. Yo había comprendido su mensaje y esperaba que ahora ella comprendiera el mío: «Haga lo que haga, no mueva un solo músculo.» Apreté el gatillo del arma. Debería haber prestado más atención a la teniente Tisarwat, que observaba a la capitana Hetnys y a la auxiliar que estaba al otro lado del

punte. Había estado moviéndose muy despacio, acercándose milímetro a milímetro a la isla y ni yo ni la capitana Hetnys y, por lo visto, tampoco la *Espada de Atagaris* habíamos percibido su desplazamiento. Cuando me dirigí a Basnaaid, seguro que Tisarwat comprendió qué pretendía hacer; al fin y al cabo sabía que mi arma podía atravesar la armadura de la capitana Hetnys. Pero también comprendió que la *Espada de Atagaris* todavía era un peligro para la ciudadana Basnaaid. Justo antes de que yo apretara el gatillo, Tisarwat desactivó su armadura y, gritando, cargó contra la auxiliar de la *Espada de Atagaris*.

Bo Nueve por lo visto estaba agachada detrás de la barandilla, en la cornisa del acantilado. Al ver a su teniente en plan suicida, soltó un grito y levantó su arma, pero no pudo hacer nada.

La capitana Hetnys oyó el grito de Bo Nueve, levantó la vista y, al verla en la cornisa y con el arma empuñada, se estremeció y se agachó justo cuando yo disparaba.

Al final resultó que el arma de las presgeres era a prueba de agua y yo había apuntado bien, pero mi disparo fue más allá de la capitana Hetnys y de Basnaaid e impactó en la bóveda que nos separaba del vacío absoluto.

La bóveda estaba diseñada para resistir cualquier tipo de impacto. Si hubieran disparado Bo Nueve o la *Espada de Atagaris*, no habría recibido más que un arañazo, pero las balas del arma de las presgeres podían atravesar cualquier material del universo hasta un grosor de un metro once centímetros y el grosor de la bóveda apenas alcanzaba medio metro.

Las alarmas se activaron instantáneamente y las entradas a los Jardines se cerraron de golpe. Estábamos atrapadas y la atmósfera se escapaba por el agujero de la bóveda. Afortunadamente, el recinto era muy grande y tardaría un rato en vaciarse de aire. Además, seguro que entonces Seguridad nos prestaría atención. Pero el agua que escapaba del lago significaba que no existía ninguna barrera entre los Jardines, con su bóveda agujereada, y el Subjardín. Seguramente, las compuertas que delimitaban los distintos sectores, al menos las que funcionaban, que estaban todas en el nivel uno, el inmediatamente inferior al nuestro, se cerrarían. Entonces las residentes que no hubieran podido escapar quedarían atrapadas, y si el lago se desfondaba, se ahogarían.

La solución del problema estaba en manos de Estación. Vadeé hacia la isla mientras Bo Nueve descendía corriendo por el camino. La *Espada de*

Atagaris había inmovilizado fácilmente a Tisarwat y en aquel momento levantaba el arma para matar a Basnaaid, quien se había zafado de la capitana Hetnys y corría dando traspiés hacia el puente. Yo disparé a la muñeca a la *Espada de Atagaris*, lo que la obligó a soltar su arma. Entonces ella se dio cuenta de que yo era un peligro inminente para su capitana y, a una velocidad típicamente auxiliar, se lanzó hacia mí. Sin duda creía que yo solo era una humana y que le resultaría fácil arrebatarme el arma incluso con la herida de la muñeca. Se abalanzó sobre mí y me golpeó en el hombro. Lo vi todo negro durante un instante, pero no solté el arma.

En aquel momento, Estación desactivó la gravedad de los Jardines y así solucionó el problema del agua que se filtraba al Subjardín.

La noción de arriba y abajo desapareció. La *Espada de Atagaris* se agarró a mí y siguió intentando arrebatarme el arma. Cuando chocó contra mí nos separó del suelo, de modo que seguimos forcejeando, girando sobre nosotras mismas y desplazándonos por el aire hacia la cascada. El agua no caía, sino que se acumulaba en la zona de la bóveda más cercana a la pared rocosa y formaba una masa temblorosa que crecía conforme el agua del lago se desprendía del fondo.

En segundo plano, más allá del dolor del hombro y de mis esfuerzos por no perder el arma, oí que Estación hablaba. Decía algo acerca de que el mecanismo de autorreparación de la bóveda no funcionaba correctamente y que tardaría una hora en reunir un equipo de reparaciones y desplazarlo por el exterior hasta el agujero con una lanzadera.

Una hora era demasiado tiempo. Para entonces nos habríamos ahogado todas, ya que sin gravedad no podríamos escapar de las temblorosas y crecientes esferas de agua que la bomba de la cascada iba expulsando. O nos habríamos asfixiado antes de que la bóveda fuera presurizada de nuevo. No había podido salvar a Basnaaid. Había traicionado y matado a su hermana y, ahora, al intentar compensarlo de forma nimia e inadecuada, iba a provocar su muerte. No la veía. Además del dolor del hombro, de la *Espada de Atagaris*, y de los destellos negros y plateados de la esfera de agua a la que nos aproximábamos, no veía gran cosa.

Iba a morir allí. La *Misericordia de Kalr*, Seivarden, Ekalu, Médico y el resto de la tripulación ya no existían. Estaba segura de ello, porque Nave nunca dejaría de responder a mis llamadas por su voluntad.

Justo cuando tenía ese pensamiento, la negrura sin estrellas, la negrura de

la nada de un portal se abrió al otro lado de la bóveda y apareció la *Misericordia de Kalr*, y lo hizo tan sumamente cerca que ni por asomo podía considerarse buena idea. Entonces oí en mi oído la voz de Seivarden, que me comunicó que contaba con que yo le soltara una reprimenda en cuanto estuviera a salvo. Luego me dijo:

—La *Espada de Atagaris* parece haber abierto un portal y se ha trasladado por él a algún lugar. —Y añadió con alegría—: Espero que no aparezca justo donde estábamos nosotras, porque al salir de allí perdimos, por accidente, la mitad de las existencias de minas.

Yo estaba segura de que me faltaba más oxígeno del que creía y que estaba alucinando; hasta que media docena de amaats convenientemente sujetas nos agarraron a mí y a la auxiliar de la *Espada de Atagaris* y nos trasladaron, a través del agujero que habían practicado en la bóveda, al interior de una de las lanzaderas de la *Misericordia de Kalr*.

Cuando estuvimos todas a salvo al otro lado de la cámara estanca de la lanzadera, me aseguré de que Basnaaid no sufría ninguna herida y de que estuviera sujeta a su asiento, y ordené a una amaats que estuviera pendiente de ella. También me ocupé de Tisarwat, que tenía arcadas a causa del estrés y de la microgravedad. Bo Nueve tenía preparada una bolsa y correctivos para la sangrante nariz y las costillas rotas de su teniente. También me aseguré de que la capitana Hetnys y la auxiliar de la *Espada de Atagaris* estuvieran convenientemente sujetas. Solo entonces permití que Médico me quitara la chaqueta y la camisa, recolocara los huesos de mi hombro con la ayuda de una de las amaats de Seivarden y me lo inmovilizara con un correctivo.

Hasta que el dolor no desapareció no me di cuenta de lo apretada que tenía la mandíbula, de lo tensos que estaban todos los músculos de mi cuerpo y de hasta qué punto esto había provocado que me doliera la pierna. En vez de informarme directamente, la *Misericordia de Kalr* me mostró imágenes y datos de lo que sentían mis kalrs, que estaban ayudando en las últimas fases de la evacuación del Subjardín. Uran también ayudaba y, por lo visto, después del viaje desde Suelo se había convertido en una experta en la microgravedad. Nave también me mostró información acerca de las amaats de Seivarden, de la misma Seivarden, de la expresión seria y preocupada de Médico y del dolor, vergüenza y autodesprecio que sentía Tisarwat. Pasé por

su lado con la ayuda de un solo brazo. En aquel momento Bo Nueve le aplicaba los correctivos a las heridas. Todavía no me sentí capaz de detenerme y hablar con ella.

Seguí avanzando hasta los asientos ocupados por la capitana Hetnys y su auxiliar, que tenían las armaduras desplegadas y eran vigiladas por mis amaats. En teoría, la *Espada de Atagaris* podía regresar por el portal y atacarnos. De todos modos, aunque no se hubiera tropezado con las minas que Seivarden le había dejado y que, en cualquier caso, solo le habrían provocado unos daños mínimos, una leve molestia, si nos atacaba, también estaría atacando a su capitana.

—Desactive su armadura, capitana —le ordené—. Y usted, también, Atagaris. Sabe que las balas de mi arma pueden atravesarla y, además, hasta que no la desactive no podremos curarle la herida.

La *Espada de Atagaris* desactivó su armadura y Médico pasó junto a mí con un correctivo. Al ver la herida de la muñeca de la auxiliar todavía frunció más el ceño. La capitana Hetnys, por su parte, solo murmuró:

—¡Jódase!

Yo seguía sosteniendo en la mano el arma presger. La pierna de la capitana estaba a más de un metro del casco de la lanzadera y, además, si una de mis balas lo atravesaba, podríamos repararlo. Me apoyé en un asiento cercano y le disparé a la rodilla. La capitana gritó y la Atagaris forcejeó con las correas del asiento, pero no pudo soltarse.

—Capitana Hetnys, queda usted relegada de su cargo —declaré después de que Médico le aplicara un correctivo y las amaats recogieran las gotas de sangre que salieron flotando—. En realidad, tengo la potestad de pegarle un tiro en la cabeza por lo que ha ocurrido hoy y no le prometo que no lo haga. Usted y todas sus oficiales están bajo arresto.

»*Espada de Atagaris*, envíe de inmediato a todas las humanas que tiene a bordo a la estación Athoek. Desarmadas. Después ponga todos sus mecanismos en modo automático y a todas sus auxiliares en animación suspendida hasta nuevo aviso. La capitana Hetnys y todas sus tenientes serán puestas en animación suspendida en la estación Athoek. Si amenaza a la estación o a cualquier nave o ciudadana, sus oficiales morirán.

—No puede... —empezó a decir la capitana Hetnys.

—Cállese, ciudadana —la interrumpí yo—. Estoy hablando con la *Espada de Atagaris*. —La capitana no contestó a eso—. Y usted, *Espada de Atagaris*,

me dirá con quién tenía tratos su capitana al otro lado del Portal Fantasma.

—No se lo diré —replicó la *Espada de Atagaris*.

—Entonces mataré a la capitana Hetnys.

Médico, que estaba ocupada con el correctivo que había aplicado en la pierna de la capitana, me lanzó una mirada consternada, pero no dijo nada.

—Usted... —dijo la *Espada de Atagaris* con la voz monótona de una auxiliar, aunque yo podía imaginar la emoción que ocultaba—. Desearía poder mostrarle en qué consiste... Desearía que supiera lo que es estar en mi lugar. Pero nunca lo sabrá, por eso sé que es imposible que exista la justicia.

Podía contestarle varias cosas. Tenía respuestas a sus suposiciones, pero en lugar de contestarle, le pregunté:

—¿Con quién hizo negocios su capitana al otro lado del Portal Fantasma?

—No se identificó —contestó la *Espada de Atagaris* con voz monótona y neutra—. Parecía ychana, pero no podía serlo porque ninguna ychana habla radchaai con aquel acento. A juzgar por su forma de hablar podría proceder del mismo Radch.

—¿Hablabas con un ligero acento notai, quizá? —le sugerí mientras me acordaba del juego de té que estaba hecho añicos y guardado en su caja en el Subjardín y del módulo de provisiones.

—Es posible. La capitana Hetnys creía que trabajaba para la Lord del Radch.

—Mantendré a su capitana cerca de mí, nave —declaré yo—. Si no obedece mis órdenes o si, en algún momento, sospecho que me ha engañado, ella morirá. No lo dude.

—¿Cómo iba a dudarlo? —replicó la *Espada de Atagaris* con una amargura que resultó perceptible incluso en su monótona voz.

Yo no le contesté. Me volví y me propulsé hacia delante para dejar espacio a las amaats de Seivarden, que llevaban un tanque de suspensión para la capitana Hetnys. Vi a Basnaaid, que estaba unos asientos más allá y que, seguramente, había oído la conversación que había mantenido con la *Espada de Atagaris*.

—Capitana de flota —dijo Basnaaid cuando llegué a su asiento—, quería decirle algo.

Yo me agarré a un asidero y me detuve.

—Dígame, horticultora.

—Me alegro de que mi hermana tuviera una amiga como usted y desearía...

Creo que si usted hubiera estado allí cuando ocurrió lo que ocurrió, fuera lo que fuese, quizá todo habría sido diferente y ella todavía estaría viva.

¡De todas las cosas que se podían decir...! ¡De todo lo que se podía decir en aquel momento, cuando acababa de amenazar con matar a la capitana Hetnys, precisamente porque sabía lo que su nave sentía por ella, entre todas las ocasiones en que podía haber escuchado esas palabras de boca de la hermana de la teniente Awn, había escogido aquella y en aquel momento!

Yo había sobrepasado mi capacidad de guardar silencio y de fingir que nada de aquello me afectaba.

—Ciudadana —repliqué, oyendo que mi voz se volvía monótona—, yo sí que estaba allí cuando sucedió y no le serví de ninguna ayuda a su hermana. Le dije a usted que cuando la conocí tenía otro nombre y ese nombre era *Justicia de Toren*. Yo era la nave en la que ella servía y, cumpliendo las órdenes directas de Anaander Mianaai, le disparé a su hermana a la cabeza. Los sucesos subsiguientes condujeron a mi propia destrucción y ahora soy lo único que queda de aquella nave. No soy humana y tenía usted razón al hablarme como lo hizo cuando nos conocimos.

Volví la cara a un lado antes de que Basnaaid pudiera percibir los signos que reflejaban lo que sentía por el hecho de habérselo contado.

Todas las pasajeras de la lanzadera me habían oído. Basnaaid parecía haberse quedado muda de la impresión. Seivarden ya lo sabía, por supuesto, y Médico, también. No quise saber lo que pensaban las amaats de Seivarden ni lo que opinaba la *Espada de Atagaris*. Me volví hacia la única persona que parecía ignorarme, la teniente Tisarwat, que solo podía pensar en que era un fracaso, tanto por lo que había sido su vida como por su intento frustrado de morir.

Me propulsé hasta el asiento que tenía al lado y me ajusté las correas de sujeción. Durante un instante consideré seriamente la posibilidad de decirle lo estúpida que había sido en los Jardines y lo afortunadas que éramos todas por haber sobrevivido a su estupidez. En lugar de eso, desaté la correa de su asiento con mi mano útil, ya que tenía el brazo izquierdo inmovilizado por el correctivo del hombro, y tiré de ella hacia mí. Tisarwat se agarró a mí, apoyó la cara en mi cuello y empezó a sollozar.

—Todo está bien —la consolé, rodeando con torpeza sus agitados hombros con el brazo—. Todo saldrá bien.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó entre sollozos junto a mi cuello.

Una lágrima escapó de sus párpados, una diminuta y temblorosa esfera que se alejó flotando—. ¿Cómo podría salir bien? —Y añadió—: A nadie se le ocurriría consolarla a usted con una frase tan insustancial.

Tenía más de tres mil años de edad, era infinitamente ambiciosa y, al fin y al cabo, seguía siendo una joven de diecisiete años.

—Supone usted mal.

Si pensaba en ello, si podía pensar con claridad, deduciría quién podría haberme dicho algo así a mí, pero si lo dedujo no me lo comunicó.

—Al principio, cuando te colocan los implantes es muy duro —dije yo—. Pero el resto de ti está ahí y sabes que el malestar es solo temporal y que pronto te sentirás mejor. Y cuando empiezas a sentirte bien, es increíble: percibir tanto, ver tanto..., y todo simultáneamente. Es... —Era imposible describirlo. Ella misma debió de sentirlo aunque solo fuera durante unas horas; en un estado de sufrimiento absoluto o embotada por los medicamentos—. Pero ella no le permitió experimentar eso. Permitírsele nunca formó parte de su plan.

—¿Acaso cree que no lo sé? —Claro que lo sabía. ¿Cómo podía no saberlo?—. Ella no soportaba cómo me sentía y me medicó tan deprisa como pudo. No le importó que...

Los sollozos, que habían ido apagándose, empezaron de nuevo. De sus ojos brotaron más lágrimas y se alejaron flotando. Bo Nueve, que había estado cerca durante todo el tiempo, estaba horrorizada por lo que yo había revelado minutos antes y mi conversación con Tisarwat en absoluto estaba atenuando el horror que experimentaba. Atrapó las lágrimas de Tisarwat con un trapo; lo dobló y lo colocó entre la cara de la teniente y mi cuello.

Las amaats de Seivarden estaban paralizadas y parpadeaban confundidas. Mis palabras habían hecho que el sentido que el universo tenía para ellas se hubiera desvanecido y no sabían cómo encajarlas en una realidad que pudieran comprender.

—¿Qué hacéis aquí paradas? —les preguntó Seivarden con más severidad de la que le había visto emplear con ellas hasta entonces, pero el tono de su voz pareció sacarlas de lo que las tenía inmovilizadas, fuera lo que fuese—. ¡Moveos!

Y ellas, aliviadas al encontrar algo que comprendían, se movieron. Tisarwat se había tranquilizado, hasta cierto punto.

—Lo siento —me disculpé—. No puedo hacer que la historia retroceda

para ninguna de las dos, pero todo acabará bien. De una manera u otra lo hará.

Ella no me contestó y, cinco minutos después, agotada por los acontecimientos y por la pena y la desesperación que sentía, se durmió.

Cuando llegó el equipo de reparación, la lanzadera pudo desacoplarse del agujero que había hecho en la bóveda. Ordené que regresáramos a la *Misericordia de Kalr*. El Departamento Médico de la estación no tenía por qué saber qué era yo y, además, ya tenían bastante con los problemas causados, o agravados, por la falta de gravedad, ya que esta no podría ser restaurada hasta confinar el agua del lago. Además, para ser sincera, me alegraba regresar a la *Misericordia de Kalr* aunque solo fuera por un período corto.

Médico quería tenerme donde pudiera arrugar el ceño y ordenarme que no me levantara sin su permiso, y yo me alegré de satisfacerla, al menos durante un día; así que, mientras permanecía tumbada en una cama del Departamento Médico con una taza de té en la mano, Seivarden me mantuvo informada.

—Es como en los viejos tiempos —dijo Seivarden sonriendo.

Pero estaba tensa y esperaba con anticipación lo que yo le dijera ahora que las cosas se habían calmado.

—Así es —corroboré. Bebí un sorbo de té.

Sin duda, no era el Hija de los Peces, pero me alegré de que no lo fuera.

—Nuestra Tisarwat está malherida —me dijo Seivarden al ver que yo no decía nada más. Tisarwat estaba en un cubículo contiguo, y Bo Nueve, que tenía órdenes explícitas de no dejar sola a su teniente en ningún momento, la atendía. Las costillas todavía no se le habían soldado y Médico la tenía en el Departamento Médico para ver cómo evolucionaba—. ¿En qué estaría pensando para cargar de aquella forma y sin su armadura contra una auxiliar?

—Intentaba distraer a la *Espada de Atagaris* para que yo pudiera dispararle antes de que matara a la horticultora Basnaaid. Tuvo suerte de que la auxiliar no le disparara en el acto.

La muerte de la traductora Dlique debía de haberle impactado a la auxiliar

más de lo que yo creía, o quizás era reacia a matar a una oficial sin órdenes explícitas.

—¿Así que la horticultora Basnaaid? —preguntó Seivarden. Su experiencia con tenientes muy jóvenes quizá no era tan extensa como la mía, pero tampoco era despreciable—. ¿El interés es mutuo o esa es la causa de su acto suicida y de sus lágrimas? —Arqueeé una ceja y ella continuó—: Nunca había pensado en cuántas tenientes jóvenes deben de haber llorado sobre tu hombro a lo largo de los años.

Las lágrimas de Seivarden nunca me habían humedecido una chaqueta de uniforme cuando yo era una nave.

—¿Estás celosa?

—Creo que sí —contestó ella—. Cuando yo tenía diecisiete años hubiera preferido que me amputaran el brazo derecho a mostrar signos de debilidad. —Y cuando tenía veintisiete, y treinta y siete, pensé yo—. Ahora me arrepiento de ello.

—Eso forma parte del pasado. —Me acabé el té—. La *Espada de Atagaris* ha admitido que la capitana Hetnys vendió deportadas a alguien al otro lado del Portal Fantasma.

La gobernadora Giarod era quien le había hablado de la misión que yo le había encomendado a la *Misericordia de Kalr*.

—Pero ¿a quién? —Seivarden frunció el ceño. Estaba realmente intrigada—. La *Espada de Atagaris* comentó que Hetnys creía que estaba tratando con la Lord del Radch, pero si la otra Lord del Radch está en el otro extremo del Portal Fantasma, ¿por qué no ha hecho nada?

—Porque quien está en el otro extremo del Portal Fantasma no es la Lord del Radch —expliqué yo—. El juego de té..., tú no lo has visto, pero, como mínimo, tiene tres mil años de antigüedad, y es evidente que es notai. Alguien borró con todo cuidado el nombre de la propietaria. Fue el pago que recibió Hetnys a cambio de las deportadas. Y acuérdate del módulo de provisiones. Aunque se suponía que no era más que un residuo, la *Espada de Atagaris* cambió de rumbo para recogerlo.

—La zona donde debía figurar el nombre de la nave estaba toda chamuscada. —Seivarden percibía que había una conexión, aunque todavía no había encontrado el hilo—. ¡Pero el módulo estaba vacío! Lo encontramos a bordo de la *Espada de Atagaris*.

—No lo estaba cuando la *Espada de Atagaris* lo recuperó. De eso puedes

estar segura. —Yo estaba convencida de que en el interior había algo o alguien—. El módulo también tiene más de tres mil años de antigüedad. Resulta bastante obvio que al otro lado de ese portal hay una nave; una nave notai; una nave que tiene más años que Anaander Mianaai.

—Pero Breq —replicó Seivarden—, esas naves fueron destruidas. Incluso las que eran desleales con el imperio, con el tiempo, también fueron incautadas. Además, estamos muy lejos de donde ocurrieron cualquiera de aquellas batallas.

—No todas las naves fueron destruidas. —Seivarden abrió la boca para decir algo y yo se lo impedí con un gesto—. Algunas escaparon. A las creadoras de obras de entretenimiento el hecho les ha servido, ¡cómo no!, para idear horas y horas de aventuras, pero se supone que a estas alturas ya no queda ninguna de aquellas naves, entre otras cosas porque no hay nadie que las mantenga. ¿Y si una de ellas huyó al sistema Fantasma? ¿Y si ha encontrado la manera de volver a llenar la bodega de auxiliares? Acuérdate de que la *Espada de Atagaris* dijo que la persona con la que trataba Hetnys parecía una ychana, pero que hablaba como una radchaai distinguida. Y antes de la anexión las athoekis solían vender a las ychanas, con contratos de servidumbre forzosa, a traficantes de esclavas de otros sistemas.

—¡Por las tetas de Aatr! —exclamó Seivarden—. ¡Trataban con una auxiliar!

—La otra Anaander tiene gente aquí, pero me imagino que los sucesos de Ime la han hecho ser cautelosa. Quizá no se mantiene en contacto con su gente y prefiere no intervenir demasiado. Al fin y al cabo, cuanto más intervenga más probable es que la descubran. Quizá nuestra vecina del sistema Fantasma se aprovechó de esta circunstancia. Por eso Hetnys no actuó hasta que estuvo desesperada. Estaba esperando órdenes de la Lord del Radch.

—Ella creía que la Lord del Radch estaba al otro lado del Portal Fantasma. Pero ¿qué harán las seguidoras de la otra Anaander cuando se den cuenta de que no es ella quien está al otro lado del portal?

—Dudo que tengamos que esperar mucho para averiguarlo. —Bebí un sorbo de té—. Claro que puedo estar equivocada.

—No, no creo que lo estés —repuso Seivarden—. Tu teoría tiene sentido. ¡Así que al otro lado del Portal Fantasma tenemos una nave de guerra loca!

—No está loca —la corregí yo—. Cuando pierdes todo lo que es

importante para ti, es totalmente lógico huir, esconderse e intentar recuperarse.

—Sí, claro —contestó ella, avergonzada—. Yo más que nadie debería saberlo, ¿no? Entonces no está loca, pero sí que es hostil. Así que, al otro lado del Portal Fantasma, tenemos a una nave de guerra enemiga; la mitad de la Lord del Radch quizás esté a punto de atacarnos, y probablemente también las presgeres que aparecerán en cualquier momento exigiendo saber qué le hemos hecho a su traductora. ¿Es eso todo o hay algo más?

—Parece que eso sea suficiente por ahora. —Seivarden se rio y yo le pregunté—: ¿Estás preparada para una reprimenda, teniente?

—Sí, señor —dijo, inclinando la cabeza.

—Cuando no estoy a bordo tú me reemplazas como capitana de la nave. Si no me hubiera salvado y a ti te hubiera ocurrido algo, la teniente Ekalu habría quedado al mando. Es una buena teniente y, probablemente, algún día será una buena capitana, pero tú tienes más experiencia y no deberías haber arriesgado la vida.

No era lo que esperaba oír y se le encendió la cara de rabia e indignación, pero hacía mucho tiempo que era soldado y no protestó.

—Sí, señor.

—Creo que deberías contarle a Médico tu historial de drogadicción. Has estado sometida a mucho estrés y me parece que no podías pensar con la claridad que deberías.

Los músculos de sus brazos se contrajeron y contuvo el impulso de cruzarlos.

—Estaba preocupada.

—¿Crees que podrás no volver a preocuparte?

Parpadeó sorprendida y frunció las comisuras de los labios.

—¿Por ti? No, no lo creo. —Soltó una risita ahogada y, luego, experimentó una extraña mezcla de arrepentimiento y vergüenza—. ¿Tú percibes lo que Nave percibe?

—A veces. A veces le pido que me lo enseñe, pero si ocurre algo que cree que yo debería ver, me lo muestra por iniciativa propia. Una parte de esa información es la misma que tu nave te habría enseñado cuando eras capitana, pero otra parte no tendría el mismo sentido para ti que tiene para mí.

—Tú siempre has visto a través de mí. —Seguía sintiéndose avergonzada—. Incluso cuando me encontraste en Nilt. Supongo que ya sabes que la

horticultora Basnaaid viene hacia aquí.

Basnaaid había insistido en regresar a la estación en el vehículo del equipo de reparación de la bóveda, pero, mientras yo dormía, pidió que la llevaran a la *Misericordia de Kalr*. Seivarden, entre sorprendida y consternada, dio su consentimiento.

—Sí y si hubiera estado despierta habría accedido a su petición como has hecho tú. —Ella lo sabía, pero se sintió reconfortada al oírmelo decir—. ¿Alguna cosa más?

No había nada más, al menos nada que ella quisiera comentarme, así que le ordené que se retirara. Treinta segundos más tarde, Tisarwat entró en mi cubículo. Aparté las piernas a un lado y la invité a sentarse.

—¡Teniente! —La saludé mientras ella se sentaba con cuidado. Todavía tenía correctivos en el torso y aún no se le habían curado las costillas ni otras heridas—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —contestó—. Creo que Médico me ha puesto hasta arriba de medicación. Lo sé porque no deseo cada diez minutos, más o menos, que usted me hubiera echado de la cámara estanca cuando me encontró.

—Ese impulso es reciente, ¿no?

Hasta entonces no había percibido en ella tendencias suicidas, aunque quizá no le había prestado tanta atención como debería.

—No, siempre ha estado ahí, solo que... antes no era tan real ni tan intenso. Se intensificó cuando vi lo que la capitana Hetnys estaba haciendo; cuando amenazó con matar a la horticultora Basnaaid para llegar a usted. Entonces supe que era culpa mía.

—¿Culpa suya? —Yo no creía que fuera culpa de nadie en concreto, salvo, por supuesto, de la capitana Hetnys—. No dudo de que su politiquero la alarmara. Era evidente que usted intentaba tener influencia, pero también es cierto que yo lo sabía desde el principio y que se lo habría impedido si me hubiera parecido mal.

Percibí alivio en ella; solo un poco. Su estado de ánimo era tranquilo y estable. Estaba en lo cierto al pensar que Médico la había medicado.

—Esa es la cuestión. Si me permite hablarle con franqueza, señor... —Yo le di mi permiso con un gesto—. ¿Es usted consciente, señor, de que las dos estamos haciendo lo que ella quiere? —Solo podía referirse a Anaander Mianaai, la Lord del Radch—. Nos envió aquí para hacer exactamente lo que estamos haciendo. ¿No le preocupa, señor, que ella utilizara algo que sabía

que usted quería para conseguir que usted hiciera lo que ella quería?

—A veces lo hace —admití yo—. Pero entonces me acuerdo de que lo que ella quiere no es importante para mí.

Antes de que Tisarwat pudiera contestar, Médico entró en el cubículo con el ceño fruncido.

—Está usted aquí para descansar, capitana de flota, no para tener reuniones interminables.

—¿Qué reuniones? —Adopté una expresión falsa de inocencia—. Tanto la teniente como yo estamos aquí en calidad de pacientes y, como verá, las dos estamos descansando. —Médico soltó un «¡Hummm!»—. Y no puede recriminarme que esté impaciente —continué yo—. Acabo de estar dos semanas en Suelo descansando y tengo que ponerme al día en muchos asuntos.

—¿A aquello lo llama descansar? —preguntó Médico.

—Hasta que estalló la bomba, sí.

—¿Tendré que medicarme toda la vida, Médico? —preguntó Tisarwat.

—No lo sé —contestó Médico con actitud seria y sincera—. Espero que no, pero no puedo prometérselo. —Se volvió hacia mí—. Si fuera por mí, capitana de flota, le prohibiría recibir más visitas, pero sé que no me hará caso y recibirá a la horticultora Basnaaid.

—¿Basnaaid va a venir? —preguntó Tisarwat. El correctivo que le rodeaba la caja torácica hacía que se sentara con la espalda recta, pero pareció enderezarse todavía más—. ¿Puedo regresar con ella a la estación, capitana de flota?

—¡De ninguna manera! —intervino Médico.

—Quizá llegado el momento no quiera hacerlo —dije yo—. Quizás ella no quiera pasar mucho tiempo con ninguna de nosotras. Creo que usted no me oyó cuando le conté en la lanzadera que yo había matado a su hermana.

—¡Vaya!

No me oyó. Estaba demasiado preocupada por su propia desgracia, lo que era comprensible.

—Váyase a la cama, teniente —insistió Médico.

Tisarwat me miró buscando apoyo, pero como no se lo ofrecí, suspiró y se marchó a su cubículo seguida por Médico.

Recliné la cabeza en la almohada y cerré los ojos. Basnaaid tardaría veinte minutos largos en llegar. La *Espada de Atagaris* tenía los motores en piloto

automático y todas sus oficiales estaban en suspensión animada, igual que casi todas sus auxiliares. Solo había unas pocas cerrándolo todo y unas cuantas de mis amaats las vigilaban. Desde que me dirigió aquellas palabras amargas en la lanzadera, la *Espada de Atagaris* no había dicho nada salvo lo estrictamente necesario para su funcionamiento. Contestaba concisa y directa a las preguntas que le formulaban: sí, no y nada más.

Kalr Doce entró en mi cubículo del Departamento Médico y se acercó a la cama. Se sentía incómoda y dubitativa. Yo me incorporé y abrí los ojos.

—Señor, soy Nave —dijo con voz tensa y casi en un susurro.

Me rodeó los hombros con un brazo.

—Ahora ya sabes que soy una auxiliar. —Doce mostró sorpresa y consternación. Sin duda lo sabía, pero oírmelo decir la desconcertó. Antes de que pudiera responder, añadí—: Por favor, no me digas que no tiene importancia porque no piensas en mí como en una auxiliar.

Doce consultó rápidamente a Nave.

—Con su permiso, señor —contestó alentada por Nave—, no creo que eso sea justo. Prácticamente acabamos de enterarnos y todavía nos cuesta pensar en usted de un modo distinto a como lo hemos hecho hasta ahora. —Su razonamiento no carecía de lógica—. No hemos tenido mucho tiempo para hacernos a la idea, pero sí que explica algunas cosas, señor.

Seguro que sí.

—Sé que Nave agradece que ocasionalmente actúe usted en su nombre, y sé que aparentar ser una auxiliar le permite sentirse segura e invisible, pero ser auxiliar no es un juego.

—Por supuesto, señor. Soy consciente de ello, señor, pero como bien ha dicho, Nave lo agradece. Y cuida de nosotras, señor. A veces nos sentimos como si fuéramos Nave y nosotras frente a todo lo demás —dijo cohibida y avergonzada.

—Lo sé —respondí—. Por eso no he intentado impedirlo. —Respiré hondo—. Entonces ¿se siente cómoda tal como están las cosas ahora?

—Sí, señor —contestó Doce, todavía avergonzada pero sincera.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en su hombro y ella me abrazó. No era lo mismo, no era como si fuera yo quien me abrazara, pero además de sentir la chaqueta de Doce en la mejilla, también sentí el peso de mi cabeza en su hombro. Busqué y me imbuí de esa sensación tanto como pude y, aunque percibí el desconcierto de Doce, sentí que se preocupaba por mí. Las otras

kalrs iban de un lado a otro de la nave. No era lo mismo. No podía serlo.

Permanecimos en silencio un instante y luego Doce dijo, en nombre de Nave:

—No puedo recriminarle a la *Espada de Atagaris* que apoye a su capitana, aunque esperaba que una espada tuviera mejor gusto.

Las espadas eran arrogantes y estaban convencidas de ser mejores que las misericordias y las justicias, pero algunas cosas no podían evitarse.

—El brazo de Doce empieza a resultarme incómodo y tengo que prepararme para recibir a la horticultora Basnaaid, Nave —dije en voz alta. Nos separamos. Doce retrocedió un paso y yo me sequé los ojos con el dorso de la mano—. Médico. —Médico estaba en el pasillo, pero yo sabía que me oiría—. No puedo recibir a la horticultora Basnaaid así. Me voy a mis dependencias.

Tenía que lavarme y vestirme, y asegurarme de que podía ofrecerle té y comida, aunque estaba segura de que ella los rechazaría.

—¿Es posible que recorra un trayecto tan largo solo para decirle lo mucho que la odia? —me preguntó Doce; me preguntó Nave.

—Si es así, la escucharé sin protestar. Al fin y al cabo, está en su derecho —repuse yo.

El hombro, que seguía inutilizado por el correctivo, no cabía en la camisa, aunque con cuidado y esfuerzo podría ponerme la chaqueta del uniforme. Doce no soportaba la idea de que me reuniera con la horticultora Basnaaid solo con la chaqueta, de modo que cortó, con pesar, la parte trasera de la manga de la camisa.

—Cuando se lo explique, Cinco lo entenderá, señor —me dijo, aunque con cierto temor interno a que no lo entendiera.

Cinco seguía en el Subjardín ayudando a sujetarlo todo para que nadie resultara herida cuando volvieran a activar la gravedad. Cuando Basnaaid llegó, yo ya estaba preparada y había conseguido que casi no se notara que me había caído por un acantilado y que después casi muero ahogada o asfixiada. Dudé un instante si ponerme o no la insignia de oro conmemorativa de la muerte de la teniente Awn, ya que la última vez que la vio, Basnaaid pareció enfadarse. Finalmente, le pedí a Doce que me la pusiera al lado de la de ópalo y plata de la traductora Dlique. Doce había conseguido preparar un

montón de pastelitos y los colocó sobre la mesa junto con piezas de fruta confitada, y, por fin, nuestra mejor porcelana, el juego de té blanco, liso y elegante que vi por última vez en Omaugh, en la reunión que mantuve con Anaander Mianaai. Me sorprendía que Cinco hubiera reunido el valor suficiente para pedir que se lo entregaran, aunque, pensándolo mejor, no me sorprendía en absoluto. Cuando Basnaaid entró, hice una reverencia.

—Capitana de flota —me saludó, haciendo también una reverencia—, espero que mi visita no sea un inconveniente para usted, pero pensé que debíamos hablar en persona.

—No es ningún inconveniente, horticultora. Estoy a su servicio. —Con el brazo sano señalé una silla—. Siéntese, por favor.

Nos sentamos. Doce nos sirvió té y se retiró a un rincón de la habitación, donde adoptó la posición de firmes, como haría una auxiliar.

—Quiero saber qué le ocurrió a mi hermana —dijo Basnaaid después de beber, cortésmente, un sorbo de té.

Se lo conté. Le conté que la teniente Awn había descubierto la división que sufría Anaander Mianaai y lo que una de las dos partes de la Lord del Radch estaba haciendo. Le conté que se negó a obedecer las órdenes de esa Anaander y que, en consecuencia, la Lord del Radch ordenó su ejecución, que yo llevé a cabo. Y también le conté que luego, por razones que todavía no acababa de entender, encañoné con el arma a la Lord del Radch y que por eso ella me destruyó. Me destruyó por completo, salvo a Esk Una Diecinueve, la única parte de mí que consiguió escapar. Cuando terminé, Basnaaid guardó silencio durante diez largos segundos y luego me preguntó:

—¿Así que usted formaba parte de su decuria? Formaba parte de Esk Una, ¿no es así?

—Así es, yo era Esk Una Diecinueve.

—Ella siempre decía que usted cuidaba muy bien de ella.

—Lo sé.

Basnaaid soltó una risa breve.

—¡Claro que lo sabe! Y por eso también conoce toda mi poesía. ¡Qué bochorno!

—Al fin y al cabo no era tan mala. —La teniente Awn no era la única oficial que tenía una hermana pequeña que escribía poesía—. A la teniente Awn le gustaba mucho su poesía. Lo digo en serio. Le encantaba recibir mensajes de usted.

—Me alegro —contestó.

—Horticultora, yo... —No pude hablar. No podía hablar y guardar la compostura al mismo tiempo. Comer un pastelito o un pedazo de fruta era demasiado complicado y no me ayudaría a relajarme, y un sorbo de té sería insuficiente, así que me limité a esperar. Basnaaid también esperó, paciente y en silencio, al otro lado de la mesa—. Las naves se preocupan por sus oficiales —le dije cuando me pareció que podía volver a hablar—. No podemos evitarlo. Forma parte de nuestra naturaleza. Pero algunas oficiales nos importan más que otras. —Quizás ahora lo conseguiría—. Yo quería mucho a su hermana.

—Eso también me alegra —afirmó ella—. Me alegra de verdad. Y ahora entiendo por qué me hizo aquella oferta, pero sigo sin poder aceptarla. —Me acordé de la conversación que había mantenido con Tisarwat en el salón del Subjardín: «Nada era por mí»—. No puede usted comprar el perdón. Ni siquiera a ese precio.

—No es perdón lo que yo quiero.

La única persona que podía ofrecérmelo y que me importaba si lo hacía o no estaba muerta. Basnaaid se quedó pensando en ello.

—No puedo imaginarme lo que es formar parte de algo tan grande, y durante tanto tiempo, y, de repente, quedarse totalmente sola —dijo por fin. Se interrumpió y luego continuó—. El hecho de que la Lord del Radch la haya adoptado como Mianaai debe de provocarle sentimientos encontrados.

—Los sentimientos que me produce no son encontrados.

Ella sonrió atribulada y dijo con tono tranquilo y serio:

—No estoy segura de cómo me siento después de oír lo que me ha contado.

—No me debe ninguna explicación sobre lo que siente ni por qué lo siente, pero mi oferta sigue en pie. Si cambia de opinión, cuente con ella.

—¿Y si algún día tiene usted hijas?

Me costó creer que hubiera expresado esa posibilidad.

—¿Puede usted imaginarme con una hija, ciudadana?

Ella sonrió.

—Quizá tenga usted razón, pero hay personas de todo tipo que son madres. Era cierto.

—Y personas de todo tipo no lo son. En cualquier caso, la oferta seguirá en pie. Pero no volveré a mencionárselo a menos que usted lo haga. ¿Cómo van las cosas en Horticultura? ¿Están preparadas para volver a establecer la

gravedad?

—Casi. Cuando Estación la desactivó había más agua que la del lago flotando en los Jardines y contenerla ha sido muy laborioso. No obstante, no hemos perdido tantos peces como creíamos.

Me acordé de las niñas que había visto correr por el puente para alimentar a los peces de escamas de brillantes colores púrpura, verde, naranja y azul.

—Eso es bueno.

—La mayor parte del primer nivel del Subjardín no ha sufrido daños, pero habrá que reconstruir totalmente el nivel de soporte del lago antes de volver a llenar el lago de agua. Por lo visto, hacía tiempo que el agua se filtraba, aunque poco a poco.

—¡Déjeme adivinarlo! —exclamé mientras iba bebiéndome la taza de té—. La utilizaban para cultivar setas.

—¡Sí, las setas! —Se rio—. Tenía que haberlo imaginado cuando me contaron que alguien cultivaba setas en el Subjardín. Se colaban en el nivel de los soportes y las cultivaban allí. Por lo visto, las estructuras que construyeron debajo de los soportes y el material orgánico que utilizaron como sustrato evitaron que el Subjardín se inundara durante un tiempo. Sin embargo, esa zona es la que ha resultado más dañada. Me temo que la industria del cultivo de setas del Subjardín ha desaparecido.

—Espero que cuando reconstruyan ese nivel acondicionen un espacio para eso.

Iba a sugerírselo a la administradora de la estación Celar y a la gobernadora Giarod. Y le recordaría a la gobernadora que no privaran a las residentes del Subjardín de las actividades que dominaban, como ya le había dicho.

—Creo que si es usted quien lo comenta le harán caso, capitana de flota.

—Eso espero —repuse yo—. ¿Qué ha sido de Sirix?

Basnaaid frunció el ceño.

—Está retenida en Seguridad. Yo..., no sé. A pesar de que siempre ha sido un poco... quisquillosa, Sirix me cae bien. Todavía me cuesta creer que ella...

—No sabía cómo continuar y su voz se apagó—. Si me lo hubiera preguntado antes de los últimos acontecimientos, le habría contestado que ella nunca haría algo incorrecto. Y, mucho menos, algo así. He oído decir, aunque no sé si es totalmente cierto, que se presentó en Seguridad para entregarse y que se dirigían a los Jardines cuando las compuertas del sector se cerraron.

Tendría que hablar con la gobernadora Giarod acerca de Sirix.

—Creo que yo la decepcioné. —Era imposible que actuara movida por la rabia—. Llevaba mucho tiempo esperando que se hiciera justicia y creía que yo la implantaría, pero su idea de la justicia... no es como la mía.

Basnaaid suspiró.

—¿Cómo está Tisarwat?

—Está bien. —Más o menos—. Tisarwat está muy enamorada de usted, horticultora.

Ella sonrió.

—Lo sé. ¡Es encantadora! —Entonces arrugó la nariz—. Y la verdad es que lo que hizo en los Jardines es más que encantador.

—Así es —corroboré yo—. Creo que en estos momentos se siente muy frágil, por eso se lo comento.

—¿Tisarwat, frágil? —Basnaaid se rio—. Claro que las personas pueden parecer muy fuertes por fuera y, en realidad, no serlo, ¿no cree? Usted, por ejemplo, seguramente necesita tumbarse un rato aunque no lo parezca. Debería irme.

—Por favor, quédese a cenar. —Ella tenía razón, yo necesitaba descansar, o quizá lo que necesitaba era que Doce me trajera algunos cojines—. El trayecto de vuelta es muy largo y es mucho más cómodo comer con gravedad. No quiero imponerle mi compañía, pero sé que Tisarwat se alegrará de verla y al resto de mis oficiales les gustaría conocerla; formalmente, quiero decir. —Ella no contestó—. ¿Se encuentra usted bien? Al fin y al cabo, como el resto de nosotras, también ha vivido una experiencia muy difícil.

—Estoy bien. —Y añadió—: En general; al menos eso creo. Para serle sincera, capitana de flota, me siento como..., como si todo aquello en lo que creía que podía confiar hubiera desaparecido. En realidad, como si nada de aquello hubiera sido nunca verdad y acabara de darme cuenta... Y ahora..., no sé. Me refiero a que antes creía que estaba a salvo; creía que sabía quién era cada quien. Pero estaba equivocada.

—Reconozco esa sensación —afirmé. No podría aguantar mucho más sin cojines y, por alguna razón, la pierna había empezado a dolerme—. Pero con el tiempo se le encuentra sentido a la vida de nuevo.

—Me gustaría cenar con usted y Tisarwat —dijo como si con ello contestara a lo que yo acababa de decirle—. Y con cualquier otra persona que usted invite.

—Me alegro. —Sin que yo se lo ordenara, Doce abandonó su lugar en el rincón, abrió uno de los bancos que había junto a la pared y sacó tres cojines —. Horticultora, ¿podría decirme, en verso, en qué se parece Dios a una pata?

Basnaaid parpadeó sorprendida y luego se echó a reír, que es lo que yo esperaba conseguir al cambiar de tema tan bruscamente. Doce apretujó un cojín en mi espalda y colocó los otros dos debajo del codo de mi brazo inmovilizado.

—Gracias, Doce.

—Había una vez una pata que era Dios —empezó Basnaaid—. Y la pata exclamó: «¡Es sumamente raro! Vuelo cuando quiero y nado como un pez...» —Entonces frunció el ceño—. Hasta ahí puedo llegar. Es solo un intento. Ni siquiera cumple con las reglas de ritmo y métrica. Me falta práctica.

—Es más de lo que yo habría conseguido.

Cerré los ojos un instante. Tisarwat estaba tumbada en su cama en el Departamento Médico y tenía los ojos cerrados. Nave reproducía música en sus oídos. Bo Nueve la observaba. Las etrepas limpiaban los pasillos que tenían asignados o estaban de guardia con Ekalu. Las amaats descansaban, hacían ejercicio o se lavaban. Seivarden estaba sentada en su camastro y se sentía melancólica; quizá seguía pensando en las oportunidades que había desperdiciado. Médico se quejaba a Nave de que yo no había seguido su consejo, aunque no estaba enfadada de verdad. Kalr Una, que cocinaba para mí mientras Cinco estaba en la estación, le comentó a Tres que estaba nerviosa por el repentino cambio en los planes de la cena, pero su nerviosismo enseguida se transformó en tranquilidad cuando decidieron que entre las dos podrían superar el reto. En el lavabo, una amaata empezó a cantar: «Mi madre dijo que todo gira. Todo gira. La nave gira alrededor de la estación...»

No era igual. No era lo que yo realmente quería. No era lo que yo sabía que siempre buscaría. Pero tendría que ser suficiente.

Agradecimientos

¡Son tantas las personas que me han ayudado de forma inestimable y sin las cuales no podría haber escrito este libro! Mis profesores y compañeros de clase del curso Clarion West de 2005 siguen siendo para mí una fuente de inspiración, apoyo y amistad de la que no podría prescindir. Mi trabajo también es mejor gracias a la ayuda de mis editores: Will Hinton en los Estados Unidos y Jenni Hill en el Reino Unido.

Ya lo he manifestado antes y seguiré manifestándolo: no hay suficiente agradecimiento en el mundo para mi fabulosa agente Seth Fishman.

También quiero dar las gracias a muchas personas que me aportaron consejo e información y que fueron pacientes ante mis preguntas, como S. Hutson Blount, Carolyn Ives Gilman, Sarah Goleman, el doctor Philip Edward Kaldonm, la doctora Brin Schuler, Anna Schwind, Kurt Schwind, Mike Swirsky y Rachel Swirsky. Los consejos e información que me proporcionaron son absolutamente correctos y sabios y cualquier inexactitud es responsabilidad mía.

Gracias a la Biblioteca del Condado de Saint Louis, a la Biblioteca de la Universidad de Webster y al Consorcio de Bibliotecas Municipales del Condado de Saint Louis. Gracias también a todas las personas que hacen posible el servicio de préstamos interbibliotecarios. ¡En serio, los préstamos interbibliotecarios son lo mejor!

Por último, pero no por ello menos importante, no podría haber escrito este libro sin el amor y el apoyo de Dave, mi marido, y de Aidan y Gawain, mis hijos.